



HANNA
HOLMGREN

Sueños de verano
en
*Sunset
Hill House*



El libro

Te damos la bienvenida al pueblo pesquero escocés de *Fallbury*, donde las olas susurran y los corazones laten más deprisa...

Cuando Lara, de 33 años, hereda de forma inesperada una casa de verano en Escocia frente al mar, enseguida hace planes para vender la propiedad. Con las ganancias, por fin podría cumplir un sueño que persigue desde hace tiempo. Pero tras su llegada al pintoresco pueblo costero de Fallbury, todo cambia de repente, ya que Jonathan, de 34 años, también parece tener derecho a la herencia.

A medida que descubren un antiguo secreto familiar mientras vacían juntos la casa, su rivalidad pasa a un segundo plano, y el carácter encantador y carismático de Jonathan hace que el corazón de Lara lata con una rapidez sorprendente...

La autora

Desde niña me gustaba anotar mis recuerdos de lugares y momentos maravillosos en un cuaderno de viaje y convertirlos en historias que perduraran. Con el tiempo, esas historias se transformaron en auténticas novelas y, finalmente, en mi mayor pasión.

Hoy, escribir para mí es una forma de pura relajación. Lleva a mi despacho la luz del sol, los granos de arena y el sonido del mar, y alivia ese constante anhelo de viajar hasta la próxima aventura, que sigue siendo mi principal fuente de inspiración.

Desde que dejé atrás mi vida profesional anterior, me dedico por completo a escribir novelas románticas y reconfortantes.

Sueños de verano en Sunset Hill House

Corazones de Escocia 4

Novela

Hanna Holmgren

Edición original junio de 2024

© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados
Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Alemania
info @ feuerwerkeverlag . de

Diseño de portada: Grit Bomhauer, grit-bomhauer.com
utilizando materiales de © Adobe Stock – lovelyday12 | Helen
Hotson | Mitran Cosmin/Wirestock Creators | SeanPavonePhoto |
LAURA | jomphon | neurobite | Richard Griffin | S_E | sunnychicka |
TrngPhp | Sync © Depositphotos – Aquir014b | LiliGraphie |

Corrección de estilo: Ilona Jaeger, Berlín

Traducción: encargada por FeuerWerke Verlag

Revisión editorial: a cargo de Hanna Holmgren

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Todos los textos e imágenes de este libro son material protegido por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso explícito de la autora, el titular de los derechos y la editorial.

Consigue gratis una novela corta



Un romántico hotel junto al mar, un horizonte infinito y un amor que la toma por sorpresa...

Cuando Lisa lleva a su mejor amigo Lennart un pedido de vino olvidado a su idílico hotel junto a la playa, no imagina la aventura que la espera. Ya en su primera tarde conoce a Johannes en la playa y siente una conexión inmediata. Por un curioso giro del destino, vuelve a encontrarse con él una segunda y hasta una tercera vez, aunque de formas que nunca habría esperado.

Poco a poco, ambos se acercan y comparten una velada maravillosa juntos, una noche que se siente como el comienzo de algo más. El murmullo de las olas, la luna brillante y los ojos azules de Johannes hacen que el corazón de Lisa lata con fuerza. Pero cuando su estancia junto al mar llega a su fin, Johannes le hace una confesión, y Lisa deberá decidir si quiere volver a verlo... o si sería mejor olvidarlo cuanto antes.

Descarga aquí la novela corta de 50 páginas gratis:

<https://hannaholmgren.de/novela-corta-gratuita-una-noche-junto-al-mar/>

Índice

[Antes de empezar a leer](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

Antes de empezar a leer

Cada historia hace su propio pequeño viaje.

Esta nació en alemán y ahora habla español, con una maleta llena de sol y un toque de brisa marina.

He hecho todo lo posible por conservar su alma, aunque algunas palabras aún susurren con acento.

Si notas algo que suena un poco extraño, escíbeme a feedback@hannaholmgren.de — me encantará saberlo.

Feliz lectura — y que esta historia te lleve a un lugar hermoso.

Capítulo 1

—Así es como me imagino el paraíso. La anciana inclinó la barbilla hacia el cálido sol de principios de verano y cerró los ojos. El graznido de las grullas resonó en el cielo mientras volaban sobre sus cabezas en formación de V.

La señora abrió un ojo; parpadeó y arrugó la nariz.—¿Pero con pájaros prehistóricos en el paraíso?

Lara no pudo evitar reírse ante la comparación y dejó su taza de café.—Me encantan las grullas. Para mí, son el epítome del verano. Cuando las oigo cantar, sé que la estación oscura terminó.

—A mí me dan un poco de repelús —dijo la señora Fischer y soltó una risita. Sus ojos pálidos se iluminaron con una sonrisa pícara y, por una fracción de segundo, la joven que un día fue asomó a la superficie.

—Son animales impresionantes. Me crucé con ellas una vez en una reserva de aves. Pero ten cuidado si sueltan ese chillido penetrante justo a tu lado. Es ensordecedor.

—Pájaros prehistóricos, ya te lo digo yo. La mano temblorosa de la señora Fischer buscó la taza, fallando por unos centímetros, y Lara la empujó suavemente por la mesa hacia ella.

—¿Puedo traerles algo más? —preguntó la camarera de sonrisa radiante que las había estado atendiendo durante toda la tarde.

—¿Te apetece algo más, señora Fischer? ¿Quizá otro pastel de frutas?

La anciana hinchó las mejillas y soltó un largo suspiro.—¿Estás intentando que explote, Lara?

Lara sonrió y buscó algo de suelto para dejarlo en la bandeja de la camarera; luego se despidió.—Desde luego, no quiero que explote. ¿Con quién me sentaría entonces en una cafetería a disfrutar de pasteles de fresa en un día tan espléndido como este?

La señora Fischer soltó una carcajada.—Sin duda podrías hacerlo con el viejo Gustav, o con Lieselotte, o con Achim. Ah, no, espera... Achim no tolera los lácteos. Madre mía, siempre le dan unos gases... —Volvió a reírse.

Lara rodeó la mesa y empujó la silla de ruedas de la señora Fischer fuera de la terraza hacia el camino de grava que rodeaba el lago, donde habían estado sentadas al sol durante dos horas con café y tarta.

En la rutina diaria de Lara, apenas había tiempo para este tipo de salidas a solas con los residentes de la residencia de ancianos. Pero siempre que tenía la oportunidad, la aprovechaba, y solía ser la señora Fischer quien la acompañaba. Llevaba cuidando de la anciana más de cinco años. Para Lara, hacía tiempo que se había convertido en algo más que una residente que necesitaba cuidados: era casi una amiga. Lara disfrutaba de la compañía de la anciana, sobre todo porque siempre tenía algún comentario ingenioso a mano y no se dejaba pisotear por nadie, ni siquiera a su avanzada edad. Puede que la señora Fischer ya no estuviera firme de pies, pero su mente seguía tan aguda como siempre.

—Diles en la residencia que la camarera nos hizo esperar una eternidad porque estaba llenísimo. Así podemos ganar un poco más de tiempo para estar sentadas junto al lago.

Lara se inclinó hacia ella con una sonrisa.—¿Quieres que mienta?

La señora Fischer se giró hacia ella, puso una mano junto al oído de Lara y susurró.—Sí, sin duda.

Lara soltó una carcajada.—Pues que así sea. Empujó la silla de ruedas hasta un banco cerca de la orilla, donde tenían una vista a través de los juncos y nenúfares de una pareja de patos y dos cisnes en el agua. Con la esperanza de conseguir algunas migas de pan, los patos se acercaron nadando, pero desaparecieron poco después al darse cuenta de que no tenían suerte.

—Y bien, ¿cómo es *tu* paraíso? —preguntó la señora Fischer al cabo de un rato, durante el cual habían contemplado el lago en un

silencio compartido, disfrutando de la paz.

—Oh, creo que he perdido un poco mi visión del paraíso después de estos últimos años.

—¡Por favor! —La señora Fischer se volvió hacia ella, sonando indignada— ¿Solo porque ese hombre te dejó plantada?

—¿Dejó plantada? —Lara se rió—. No fue exactamente así.

—Pasara lo que pasara, ya te has librado de él.

Lara sacudió la cabeza, sonriendo.—Dejémoslo simplemente en que me divorcié porque el matrimonio no funcionaba.

—Está bien. —La anciana puso los ojos en blanco y agitó las manos en el aire—. Pero desde luego no necesitas a un hombre para el paraíso.

—No. Lara entrelazó las manos en su regazo y suspiró. Ya tenía treinta y tres años. Su paraíso personal probablemente habría incluido hijos y una casa propia hace dos años. Pero las cosas habían cambiado. Ahora vivía en un pequeño y acogedor apartamento de dos habitaciones y pasaba más tiempo en la residencia de ancianos que en cualquier otro lugar. Había trabajado muchísimo desde el divorcio. ¿Con qué otra cosa iba a llenar el repentino tiempo libre? Eso fue, sin duda, algo que había subestimado cuando su matrimonio con Marco se desmoronó. Podía vivir con el hecho de que su amor se hubiera desvanecido, pero no con la soledad que de repente la rodeaba en todas las facetas de su vida diaria.

—¿Y bien? —La señora Fischer le dio un empujoncito suave en el hombro— ¿Cómo es, tu paraíso?

—¿Independientemente de si alguna vez pudiera hacerse realidad? —Lara miró a la anciana, que asintió—. Solía soñar con tener mi propia cafetería, justo en la costa del Báltico.

—¡Oh, qué maravilla! —La señora Fischer dio palmaditas de deleite— ¿Con vistas al mar?

Lara asintió y cerró los ojos—. Con vistas al mar —confirmó y empezó a soñar en voz alta—. Sería una casita de madera con una

terrazza que diera directamente a la playa. Los pilotes de madera estarían rodeados de arena, y esos granitos que se quedan por todas partes en el suelo de madera rugosa y en la barandilla brillarían como pequeños cristales cada tarde a la luz del sol poniente. Sería acogedora. Por dentro, solo habría una vitrina de tartas con todo tipo de delicias. Dulces, bebidas calientes, caprichos de todo tipo. Cuando hubiera tormenta y lloviera, nos amontonaríamos todos dentro. Sonaría música suave de una gramola antigua mientras los clientes habituales se inclinarían sobre sus trozos de tarta y galletas, intercambiando los últimos cotilleos. Al final, siempre habría un café solo por cuenta de la casa, y cada vez que probara recetas nuevas, organizaría una velada de degustación donde mis clientes pudieran compartir sus deseos y opiniones. De esa manera, todos mis productos, elaborados por mí misma con amor y paciencia, siempre darían en el clavo con mis invitados. Quiero que en mi café se sientan como en familia. Que la gente se mire y diga: "¿Nos pasamos hoy por lo de Lara?", y yo les saludaré desde la distancia mientras actualizo las sugerencias del día en la pizarra de la terraza, con el viento de la costa despeinándome la cara. —Abrió los ojos y exhaló, sintiendo la tensión acumulada.

La señora Fischer la observaba con atención.—Eso suena realmente perfecto.

Lara se colocó un corto mechón de pelo castaño detrás de la oreja—. Sería perfecto, pero no es más que un sueño.

Miró su reloj de pulsera. Por mucho que le hubiera encantado quedarse más tiempo y reflexionar con la anciana sobre la vida y los sueños perdidos, tenía que tener en cuenta sus otras tareas y a los demás residentes de la residencia.

—Algo así no tiene por qué quedarse en un sueño. Puedo imaginármelo perfectamente: tú en una cafetería preciosa. Pero por favor, espera hasta que yo no esté. Si no, me pondré redonda como una pelota con tus dulces y no cabré en la silla.

Lara sonrió y empujó la silla de ruedas hacia el camino que las llevaría de vuelta a la residencia en apenas unos minutos. Aquel

sueño no era, desde luego, tan fácil de realizar como sonaba en boca de la anciana. Para ser sincera, hacía bastante tiempo que no pensaba en ello. Durante su relación con Marco, había perdido el contacto con sus propios deseos y visiones de futuro, adaptándose a la carrera de él y a sus planes. Él nunca se lo había pedido directamente, pero ella había sentido desde el principio que su relación solo podía funcionar así. Y que funcionara era lo único que ella quería. Al menos, eso fue lo que pensó durante mucho tiempo, hasta que se dio cuenta de que se había ido perdiendo a sí misma cada vez más con el paso de los años. Y al final, Lara tuvo que admitir que nada de eso pudo salvar su amor. Al contrario. Cuando se formalizó el divorcio, se quedó no solo sin marido y sin casa, sino también sin todos sus sueños. Quitarles el polvo ahora le resultaba extraño. Y, sin embargo, también era hermoso. Era como si estuviera redescubriendo una parte de sí misma que creía perdida hacía tiempo. La idea de tener su propia cafetería le resultaba íntima. Incluso de pequeña, jugaba en su cocinita de juguete en el jardín, fingiendo que servía té y tarta a sus invitados. Algún día, aquella colorida cocina de plástico debía convertirse en una cocina de verdad con vistas al mar. Nunca había tenido otro plan para ella hasta que apareció Marco.

—Bueno, ya hemos llegado. —Lara empujó a la señora Fischer hacia la sala común para que se reuniera con los demás residentes—. Gracias por una tarde tan agradable —dijo, y la anciana buscó su mano, apretándola suave pero firmemente.

—Si dejamos de soñar, dejamos de vivir. —Le dio unas palmaditas en el dorso de la mano a Lara—. No olvides eso, querida.

—No lo haré. Lara asintió con una sonrisa antes de salir al pasillo y dirigirse al despacho.

Trabajó frente al ordenador hasta el anochecer, escribiendo informes y planes de cuidados para los residentes, y no abandonó las instalaciones hasta que anocheció. Compró rápidamente un paquete de pasta y unos tomates en el supermercado y escuchó música durante los diez minutos de trayecto posteriores, tarareando

de buen humor. Sorprendentemente, a pesar del largo día, no estaba nada cansada. Al contrario. No podía dejar de pensar en la conversación con la señora Fischer. Pero sobre todo, pensaba en su visión de la cafetería junto al mar. Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no se permitía imaginar realmente cómo olía un sitio así? ¿Cómo sonaba? ¿Qué sabor y qué tacto tenía? En los últimos años, ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que se había alejado de aquello. Pero ahora, desde esa conversación, su sueño estaba más presente que nunca.

Quizá el final de un matrimonio no era el fin del mundo después de todo, sino la puerta de entrada a uno completamente nuevo...

El timbre del teléfono despertó a Lara de golpe a la mañana siguiente. Se sobresaltó, dándose un golpe en la cabeza con la pendiente del techo, y salió de la cama medio dormida hacia la cómoda, donde su móvil parecía estar pidiendo auxilio a gritos.

—¿Mamá? —preguntó tras mirar la pantalla y responder a la llamada.

—¿Puedes traer otro paquete de espinacas? Pensé que me quedaba algo, pero no hay nada de nada en el congelador.

Lara frunció el ceño y parpadeó mirando el despertador de la mesilla de noche.

—Oh, ya son casi las once.

—¿Te he despertado? —El tono de asombro en la voz de su madre era inconfundible.

—Sí, esto... se me hizo tarde anoche.

—Si me hubieras dicho que habías salido de fiesta, podríamos haber pasado el almuerzo para mañana.

Como si Lara fuera a salir de fiesta después de un largo día de trabajo. No lo haría ni siquiera después de uno corto. Con el fin de su matrimonio, la mayoría de sus amigos se habían distanciado, y como había estado demasiado ocupada ahogando sus penas en

horas extras, aún no había tenido oportunidad de forjar nuevas amistades.

—No, no pasa nada. Llegaré un poco tarde, pero me daré prisa. Hasta ahora.

De camino al armario, casi se tropieza con el portátil abierto que estaba en el suelo junto a la cama y se acordó.

Se quedó investigando hasta pasada la medianoche los requisitos para abrir una cafetería. Tenía respuestas para todas las preguntas: tenía un concepto de negocio e ideas para la ubicación. Pero cada vez que entraba en juego el aspecto financiero, le fallaba el valor. En resumen: simplemente no tenía dinero. Ni un solo céntimo, para ser exacto. No obstante, había buscado locales adecuados hasta bien pasada la medianoche, hasta que seguramente se quedó dormida por el agotamiento.

Su teléfono volvió a pitar.

Trae también algo de tarta si quieres.

Mamá

Tarta. Lara suspiró antes de desaparecer en el baño. En veinte minutos estuvo lista y salió del apartamento.

Al salir, vació el buzón del pasillo, que había ignorado deliberadamente la tarde anterior para no arruinar el comienzo del fin de semana con facturas, ya que efectivamente encontró dos dentro.

Y una carta de Escocia.

¿Escocia?

Lara frunció el ceño y dio la vuelta al sobre blanco. Realmente iba dirigida a ella: Lara Lehmann. Así que no era un error de entrega.

Ian Farelane – Law Chambers Peterhead Bay, leyó en el sello de la esquina superior izquierda.

Al instante, el corazón de Lara empezó a latir más rápido. ¿Qué podría querer de ella un abogado de Escocia? Pensó en su adolescencia, cuando descargaba películas y música ilegalmente de internet y las grababa en CD porque no conocía nada mejor y todo el mundo lo hacía entonces. Pero eso fue hace más de quince años. Incluso si hubiera habido una plataforma escocesa de por medio y alguien la hubiera pillado, no estaría recibiendo correo por eso ahora, ¿verdad?

¿Acaso algo así no caduca?, pensó con culpabilidad, mientras se le aceleraba la respiración.

Con dedos temblorosos, abrió el sobre y leyó la carta, que estaba escrita en inglés:

Estimada Srta. Lehmann:

Como albaceas del patrimonio del Sr. Hamish Sinclair, fallecido el 14 de abril de 2023, nos ponemos hoy en contacto con usted. Tras una cuidadosa revisión de las disposiciones testamentarias del difunto, así como de las disposiciones legales aplicables, deseamos informarle de que, de acuerdo con el orden de sucesión, fue nombrada beneficiaria en calidad de sobrina nieta del Sr. Hamish Sinclair.

Según el testamento en nuestro poder, las siguientes personas figuran en la línea de sucesión:

- Douglas Sinclair (hermano del difunto, también fallecido)*
- Ronald Lehmann (sobrino del difunto, también fallecido)*

En consecuencia, esto deriva en su derecho a la herencia, y está facultada para recibir la casa de campo situada entre Fallbury y Anchor's End.

Para aceptar o renunciar a su herencia, es necesario que se ponga en contacto con nosotros para confirmar su identidad y solventar los trámites legales.

En caso de tener alguna duda o requerir una consulta, quedamos a su entera disposición.

Atentamente,

Ian Farelane

Bufete de Abogados de Peterhead Bay

Lara apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

¿Había heredado una casa de campo escocesa? ¿Y quién era ese tal Hamish Sinclair? No había oído ese nombre en su vida. Al principio, tomó la carta por una broma de mal gusto o un error garrafal, a pesar de que en ella figuraba el nombre de su difunto padre: Ronald Lehmann. Él había muerto en un accidente de moto poco después de que ella naciera; no podía recordarlo y solo sabía que apenas había mantenido contacto con su familia. El hecho de que tuviera antepasados escoceses nunca había salido a relucir. ¿Quizá su madre pudiera arrojar algo de luz sobre el asunto? Lara metió la carta en el bolso y salió de casa a toda prisa, con las piernas como si fueran de gelatina.

Sacudiendo la cabeza, su madre, Monika, se quitó las gafas de lectura. Tenía las mejillas encendidas.

Lara la había observado todo el tiempo mientras leía la carta del abogado varias veces, murmurando para sí misma. Lara podría haberse ahorrado el desvío para comprar espinacas y pastel; apenas había logrado probar bocado.

—Esto es un malentendido, ¿verdad? —preguntó en voz baja, sin saber muy bien qué respuesta esperaba. En las películas y en los libros, pasaba que los protagonistas heredaban grandes casas de campo llenas de secretos familiares en Escocia, Irlanda o Cornualles. Pero algo así no le pasaba a ella, a Lara Lehmann. En la vida real, en su vida absolutamente aburrida y pragmática, algo así era sumamente improbable. Tenía que haber gato encerrado en alguna parte, ¿no? Mejor no hacerse demasiadas ilusiones.

—Bueno —dijo su madre ahora, aclarándose la garganta—. Ya sabes que tu padre nunca hablaba mucho de su familia. Solo sé que tuvo un enfrentamiento con su padre, pero por favor, no me preguntes de qué se trataba.

—¿Entonces es verdad? ¿Tengo raíces escocesas? —Lara tragó saliva con nerviosismo.

—Ronald lo mencionó una vez, aunque no profundizamos mucho en el tema. Pero sí, por supuesto que lo sabía, solo que no desempeñaba un papel importante. Tu abuelo —buscó el nombre en la carta—, Douglas Sinclair, definitivamente vivió en Alemania; sé que tu padre creció aquí. Él tampoco vivió nunca en Escocia, me lo habría dicho. Pero quién sabe cuándo llegó Douglas Sinclair aquí y qué otros antepasados hay. Yo no me preocupaba por esas cosas. Mi familia siempre fue muy pequeña, vivíamos una vida bastante protegida, era pacífica y armoniosa. A Ronald le gustaba mucho eso. Probablemente porque su propia experiencia había sido muy diferente. —Suspiró y le devolvió la carta a Lara—. Una casa de campo puede significar todo o nada. Sea lo que sea lo que haya detrás, por favor, no dejes que te encasqueten un caserón ruinoso que acabe arruinándote. Se oyen toda clase de cosas sobre las herencias.

Lara asintió. —Antes que nada, me sorprende que precisamente yo haya sido nombrada en una herencia. ¿Tal vez sea una confusión después de todo?

—No sería imposible. ¿No debería haber otros parientes en Escocia? ¿Alguien que realmente tuviera contacto con ese Hamish o como se llamara? Tú, prácticamente en el otro lado del mundo, no puedes ser la única que queda. —La madre de Lara sacudió la cabeza pensativa, y la propia Lara asintió.

—A mí también me parece extraño. Nunca he sabido nada de Escocia y ¿ahora se supone que voy a heredar una casa de campo? Llamaré más tarde a ese bufete de abogados. Es sábado, pero quizá aún localice a alguien. Y entonces preguntaré de inmediato cómo puedo rechazar la herencia de ser necesario, antes de quedar

atrapada en algún torbellino del que no pueda salir. Acabo de encarrilar mi vida, voy tirando económicamente y soy feliz. Desde luego, no quiero caer en una trampa de deudas.

Durante el resto de la tarde, Lara estuvo en ascuas. Una y otra vez, cavilaba sobre el desconocido Hamish Sinclair, con quien al parecer estaba emparentada de alguna manera. Si lo había entendido bien, era su tío abuelo, hermano de su abuelo, a quien tampoco había conocido. Y aunque la idea de tener familia en algún lugar del mundo que ahora le dejaba una herencia era extraña, Lara también sentía un poco de curiosidad. Ella y su madre siempre habían estado solas, pero por eso mismo estaban más estrechamente unidas. Eran un equipo bien compenetrado que había sobrevivido bastante bien a varios intentos fallidos de relación por parte de su madre y al divorcio de Lara. Y aun así, Lara sabía que cada una de ellas había anhelado algo más de vez en cuando. Un hombro en el que apoyarse, seguridad familiar y calidez. ¿Y si hubiera otros parientes suyos viviendo en Escocia que quizá no tuvieran derecho a la herencia o incluso ningún interés en ella, pero que estuvieran interesados en conocerla?

Este pensamiento y muchos más bullían en su cabeza mientras se sentaba en el balcón de su casa más tarde aquel día, con la carta en la mano izquierda y el teléfono en la derecha. Estaba a solo una llamada de obtener respuestas a las preguntas que le quemaban el alma.

Lara apoyó los pies en la barandilla del balcón, se puso la carta en el regazo y marcó el número que figuraba en ella.

Sonó tres veces antes de que un crujido en la línea señalara que habían contestado la llamada. —Bufete de abogados de Peterhead Bay, habla Farelane, ¿en qué puedo ayudarla? —La voz de un hombre mayor, ronca y curtida por la vida, sonó por el auricular. El desconocido sonaba casi un poco como un abuelo.

—Hola. Mi nombre es Lara Lehmann, hoy he encontrado una carta suya en mi buzón. Se trata de...

—¡Ah, Srta. Lehmann! Qué maravilla que se haya puesto en contacto con nosotros tan pronto. Nunca se sabe cuánto tardará el correo. —Luego se aclaró la garganta y cambió a un tono menos alegre—. Mi más sentido pésame por su trágica pérdida. El Sr. Sinclair era un gran hombre con un corazón bondadoso; le conocí durante media vida.

—En eso me lleva ventaja. —Lara soltó una risa incómoda—. Verá, su carta me pilló totalmente por sorpresa. Ni siquiera sabía que tuviera parientes en Escocia. ¿Está seguro de que se trata de la persona adecuada?

—Bueno, una comprobación de su documento de identidad lo aclarará sin duda, pero de antemano puedo decirle que se sorprendería de en qué rincones del mundo he localizado a beneficiarios a lo largo de mi carrera. Una herencia a menudo llega por sorpresa, pero también puede ser una bendición, ¿no cree? —Notó la sonrisa en su voz, lo que daba a sus palabras un tono cálido.

—Bueno, supongo que eso depende de lo que sea. Mencionaba un inmueble en su carta, que en realidad no incluye mucha información sobre qué esperar. ¿Tiene quizá algunos detalles para hacérmelo un poco más tangible?

—¡Por supuesto! —Oyó el crujido de papeles al otro lado, como si el hombre se estuviera abriendo paso a través de una montaña de expedientes. Poco después, se aclaró la garganta.—Se quedará encantada.

¿Encantada? Lara encontró extraña la elección de palabras, pero se mordió la lengua y esperó impaciente la información solicitada. No quería hacerse falsas esperanzas que pudieran desmoronarse en un instante. Ya había tenido bastante de eso en los últimos años.

—Bien, aquí lo tengo. Veamos —el Sr. Farelane se aclaró la garganta de nuevo—. La casa de campo, incluyendo los terrenos entre Fallbury y Anchor's End, tiene un valor de 342.500 libras, una superficie de terreno de aproximadamente 10 acres y una superficie habitable de unos 3.767 pies cuadrados. Estaba en plena propiedad del Sr. Sinclair y puede ser transferida a usted sin cargas pendientes.

Lara necesitó un momento para ordenar sus pensamientos. No se le daba bien convertir unidades de medida mentalmente, especialmente unas como acres y pies cuadrados, con las que no estaba familiarizada. Pero el solo hecho de saber que la propiedad tenía un valor alto y que, al parecer, pasaría a ella sin deudas con la herencia hizo que su corazón latiera más rápido de inmediato. Tendría que aclarar los valores exactos, pero si era cierto y se confirmaba lo que el Sr. Farelane acababa de decirle, significaría que una verdadera mina de oro la esperaba allí en Escocia. Bueno, quizá no oro puro, pero una venta de la propiedad podría proporcionarle el colchón financiero necesario que necesitaba para cumplir por fin su sueño. ¡Su propio sueño, por su cuenta!

—Srta. Lehmann, ¿sigue ahí?

—Oh, por favor, discúlpeme.

—No hay problema. ¿Ha comprendido la información?

Lara tragó saliva. —Sí, creo que sí. Dígame, ¿sería tan amable de convertirme las unidades? A euros y metros cuadrados.

—Desde luego, un momento, por favor. Se oyó de nuevo un crujido de fondo, seguido de un clic como si alguien estuviera tecleando en una calculadora gigante.

—El tipo de cambio varía, por supuesto, pero en la actualidad el patrimonio tiene un valor de unos 400.000 euros. La superficie habitable es de unos 350 metros cuadrados y el tamaño de la propiedad es de nada menos que 40.000 metros cuadrados. Créame, debería echarle un vistazo.

A Lara le tembló ligeramente la mano y sus dedos se tensaron alrededor del teléfono. Las cifras zumbaban en su cabeza, una y otra vez. Con 400.000 euros, su sueño de tener su propia cafetería en el mar Báltico se acercaba tanto que apenas tenía que estirar la mano. ¡Estaba justo a sus pies!

—Podría aceptar la herencia y luego venderla, ¿verdad? —confirmó ella, abrumada.

—Pero por supuesto. Es completamente libre de hacer lo que quiera con ella. Pero si me permite un consejo: al menos vaya a verla una vez. No se arrepentirá. He estado allí arriba un par de veces. Solo las vistas al mar no tienen precio. Además, es más fácil resolver los trámites legales allí mismo.

—Y más rápido, supongo —añadió Lara en voz baja, imaginándose ya mentalmente en la playa del Báltico con los beneficios de la venta de la herencia.

—Eso también, por supuesto. También debería contratar a un tasador rural para valorar la propiedad profesionalmente y de acuerdo con su estado. He tomado el valor indicado por ahora de los documentos que tengo, que... bueno, son algo antiguos. Y la casa en sí también tiene más de cien años. —Se rió, un poco incómodo.

El breve entusiasmo que Lara había sentido tras oír las cifras terminó bruscamente. Una casa tan vieja seguramente necesitaría una reforma importante. Pero antes de volver a chocar contra el suelo debido a las dudas y miedos, respiró hondo y tomó una decisión. ¿Cuándo volvería a tener la oportunidad de conseguir tanto dinero? Aunque al final solo fueran 200.000 euros. ¡Eso lo recibiría prácticamente gratis! Sería condenadamente estúpida si dejara pasar eso de largo.

—De acuerdo, iré a echar un vistazo.

Oyó al hombre reír satisfecho. —Maravilloso. ¿Cuándo puede estar aquí, Srta. Lehmann?

—Creo que es posible con relativa antelación. Probablemente hacia mediados o finales de la semana que viene. ¿Debería volver a ponerme en contacto con usted antes?

—No, no. Hágalo cuando ya esté aquí. Entonces concertaremos una visita a la propiedad.

Con el corazón a mil, Lara le dio las gracias, deseó un buen día al abogado y colgó. Apenas podía estarse quieta de la emoción, se levantó de un salto y dio unos golpecitos nerviosos en el sitio como si acabara de ganar la lotería.

Cuando dejamos de soñar, dejamos de vivir, había dicho la señora Fischer, y ahora Lara sentía cuán ciertas eran aquellas palabras.

No podía ser coincidencia que se hubiera permitido retomar su sueño de la cafetería ayer mismo, y que al mismo tiempo esta carta de un abogado estuviera en su buzón. Quizá era el destino diciéndole de forma inequívoca en aquel momento que era hora de volver a pensar en sí misma...

Capítulo 2

CINCO días después, el jueves por la tarde, Lara estaba sentada junto a su madre en el patio de una pizzería. Sus platos vacíos descansaban al otro lado de la mesa, mientras que ambas tenían el portátil de Lara abierto frente a ellas, con las cabezas juntas sobre los anuncios de inmuebles disponibles en la costa del mar Báltico.

Conseguir días libres con tan poco tiempo de antelación fue más difícil de lo que Lara pensaba, pero al final su jefe se dejó convencer para concederle una excedencia sin sueldo. Lara no tenía ni idea de cuánto tiempo le llevaría su viaje a Escocia ni de cuánto tiempo necesitaría finalmente para dejarlo todo lo bastante asentado como para poder vender la casa. Pero tenía que empezar a convertir su sueño en un plan concreto en alguna parte. Y el primer paso era este viaje.

—Creo que este también es bastante bonito —dijo su madre, señalando un inmueble en una ubicación privilegiada con acceso a la playa. El hecho de que Lara soñara con tener su propia cafetería no pilló por sorpresa a su madre.

—Me gustaría algo muy pequeño y acogedor. No un local enorme. Para mí, lo importante es la sensación que tengan los clientes cuando lo visiten. Quiero crear un ambiente íntimo, casi familiar, ¿sabes? —Lara siguió bajando por la lista. En apenas unas horas, estaría embarcando en el avión hacia Escocia. Aunque sus planes todavía le parecieran irreales y descabellados, no podría negar el giro sorprendente que estaba dando su vida una vez que estuviera en ese avión.

—Espera, vuelve un poco atrás, por favor —dijo su madre de repente, y Lara volvió a subir hasta que ella tocó la pantalla con el dedo, emocionada—. ¡No, no me lo puedo creer!

—¿Te refieres a este anuncio de aquí? —Lara pasó el ratón sobre un anuncio de un antiguo bar de playa en venta.

—Si no me equivoco, ese es el viejo *Breakwater Bar*, en la bahía de Lübeck. Madre mía, siempre me había preguntado qué habría sido de él.

Lara hizo clic en el enlace y se abrieron numerosas fotos que mostraban una fachada de madera, antaño azul, cuya pintura se había desvanecido y desconchado por la humedad. Los grandes ventanales estaban manchados, polvorientos y con incrustaciones de depósitos de sal en los bordes. A través de la puerta de cristal agrietada, la arena se había abierto paso hasta el interior, cubriendo el mostrador y los taburetes de la barra. Claramente, alguien había hecho un intento poco entusiasta de barrerla hacia un lado, pero sin éxito. Los viejos muebles de madera también habían visto tiempos mejores.

—¿Quién compraría algo así? —preguntó Lara, sacudiendo la cabeza.

—Yo lo compraría sin dudarlo —su madre tragó saliva y bajó la mirada—. Ahí fue donde conocí a tu padre.

Lara la miró sorprendida. —¿En un bar de playa? Nunca me habías contado eso.

Realmente no lo había hecho, y a Lara no le extrañaba. La muerte de su padre le había pasado una factura muy pesada a su madre, sumiéndola en un valle de lágrimas durante los primeros años. Hasta el día de hoy, le resultaba difícil hablar de la pérdida. Aunque eso significara que él siempre había seguido siendo un extraño para la propia Lara.

—Solo tenía diecisiete años, acababa de salir al mundo, y me enamoré perdidamente de aquel camarero alto de ojos cálidos.

—¿Mi padre era camarero? —Lara apenas podía dar crédito a lo que oía.

—Era un trabajo de verano que usaba para mantenerse hasta que pudiera alistarse en el ejército. Nos quedamos prendados desde el primer momento. —Su madre la miró con los ojos empañados—. Sé que suena a cliché, pero para nosotros fue realmente así. Me dio mi

primer beso detrás de la barra, justo al lado de la nevera de hielos. En una sofocante noche de agosto mientras caían estrellas fugaces del cielo.

—Eso suena increíblemente romántico.

Su madre asintió. —Lo fue. Una época maravillosa. Y es una pena dejar que un lugar tan mágico se caiga a pedazos. Me parece que el *Breakwater Bar* lleva vacío bastantes años.

Lara pudo ver la pesadumbre y el dolor en los ojos de su madre y se compadeció de ella.

El bar ruinoso de las fotos no encajaba del todo con las vívidas descripciones que acababa de escuchar y, sin embargo, Lara podía sentirlo: esa atmósfera especial que debió de envolver aquel lugar mágico. Y la ubicación era perfecta. El viejo bar se alzaba acurrucado entre las altas dunas, con una pasarela de madera que cruzaba la arena y llegaba hasta el agua. Expuesto a los elementos y abandonado a su suerte, gran parte del lugar estaba seguramente más allá de toda reparación. Habría que renovarlo y arreglarlo todo. Pero si se pusiera una vitrina de tartas en lugar de la barra, y se pusieran mesitas redondas para dos junto a los enormes ventanales en lugar de taburetes...

Lara contuvo el aliento, y su madre la miró con preocupación. —¿Qué te pasó de repente?

—Mamá —soltó emocionada—. ¿Qué dirías si lo comprara yo? ¿Ese viejo bar? ¿Y si lo convirtiera en un pequeño café de playa?

Inmediatamente, su madre rodeó los hombros de Lara con un brazo. —¿Hablas en serio?

Ella asintió, y su madre dejó escapar un suave sollozo antes de sonreír entre lágrimas. —Tu padre estaría tan orgulloso de ti. Y yo también lo estoy... nunca lo olvides, ¿vale? Por cómo estás encontrando tu propio camino, cómo superas todo a pesar de los altibajos. Eres una joven impresionante, y hay tanto en ti que me recuerda a Ronald.

—¿Entonces te gustaría? ¿Si trajera de vuelta a la familia ese recuerdo de cómo os conocisteis y lo convirtiera en algo enteramente nuevo, algo mío?

Su madre asintió con entusiasmo. —Eso sería indescriptiblemente hermoso. Casi demasiado bueno para ser verdad. —Apretó las manos de su hija—. Pero de momento, viaja a Escocia y echa primero un vistazo a todo lo que hay allí. No queremos que al final todo se vaya al traste.

Lara sonrió con optimismo. —Saldrá bien, mamá. Ahora mismo, siento como si todas las puertas se me abrieran de repente. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Esta confianza en que todo va a salir de la mejor manera. Los últimos días han revelado tantas posibilidades nuevas que solo puede salir bien. Mientras esté fuera, ¿puedes contactar con la inmobiliaria? No quiero que este tesoro se nos escape de las manos. Por ahora no podré gestionar mucho desde Escocia.

Su madre aceptó, anotó los datos de contacto y, durante el resto de la velada, se sentaron con una copa de vino bajo el resplandor del sol poniente, haciendo planes para el pequeño café en la playa.

Al abrazar a su madre para despedirse, Lara sintió como si la aventura de su vida estuviera de repente a sus pies. Todo lo que tenía que hacer era estirar la mano y atraparla.

Y así fue.

Menos de doce horas después, estaba en un avión rumbo a Aberdeen, lista para capturar por fin todos esos sueños que creía perdidos y que, de repente, habían emprendido el vuelo.

—¡Mire por dónde va! —le espetó el hombre, chocando contra ella, y Lara tropezó con su maleta, que acababa de recoger de la cinta de equipajes. La maleta empezó a moverse y rodó por el vestíbulo, directa hacia un niño pequeño. En el último segundo, logró agarrar el asa y pedir disculpas a la madre del niño, que tenía un aspecto bastante hosco.

No se había imaginado que su llegada a Escocia fuera a ser tan frenética. Ya había habido problemas durante la escala en Ámsterdam. Un fallo técnico había convertido la parada prevista de cuarenta y cinco minutos en cuatro horas completas.

Para cuando Lara finalmente aterrizó en Aberdeen este sábado por la tarde, el largo viaje no solo pesaba en sus huesos; también había extinguido temporalmente su euforia. Había mal humor entre los pasajeros. El apresurado desembarco del avión desembocó directamente en un impaciente forcejeo ante la cinta de equipaje. Quizá algunos de los pasajeros realmente tuvieran prisa debido al retraso, pero seguramente no todos. Y definitivamente no era motivo para atropellar a Lara, cosa que ocurrió al menos un par de veces.

Completamente sudada y agotada, salió de la terminal del aeropuerto y se concedió un breve respiro. En su imaginación, Escocia consistía en idílicas colinas verdes, pueblos recónditos, vistas interminables y el gran mar salvaje. En el aeropuerto, sin embargo, no había ni rastro ni señal de aquello.

Viajeros de todas las naciones pasaban por su lado en un flujo constante. Los niños lloraban en brazos de madres estresadas, y hombres de traje gritaban por sus teléfonos móviles con gestos salvajes. Un grupo de turistas tras otro pasaba raudo junto a Lara mientras ella buscaba un taxi.

—Parece que me estás buscando a mí —oyó de repente una voz ronca a su espalda y se dio la vuelta. Ante ella se encontraba un hombre mayor de complexión robusta y ojos brillantes enmarcados por una multitud de simpáticas arrugas de expresión.

Debió de mirarlo con total perplejidad cuando él añadió: —Estás buscando un taxi, ¿verdad, señorita?

—¡Ah, sí! —exclamó ella con alivio e hizo ademán de coger su maleta, pero el hombre ya se había ocupado de ello. Subió el equipaje a un Mercedes negro aparcado detrás de ella y, poco después, le sostuvo la puerta abierta.

Lara se deslizó en el asiento trasero y, en el momento en que la puerta del coche hizo clic al cerrarse, el ajetreo y el caos se desvanecieron de repente, y el ruido de la terminal del aeropuerto quedó en silencio. Por un momento, cerró los ojos y respiró hondo.

—Viaje largo, ¿eh?

Cuando miró hacia delante, el taxista estaba sentado en el asiento del conductor y se había girado hacia ella. Estiró la mano hacia atrás. —Soy Lou, por cierto.

—Lara —dijo ella, estrechándole la mano—. Encantada de conocerte.

Resultaba inusual dirigirse a un extraño por su nombre de pila. En Alemania, probablemente eso nunca habría ocurrido, y mucho menos con un taxista. Pero de alguna manera encajaba con su imagen de los escoceses amigables y sociables de los que tanto había leído en los últimos días.

Conocía la reputación de los alemanes gruñones y no quería confirmarla de inmediato, por muy estresante que hubiera sido su llegada.

—¿Vienes en el vuelo de Alemania? —preguntó Lou, sin hacer ademán de arrancar el motor.

—Eh... sí. —Miró por la ventana y observó cómo otros taxis pasaban zumbando a su lado. ¿Es que el amable anciano no pensaba ponerse en marcha? Parecía la personificación de la calma, lo cual estaba poniendo a Lara bastante inquieta, a pesar de que ni siquiera tenía prisa. Había enviado un correo electrónico a la casita que había alquilado. Sabían de su llegada tardía.

—Parece que te vendría bien una siesta. —Lou se rió, resoplando un poco al hacerlo, y sacudió la cabeza para sí—. Esto no mejora —masculló para sus adentros y volvió a mirar hacia delante—. Bueno, ¿adónde te llevo?

—A Fallbury, por favor.

De un tirón —mucho más rápido de lo que ella le habría creído capaz—, volvió a girarse hacia ella. —¿A Fallbury? ¿Estás segura?

Lara no pudo evitar sonreír ante su expresión de asombro. —Sí, ¿por qué no? Por favor, no me digas que ese pintoresco pueblo de pescadores fue tragado por el mar mientras tanto. No podría soportarlo hoy.

Lou soltó una carcajada. —Conozco a unos cuantos que tampoco podrían soportarlo. Pero en serio, señorita, ¿qué te trae precisamente a Fallbury?

—¿Tan improbable es? —Lara evitó responder a su pregunta, todavía divertida por la mirada de perplejidad del hombre, que ya se había vuelto a dar la vuelta. Mientras arrancaba el coche, la miró por el espejo retrovisor por debajo de sus pobladas cejas.

—No, no. Llevo media vida diciendo que no hay mejor sitio para relajarse que Fallbury. Y ahora, antes de que empiece la temporada alta, hasta tendrás la playa para ti sola de vez en cuando. —Lou se rió entre dientes antes de añadir en voz más baja—: No es que esté nunca precisamente abarrotada.

Lara empezaba a disfrutar de la conversación con aquel caballero de avanzada edad, cuyas emociones se reflejaban en su rostro como si fuera un libro abierto. Se inclinó hacia delante, entre los asientos. —¿Conoces bien el pueblo?

—¿Que si lo conozco, señorita? ¡Claro que lo conozco! Mi primo tercero vive allí. Y yo vivo apenas unas millas más allá. Ya sabes, en la costa somos todos una gran familia. —Le brillaron los ojos mientras la miraba de reojo—. Bueno, casi todos, al menos —añadió más bajito.

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería con eso, Lou tomó una curva en el traqueteante taxi y Lara se deslizó contra la puerta del asiento trasero. Se aferró a la manilla mientras el anciano se echaba a reír.

—No te preocupes, señorita, mi amigo de aquí no nos fallará. —Acarició el volante como si se tratara de una mascota querida y

sonrió. Era divertido, no se podía negar.

Intentando ignorar los golpes y el traqueteo del vehículo, Lara volvió a inclinarse hacia delante. Pero cuando el motor chisporroteó al momento siguiente y Lou pisó el embrague con frenesí, sí que se le revolvió un poco el estómago.

—El embrague se queda un poco pillado —dijo él, casi a modo de disculpa, mientras dejaban atrás los terrenos del aeropuerto.

Lara parpadeó cuando los rayos del sol se filtraron por el parabrisas y le dieron en la cara. Cerró los ojos, ignorando el molesto ruido del motor, y suspiró aliviada. Ahí estaba: la primera leve sensación de bienestar desde que había puesto un pie en suelo escocés.

—Espera a que lleguemos a la carretera de la costa. Las vistas no tienen precio. ¿Has estado aquí antes?

Ella respondió que no.

—Hasta ahora, asociaba Escocia sobre todo con tormentas, lluvia y desolación. Solo en los últimos días, una vez supe que vendría, pude vislumbrar la belleza del país gracias a internet. No es ni de lejos tan agreste y poco acogedor como pensaba.

—No quiero aguarle la fiesta, señorita, pero el tiempo aquí a veces cambia por momentos. —Él la miró de reojo—. Pero eso también significa que, tras la lluvia y las tormentas, el sol suele volver a salir bastante rápido. En cualquier caso, aquí encontrarás paz.

Bueno, Lara no buscaba exactamente eso. En realidad, solo quería terminar con todo el asunto de la herencia e, idealmente, volver a Alemania con la perspectiva de una suma de dinero bastante decente.

Hacía mucho tiempo que en su vida no había lugar para la paz profunda y el relax sensorial, y ya le estaba bien así. Desde hacía un año, tras el divorcio, había evitado conscientemente ambas cosas: el silencio, el tiempo muerto, el ocio y el exceso de descanso. Todo ello conllevaba el riesgo de sumergirse en un torbellino de

autorreproches y melancolía. A su edad —poco más de treinta años—, muchas mujeres se estaban casando, no divorciándose ya.

—¡Maldita sea! —exclamó Lou de repente, sacando a Lara de sus pensamientos. Al mirar por el parabrisas, vio que salía humo de debajo del capó.

Maldiciendo sin parar, Lou dirigió el sibilante vehículo hacia el arcén.

Cuando bajaron y examinaron el dilema, el anciano se pasó las manos por su ralo cabello gris. —¿Se lo puede creer? Lo he mimado y cuidado durante años, ¿y así me lo agradece?

Lara tuvo que reprimir una sonrisa. —Seguro que no fue nada personal.

—Oh, no tiene ni idea. —Lou buscó su móvil y lo sacó del bolsillo de la chaqueta; era tan grande y pesado como el prototipo de hace décadas de todos los teléfonos modernos—. Déjame que te llame primero a un conductor de sustitución; esperar conmigo a la grúa se haría eterno.

Pulsó los grandes botones a cámara lenta, como si tuviera que pensar una eternidad antes de cada dígito, para finalmente llevarse aquel coloso a la oreja.

—Sí, Josh, soy yo, Lou. Escucha, muchacho, llevo a una pasajera, iba de camino a Fallbury y he tenido una avería. Estamos justo al principio de Cliffside Road, en dirección a Aberdeen.

Poco después, Lou guardó el teléfono. —Alguien vendrá a por ti en breve.

Lara asintió y observó cómo el anciano llamaba a un servicio de grúa para él mismo antes de dirigirse al capó, levantarlo y mirar debajo. Sin embargo, después levantó la vista y sonrió con picardía. —Ni siquiera sé por qué miro ahí dentro. No entiendo ni jota de todas estas mangueras.

Lara soltó una carcajada, fue al maletero, abrió el bolsillo lateral de su maleta y sacó la tableta de chocolate que su madre le había dado

para el viaje. Poco después, estaban apoyados contra el coche, uno al lado del otro, compartiendo el chocolate mientras Lou no paraba de deshacerse en elogios.

—Maravilloso, sencillamente delicioso. Me alegro de haberme quedado tirado en una carretera secundaria por esto. —Cogió el siguiente trozo que Lara le tendía.

Sorprendentemente, ella se sentía completamente tranquila. En casa, si se quedaba atrapada en el tráfico de la tarde, ...podía hablar como un carretero. Incluso si no tenía planes para la noche y solo corría el riesgo de perderse los programas de televisión con los que solía desconectar. Pero aunque el día había empezado de forma tan frenética y el agotamiento era evidente, la frustración y la ira no aparecían por ninguna parte aquí en Escocia. Quizá fuera la brisa escocesa, que soplaba agradablemente fresca entre sus cabellos, o los extensos prados que los rodeaban mientras Lou le describía tras qué colina y qué curva se escondía el mar.

Pero sin duda también se debía al viejecito taxista, que se negaba a que su estado de ánimo se arruinara y llenaba el tiempo de espera con historias maravillosamente divertidas. Acababa de terminar de hablarle de su prima tercera, que estaba casada con su cuarto marido, mientras que los tres anteriores habían fallecido en circunstancias a veces estrambóticas. Con un guiño, añadió: — Todavía estamos haciendo apuestas sobre lo que le pasará al número cuatro. Pero el buen hombre aguanta bien por ahora.

Lara se rió por lo bajo. No decía nada en serio y, sin embargo, le gustaba su sentido del humor y la luz con la que veía los acontecimientos de la vida. Al parecer siempre con una sonrisa en los labios, y eso sin duda no podía hacer daño.

Media hora después, el chocolate se había terminado y un vehículo apareció a lo lejos. El primero desde que se habían quedado varados allí.

—Ese debe de ser Josh. No te preocupes, te llevará a Fallbury sana y salva.

—¿Él también es taxista?

Lou negó con la cabeza. —¿Qué se creyó? Podríamos haber esperado una eternidad hasta localizar a un colega que viniera hasta aquí.

Lara asintió mientras observaba el coche que se aproximaba. Así que estaba a punto de subirse a un coche con un extraño. En Alemania, no habría hecho algo así ni en un millón de años. No era exactamente del tipo miedoso, pero una dosis saludable de sospecha nunca venía mal.

—Josh, amigo mío, eres nuestro salvador... bueno, al menos para la joven de aquí.

El hombre del cabello rubio hasta los hombros, recogido en un moño descuidado, la saludó amablemente con la cabeza mientras detenía su coche junto a ellos.

—No hay problema. —Señaló el coche, que seguía echando humo—. Lou, llevo cinco años diciéndote que esto pasaría.

—¡Oh, tonterías! —Lou le restó importancia con un gesto y acarició su querido vehículo—. Me sirvió bien. De lo contrario, nunca habría tenido una conversación tan larga y agradable con Lara.

Así que también era un galán.

Josh le tendió la mano y se presentó con una sonrisa.

Ella hizo lo mismo. —Gracias por venir al rescate. —Volviéndose hacia Lou, dijo—: Pero de verdad fue un placer conocerte. ¿Cuánto te debo por el viaje?

Lou agitó la mano. —No te preocupes por eso. El chocolate y tu agradable compañía han sido pago suficiente por haberte dejado tirada en medio de la nada.

Lara se lo agradeció calurosamente. —Pero si alguna vez nos cruzamos en Fallbury, te invito a una copa. ¿Qué te gusta beber?

—Whisky —respondieron Josh y Lou simultáneamente, rápidos como el rayo.

Entre risas alegres, Lara subió su maleta al coche de Josh y se deslizó en el asiento del pasajero. No se volvió a hablar de la necesidad de ser valiente. Era increíble lo rápido que los escoceses lograban crear una sensación de calidez y seguridad.

—No falta mucho para llegar a Fallbury —dijo Josh después de que hubieran emprendido la marcha, dejando atrás a Lou para esperar a la grúa. Lara se había vuelto una vez más para mirar al viejo taxista y, al volverse ahora hacia delante, casi se quedó sin respiración. Lou no había prometido demasiado: dos curvas más allá en Cliffside Road, el mar apareció de repente. Acantilados escarpados y oscuros lo enmarcaban, como si alguien hubiera cortado simplemente un trozo de tierra allí y lo hubiera dejado hundirse en el agua. Aunque Hamburgo no estaba lejos de la costa, fue la extensión infinita lo que dejó a Lara sin aliento en aquel momento.

Prados lozanos, salpicados de flores silvestres de colores, brillaban bajo la suave luz del sol, que se colaba entre espesas nubes y hechizaba la tierra. Lara rara vez había visto algo tan hermoso. Abrumada por sus propias emociones, se llevó una mano al pecho y tragó saliva.

—¿Todo bien? —preguntó Josh, mirándola de reojo.

—S... sí —balbuceó ella, riendo tímidamente.

—No te preocupes, conozco esa mirada. Tía, mi prometida, vino a Escocia el invierno pasado. A día de hoy, todavía no puede ocultar sus emociones cuando mira al mar.

—Es diferente al mar de Alemania. Más salvaje, más primario, y a la vez, de algún modo... —Lara buscó las palabras adecuadas.

—¿Más pacífico? —le ayudó Josh.

No lo había pensado, pero ahora que él lo decía, no podría haber encontrado una descripción más apropiada.

—Exacto —dijo ella en voz baja, y Josh asintió.

Él le dio tiempo durante los siguientes minutos para procesar las impresiones del paisaje que pasaba ante ellos. Pero finalmente, dijo:

—Mira, ahí abajo ya se ve Fallbury.

—¿Esas... esas poquitas casas? —preguntó ella, con semblante decepcionado. Había leído que Fallbury era un pequeño y pintoresco pueblo de pescadores; en su mente, lo había comparado con centros turísticos costeros como Travemünde o al menos Scharbeutz, en el mar Báltico. Pero esto era diferente, totalmente diferente.

—Te sorprenderá lo acogedora que es una comunidad tan pequeña.

—Seguro —dijo Lara, temiendo que allí abajo, en una de esas casas de piedra gris y blanca, las paredes pudieran empezar pronto a cerrarse sobre ella. La magia del momento que la había cautivado justo antes se había desvanecido tan rápido como había llegado. Pero al momento siguiente, mientras Josh conducía por la calle principal hacia el pueblo, se quedó pegada a la ventanilla, sin habla.

Una casita seguía a la otra, con viejos postigos de madera decorando las fachadas rugosas. Muros de piedra y vallas de jardín blancas flanqueaban las propiedades. Los residentes de más edad estaban sentados en bancos frente a sus casas o se asomaban a las ventanas, saludando a Josh mientras él tocaba la bocina al pasar. Echó una breve carrera con un niño en bicicleta; al menos, lo que se puede llamar una carrera a paso de tortuga. Dejó ganar al niño, que se alejó pedaleando mientras hacía sonar su timbre frenéticamente y soltaba risitas.

Al pasar por el puerto y ver el faro gigante al final del muelle, Lara parpadeó con incredulidad. Olas estrepitosas rompían en la bahía, y la espuma brillaba bajo el sol como si lanzara diamantes a la orilla.

Nunca había visto nada igual. Conocía pueblos acogedores, rurales, familiares y tranquilos. Pero Fallbury parecía como si el tiempo se hubiera detenido. Ni rastro de ajetreo frenético, rostros sonrientes en cada esquina y, por si fuera poco, la naturaleza salvaje y sobrecogedora.

—Bueno, ¿sigues decepcionada?

Se volvió hacia Josh, que la miraba con una sonrisa.

—Bueno, no estaba exactamente decepcionada... —mintió ella, y él se rió mientras aparcaba el coche frente a la cabaña que ella le había indicado. Estaba en medio del pueblo, situada entre otras casas de piedra. Todas parecían iguales. Solo destacaba el letrero de madera sobre la puerta con las letras *Cliffside Cottage – Bed 'n' Breakfast*.

—Gracias por traerme de forma tan espontánea. ¿Puedo al menos pagarte, señor...? —Ni siquiera sabía su apellido.

Él le restó importancia. —Te estaba haciendo un favor a un viejo amigo, eso es todo. Pero si quieres hacerme uno a mí, por favor llámame simplemente Josh. Si no, me siento un anciano. Y además, estoy seguro de que nos cruzaremos por aquí una o dos veces. Es difícil evitarlo. Mi Tia se pondrá encantada cuando sepa que estás aquí.

—¿Ah, sí?

—Claro, los visitantes de nuestra tierra siempre son especiales.

Lara se sintió casi un poco halagada. —Dale mis saludos. Eh... quiero decir, dale mis saludos de mi parte.

Josh sonrió. —Lo haré. ¿Puedes con la maleta o te ayudo?

—Puedo yo. Gracias de nuevo.

Se despidió de él con la mano después de subir la maleta a la acera.

Mientras la mirada de Lara recorría la fachada de la casa y se detenía en las jardineras rebosantes de flores silvestres, sonrió para sus adentros. Así que ese sería su hogar durante los próximos días o semanas. Agarró su equipaje y atravesó la chirriante verja del jardín.

Al usar el llamador de la puerta principal, sintió un hormigueo de nerviosismo en el estómago. Realmente podría haber sido peor. Este lugar en la costa escocesa era un pequeño milagro, y de repente ella estaba justo en medio de él.

Capítulo 3

—ESTA es tu habitación. Cama, televisión, ventana. Y el baño está al final del pasillo. —La chica hizo una pompa con su chicle que estalló con un *ipop!* antes de que los restos pegajosos desaparecieran de nuevo en su boca.

Lara arqueó las cejas con sorpresa. Aquella adolescente, obviamente molesta, la había conducido a su habitación en menos de dos minutos sin decir ni una sola palabra de más.

—¿Hay sala de desayunos? —preguntó Lara mientras la chica se apoyaba en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sí. Abajo.

—Vale. ¿Y dónde exactamente? —Lara dejó su maleta en el suelo.

—Al final del pasillo.

—Ah, parece que por aquí hay bastantes cosas al final de un pasillo —intentó aligerar un poco el ambiente, pero la chica se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Eso es todo? —preguntó simplemente, mientras otra pompa estallaba en sus labios.

—Por ahora, sí.

Sin decir palabra, la adolescente desapareció por el estrecho corredor y se dirigió hacia las chirriantes escaleras de madera.

—¿Cómo se llama, por cierto? —le gritó Lara, pero no alcanzó a oír la respuesta mascullada. Ni rastro de la cálida bienvenida que habría reforzado su primera impresión, casi de cuento de hadas, de Fallbury.

Así que pasó lo que quedaba de la tarde de sábado guardando las pocas cosas que traía consigo en el gran armario de roble situado justo frente a la cama con dosel. No había mucho más en su

habitación del bed-and-breakfast, pero los motivos florales del papel pintado y las cortinas, los numerosos y mullidos cojines, el sillón orejero de cuadros escoceses y los muebles de madera oscura creaban una atmósfera cálida y rústica. En Alemania probablemente lo habrían tachado de anticuado, pero encajaba a la perfección con esta acogedora ciudad costera. Y a Lara le sirvió de consuelo tras el brusco recibimiento.

Tras informar a su madre sobre los pormenores del viaje, abrió la ventana de batiente y se recostó en la cama.

Lara cerró los ojos. Por un momento, creyó oír el sonido del mar, a pesar de que no se veía desde su habitación. Pero las gaviotas chillaban a lo lejos y le llegaba el zumbido monótono de los barcos de pesca entrando en el puerto. Conocía todos esos sonidos, pero en Fallbury se acompañaban de un silencio tan suave que sonaban mucho más intensos.

Cuando llamaron a la puerta, Lara dio un respingo.

—¿Señorita Lehmann? —oyó una voz suave desde el pasillo que definitivamente no pertenecía a la chica malhumorada.

Lara se echó un vistazo rápido en el espejo que colgaba en el interior de la puerta abierta del armario y se alisó el pelo castaño, que le llegaba a los hombros. Luego abrió la puerta y unos ojos amables y vivaces la miraron desde un rostro radiante.

—Qué alegría que haya llegado bien —dijo la mujer que estaba en el umbral, sosteniendo una pequeña cesta de madera cubierta con un paño blanco.

—¿La señora Barclay? —confirmó Lara, suponiendo que estaba ante la dueña de la casa con la que se había cruzado correos electrónicos los últimos días.

La amable señora, con el pelo recogido tirante y un vestido de flores, le tendió la mano. —Esa soy yo.

—Es un placer conocerla. —Lara sonrió con alivio—. Su hija, supongo, me dejó entrar.

—Exacto, y por eso, querida, le traigo una pequeña disculpa por adelantado. —La señora Barclay le tendió la cesta a Lara. Bajo el paño de algodón había unos dulces de fragancia maravillosa.

—¡Huele de maravilla!

—Es shortbread casero. Una especie de galleta de mantequilla. Pruébela.

Lara cogió un trozo y le dio un bocado. La dulce masa quebrada se deshizo en su lengua.

—Mmm —murmuró, cerrando los ojos con deleite—. ¿Los horneó usted?

—Bueno, mi Madison desde luego que no. —La señora Barclay soltó una carcajada.

—Así que se llama Madison. —Lara dejó la cesta sobre un pequeño taburete junto a la puerta y sonrió—. No fue muy habladora.

—Si ese fuera el único problema, me daría por satisfecha. Con una joven de catorce años, estoy acostumbrada a líos mucho peores, créame. —La anfitriona sonrió con picardía—. Me habría gustado recibirla yo misma, pero su llegada tardía coincidió con otro compromiso. Pero ya estoy aquí y a su disposición para cualquier pregunta que tenga. ¿Está contenta con su habitación?

Lara miró por encima del hombro. Una suave brisa ondulaba las cortinas de flores. —Es perfecta.

—Me alegra oírlo. Si necesita cualquier cosa, puede acudir a mí en cualquier momento. Mi hija y yo vivimos en la parte trasera de la planta baja. Encontrará la puerta; está al final del pasillo, frente a la sala de desayunos, y tiene un cartel que pone *Privado*. Pero, por supuesto, puede llamar al timbre de día o de noche.

Lara sonrió para sus adentros al ver que todo en aquel laberinto de casa parecía estar al final de un pasillo, y asintió. —Me las arreglaré, muchas gracias.

—Si lo desea, es bienvenida a desayunar con nosotras. O sola. Todos los días de siete y media a nueve y media.

—Sin duda le tomaré la palabra.

—Bien. —Unas líneas de risa aparecieron en el rostro de la mujer —. Oh, de verdad que es un placer tenerla aquí. —Su voz sonaba sincera y cálida, y cuando tocó brevemente el brazo de Lara —casi de forma maternal—, esta se sintió más que bienvenida.

—¿Sabe ya cuánto tiempo le gustaría quedarse? —añadió la señora Barclay.

—Probablemente podré decírselo en los próximos días. —Hasta el momento, no había reservado un vuelo de vuelta a Alemania, ya que no podía calcular cuánto tiempo le llevaría llegar a un acuerdo con el abogado respecto a la herencia. Al final, podría ser más rápido de lo que pensaba y estaría de vuelta en solo unos días. Ese pensamiento, sin embargo, ya la hacía sentir un poco nostálgica, apenas unas horas después de su llegada. Había aterrizado en un lugar excepcionalmente hermoso y, ya que estaba allí, podía aprovechar la oportunidad para tomarse un respiro de la vida cotidiana. En los últimos años, viajar había sido lo último en lo que había pensado; demasiado poco, le pareció de repente.

—No hay prisa, le reservaré la habitación. De todos modos, no estamos al completo en este momento; la temporada alta aún no empezó de verdad. —La dueña del bed-and-breakfast se alisó el vestido de flores—. Por ahora, simplemente instálese.

Lara asintió y, mientras observaba a la amable mujer caminar hacia las escaleras con pasos cortos y rápidos, se le ocurrió algo con lo que podría ayudarla.

—Tengo una pregunta más. —Salió al pasillo—. ¿Hay algún sendero para ir a pie hasta Anchor's End que empiece aquí en el pueblo?

El semblante de la señora Barclay cambió. Miró a Lara con expresión inexpresiva. —¿Perdón?

—El pueblo vecino... al menos eso parecía en el mapa... Anchor's End —repitió, temiendo haberse equivocado y haber aterrizado en el extremo equivocado de Escocia. Pero no podía ser: entre Fallbury y

Anchor's End debería estar la finca que iba a heredar. Estaba bastante segura y lo había comprobado todo dos veces antes de reservar el vuelo y la habitación.

La mujer se rió, pero de repente sonó forzado, casi incómodo. — Bueno, no sé quién querría ir caminando hasta allí desde aquí.

—¿Porque está muy lejos? En realidad no necesito llegar hasta el pueblo, solo en esa dirección. Se trata de una herencia, es una larga historia.

Un interés sincero se encendió en los ojos de su anfitriona. — ¿Tiene familia aquí? —Con pasos rápidos, volvió al lado de Lara. Tenía una forma inusual de caminar, nerviosa y a tropezones; parecía dar cinco pasos por cada uno de los que daban los demás.

—Al parecer, sí.

—¡Oh, entonces bienvenida a casa! —La señora Barclay la abrazó con un toque excesivo de familiaridad.

—Oh, bueno... sí, gracias —murmuró Lara, desconcertada por la repentina cercanía—. Entonces, Anchor's End, ¿puedo ir en esa dirección a pie? ¿Necesito una bicicleta, un coche?

La dueña del bed-and-breakfast volvió a dirigirse hacia las escaleras. —Lo mejor es que pregunte en la oficina de información turística, pregunte por Phoebe McCloud. Personalmente, nunca querría ir en esa dirección, así que no me importa mucho si hay senderos o cualquier otra cosa. —Su risa posterior volvió a sonar incómoda, por no decir un poco despectiva. Tampoco esperó a ver si Lara tenía algo más que decir, sino que se limitó a asentirle con la cabeza y desapareció escaleras abajo.

Confundida, Lara hizo una mueca, volvió a su habitación y sacó la carta del abogado, Ian Farelane. Quería concertar una cita con él lo antes posible para poner en marcha todos los trámites necesarios y, sobre todo, para visitar la finca, pero su llamada fue desviada directamente al contestador.

Nuestro horario de oficina es de lunes a viernes de...

Podría haberlo imaginado. Probablemente tuvo suerte con su llamada el sábado pasado. Cortó el mensaje grabado, cogió la llave de su habitación y bajó las escaleras.

Entonces aprovecharía el tiempo para echar un vistazo por Fallbury. Con suerte, al menos la oficina de información turística seguiría abierta. Así este día caótico no se desperdiciaría por completo.

El sol de principios de verano calentaba la piel de Lara mientras paseaba por los estrechos callejones y apenas podía apartar la vista de las fachadas de los edificios circundantes. Cada casa de piedra — por mucho que se pareciera a la siguiente en forma y materiales— tenía una peculiaridad que llamaba inmediatamente su atención. Frente a algunas casitas colgaban o se alzaban carteles de metal y madera con nombres o títulos de negocios. A otras cabañas solo se podía llegar abriéndose paso a través de un jardín salvaje de hierba que llegaba a los tobillos. Delante de algunas de ellas había un banco para sentarse; otras tenían las ventanas abiertas, con mullidos cojines encajados a modo de apoyabrazos. En casi cada repisa de la ventana colgaba una jardinera, de la que brotaban las flores más silvestres en los colores más deslumbrantes. Acababa de pasar por delante de una casa con dos bicicletas apoyadas en su fachada, y en la siguiente era un viejo ciclomotor el que esperaba a su dueño en el patio, oculto bajo una lona. Aquí y allá, un perro ladraba detrás de una valla, mientras un gato esponjoso se escabullía por el jardín del vecino, asustando a numerosas mariposas y abejas. Sobre todo, sin embargo, Lara notó la amabilidad de los residentes escoceses. No pasaba por delante de una sola propiedad donde alguien estuviera trasteando, trabajando o simplemente asomándose con curiosidad sin ser saludada afectuosamente. Incluso los dos niños pequeños que correteaban por la calle jugando a la pelota le gritaron un alegre «Hola, señorita». Cuando el balón rodó hacia ella, se lo devolvió de una patada con una risa.

Este lugar tenía algo notablemente pacífico. Como si estuviera completamente aislado del mundo frenético y ruidoso que había

dejado atrás a su llegada. Lara admiraba profundamente que algo así todavía existiera. Por su trabajo en la residencia de ancianos, conocía numerosas historias de tiempos pasados que no tenían mucho en común con el aquí y el ahora. Historias de guerra, dolor y pérdida, pero también de la sencillez de la vida, de la dicha y la satisfacción con lo poco que tenían a su disposición. Cosas así también se encontraban en Fallbury. En ninguna parte había un Audi caro aparcado frente a una casa, ni nadie pasaba a su lado con el último bolso de diseño. Todavía no lo había visto todo en este pueblo costero, pero Lara ya podía decir una cosa: aquí se trataba de mucho más. De amabilidad y calidez y de un tipo especial de unión.

Bueno, quizá Madison Barclay, la hija de mi anfitriona, no lo sienta así, pensó para sí con una sonrisa mientras doblaba la siguiente esquina y divisaba un ornamentado cartel de hierro en el que se leía Tourist Information al otro lado de la calle.

Una joven y guapa mujer con el pelo rubio por los hombros estaba apoyada tras el mostrador, levantando la vista cuando tintineó la campana sobre la puerta de entrada. Un estrecho letrero junto a la caja probablemente llevaba su nombre: Phoebe McCloud.

—Buenas tardes, señora McCloud —la saludó Lara amablemente, y la mujer sonrió de forma acogedora.

—Oh, por favor, llámame Phoebe.

—Encantada. Yo soy Lara —se presentó y le tendió la mano a modo de saludo—. Necesito una recomendación para ir desde aquí hasta Anchor's End. Estoy de vacaciones, no tengo coche ni bicicleta, así que había pensado en algún sendero o algo parecido.

—¿Algo parecido? —Phoebe sonrió y se acercó a un soporte que contenía numerosos mapas y guías de senderismo. Rebuscó entre los mapas individuales hasta que sacó uno y lo extendió sobre el mostrador.

—Anchor's End está prácticamente justo al otro lado de la colina, en dirección norte. La forma más fácil sería por aquí abajo. Pasando el puerto. A través de un atajo que no está marcado aquí, puedes

bordear la bahía, pasando por una monada de casita de playa. Unos metros más adelante hay de nuevo un camino oficial que sube a los acantilados. Allí arriba solo hay casas dispersas, muchas de ellas están en ruinas, lo han estado durante muchos años. El camino pasa por delante de ellas y, si no leo mal esto, la ruta completa no tiene más de ocho kilómetros. Una distancia considerable, desde luego.

Lara siguió la ruta en el mapa con el dedo. —Parece factible. ¿Puedo llevármelo? —Buscó su cartera y le pagó a Phoebe la módica cantidad.

—¿A dónde quieres ir exactamente en Anchor's End? —Con expresión curiosa, Phoebe se inclinó sobre el mostrador—. Nadie va allí voluntariamente —dijo en voz baja, a pesar de que no había nadie más que ellas en la oficina de turismo.

Qué extraño, la señora Barclay también había reaccionado de forma rara cuando salió el tema del pueblo vecino.

—¿Has dicho que hay casas y propiedades abandonadas allí arriba? Bueno, creo que una de ellas me pertenece ahora.

Los ojos de Phoebe se abrieron de par en par. —¿En serio?

Lara se rió. —Eso creo. —Sacó la carta del abogado—. Al menos según esto.

—Qué locura —dijo Phoebe—. No he estado allí arriba en una eternidad, pero algunas de esas casas son auténticas ruinas. No dejes que te den gato por liebre.

Lara tragó saliva al sentir que la inquietud resurgía tan rápido como había aparecido. —Por eso estoy aquí. Quiero ver el lugar antes de aceptar la herencia.

—Buen plan. ¿Puedo preguntar dónde se encuentra exactamente la casa?

Lara tenía la dirección exacta que el abogado le había enviado por correo electrónico y la buscó en su teléfono. Cuando se la enseñó a Phoebe, esta asintió y abrió un planificador de rutas en su ordenador. Lara había hecho lo mismo poco antes de su partida.

Pero ahora que estaba a solo unos kilómetros de distancia, se sentía mucho más tangible.

—No está muy lejos de aquí, ¿verdad? —preguntó ella, y Phoebe asintió.

—A medio camino de Anchor's End, más o menos.

Lara echó un vistazo rápido a su reloj de pulsera. Eran las cinco de la tarde. Cuatro kilómetros no era mucha distancia; podía ponerse en marcha y echar un vistazo al edificio ahora mismo. Sola, sin el abogado pisándole los talones y, potencialmente, dándole la charla. Las indicaciones parecían bastante sencillas; era prácticamente imposible perderse! Sin duda, era mejor que quedarse encerrada a solas en su habitación el resto del día.

—¿Por aquella playa de allí? —confirmó, señalando en la dirección correspondiente.

—Mmm, más bien hacia aquel lado —corrigió Phoebe, señalando en la dirección opuesta. El sentido de la orientación nunca había sido el punto fuerte de Lara. Pero tenía el mapa para ayudarla.

—Gracias, Phoebe, seguro que nos volvemos a ver; me quedo unos días más —gritó mientras salía a toda prisa de la oficina de información turística.

El sol aún brillaba con un calor agradable, acompañado de una suave brisa de principios de verano que acariciaba su piel. Lara se quitó la chaqueta, se la anudó a la cadera y se dirigió hacia el norte.

Quizá debería haber recapacitado sobre su calzado antes. Los mocasines planos y sin dibujo la llevaron con bastante solvencia por la playa de arena salpicada de madera arrastrada por el mar y hierba de las dunas, y más allá de la vieja casita que Phoebe había mencionado, pero cuando se desvió por el sendero unos metros más adelante, que subía serpenteando por los acantilados, no dejaba de resbalarse. Puede que fuera porque el camino apenas era reconocible como tal. Aunque tenía una vista impresionante del mar abierto justo debajo cada vez que se detenía y miraba a su alrededor, las piedras sueltas y las raíces salvajes exigían casi toda

su atención. Para cuando finalmente llegó a la cima de los acantilados, habría jurado que las primeras ampollas ya le latían con fuerza en los dedos de los pies.

Basándose en la descripción de Phoebe, Lara esperaba ver una propiedad abandonada tras otra, pero no era el caso. Al contrario: ante ella no se extendía más que naturaleza salvaje y escarpada. El mar embravecido a la derecha y amplios prados a la izquierda. Solo unos cientos de metros más allá divisó los primeros restos de un muro, indicio de una antigua propiedad. Apenas eran reconocibles bajo una espesa capa de hiedra. No muy lejos de allí se alzaba un edificio, obviamente aún habitado. Y unos metros más adelante, Lara llegó por fin al punto indicado por el planificador de rutas. La propiedad heredada tenía que estar por aquí cerca. El sendero costero la llevó por la parte trasera de la finca, que estaba cercada por un muro a la altura de la cintura. Detrás se extendía un jardín con abedules altos, robles y fresnos, cuyo denso follaje ocultaba la vista del edificio.

Lara se detuvo y dejó que las yemas de sus dedos se deslizaran sobre el muro rugoso mientras la brisa marina le acariciaba la nuca.

La finca que tenía ante ella no parecía estar completamente descuidada, aunque la hierba, que le llegaba al menos por los tobillos, y los arbustos que crecían en todas direcciones dejaban claro que no se había cuidado adecuadamente en mucho tiempo.

Era una verdadera lástima; con suficiente tiempo y pasión, este jardín podría convertirse sin duda en un paraíso. Podía verlo claramente en su mente: una pequeña fuente a la izquierda, una zona de asientos a la derecha junto a una barbacoa humeante con salchichas y brochetas de verduras chisporroteando. Uno de los viejos robles también era el lugar perfecto para un columpio. Un pensamiento casi infantil; Lara no se había sentado en uno en años. Pero aquí fuera, le vino de inmediato a la memoria un suave recuerdo de aquella ligereza especial, y la idea de sentarse en un columpio bajo la copa de los árboles siendo adulta le pareció de todo menos absurda.

¿Cómo debía de haber sido este lugar cuando aún estaba habitado? ¿Habrían corrido alguna vez niños por el jardín, jugado al escondite tras los rosales antes de trepar por los gruesos troncos de los árboles y construir fortalezas secretas con tablas viejas y sábanas, ocultos de miradas indiscretas?

Lara bajó la mirada con una sonrisa, mientras algo pesado se le instalaba de repente en el pecho. Ella nunca había sido ese tipo de niña. Nunca había trepado con audacia por las ramas para acabar cayéndose y raspándose la rodilla. Nunca había correteado por jardines salvajes ni se había arañado los brazos con matorrales de espinas. Rara vez había experimentado en su vida de gran ciudad esa imprevisibilidad y belleza salvaje que la inmensa naturaleza traía consigo. Pero, más que eso, le debía su infancia protegida a su madre. La muerte de su padre había dejado huella. Aunque Lara nunca lo había conocido, siempre había formado parte de su vida, presente a través de la constante preocupación de su madre por que a Lara también pudiera pasarle algo. Nunca lo había percibido como algo negativo ni había sentido que se estuviera perdiendo nada por ello. Pero aquí, en la escarpada costa escocesa, ese extraño sentimiento la invadió de repente; desconocido y familiar al mismo tiempo, y no sabía muy bien qué hacer con él. Parpadeó y sacudió la cabeza para despejar los pensamientos confusos, y se dirigió hacia la puerta de madera del jardín situada en la parte posterior del muro, que ofrecía acceso directo desde el sendero costero a la propiedad. Rechinó un poco y se enganchó en el suelo cuando Lara la empujó para abrirla y se coló por el estrecho hueco. Entre la maleza no se veía ningún sendero trillado ni siquiera un atisbo de sugerencia de que alguien hubiera tomado recientemente esa ruta desde la casa hasta la puerta del jardín. Presumiblemente, nadie había cruzado esa puerta en años.

A medida que Lara se abría paso entre los arbustos y rodeaba los árboles, los contornos de la casa, que antes solo había podido vislumbrar tras las copas de los árboles en la distancia, se hicieron gradualmente más claros. Cuando por fin llegó a ese punto de este

jardín encantado donde nada bloqueaba su vista, se le entrecortó el aliento.

La imponente casa de campo de dos plantas hecha de piedra natural clara se alzaba ante ella. Enredaderas de hiedra serpenteaban por casi toda la parte trasera de la casa, dándole un aspecto salvaje y misterioso, como si hubiera caído directamente de una novela a este paisaje, que la había acogido con los brazos abiertos. El tejado de pizarra oscura armonizaba perfectamente con el entorno, especialmente con los escarpados acantilados que separaban el mar de la tierra. Numerosas ventanas de celosía, ventanales y frontones, algunos decorados con hierro forjado o embellecidos con elementos de madera, debían de ofrecer una vista panorámica impresionante del paisaje desde el interior de la casa. Además, Lara divisó al menos dos chimeneas de ladrillo.

Impresionada, casi con reverencia, soltó el aire que contenía. Había esperado mucho... bueno, probablemente había deseado mucho. Pero no se habría atrevido a soñar con un edificio como este. A pesar de su tamaño, resultaba acogedor y cálido. Tenía encanto, definitivamente. Además de la ubicación excepcional al borde del acantilado. Incluso el tejado se veía bien. Si no había fugas en las tuberías descuidadas durante años o moho en cada rincón del interior, esto era sin duda una mina de oro. ¿Y se suponía que le pertenecía a ella, solo a ella?

Inspirada por este pensamiento, Lara rodeó la casa, intentando mirar por una u otra ventana de puntillas, pero no lograba ver nada con claridad. ¿Seguiría habiendo muebles dentro? Y si era así, ¿le pertenecerían también a ella? Quizá Ian Farelane, el abogado, podría recomendarle un buen agente inmobiliario especializado en vender casas tan extraordinarias como tradicionales. Sacó el teléfono del bolsillo para dejar un mensaje en el buzón de voz de Farelane pidiéndole que la llamara lo antes posible, cuando de repente chocó con alguien que doblaba la esquina en ese preciso momento.

—¡Uy! —jadeó, retrocediendo dando traspiés, y el teléfono se le cayó de la mano.

El extraño sostenía en sus brazos un montón de tablas cortas que, debido a la colisión, se deslizaron hacia la hierba una tras otra.

—Genial —dijo él, lanzándole una mirada bastante hostil—. ¿Estás buscando un fondo de selfi emocionante para tu perfil de Instagram, o por qué merodeas por la propiedad? —El hombre volvió a recoger las tablas. Tenía el pelo rubio oscuro alborotado, sus labios carnosos estaban apretados en una fina línea y sus musculosos brazos brillaban por el sudor bajo su camiseta de tirantes blanca.

Perpleja por su reacción gruñona, Lara buscó su teléfono entre la hierba, se aclaró la garganta y luego dio un paso atrás.

—Lo mismo podría preguntarte yo... —empezó a replicar, cuando él se pasó la mano por el pelo, la miró con la cabeza ladeada y sus labios apretados se curvaron de repente en una sonrisa de disculpa.

—Lo siento de verdad. —Dejó las tablas a un lado, se limpió las manos en la camiseta y le tendió una mano a modo de saludo—. Obviamente he tenido un día de perros y no estoy haciendo un buen trabajo ocultándoselo a una turista tan guapa. Me llamo Jonathan.

Ella no pudo evitar sonreír ante el repentino cambio de actitud y su encantadora forma de disculparse.

—Lara —se presentó—. No pensaba que fuera a decir esto hace un segundo, pero es un placer conocerte.

Él se metió las manos en los bolsillos. —Así que... los selfis están oficialmente permitidos, adelante. No hacen daño a nadie. Si salgo en la foto, avísame.

Ella todavía se preguntaba por qué seguía mencionando esos raros selfis cuando él señaló con la cabeza hacia su teléfono.

—Ah, ya entiendo. —Se rió—. No, no, probablemente me he hecho exactamente un selfi en toda mi vida, y solo fue porque no dejaba de olvidarme de traer una foto para el portal de empleados.

—¿Solo uno en toda tu vida? —Le guiñó un ojo—. Qué desperdicio.

Lara tomó aire, sonriendo. Definitivamente sabía el efecto que causaba en las mujeres y cómo utilizarlo. No podía saber que, aunque le arrancaba una sonrisa divertida, no conseguía nada más.

—¿Y de dónde eres, misteriosa desconocida que odia los selfis?

—De Alemania —dijo ella, entrecerrando los ojos al mirarlo frente al sol—. No es tan misterioso como esperabas, ¿eh?

—Como no he conocido a nadie de Alemania en toda mi vida, difícilmente podría ser más misterioso, la verdad.

Solo ahora se fijó en sus ojos azul hielo, cuya mirada era tan penetrante como cautivadora.

Ella se aclaró la garganta. —No quiero estropearle el humor, pero ¿qué haces aquí? ¿Te contrató el señor Farelane? —Echó un vistazo a las tablas, a sus pantalones de trabajo manchados y a las motas de polvo que colgaban entre sus mechones rubios.

Jonathan, que acababa de agacharse para coger las tablas de madera, volvió a erguirse sin ellas.

—¿El señor Farelane?

—El abogado —empezó a explicar ella—. Él...

—Sé perfectamente quién es. No hay tantos bufetes de abogados aquí, en el fin del mundo.

—Ah, pensé que tal vez te habría contratado para vaciar el lugar. Eso sería un inconveniente; me gustaría verlo todo por mí misma antes de que lo tiren.

Ahora Jonathan se rascó la cabeza, y polvo y yeso cayeron de su cabello.

—Vale, ahora sí que estoy perdido. ¿Por qué has dicho que estabas aquí? —La miró con escepticismo.

—En realidad no lo he dicho todavía, para ser precisos. Estoy aquí por la herencia. —Extendió la mano y la colocó sobre la fachada de arenisca clara—. Esta herencia. Mi herencia. —Un cálido sentimiento de orgullo fluyó por sus venas e hizo que le ardieran las mejillas. Probablemente estaba sonriendo de oreja a oreja. Pero eso se

desvaneció tan rápido como había llegado. Concretamente, en el momento en que Jonathan soltó una carcajada y luego sacudió la cabeza. —Y pensabas que no te encontraría misteriosa. ¿Quién demonios te metió en la cabeza la extraña idea de que podrías haber heredado esta propiedad?

—Ian Farelane —logró soltar ella.

—Sí, ya me lo imaginaba —respondió Jonathan, sin dejar de sacudir la cabeza—. Pero conozco al heredero de Sunset Hill House, y creo que me acordaría si fueras tú.

—¿Sunset Hill...? —repitió ella con vacilación, asimilando aún la noticia de que aparentemente había algún otro heredero.

—Sunset Hill House, el nombre de la casa —explicó él.

—De acuerdo, pero he recibido una carta oficial de un abogado. Soy la última en la línea de sucesión. Hamish Sinclair era mi tío abuelo, aunque desgraciadamente nunca llegué a conocerlo. Pero aun así... ¡es mi casa!

—Eso es imposible. El hijo de Hamish es el heredero; cualquier otra cosa sería absurda. —Jonathan sacudió la cabeza con incredulidad.

Ella le puso la carta delante de la cara. —Pero es la verdad.

—Creo que aún no se dijo la última palabra sobre el tema —dijo Jonathan tras leer el texto por encima.

El ambiente divertido y relajado se había agriado para algo más que para Lara. Él también tenía ahora un aspecto francamente sombrío y se cruzó de brazos con un gruñido. —Mira —dijo—, lamento el malentendido, pero estoy seguro de que podemos aclararlo pronto. ¿Por qué no llamas a ese Farelane?

—Seguro que comprendes que eso no es tan fácil un fin de semana. —Lara intentó mantener la voz bajo control.

—Entonces supongo que tendrás que tener paciencia.

Jonathan recogió por fin las tablas de nuevo, pasó por su lado a empujones y las lanzó detrás del muro. Allí —según vio solo ahora—

ya había empezado a formarse un montón de escombros y basura.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Estaba desmantelando la casa, su casa? Enfadada, lo siguió a pisotones.

—Para ahora mismo. Esta es mi propiedad y...

—¿Tu propiedad? —Se rió con desprecio—. Ni siquiera sabías cómo se llamaba la finca, y mucho menos conocías a Hamish. ¿Tienes algún vínculo con esta zona más allá de, como mucho, unos genes con los que has tenido la suerte de tropezar? —La mirada de Jonathan, antes amistosa, era ahora penetrante y fría.

Ella tragó saliva. La verdad en sus palabras la hizo quedarse helada por un momento. No sabía nada del tal Hamish, no tenía más vínculos con Escocia que su padre. Las primeras dudas empezaron a asaltar la mente de Lara. Esa carta le había llegado totalmente de la nada. Apenas podía creérselo: una herencia, y una extraordinaria por añadidura. Pero, estrictamente hablando, no conocía a su propio padre, ni sabía nada de sus antepasados y parientes.

Jonathan dejó caer los hombros—. Gordon, el hijo de Hamish, es el legítimo heredero de Sunset Hill House. Me encargó que cuide de la propiedad. —Por un momento, la voz de Jonathan se volvió más suave—. Esta casa, su historia y el futuro que le espera son especiales.

Cuando Jonathan enderezó los hombros y levantó la mirada, la suavidad había desaparecido de ellos tanto como de su voz. —Desde luego, no vamos a dejar que se la lleve una alemana cualquiera con un patético trozo de papel. —Con esas palabras, giró sobre sus talones y desapareció con zancadas largas hacia la fachada de la casa.

Lara tenía la garganta seca como la yesca. Luchó contra el impulso de seguir a Jonathan. Él no la creía y tampoco reconocía la carta del abogado. Discutir era probablemente inútil, por lo que emprendió el camino de vuelta de inmediato.

Fin de semana o no, si alguien podía aclarar este asunto, era probable que fuera el propio Ian Farelane.

Capítulo 4

—PARECE que te has topado con el fantasma de la casa durante la noche —Fiona Barclay soltó una risita y puso un plato rebosante de comida contundente frente a Lara.

Lara miró con escepticismo el beicon, los champiñones fritos y las judías blancas gigantes en salsa de tomate.

Su anfitriona no pasó por alto su expresión. —Vaya, lo siento mucho, ni siquiera te he preguntado si querías un desayuno típico escocés o si preferías unas tostadas con mermelada. Vuelvo enseguida —y con eso, desapareció con pasos rápidos y ligeros antes de que Lara pudiera objetar.

A decir verdad, no tenía nada de hambre, y la noche en vela había hecho el resto. Cuando regresó a Fallbury la tarde anterior, decidió que era demasiado tarde para molestar al abogado. Pero estaba decidida a hacerlo este domingo. Sacó el teléfono del bolsillo y le echó una mirada curiosa. Al menos no había llegado ningún mensaje suyo, pese a que ella incluso le había dejado un recado en el buzón de voz. Justo lo que tenía intención de hacer cuando Jonathan se cruzó con ella.

Jonathan...

—Toma, ahora tienes donde elegir. Enseguida traigo el café. ¿Necesitas algo más? La señora Barclay puso un tarro de mermelada y una cesta de pan sobre la mesa.

Lara soltó un profundo bostezo. —Perdone. No fue culpa de la cama, ni tampoco del fantasma de la casa.

—Bueno, eso es un alivio —la señora Barclay señaló la silla vacía—. ¿Puedo?

Lara asintió y cogió un trozo de pan de molde. —Si ayer usted me hubiera impedido ir directamente a Anchor's End, al menos habría

tenido un sueño reparador después del agotador viaje —masculló mientras untaba mantequilla en el pan.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer eso?

—Oh, vamos, señora Barclay. Usted no pudo ocultar su sorpresa ante mi deseo de caminar hasta el pueblo vecino mejor que la simpática mujer de la oficina de turismo. No sé cuál es el problema, pero a estas alturas desearía no haberme puesto en marcha jamás —dio un valiente mordisco y, mientras el dulzor frutal se extendía por su lengua, el estómago le rugió.

—Bueno, cuéntame, ¿qué pasó ayer? Te oí volver por la noche, pero no quise molestarte.

Lara resumió el motivo de su viaje y el encuentro con el tal Jonathan lo más brevemente posible. Cuando terminó, su acompañante sacudió la cabeza.

—Debe de ser uno de esos de allí. Menudo estirado.

—¿De allí? —repitió Lara extrañada.

—Pues de Anchor's End.

Lara bajó la tostada cuando la puerta del comedor se abrió y Madison trajo la cafetera con la misma expresión de aburrimiento con la que Lara se había topado el día anterior.

—Se os olvidaba esto —masculló.

—¡Madison! —la reprendió su madre con severidad—. Tenemos una invitada.

La chica miró de reojo a Lara. —Ah, sí, buenos días —y, sin más, se marchó de nuevo.

—Esa niña me va a volver loca —la señora Barclay se pasó la mano por la cara, luego cogió la cafetera y sirvió el humeante brebaje negro a Lara.

—No le tiene mucho cariño a Anchor's End ni a sus residentes, ¿verdad? —observó Lara, dando un sorbo al café. Se quemó el labio, soltó un juramento y volvió a dejar la taza sobre la mesa con estrépito.

—Pregunta a cualquier habitante de Fallbury y te garantizo que todos reaccionarían con la misma actitud defensiva. La gente de Anchor's End y la de Fallbury son como el perro y el gato. Menos mal que los acantilados nos separan. Así no tenemos que mirarnos a la cara todo el tiempo. No encontrarás a nadie de allí aquí, ni viceversa.

—¿Y a qué se debe eso?

—Oh —la señora Barclay restó importancia al asunto con un gesto—. Es una larga historia. ¿No sabe que los pueblos pesqueros escoceses viven de la tradición? —se inclinó hacia Lara con una sonrisa pícara—. Creo que nuestra mutua aversión es una de nuestras tradiciones —soltó una risita, aunque Lara no acabó de pillar la gracia. Estaba claro que la señora Barclay no iba a compartir detalles, así que Lara no insistió. En su lugar, terminó su tostada mientras la dueña del B&B daba cuenta de los contundentes ingredientes del desayuno.

—En cualquier caso, no deberías dejarte amedrentar —masculló con la boca llena—. La herencia es suya y punto. Yo no me dejaría arrastrar a ninguna discusión.

—Eso es fácil de decir. El tipo está vaciando la casa de allí arriba y no consigo localizar al señor Farelane para aclarar las cosas. Probablemente llame a un taxi más tarde y me pase yo misma por Peterhead para ver si encuentro al hombre en persona. Prácticamente es una urgencia, ¿no cree? —levantó la vista con duda. No se sentía del todo cómoda arruinando el fin de semana del abogado. Pero, después de todo, el suyo estaba resultando ser de todo menos idílico. Desde que llegó a Escocia, sus emociones habían sido como una montaña rusa con demasiados bucles, y claramente estaba atrapada en uno de ellos en este momento. No podía imaginar cómo habrían salido las cosas si hubiera intentado gestionar la herencia desde Alemania.

—Por supuesto que es una urgencia. Por lo que tú sabes, ese hombre podría demoler el lugar y te quedarías sin nada.

Lara tuvo que sonreír ante la idea de su anfitriona. Una casa como Sunset Hill no se dejaría arrasar tan fácilmente. Pero esa no era la cuestión.

—Mi exmarido puede llevarte; de todas formas me debe unos cuantos favores —la señora Barclay se aclaró la garganta—. Y se conoce la carretera de Peterhead como la palma de su mano.

—Pero no quiero causar molestias, puedo llamar a un taxi y...

La señora Barclay levantó una mano, deteniendo el flujo de palabras de Lara. —Ni hablar. Lo llamo ahora mismo.

Cuando Lara fue a seguirla a la cocina con los platos, se encontraron con Madison en el pasillo, sentada en un sillón con una bolsa de galletas en la mano, consultando su teléfono.

—Galletas para desayunar —la señora Barclay sacudió la cabeza—. Maddie, tu padre llegará dentro de poco, así que aprovecha para que te firme la autorización de la excursión del colegio —con una mirada molesta a Lara, añadió—: Me pregunto a quién se le ocurrió eso. Firmas de ambos padres... —sacudió la cabeza y desapareció en la cocina.

Mientras tanto, Madison había bajado la mano con la galleta a medio comer y apretaba los labios.

—¿Va todo bien? —preguntó Lara con cautela y recibió a cambio una mirada asesina.

—No es asunto tuyo —con esas palabras, la chica se levantó de un salto, empujó el sillón hacia atrás con tanta fuerza que golpeó la pared y se alejó pisando fuerte hacia la parte trasera de la casa, donde debían de estar las habitaciones privadas de la familia.

Peterhead estaba cerca de Fallbury y era la ciudad más cercana para ir de compras o a las citas médicas, le explicó el señor Barclay a Lara durante el trayecto. Resultó ser un chófer amable que no dijo ni una palabra sobre la situación aparentemente difícil de su familia, pero se mostró abierto y genuinamente interesado en la historia de Lara.

—¿Sabes el nombre del hombre que andaba merodeando por tu propiedad?

Lara seguía mirando por la ventana, como había estado haciendo desde que empezó el viaje. Estas carreteras costeras tenían sencillamente un encanto especial; apenas podía saciarse del mar embravecido. Qué pena que los últimos acontecimientos estuvieran empañando su estancia en Escocia.

—Solo se presentó por su nombre de pila: Jonathan.

—Hm —el señor Barclay se acarició la poblada barba—. ¿Y qué casa decías que has heredado? ¡Seguro que no es la del viejo Hamish!

La mirada de Lara se dirigió a él en un instante. —¿Le conoce? Quiero decir... ¿le conocía...?

—Tuve tratos profesionales con su hijo Gordon de vez en cuando.

—¿En qué calidad?

—Soy contable, y Gordon Sinclair regentaba un restaurante de marisco bastante conocido y próspero en Anchor's End. Trabajamos juntos durante muchos años.

—¿Y a Jonathan? ¿También le conoce?

El hombre sacudió la cabeza y le dirigió una mirada de disculpa. —Nunca he oído hablar de él.

Lara asintió en silencio mientras el señor Barclay giraba por la siguiente calle.

—Bueno, ya hemos llegado. Se detuvo frente a una casa de piedra clara de aspecto modesto en las afueras de la ciudad. El cartel de la entrada era la única indicación de un bufete de abogados, que Lara habría esperado encontrar más cerca del centro.

—Adelante, llama al timbre. El señor Farelane vive ahí arriba. El hombre señaló el segundo piso.

—Así que usted también le conoce —concluyó Lara, desabrochándose el cinturón de seguridad.

—Créeme, aquí todo el mundo se conoce. Y si todo el mundo no se conoce, al menos alguien conoce a alguien que conoce a todo el mundo.

Lara parpadeó rápidamente mientras intentaba dar sentido a las palabras del hombre, que una vez más soltó una carcajada. Al menos parecía poseer un sentido del humor similar al de su exmujer. Se preguntó qué habría pasado entre ellos dos para que las cosas estuvieran ahora tan tensas. Apenas se habían dirigido la mirada cuando él llegó.

—Muchas gracias de verdad. No tiene que esperarme, en serio. He visto una parada de autobús al final de la calle.

—Sí, pero los autobuses solo pasan muy de vez en cuando hacia Fallbury. Sobre todo los fines de semana.

Lara asintió. —Me lo imagino, pero aun así no quiero causarle más molestias —cuando él empezó a objetar, ella añadió— Le diré a su exmujer la verdad, por supuesto: que se resistió con uñas y dientes a dejarme aquí.

Él asintió con una sonrisa. —Eres una buena observadora —rebuscó en la guantera, encontró una tarjeta de visita y se la entregó—. Llámame si no aparece ningún autobús. Vivo en el centro y de verdad que no me importaría llevarte de vuelta.

Lara aceptó la tarjeta agradecida, se despidió de él y le vio alejarse antes de subir a la puerta principal y pulsar con resolución el timbre.

No pasó mucho tiempo antes de que las primeras cortinas del piso superior se agitaran y se abriera una ventana.

—¿Diga? —gruñó la voz de un hombre mayor, y Lara se protegió los ojos del sol de la mañana mientras miraba hacia la casa.

—¿Señor Farelane? Soy Lara Lehmann, hablamos por teléfono sobre la herencia del señor Hamish Sinclair, y usted me escribió diciendo que...

—Sí, sí. Bajo en un minuto. La ventana se cerró de un portazo y Lara se quedó en silencio. El buen hombre no parecía tan gruñón por teléfono. ¿Sería por la hora? Eran ya las diez, pero un domingo eso aún podía ser demasiado temprano para algunos. Un leve sentimiento de culpa la invadió al oír un ruido tras la puerta de madera oscura. Poco después, una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Pero no, como Lara había pensado, lo suficiente para que pudiera entrar. Solo se abrió una rendija, para que el hombre pudiera asomarse. Vio una ceja blanca y poblada y un ojo de aspecto bastante antipático.

—Lamento tener que molestarle durante el fin de semana.

—Pero lo está haciendo de todos modos —respondió él secamente.

—Lo sé, pero se trata de algo así como una urgencia. La herencia de Hamish Sinclair, la casa sobre los acantilados entre Fallbury y Anchor's End... acordamos que vendría aquí para verla y arreglarlo todo con usted. Pues bien, llegué ayer y me he encontrado con que, al parecer, no soy la única que asume haber heredado la casa. Un tal...

—¡Jonathan Fraser! —dijo de pronto el hombre tras la puerta, habiendo escuchado sus palabras solo con refunfuños impacientes y silenciosos.

—¿Ah, entonces sabe algo de eso? —preguntó Lara sorprendida, frunciendo el ceño en señal de duda.

—¿A qué se refiere? ¿Qué quiere decir?

Poco a poco estaba perdiendo la paciencia. ¿No se estaban entendiendo?

—Que si usted... —empezó, pero fue interrumpida bruscamente al oír unos pasos rápidos acercándose detrás de ella. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con la expresión sorprendida de Jonathan.

—¿Tú también estás aquí?

—¿Y tú? —replicó ella, cruzándose de brazos.

—Vaya, qué maravilla que estemos todos aquí —dijo Ian Farelane con sarcasmo y abrió la puerta un poco más. El anciano abogado estaba ante ellos con una bata azul oscuro. Sus pies descalzos estaban embutidos en unas zapatillas desgastadas que tenían agujeros delante, por donde asomaban los dedos gordos. Su pelo blanco estaba revuelto, al igual que sus largas cejas.

—¿Podría alguien explicarme, por favor, qué está pasando aquí?

—Mi herencia, Sunset Hill House... —comenzó Lara, al mismo tiempo que Jonathan decía—: Gordon me envió para solucionar el asunto de la herencia.

—Ah, ¿es usted la joven de Alemania? Fue solo en ese momento cuando pareció caer en la cuenta.

—Exacto. Usted me informó sobre la herencia, incluso hablamos por teléfono, y aquí estoy, tal como acordamos.

—Sí, sí, lo sé —dijo él pensativo, rascándose la barbilla mal afeitada.

—Señor Farelane, usted conoce a la familia de Hamish Sinclair y a mí desde hace años; es natural que Gordon tenga derecho a la herencia de su padre. Jonathan miró al viejo abogado con tal intensidad que parecía que intentaba hipnotizarlo.

—Sí, sí, lo sé, por supuesto —repitió Ian Farelane las mismas palabras de antes.

¿Acaso había acabado en una mala película? ¿Había una cámara oculta y los presentadores saldrían del seto en cualquier momento para revelarlo todo? Casi se habría alegrado de que así fuera. El hecho de que no fuera el caso desesperaba a Lara cada vez más. Jonathan parecía sentirse de forma parecida; al menos en ese punto estaban de acuerdo. Él sacudió la cabeza confundido. —¿Cómo dice?

El hombre se revolvió el pelo, que ya estaba desordenado. —Debo de haber pasado algo por alto. Tengo un testamento de Hamish justo aquí; tiene varias décadas. Pero eso no es inusual. La gente se preocupa por sus pertenencias y quiere dejarlo todo arreglado por si

acaso. Tengo clientes de veintipocos años que quieren que todo esté bien atado.

—¿Y en el testamento de Hamish, soy yo la que figura como heredera? —insistió Lara.

—Como ya le escribí, los otros herederos legítimos nombrados en el testamento ya han fallecido, lo que la convierte a usted en la siguiente en la línea de sucesión.

—¿Cómo es posible? —bramó Jonathan—. ¡Gordon Sinclair es el hijo de Hamish Sinclair!

El viejo abogado dejó caer los hombros con un suspiro. —Veo que no puedo evitarlo. —Con esas palabras, abrió la puerta un poco más y los invitó a entrar. Arrastrando los pies por el suelo con sus zapatillas agujereadas, les indicó el camino a través de un pasillo estrecho y directamente hacia un despacho lleno de luz. Se dejó caer en su chirriante sillón de dirección tras el escritorio de caoba y rebuscó en un cajón, mientras Lara y Jonathan permanecían de pie con torpeza en la sala.

—Bueno, siéntense, pues —murmuró, entornando los ojos brevemente por encima de las gafas redondas que tenía posadas en la nariz.

Las pesadas sillas de invitados rasparon las tablas del suelo mientras ambos las echaban hacia atrás a la vez. Jonathan evitaba constantemente la mirada de ella, mientras que la propia Lara se sentía cada vez más incómoda. La escena, sumada a la palpable frialdad de la habitación, le recordó inevitablemente a la vista de su divorcio. Aunque lo de hoy trataba de algo totalmente distinto, Marco se había enfrentado a ella en aquel entonces con la misma actitud de desprecio que Jonathan mostraba ahora. Para colmo, los recuerdos le provocaron un nudo desagradable en el estómago.

—Bien, aquí tenemos el testamento de Hamish Sinclair. —Ian Farelane sacó un documento arrugado de una carpeta que tenía en el regazo y lo estudió con atención—. Ah, sí, ahora veo dónde está el problema.

Jonathan se inclinó hacia delante con curiosidad, intentando claramente ver el testamento. —¿Y? —preguntó impaciente.

—Este testamento tiene sesenta años. El abogado asomó la mirada por encima de sus gafas. Antiguo, se podría decir.

—Pero Gordon cumplió los cincuenta el año pasado —razonó Jonathan—. Entonces Hamish debió de redactar este testamento antes incluso de que Gordon naciera. —Se levantó y se pasó una mano por el pelo. Lara aún no había logrado discernir el vínculo entre él y el hijo de Hamish. ¿Dónde estaba ese tal Gordon que supuestamente tenía derecho a la herencia? ¿Y quién era Jonathan Fraser para estar luchando por esto como si le fuera la vida en ello?

Mientras tanto, el señor Farelane se mordía el labio inferior con nerviosismo mientras tamborileaba repetidamente en la patilla de sus gafas. —Hm, sí, y por eso solo nombró en él a su hermano y al hijo de su hermano; el padre de usted, señora Lehmann. —Se quitó las gafas de la nariz y se recostó.

Aunque Lara sentía una profunda sensación de alivio e incluso alegría en su fuero interno, no podía disfrutarlo adecuadamente ante las caminatas frenéticas de Jonathan y la desesperación en su rostro. No era culpa suya que Hamish Sinclair no hubiera redactado un nuevo testamento tras formar su propia familia, pero en aquel momento se sentía como si le estuviera quitando algo a Jonathan —o a ese tal Gordon— que en realidad les pertenecía.

—Señor Farelane, usted conocía a Hamish Sinclair. ¿Cuántas veces nos habremos cruzado a lo largo de los años? ¿Cuántas veces han ido usted y su mujer a visitar a Gordon al restaurante? ¿Y las noches de póquer con Hamish, allá arriba en Sunset Hill House? No me diga que no sabía lo importante que era la familia para Hamish. Lo mucho que significaba su hijo para él. —Visiblemente agitado, Jonathan se apoyó en el respaldo de la silla y la miró—. Sin ánimo de ofender, Lara. No la conozco a usted, ni a su padre ni a su abuelo. No teníamos ni idea de que Hamish tuviera parientes en Alemania. No le envidiaría la herencia si fuera legítimamente suya. ¡Pero no lo es! Y sé que Hamish sentía lo mismo. Idolatraba a su hijo. Nunca hubo

dudas para ninguno de los dos de que lo nombraría heredero. ¡Incluso hablaron de ello!

Ahora Ian Farelane —actuando como todo un abogado profesional, siempre que uno ignorara el albornoz y las zapatillas— se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas. —¿De verdad hablaron de ello?

—¡Sí! —Jonathan probablemente notó lo aguda que sonó su voz. Bajó la mirada, respiró hondo de forma visible y luego dijo—: Por el restaurante. Ya sabes...

Mientras Lara no tenía ni idea de qué estaba hablando él, el abogado asintió pensativo.

—Bueno, de momento solo veo una solución a este dilema —comenzó Ian Farelane, y Lara se estremeció internamente. Se había quedado callada durante el estallido emocional de Jonathan, fuera cual fuese el motivo. Pero ahora estaban actuando casi como si ella ni siquiera estuviera allí. ¡Como si no hubiera viajado casi mil kilómetros específicamente para recibir lo que se le había prometido! Al fin y al cabo, no había sido idea suya; Ian Farelane se había puesto en contacto con ella y le había informado sobre la herencia en primer lugar. Ahora había un testamento que lo respaldaba, así que la ley estaba de su parte. Sin embargo, tanto el abogado como Jonathan parecían empeñados en impedirlo a toda costa. *No irán realmente a juicio y me demandarán por ello, ¿verdad?*, el pensamiento cruzó su mente de repente.

—¡No pueden simplemente quitarme esto! —soltó ella.

—No, por supuesto que no, señora Lehmann. Pero Jonathan tiene razón: es extraño que Hamish no actualizara su testamento. Si incluso habló de ello... quiero decir, entonces debió de asumir que todo estaba arreglado de alguna manera. Es posible que hiciera exactamente eso, escribir un nuevo testamento, y que simplemente no esté en mi poder.

—¿Qué significa eso? —preguntaron Lara y Jonathan a la vez, ambos sin aliento.

—Bueno, tenemos que averiguarlo. Si lo hubiera actualizado justo después de que naciera Gordon, ese testamento ya tendría cincuenta años hoy. Yo me hice cargo del bufete de mi tío en aquella época, lo que incluía una pesadilla de archivos descomunal. He ido trabajando en ello a lo largo de los años, pero es muy posible que se traspapelaran documentos. No pondría la mano en el fuego de que no fuera así. Nunca pasó antes, pero en este caso, sería bastante probable.

—¿Y si no está aquí? ¿Podría ser que lo guardara en su casa? —preguntó Jonathan con esperanza.

—Me preguntaría por qué lo haría si el primer testamento está aquí, pero sí, en principio, es ciertamente posible.

—¿Así que eso significa que ahora estamos buscando un motivo para dejarme fuera de esto? —preguntó Lara horrorizada y se puso en pie. De nuevo, la silla rascó las tablas del suelo y, de nuevo, el enfado creciente le recordó a Marco, a la vista del divorcio y a sus interminables discusiones.

—Estamos buscando justicia —respondió Jonathan con una mirada sombría.

—Sí, claro —bufó ella—. Que probablemente consista en que tú garabatees ahora algún supuesto testamento que aparezca de la nada y cumpla todos tus deseos. ¡Oh, miren, qué casualidad! —Todos sus planes, sus sueños de tener su propio café, de aquel viejo chiringuito en el mar Báltico donde se conocieron sus padres, todo se estaba esfumando en aquel momento. Lara sintió la decepción como un puñetazo en el estómago.

—¿De verdad crees que soy tan imbécil? —preguntó Jonathan, mirándola con escepticismo.

—No te conozco, pero el ímpetu que estás mostrando aquí al menos me hace sospechar que podrías ser capaz de ello —espetó ella.

—Por favor, cálmense; estoy seguro de que podemos encontrar una solución —dijo el señor Farelane, sonando un poco torpe, y

Jonathan se aclaró la garganta. Cuando el silencio llenó la sala, el abogado volvió a hablar, mostrándose un poco demasiado ansioso por hacer de mediador para el gusto de Lara—. Señora Lehmann, ¿por qué no van usted y Jonathan a revisar las pertenencias de Hamish juntos? No es que crea que Jonathan vaya a hacer nada, pero así usted estará de alguna manera sobre seguro, sabiendo que todo es legal si llegara a aparecer un testamento. Y además... la casa tiene que ser vaciada de todos modos, sin importar a quién le pertenezca legítimamente al final. Mientras tanto, yo revisaré los archivos. Desde entonces hasta ahora. Podría llevar unos días o incluso semanas.

Tal como Lara lo veía, apenas tenía otra opción. Podía retirarse con decepción y desesperación, resignarse, dejárselo todo a Jonathan y a ese tal Gordon y simplemente volar de vuelta a su antigua vida, o podía aprovechar cada oportunidad para conseguir todavía lo que esperaba. —Bueno, ya que estoy aquí —accedió ella, sonando de todo menos motivada.

—¿Jonathan? —comprobó el abogado con él también, y él asintió sin decir palabra.

—Bien, estaremos en contacto. Ahora, ¿me disculpan? Aún no me he tomado el café de la mañana, ni he tenido tiempo para mi desayuno rico en fibra. Ya saben, si lo como demasiado tarde, mi digestión se desbarata por completo y mi...

—Vale, ya es suficiente. —Jonathan le hizo un gesto a ella—. ¿Vienes?

Juntos se despidieron del señor Farelane y salieron a la cálida luz del sol de la mañana de verano.

Se quedaron junto a la verja del jardín del bufete, en silencio y de alguna manera incómodos.

—Tengo que ir a la parada del autobús —dijo Lara, rompiendo el silencio.

—Podría llevarte; de todos modos voy en esa dirección. En realidad, iba a ir a Sunset Hill House para seguir trabajando allí,

pero...

—¿Me llevarías *allí* también? —lo interrumpió ella, y Jonathan pareció considerarlo realmente por un momento antes de responder simplemente— ¿Por qué no?

De camino a su coche, que estaba aparcado a pocos metros calle abajo, ella lo observó por el rabillo del ojo. No había olvidado su amable presentación y su disculpa del día anterior. Jonathan no parecía una mala persona, ni un egoísta que insistiera en sus derechos y pasara por encima de los demás y sus necesidades. Había tratado a Ian Farelane con respeto en todo momento, incluso en los instantes en los que claramente hablaba movido por sus emociones. Probablemente era en realidad un buen tipo que estaba tan confundido y frustrado por el giro actual de los acontecimientos como ella.

El trayecto hasta la finca transcurrió en un silencio incómodo. Solo cuando se desviaron de la carretera principal y recorrieron un camino largo y desierto, Jonathan habló. —Entonces, ¿vamos a hacerlo?

—¿A hacer qué? —preguntó ella, sorprendida de que de repente se dirigiera a ella directamente.

—¿Vamos a encargarnos de la casa juntos? ¿Hasta que todo esté solucionado?

Jonathan aparcó el coche ante la puerta de entrada. Por primera vez, Lara pudo ver la fachada del imponente edificio.

—Quiero decir... a menos que prefieras tirar la toalla y rendirte voluntariamente. No es que fuera a quejarme. ¿Estaba intentando ver la delicada situación con sentido del humor?

Ella seguía con la mirada fija en la fachada de la casa y las hermosas ventanas blancas de celosía. —No —dijo—. Uno no renuncia a los sueños así como así.

Cuando se giró hacia él, él la miraba fijamente. —¿Tú también lo necesitas para cumplir un sueño?

—¿Y tú? —Lara no apartó la vista mientras él asentía. No sabía de qué trataba el sueño de él, y él no sabía nada del suyo, pero por primera vez desde que se había desatado el caos, sintió que se comprendían.

—Entonces, pongámonos a ello —dijo ella, desabrochándose el cinturón de seguridad.

La comisura de la boca de Jonathan se crispó ligeramente mientras la observaba. Sacó un manojó de llaves del bolsillo, soltó una de las muchas llaves y la puso en su palma abierta.

—Toma. Es lo justo. Pero solo con la condición de que no actúes por su cuenta. —Y con voz más suave, añadió— Yo tampoco lo haré.

—Hecho —dijo ella, y cuando Jonathan sonrió, ella no pudo evitar una leve sonrisa propia.

Capítulo 5

—Y con esto, hemos llegado a la última estancia de la casa: el dormitorio de Hamish. —Jonathan abrió las puertas dobles y Lara asomó la cabeza. Al igual que todas las habitaciones anteriores, esta estaba completamente amueblada. El edredón doblado y las zapatillas junto a la mesilla de noche daban la impresión de que el residente de la casa podría regresar en cualquier momento para acurrucarse entre las almohadas.

Una sensación igualmente opresiva la había invadido en el salón. Sobre la mesa de centro había un vaso de whisky, todavía medio lleno. Y en la cocina, los platos sucios aún seguían en el fregadero. Solo en esos momentos se dio cuenta de que aquello no se trataba únicamente de una casa abandonada, una mina de oro y la oportunidad de cumplir su mayor deseo.

Más bien, se trataba de una persona, de su historia, de sus hábitos diarios, de las preocupaciones que lo habían acompañado y de las esperanzas que había sembrado.

Las obras de arte que se encontraban tanto en la entrada como en la acogedora zona de estar junto a la chimenea le decían mucho sobre el hombre que había vivido allí. Eran cuadros hermosos que mostraban escenas impresionantes. Olas atronadoras rompiendo contra los acantilados, flores silvestres transformando un jardín en un paisaje de cuento de hadas y las tenues luces de los faros iluminando bahías misteriosas. Un cuadro similar colgaba sobre la cama que Lara estaba mirando ahora, representando un bote de remos solitario varado a medias en la arena de la playa, sujeto por una cuerda atada a una estaca de madera.

—Hamish era artista —explicó Jonathan ahora, al notar su mirada—. Espera a ver el ático.

—¿No habías dicho que esta era la última habitación?

Jonathan estaba apoyado casualmente contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos. —El ático no es realmente una habitación. Vamos.

Tras una puerta anodina, apenas visible al estar integrada en el panelado de la pared, había una escalera que los condujo a la planta superior de la casa.

Lara se detuvo bruscamente al llegar arriba. Ventanales de celosía semicirculares de suelo a techo, que ya habían admirado desde el exterior, hacían que el ático pareciera luminoso y acogedor. Lienzos de todos los tamaños y formas se apoyaban contra los tabiques laterales, y en un ventanal en voladizo se erguía un caballete de madera con una obra inacabada que, lamentablemente, nunca se terminaría. Tubos de pintura, pinceles y una paleta yacían esparcidos alrededor del lienzo. La estancia se sentía tan viva como los cuadros que se habían creado en ella. Y aquí, también, no podía quitarse la sensación de que, en cualquier momento, el artista subiría las escaleras detrás de ella con una bata blanca salpicada de pintura para ponerse a trabajar en un arrebató de creatividad.

Lara se adelantó hacia el ventanal y miró hacia el jardín descuidado. Una oleada de culpa la invadió. —Hamish debió de ser un hombre muy interesante.

Oyó los suaves pasos de Jonathan sobre los tablones del suelo detrás de ella. Él también se había acercado y ahora estaba bajo los haces de luz solar que atrapaban las motas de polvo en el aire del ático.

—Sí, lo era. Su muerte fue un golpe para Gordon. Nadie se lo esperaba. Era un hombre de ochenta y tres años en plena forma; ya no podía ocuparse del jardín, claro, pero tenía todo lo demás bajo control. Pero el corazón... bueno.

Lara se giró para mirarlo. —Gordon... es su hijo, ¿verdad? —Todavía no había terminado de entender cómo encajaba todo.

Jonathan asintió. —La única familia que tenía. Vivió aquí solo durante muchos años, pero no estaba solo. Hamish conocía a todo el

mundo, y todo el mundo lo conocía a él; al menos, eso me parecía a mí a veces. —Se rió suavemente y entrecerró los ojos ante la luz del sol—. Mira, Lara, lamento cómo me puse contigo ayer y hace un rato. No es nada personal. Tú no tienes la culpa de esta situación.

—Siento haber sido tan egoísta.

—¿Egoísta? —Jonathan arqueó una ceja—. Tenías la carta de Farelane, su palabra clara. No hubo nada de egoísta en eso.

—En realidad, fue exactamente eso. Desde que llegó la carta, no he pasado ni un solo segundo pensando en el hecho de que alguien murió aquí. Un pariente, incluso. Que lo conociera o no es irrelevante. Solo pensaba en mí misma y en lo que podría hacer con esta casa, y en cuánto dinero me reportaría.

La postura de Jonathan se tensó. —¿Dinero? ¿Tú... quieres venderla?

Lara bajó la mirada y asintió. —Ese es el plan.

—Lara, no puedes. Esta casa tiene más de cien años. El padre de Hamish la construyó, el propio Hamish creció aquí, y también Gordon.

—¿Quién es Gordon, exactamente? —preguntó ella, y Jonathan vaciló.

—Su hijo, ya lo hemos hablado.

—Lo sé, ¿pero cómo encaja él en toda esta historia? ¿Por qué no está aquí en tu lugar, luchando por su herencia si tanto significa para él? —Buscó respuestas en sus ojos—. ¿Y cómo encajas tú en todo esto?

Él exhaló audiblemente. —Esa es una larga historia, y este no es el momento ni el lugar. Pero puedo decirte que la herencia significa tanto para mí como para Gordon. Él no está físicamente capacitado para estar hoy aquí, ni pronto, para encargarse de las cosas. Así que lo hago yo por él.

—¿Sois parientes?

Él negó con la cabeza. —No sobre el papel.

Una afirmación extraña, pensó Lara, pero lo dejó pasar y se quedó en silencio un momento. Luego añadió: —No quiero quitarle nada a nadie, pero también tengo mis razones para ser tan insistente con mis derechos.

Jonathan asintió. —Lo entiendo. Si así son las cosas... si solo existe ese viejo testamento y te pertenece legítimamente... —Agachó la cabeza y se aclaró la garganta antes de volver a mirar hacia arriba—. Entonces supongo que así tiene que ser.

¿Le había temblado un poco la voz al pronunciar esas últimas palabras? No tuvo oportunidad de darle más vueltas, porque Jonathan hizo un pequeño gesto con la cabeza para indicar que era hora de volver abajo.

—Tenemos mucho que hacer —explicó mientras abría el camino escaleras abajo.

—¿Qué pasará con todos estos hermosos muebles antiguos de madera? —preguntó ella, tocando una mesa auxiliar que había debajo de un espejo en el pasillo.

—Creo que eso es algo de lo que tendrá que preocuparse quien acabe siendo el dueño de la propiedad.

—¿Y esos tablones de madera que lanzabas ayer con tanta rabia por encima de la valla? —dijo ella, sin molestarse en ocultar el tono burlón de su voz.

Jonathan pareció tomárselo bien. Incluso le arrancó una media sonrisa. —Una estantería vieja. Algunos de los estantes ya habían pasado a mejor vida.

—Ya veo. Entonces, ¿vamos a despejarlo todo ahora? ¿Todos los armarios, cajones y demás?

—Exactamente eso es lo que vamos a hacer —dijo Jonathan—. Iré un momento a Anchor's End a por unas cajas, bolsas de basura y cualquier otra cosa que podamos necesitar. ¿Quieres quedarte aquí mientras tanto?

Lara asintió. No podía dejar pasar un momento a solas entre aquellos hermosos muros; al contrario.

Después de que Jonathan se marchara, su primer movimiento fue dirigirse directamente al jardín. En el salón, abrió una puerta doble de cristal y salió a la terraza. A su derecha había dos sillas de mimbre y una mesa pequeña. A su izquierda vio macetas de cerámica en su mayoría vacías. En solo una de ellas, los restos miserables de una planta luchaban por sobrevivir. Cuatro peldaños cortos bajaban al jardín.

La hierba, que le llegaba a los tobillos, le hacía cosquillas mientras caminaba lentamente por ella. Se detuvo bajo un viejo roble, cuya espesa copa ofrecía protección contra el cálido sol.

Lara sintió la agradable y fresca brisa costera que se abría paso por los acantilados hasta llegar a ella. Le despeinó el cabello castaño y le puso la piel de gallina en los brazos descubiertos. Traía consigo el aroma del mar embravecido y dejaba un sabor salado en sus labios.

Lara sonrió para sus adentros mientras escuchaba el estruendo de las olas que parecían romper muy por debajo de los acantilados. Estaban tan distantes y, sin embargo, se sentían tan cerca. Se preguntó si Hamish Sinclair también las habría escuchado cuando se ponía ante el ventanal del ático a pintar.

Se giró y miró hacia la casa. Podía ver el caballete desde su lugar bajo el roble, ahora que sabía que estaba allí. ¡Qué lugar tan especial e inspirador debió de ser aquel! Especialmente para un artista como Hamish Sinclair, que utilizaba colores vibrantes y pinceladas deliberadas para transmitir una amplia gama de emociones a través del lienzo directamente al espectador.

Lara permaneció en el jardín esa tarde hasta que Jonathan regresó de Anchor's End y se pusieron a vaciar juntos los armarios del salón.

Junto a viejos recuerdos —medallas, fotos, joyas y certificados— encontraron sobre todo facturas y otros papeles que ya no era necesario conservar.

Acordaron guardar las cosas que querían conservar de forma segura en cajas, mientras que el resto iba a bolsas de basura. La mayor parte del tiempo trabajaron codo con codo en silencio; Jonathan en una esquina de la habitación y Lara en la otra. No se sentía bien hurgar en las pertenencias privadas de un difunto, pero era un trabajo que había que hacer.

—Mira lo que he encontrado aquí —dijo Jonathan al cabo de un rato, haciéndole una señal para que se acercara. En sus manos sostenía un álbum titulado *Sunset Hill House*.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras Jonathan pasaba las primeras páginas. Desde bocetos de construcción hasta diversos planos de planta y documentación detallada de la época en que se construyó Sunset Hill House, contenía todo tipo de información y documentos.

—Ese debía de ser Hamish. —Jonathan señaló a un niño pequeño con pantalones cortos. A medida que seguían pasando las páginas del álbum, el niño crecía ante sus ojos, y luego ganaba un hermano: el abuelo de Lara.

La sonrisa pícaro en un rostro lleno de mofletes de bebé se convirtió en la sonrisa orgullosa de un graduado universitario. Y Sunset Hill House también cambió con los años, al igual que Hamish y su hermano Douglas Sinclair. Parecía que algunas partes de la casa se habían añadido más tarde, y el estilo de la decoración cambió varias veces con el paso del tiempo.

Finalmente, aparecía Gordon Sinclair sentado en brazos de su padre en el jardín —cerca del roble donde Lara acababa de estar— intentando alcanzar la fruta en las ramas de un cerezo.

Fotos del cambio de las estaciones en Escocia, nuevos planos, primeros proyectos de renovación, documentación de daños por tormentas en la casa... todo estaba en ese álbum. Terminaba con una foto de Hamish Sinclair sentado en una de las sillas de mimbre que aún permanecían en el porche. Tenía los pies en alto, las manos cruzadas sobre el estómago y el rostro vuelto hacia el sol.

—Esta probablemente ni siquiera sea tan antigua —dijo Jonathan, con el dedo apoyado en el borde de la foto.

—Deberías quedártela para Gordon. Está llena de recuerdos de la vida de su padre en esta casa.

Él asintió y la dejó a un lado. —¿No es extraño? —preguntó en voz baja.

Ella se giró hacia él. —¿A qué te refieres?

—Cuatro paredes y un techo, piedra sobre piedra; eso es todo lo que es en realidad. Y, sin embargo, en el fondo, es mucho más. Una casa como esta es una vida entera. A veces de varias generaciones. Me pregunto qué podrían contarnos estas paredes sobre todo lo que han oído y visto.

Las palabras de Jonathan le provocaron a Lara un escalofrío.

—Seguro que podrían llenar otro álbum —respondió ella en voz baja.

Jonathan la miró. —Al menos uno.

Ella asintió antes de retirarse a su esquina de la habitación para retomar el trabajo donde lo había dejado.

Al atardecer, rechazó el ofrecimiento de Jonathan de llevarla de vuelta a Fallbury y caminó sola hasta el pueblo pesquero por el sendero costero y el empinado descenso.

En la vieja cabaña que se erguía a mitad de camino desde la orilla —que parecía desierta justo el día anterior—, las ventanas estaban hoy abiertas. Justo cuando Lara caminaba por la playa frente a la casa, la puerta principal se abrió. Una mujer con el pelo largo y oscuro recogido en una coleta salió con un cesto de la ropa. Levantó la vista brevemente, saludó con amabilidad y, justo cuando estaba a punto de dirigirse a la parte trasera de la casa, se detuvo.

—¿Eres tú la turista de Alemania? —Dejó el cesto de la ropa y se puso las manos en las caderas con una sonrisa.

—La misma. Aquí nada se mantiene en secreto, ¿verdad? —Lara sonrió y se detuvo.

—Mi prometido te trajo ayer. —Cambió al alemán.

—¡Ah! ¿Eres la Tía de Josh?

Las mejillas de la mujer se sonrojaron. —Dicho así, suena incluso mejor. —Sonriendo, caminó hacia ella y le tendió la mano.

—Lara. Por favor, solo Lara. Nada de formalidades.

—Por mí, perfecto. ¿Qué te parece esto? Es bastante acogedor este rincón del fin del mundo, ¿verdad?

Lara soltó una carcajada repentina. No habría descrito Fallbury de esa manera, pero Tía no estaba del todo equivocada. La vida en estos viejos pueblos de pescadores tenía muy poco en común con el ajetreo diario de Hamburgo.

—No llevo mucho tiempo aquí, pero es precioso. Un lugar mágico.

Tía asintió y apoyó las manos en la valla verde del jardín. —Hay una razón por la que no pude marcharme. Bueno, Josh también jugó un papel importante en eso —bromeó.

Lara asintió con interés. —¿Dejaste toda tu vida en Alemania para vivir aquí?

—Incluyendo la gran ciudad y a mi familia. Quizá mis padres se vengan en algún momento, eso aún está en el aire. Pero nunca me he arrepentido de la decisión. ¿Despertarse junto al mar cada mañana? ¿Vivir en una cabaña pintoresca, disfrutar de un fuego crepitante en el hogar y oír el viento de la costa silbar alrededor de la casa? No tiene precio.

Solo ahora se dio cuenta Lara: Josh y Tía vivían en esta casita que, según le habían dicho, era en realidad solo una casa de vacaciones. En los meses de invierno, cuando el tiempo junto al mar se volvía desagradable, se mudaban a la casa de Josh en las afueras de Fallbury. Instintivamente, Lara les envidió por esa vida allí. Tía parecía tan en paz, tan centrada. Sus mejillas rosadas resplandecían mientras su cabello oscuro le volaba sobre la cara.

—Quizá te gustaría venir a la fiesta de inauguración de mi paraíso de lectura flotante el próximo viernes; estás cordialmente invitada. Empezamos nuestra primera temporada de verano con el cúter y estoy muy emocionada. —Sonrió de oreja a oreja.

—¿Paraíso de lectura flotante? —preguntó Lara, que no tenía idea de lo que significaba aquello.

—Sí, he convertido un viejo cúter de pesca en un barco de lectura para navegar por las bahías, sobre todo en los meses de verano, proporcionando material de lectura tanto a turistas como a lugareños. Y cualquiera que esté interesado es bienvenido para dar un corto paseo, ponerse cómodo en cubierta con un buen libro y dejar que el viento le despeine.

—Vaya, es una idea fantástica. Muchas gracias por la invitación; me encantaría pasarme.

—Me alegra. El cúter está atracado en el puerto de Fallbury. Es difícil no verlo. Aunque seguro que nos cruzamos antes de todas formas. Es casi imposible perderle la pista a alguien aquí. Ni aunque quisieras. —Tia le guiñó un ojo y volvió a coger el cesto de la ropa.

—No tenía intención de hacerlo —dijo Lara con una sonrisa—. Bueno, hasta entonces.

Tia se despidió con la mano mientras ella continuaba por la playa hacia Fallbury. El día anterior, entre tanta rabia y desesperación, Lara ni siquiera se había fijado en lo hermoso que era en realidad aquel atajo junto al mar. En cuanto aparecieron el faro y, finalmente, los primeros tejados de la aldea de pescadores, se encontró con una vista increíble de la bahía. Enmarcada entre acantilados y praderas exuberantes, Fallbury yacía allí como si el tiempo la hubiera olvidado.

Esta vez, Lara caminó por la zona del puerto con una sonrisa en los labios, echó un vistazo al barco de lectura de Tia que se mecía suavemente en las olas, saludó a un hombre amable que limpiaba barriles frente al pub y se dirigió directamente de vuelta al hostel.

Agotada, se dejó caer de espaldas sobre la cama en cuanto la puerta se cerró tras ella. Tenía el cansancio del día en el cuerpo

pero, más que eso, sentía la montaña rusa emocional que había vivido.

Al menos ahora que estaba un poco más tranquila, podía poner a su madre al corriente.

—Y, de hecho, ya tengo reservado el antiguo bar de la playa. Parece que todo tu viaje fue en vano.

Lara podía oír claramente la decepción y se colocó el brazo izquierdo bajo la cabeza. —Bueno, yo no lo vería de forma tan negativa, mamá. Por el momento, la situación es la que pensábamos: la casa me pertenece. Pero también puedo entender a Jonathan y al hijo del fallecido. Hoy he podido vislumbrar un poco de su historia familiar, he visto lo importantes que son el uno para el otro y cuántos recuerdos se guardan en Sunset Hill House. Creo que si yo estuviera en su lugar, también lucharía por ella.

¿Realmente acababa de decir eso? ¿Ella, que solo esa mañana estaba dispuesta a utilizar casi cualquier medio necesario para conseguir lo que por derecho era suyo?

—Lara, por favor, hazme un favor y no dejes que te engatusen. Si te pertenece, te pertenece.

—Claro que no, mamá. La ley es la ley. Además, tenemos grandes planes, ¿no? Cuéntame lo de la reunión con el agente inmobiliario, ¿quieres?

Durante la siguiente media hora, su madre se explayó en un largo relato sobre la reunión, la visita al bar y todas las obras que les esperaban allí, pero sobre todo sobre cómo el agente aparentemente había sido un antiguo cliente del *Breakwater Bar*, y habían pasado varios minutos recordando viejos tiempos.

—Me hizo darme cuenta una vez más de que el bar no es un lugar especial solo para mí. Mucha gente lo asocia con recuerdos de etapas muy concretas de sus vidas. ¿No sería bonito que pudieran volver a ir allí? En un ambiente diferente, ¿pero qué más da?

Lara oyó la emoción en la voz de su madre y la ilusión en sus palabras.

—Encontraremos una solución para ello —le dijo.

—Casi no puedo esperar a que vuelvas para que podamos empezar a hacerlo realidad. No te importa que te ayude con ello, ¿verdad?

—No, mamá, pero vayamos paso a paso. Yo me encargaré de las cosas aquí y tú aguanta el fuerte en Alemania, ¿de acuerdo? —Lara se incorporó y se frotó la cara cansada. Abajo, oyó a la señora Barclay trajinando con los platos. La cena no formaba parte de su reserva, pero estaba segura de que podría conseguir algo de comer por una pequeña contribución. Realmente no estaba de humor para buscar un restaurante ni nada parecido después de un día como aquel.

Tras despedirse de su madre, se refrescó en el baño y bajó las escaleras. Como si estuviera planeado, la señora Barclay la recibió con una amplia sonrisa. —¡Qué bien! Justo iba a llamarte. ¿Tienes hambre?

—¡Mucha! —respondió Lara, y como si fuera una señal, su estómago soltó un rugido como el de un oso hambriento, haciendo que ambas mujeres estallaran en carcajadas.

Capítulo 6

Los primeros días de Lara en Escocia se le pasaron volando. Cada mañana, después de un buen desayuno y una agradable charla con la señora Barclay, caminaba con paso decidido por el pueblo, dejando atrás el puerto, cruzando la playa y subiendo hasta el sendero de la costa. La señora Barclay le había ofrecido una bicicleta vieja, pero Lara solo habría podido usarla por la carretera. No había forma de que aquellos neumáticos finos agarraran en un terreno tan accidentado. Pero no le importaba invertir su tiempo en esos paseos. De todos modos, no tenía otra cosa que hacer, y disfrutaba especialmente del aire fresco en la cara al anochecer, después de haber pasado horas hurgando en los recuerdos de otra persona.

Nunca había sido alguien que saliera mucho en su tiempo libre. Ni siquiera con Marco. Por eso, en Escocia, también pasaba la mayoría de las noches sola en su habitación, leyendo un libro, pasando los escasos canales de la televisión y hablando de vez en cuando con su madre por teléfono. Por primera vez desde el divorcio, echaba de menos tener una amiga. Había renunciado a tanto y se había volcado con tanta fuerza en una nueva rutina llena de trabajo que apenas había notado lo sola que se había quedado en Alemania. Solo ahora, que estaba viviendo algo nuevo y enfrentándose a desafíos diferentes cada día —tanto grandes como pequeños—, sentía cuánto le habría gustado compartirlo con alguien. Su madre no podía llenar ese vacío, ni tendría por qué hacerlo.

Tal vez, pensó Lara, al menos se llevaría esa lección a casa después del viaje. La conciencia de que todo el mundo necesita a los demás y que una vida feliz en el aislamiento no suele ser más que una ilusión. Quizá uno necesita a alguien con más fuerza cuanto más satisfecho se siente estando solo.

Un miércoles, cuatro días después de su llegada a Escocia, Lara estaba revisando los armarios de la cocina llenos de comida, platos y utensilios cuando Jonathan entró en la casa. Nunca coordinaban sus

horarios; cada uno tenía una llave y sabía lo que había que hacer. Algunos días él no venía, y ella no sabía dónde pasaba el tiempo. No era asunto suyo, así que no preguntaba. La casa, con toda su imponente presencia, se interponía entre ellos. En secreto, Lara pensaba que probablemente se habrían llevado bien. Parecía un alma honesta y una persona sensible. Pero las circunstancias en las que se habían conocido difícilmente podrían haber sido más desfavorables. Así que ella lo dejaba a su aire y él hacía lo mismo con ella. Solo de vez en cuando se ponían de acuerdo sobre algún documento o recuerdo concreto.

Aquel miércoles por la tarde, sin embargo, que Jonathan había pasado en su mayor parte vaciando una vieja caseta de jardín, apareció de repente detrás de ella en la puerta de la cocina. Al principio, ella no se había dado cuenta de su presencia, pero cuando él se aclaró la garganta, Lara se dio la vuelta, sobresaltada. Ese día habían tenido un anticipo del verano que se avecinaba, algo que Lara no se esperaba para nada en Escocia. El aire cálido y húmedo estaba atrapado dentro de la enorme casa llena de trastos. Sudorosa, se apartó un mechón de pelo de la frente de un soplo.

—He terminado en el jardín por hoy —dijo Jonathan.

—Vale. —Se secó las manos con un paño, sorprendida de que le avisara. A menudo simplemente desaparecía sin que ella se diera cuenta. Al ver que él no se movía, añadió: —Solo voy a encargarme de esos dos armarios de arriba. Entonces yo también habré terminado.

Jonathan asintió. —He pensado que, con este tiempo, quizá te gustaría ver algo más que tazas y platos polvorientos.

Ella bajó el paño. —¿A qué te refieres?

—Bueno. —Se pasó una mano por su espeso cabello rubio oscuro, dejándola descansar en la nuca—. Verás, reparo barcos. En Anchor's End. Y como tengo por costumbre hacer una prueba antes de cada entrega, he pensado... bueno... ¿quizá te gustaría venir?

—¿A dar un paseo en barco? ¿Contigo? —preguntó ella, completamente sorprendida.

—Sería una verdadera lástima que volvieras a Alemania y lo único de lo que pudieras informar fuera de nuestro sistema de reciclaje de basura.

Ella soltó una risita suave. —Sí, la verdad es que sería una lástima.

Jonathan también sonreía ahora. —Entonces, ¿te apetece?

Lara volvió a dejar el paño en la encimera, se apartó el pelo de la cara y asintió con decisión.

Diez minutos después, habían llegado a Anchor's End y, mientras Jonathan conducía por callejones estrechos hacia el puerto, Lara se maravillaba con las casas bajas de piedra, los adoquines y los jardines llenos de flores.

—¿Este es el aspecto típico de los pueblos pesqueros de por aquí? Si no lo supiera, diría que hemos aterrizado en Fallbury 2.0. — Aunque todo era un poco más grande, el pueblo emanaba el mismo encanto.

—No digas eso muy alto por aquí. —Jonathan le guiñó un ojo y aparcó cerca del muelle. Lara estaba a punto de preguntarle a qué venía esa extraña hostilidad entre los pueblos pesqueros, pero él ya se había bajado.

—Toma —dijo después de que ella lo siguiera, entregándole una pequeña cesta que contenía una botella de agua y algunas galletas—. Por si alguno de los dos necesita algo.

Lara se colgó la cesta del antebrazo y siguió a Jonathan por el muelle cuando, de repente, él se detuvo, rebuscó en su bolsillo y sacó un teléfono que vibraba.

—Shelly, ¿qué pasa? —preguntó, y Lara también se detuvo en seco. La voz de Jonathan había adquirido al instante un tono más profundo y claramente preocupado. Durante unos segundos, pareció limitarse a escuchar el auricular hasta que se volvió frenéticamente hacia Lara, pero le dijo a la persona al teléfono—: Voy para allá

ahora mismo. —Sacudió la cabeza con fuerza—. No, no. Ya estoy de camino.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lara después de que Jonathan pasara de largo junto a ella sin dar explicaciones y corriera de vuelta al coche.

—Una emergencia familiar. Más o menos. Sube.

¿Se suponía que ella debía ir? Completamente perpleja, hizo lo que le decía y dejó la cesta en el asiento trasero.

Jonathan no se abrochó el cinturón, presumiblemente —pensó ella un momento después— porque no creía que valiera la pena para la distancia tan corta. Apenas llevaban un minuto en la carretera cuando aparcó junto al bordillo en medio del pueblo y se bajó.

¿Debía seguirlo? ¿Quedarse en el coche? ¿Llamar a un taxi de vuelta a Fallbury? Al menos podía salir del coche por ahora.

Jonathan rodeó el coche en ese momento. —Acompáñame un segundo, ¿vale?

Ni siquiera la miró al decirlo. Pero ella podía notar por su voz que algo iba mal.

Lara no hizo preguntas y lo siguió por un jardín descuidado hacia un edificio de dos plantas. En el pasillo, chocó contra su espalda porque él se detuvo sin previo aviso.

—Shelly, esta es Lara —la presentó.

El pasillo era tan estrecho que Lara aún no había visto a nadie, pero entonces una mujer de pelo oscuro de unos cuarenta años y piel morena se asomó por detrás de Jonathan y le estrechó la mano. —Encantada de conocerla —dijo, aunque su rostro expresaba cualquier cosa menos alegría. Dirigiéndose a Jonathan, continuó sin aliento—: Ahora está en el salón, en el sofá, y dice que no pasó nada. Ya sabes cómo es. Pero como me pediste que te avisara siempre que...

—Está bien, Shelly. Me alegro de que hayas llamado. Puedes irte a casa, seguro que tus hijos te están esperando.

Shelly cogió un bolso del perchero y les asintió antes de desaparecer.

Jonathan todavía no parecía considerar necesario explicarle nada a Lara. En su lugar, fue hasta el final del pasillo, le hizo una señal para que lo siguiera y abrió una puerta acristalada.

En un acogedor salón amueblado con pesados muebles de madera, un hombre mayor estaba sentado en un sillón orejero. Tenía la pierna derecha apoyada en un puf, estaba hojeando una revista y levantó la vista cuando entraron.

—Vaya, debería haberlo sabido. —Sonriendo, dejó la revista a un lado—. Shelly se fue de la lengua. Oh, tenemos visita. —El hombre miró más allá de Jonathan y sonrió a Lara. Sus ojos amables y vivaces irradiaban tanta calidez que ella se sintió cómoda al instante.

—Debes de ser la señorita Lehmann.

—Lara, por favor.

—Un nombre precioso, no se oye mucho por aquí. Yo soy Gordon. Si Jonathan te contó de mí solo la mitad de lo que me contó él de ti, nos va a costar encontrar un buen tema de conversación. —Se rió entre dientes de su propia broma y Lara se unió a él. Este Gordon parecía un hombre muy bondadoso. Cuando se inclinó hacia un lado y dio palmaditas en el sofá vacío junto a él, Lara accedió a su petición.

Jonathan, en cambio, seguía de pie en silencio bajo el marco de la puerta, observando la escena con curiosidad.

Lara le guiñó un ojo. —Debo decir que Jonathan puede ser bastante misterioso cuando no está de humor para hablar. —No le quitó los ojos de encima mientras hablaba y, por un momento, las mejillas de él se tiñeron de un rojo apenas perceptible.

—Realmente es un hombre reservado. Jonathan, ven aquí y siéntate con nosotros.

—Pensaba que estabas aquí tirado con heridas graves.

Gordon soltó una carcajada. —¿Así es como lo dijo Shelly?

—No, pero sé lo convincente que puedes ser cuando se trata de ocultar tu estado.

Gordon le dio un toquecito en el hombro a Lara y se inclinó hacia ella. —«Mi estado», así es como lo llama. Parece que me voy a ir al otro barrio mañana mismo. —Volvió a reír y, a pesar de la mirada de descontento de Jonathan, a Lara le resultaba difícil resistirse a la agradable forma de ser de Gordon.

Se permitió al menos una sonrisa. —En cualquier caso, nos alegramos mucho de que estés bien —dijo con una mirada de reojo a Jonathan, que se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en los muslos.

—¿De verdad estás bien?

En ese momento Gordon Sinclair puso los ojos en blanco. — ¿Tengo aspecto de no estarlo?

—Shelly dijo que te caíste al intentar subir solo las escaleras.

—Tonterías. Solo he resbalado, pero he podido agarrarme fácilmente a la barandilla.

Jonathan señaló la pierna de Gordon. —¿Y la bolsa de hielo que asoma por debajo del pantalón?

Con expresión de haber sido pillado, Gordon intentó tirar de la tela sobre la bolsa azul. —Eso fue cosa de Shelly. Pura precaución; es tan exagerada como tú.

Solo entonces Lara se fijó en el bastón apoyado al otro lado del sillón. Y al observar más de cerca al hombre que tenía al lado, se dio cuenta de que su mano derecha había permanecido inmóvil en su regazo todo el tiempo, mientras gesticulaba animadamente con la izquierda para recalcar sus palabras.

—Uno de nosotros no siempre puede estar aquí —dijo Jonathan ahora. Su tono era menos de reproche y más de preocupación—. Si te llega a pasar algo de verdad...

—Por favor, no empieces otra vez con ese extraño salvaescaleras. Seguro que todavía soy capaz de ir a mi propio dormitorio cuando

quiero echarme una siesta.

—Bueno, evidentemente no. —Jonathan respiró hondo.

Gordon se volvió hacia Lara. —Tuve un derrame cerebral. Fue hace unos años, pero esto es lo que me queda —dijo, confirmando la sospecha de ella y señalando su brazo derecho paralizado. Presumiblemente, su pierna no estaba mucho mejor. Lara sabía por su trabajo en el centro de mayores lo gravosos que tales síntomas podían resultar para la vida diaria de una persona. Y era aún peor cuando el resto del cuerpo, incluida la mente, seguía lleno de vida y empuje. Incluso podía comprender hasta cierto punto su aversión al mencionado salvaescaleras. Probablemente no había sido un camino fácil para Gordon luchar por recuperar su independencia. Y Lara lo veía en su trabajo diario con los residentes: cada pedacito de independencia era enormemente importante para el bienestar propio.

—¿No puedes al menos acostumbrarte a tumbarte en el sofá al mediodía? —preguntó Jonathan ahora con mirada apremiante.

—Lo creas o no, no puedo.

Lara sonrió ante la terquedad y determinación del anciano. Pero también se dio cuenta de que hacía falta una solución para este problema.

—Yo también preferiría siempre una cama blanda a un sofá duro. —Asintió a Gordon con una sonrisa.

—¿Ves? —le dijo él a Jonathan—. Ahí lo tienes.

—Muchas gracias —siseó Jonathan hacia ella, y una sensación de incomodidad la invadió de inmediato. Él estaba, con razón, muy preocupado, y esas preocupaciones no podían simplemente disiparse con una sonrisa. Miró alrededor del salón. La habitación no era extremadamente grande, pero si movían el sofá y los sillones a la otra pared, podría haber espacio junto a la puerta para una cama estrecha que pudiera separarse de la zona de estar con un biombo durante el día para que no estorbara. Cuando presentó tímidamente

su sugerencia, Gordon solo refunfuñó con desdén y Jonathan sacudió la cabeza.

—Hay un despacho al otro lado del pasillo. Ya apenas lo usa. Ya he sugerido que pongamos un diván o algo así allí; sería la solución más fácil.

—¡No quiero una cama plantada en el despacho!

—Un diván parece una especie de sofá, no una habitación de hospital —replicó Jonathan, y ella asintió de acuerdo.

—Solo es una sugerencia —comenzó ella—. Si no usas el despacho habitualmente ahora mismo, ¿no podría trasladarse de hecho a la planta de arriba?

Él la miró con los ojos entrecerrados. A esas alturas, su mirada divertida se había desvanecido. —¿A qué te refieres con eso?

—Podríais intercambiar el despacho y el dormitorio, eso es lo que quiero decir.

Jonathan se recostó y se cruzó de brazos sobre el pecho. —Esa sería la idea ideal, pero...

—Es la idea ideal —le interrumpió Gordon—. Y si le pido a Alec que reúna a unos cuantos hombres, estoy seguro de que incluso podrá hacerse bastante rápido.

—*Nosotros* podríamos hacerlo —dijo Lara al momento, y la mirada de Jonathan se disparó en su dirección.

—¿*Nosotros*?

—Bueno, ¿quién sabe más ahora mismo de vaciar y mover cosas de sitio que nosotros dos?

Gordon rió suavemente. Finalmente sus rasgos se relajaron de nuevo. —Estás aquí de vacaciones y tienes bastante que hacer en Sunset Hill House. No puedo cargarte con esto también, querida. — Le dio una palmadita en la rodilla de forma abuelil.

—No lo haces; fue mi propia idea.

—Bueno, por mí no hay inconveniente —dijo Jonathan ahora, sonriéndole con visible alivio—. ¿Tienes planes para mañana? Si empezamos a primera hora de la mañana, seguro que podemos apañarlo en un día.

—Me parece bien. —Ella le sonrió a Jonathan, quien no pudo resistirse y le devolvió la sonrisa.

Durante la siguiente media hora, continuaron haciendo planes sobre cómo procederían. Gordon prometió vaciar algunos armarios a lo largo de la tarde, en la medida en que sus fuerzas se lo permitieran, y Jonathan insistió en volver a pasar a verle antes de conducir él mismo de vuelta a casa más tarde. Quedaron para la mañana siguiente a las nueve y, cuando se despidieron del amable hombre, el ambiente era decididamente relajado.

—Gracias —dijo Jonathan justo después de cerrar la puerta principal tras ellos—. Gordon puede ser muy testarudo, incluso cuando solo intentas ayudarle. Por lo visto, no pudo resistirse a ti.

Caminaron hacia la calle uno al lado del otro. —Creo que lo importante es no hacer que personas como Gordon, que luchan con tales limitaciones físicas, se sientan impotentes. Ya tiene suficiente con lo que procesar al tener que adaptarse a una rutina diaria completamente nueva. No necesita compasión ni cuidados excesivos, aunque puedo entender ambas posturas desde la perspectiva de un familiar. Desde su punto de vista, sin embargo, lo que necesita es comprensión y consejos constructivos.

Jonathan se detuvo. —¿Trabajas en un hospital o algo parecido?

Ella negó con la cabeza con una sonrisa. Sin hablarlo, habían dejado el coche frente a la casa de Gordon y se habían ido paseando hacia el puerto. —Soy gestora de enfermería en una residencia de mayores. Y para mí es muy importante permitir que los residentes lleven una vida autodeterminada —en la medida de sus capacidades— a pesar de todas sus limitaciones motoras o cognitivas. Mover un dormitorio una planta hacia abajo, como en el caso de Gordon, es en realidad la parte más fácil. Hace unos años, decoramos la habitación de una residente que padecía Alzhéimer para que pareciera

exactamente su antiguo salón de los años sesenta. No solo la ayudó a orientarse mejor, sino que le despertaba recuerdos constantemente. Realmente floreció, y fue maravilloso verlo.

—Parece que, sin duda, has acabado en la profesión adecuada.

¿Acababa de hacerle un cumplido?

Al menos era algo parecido a uno, y Lara no supo muy bien qué responder. Amaba su trabajo, que sentía más como una vocación que como una carrera, a pesar de las horas de estrés y las horas extras autoimpuestas. Simplemente tenía un don para percibir el bienestar de los demás. Quizá por eso podía empatizar tan bien con los sentimientos de Jonathan respecto a la herencia. Y quizá por eso también su sueño de tener su propio café había crecido en su interior con los años en lugar de desvanecerse silenciosamente, como suele ocurrir con los sueños e intereses. En su café, también podría cuidar de sus clientes, ofrecerles un pequeño descanso de la vida cotidiana, anticiparse a cada uno de sus deseos y crear un oasis de bienestar en el que pudieran relajarse.

—¿Lara?

Ella dio un respingo. Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que Jonathan le había preguntado algo. —Lo siento, ¿qué has dicho?

—Lo del pequeño paseo en barco. ¿Aún podríamos hacerlo, si te apetece?

La pequeña zona del puerto ya estaba a la vista. A lo lejos, cúteres, botes de remos y lanchas motoras se balanceaban en sus amarres.

—Claro, pero se me olvidó la cesta en el coche.

—No hay problema —dijo Jonathan con una sonrisa, y cuando llegaron a la siguiente esquina, desapareció en una panadería, para salir poco después con dos tazas de café y una bolsa de papel—. Bebes café, ¿verdad?

Dándole las gracias, ella cogió una taza y lo siguió hasta el puerto. Jonathan la ayudó a subir al bote balanceante y se sentó cerca del motor fueraborda, mientras Lara se aseguraba un sitio frente a él y vigilaba el café y la bolsa de la panadería.

Mientras arrancaba el motor, sonrió con satisfacción. —Suenan bastante bien.

Lara no tenía ni idea de cómo debía sonar un motor de ese tipo, pero la expresión de Jonathan y la destreza con la que dirigió el bote fuera del puerto le indicaron que sabía lo que hacía. Aunque el viento era fresco y las olas tenían la fuerza suficiente para que alguna gota de agua aterrizara ocasionalmente en sus brazos, el sol de principios de verano calentaba la piel de Lara de forma agradable. Se recostó, orientó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos. El zumbido del motor era tan relajante como el balanceo. Nunca se había mareado en los pocos viajes en barco que había hecho en su vida.

Jonathan no dijo ni una palabra en todo el rato, probablemente porque quería concentrarse en el trayecto y en probar el bote reparado. Al menos, eso era lo que ella pensaba. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró mirando directamente su rostro sonriente.

Había supuesto que él apagaría el motor en algún lugar en mar abierto y que disfrutarían del café y de lo que fuera que se escondiera en la bolsa de papel antes de dar la vuelta. Pero ahora Jonathan señaló con la cabeza hacia una isla que había aparecido a su derecha como por arte de magia.

—Esa isla de ahí... los lugareños de Anchor's End la llaman la Isla de los Delfines.

—¿Por qué? —preguntó Lara con curiosidad, mirando el diminuto pedazo de tierra que parecía brotar del mar, cubierto de arbustos y árboles. Un punto de color verde brillante en medio del vasto océano azul.

—Te lo enseñaré. —Jonathan dirigió el bote hacia la isla y lo amarró provisionalmente con una cuerda al tronco de un árbol. Al no

haber muelle ni una playa llana, tuvieron algunos problemas para salir del bote. Agradecida, Lara dejó que Jonathan tirara de ella hacia arriba y subió por una orilla cubierta de maleza junto a él.

—No es la primera vez que vienes aquí —señaló ella, jadeando tras la corta subida.

—Siempre que necesito tomar un poco de distancia de la vida cotidiana, vengo aquí. Estoy seguro de que no hay un lugar más tranquilo en el mundo que este. Me encanta sentarme entre los árboles y mirar al mar. —Se sentó, dejando que sus piernas colgaran sobre un borde arenoso. Lara podía ver cómo el mar arreciaba aquí en los días de tormenta, abriéndose paso en la isla.

Cuando Jonathan dio unas palmaditas en el suelo a su lado, ella también se sentó y aceptó agradecida el café que él le tendió. El crujido de la bolsa de papel de la panadería era lo único que rompía el silencio, además del sonido del mar y el canto de los pájaros en las copas de los árboles sobre ellos. Era tranquilo, absolutamente; Jonathan no había exagerado. Él le tendió la bolsa abierta y ella metió la mano. Sacó una galleta hecha de dos capas con un relleno rojizo en medio, cubierta por encima con un glaseado de azúcar y una guinda.

—Son Empire Biscuits. Pensé que podrían gustarte.

—Mmh —murmuró ella tras dar un bocado, mientras el dulce sabor de la mermelada agudizaba sus sentidos—. Delicioso.

—Tú... esto... —balbuceó Jonathan, señalando su pecho, y Lara se miró a sí misma. Al dar el bocado, la guinda debía de haberse escapado. Ahora descansaba en su escote.

—Siempre me las apaño para ensuciarme —dijo ella con vergüenza, rescatando la guinda—. Para el cincuenta cumpleaños de mi madre, celebramos una gran fiesta. Alquilamos un salón, pedimos comida, todo era de primera. Incluso había un código de vestimenta. No creo haber llevado nunca un vestido tan bonito en mi vida como el de aquel día. Pues bien, empujé la tarta de cumpleaños, que era verdaderamente impresionante, hacia el salón y pasé el carrito del

servicio de catering en el que estaba sobre un cable que había en el suelo. Las ruedas se bloquearon y el carrito se inclinó hacia delante, llevándose la tarta y a mí con él.

—¡Oh, no! —exclamó Jonathan, llevándose la mano a la boca, aunque no pudo ocultar la diversión en sus ojos—. ¿Y luego qué pasó?

Lara se rió y se encogió de hombros. —Entonces yo era la tarta. Al menos parecía una. Todo el mundo debería haber cogido un tenedor y ya está. —Hoy podía reírse de su traspié, mientras que en aquel entonces habría preferido que el suelo se la tragara—. Como ves, lo de la guinda aquí fue el menor de los males.

—Apuesto a que no arruinó la fiesta; más bien al contrario —dijo él, y Lara asintió.

—Sí, totalmente. Un poco de entretenimiento nunca viene mal. —Tuvo que sonreír al recordar la cara de su madre, que se había reído hasta llorar una vez que se aseguró de que Lara estaba bien.

—¿Tu madre también tiene antepasados escoceses? —preguntó Jonathan, y ella negó con la cabeza mientras cogía otra galleta.

—Solo mi padre. Pero aparte de esos genes que dormitan en algún lugar de mi interior, no he tenido mucho que ver con Escocia en mi vida. —Miró hacia el mar. El viento se había levantado y las olas rompían con un estruendo al golpear la isla—. Aunque es precioso aquí. Debería haber venido antes.

—¿Tu padre no quiso volver?

Lara miró a Jonathan y, en sus ojos azules, vio tanta curiosidad como cautela. —No tienes que hablar de ello si no quieres —dijo él rápidamente.

Lara respiró hondo. —Murió en un accidente de moto. Poco después de que yo naciera. No tengo recuerdos de él. —Bajó la mirada.

—Lo siento mucho —susurró Jonathan, y ella sintió sus ojos fijos en ella—. Estoy seguro de que esté donde esté ahora, él tiene

recuerdos de ti.

El aire que contenía escapó suavemente por su boca y miró a Jonathan, que observaba las copas de los árboles. Ella no creía que ocurriera nada después de la muerte, ni que pudiera haber una vida entera nueva después. Y ciertamente nunca había pensado en su padre de esa manera. Pero ahora, en este momento, mientras Jonathan pronunciaba esas palabras, sintió que el corazón se le oprimía. Siempre le había faltado una parte de su vida. Y le resultaba confuso sentirse tan cerca y, a la vez, tan distante de esa parte. ¿Era eso siquiera posible? ¿Podía anhelar algo que ni siquiera conocía? Con los años, había encerrado ese sentimiento en lo más profundo, manteniéndolo oculto del mundo exterior y de sí misma. Sencillamente no tenía padre, pero a cambio tenía una madre aún más cariñosa. Y, sin embargo, ahora sentía que ese muro empezaba a agrietarse. Lara tragó saliva para deshacerse del nudo de su garganta y se aclaró la voz.

—Tú y Gordon —dijo, cambiando de tema—. Tenéis un vínculo muy estrecho, ¿verdad?

—Es como un padre para mí —dijo Jonathan, cogiendo un poco de arena del suelo y dejando que se filtrara hacia el agua entre sus piernas—. No conozco a mi verdadero padre.

—Oh, lo sien...

—No, no lo digas. —Su voz cortó el aire apacible y agradable de principios de verano—. No se lo merece.

Ella asintió, intuyendo por su reacción que su historia era muy diferente a la suya. Lara no indagó más.

—Gordon me dio una oportunidad cuando no tenía ni idea de qué hacer con mi vida. Me expulsaron del instituto por malas notas y sobrevivía con trabajos temporales. —Ahora levantó la vista, y en su sonrisa había calidez y gratitud—. Por aquel entonces, él dirigía *Sinclair's Fish & Friends* en Anchor's End y me ofreció entrar de aprendiz. Así empezó todo.

—Y un jefe y su aprendiz se hicieron amigos —concluyó Lara.

—Más que eso. Gordon es mi familia. No somos parientes de sangre, pero... bueno. —Se encogió de hombros.

—Eso no es lo que importa —dijo Lara.

Él asintió y se frotó los granos de arena de las palmas de las manos. En ese momento, le dio un toquecito y señaló hacia el mar. —Mira, ahí están.

Lara tardó un segundo en darse cuenta de a qué se refería. Un grupo de al menos cinco delfines nadaba en la superficie. Al momento siguiente, lanzaron pequeños surtidores de agua al aire, saltaron formando arcos fuera del mar y aterrizaron con un fuerte *chapoteo* en la siguiente ola.

—¡Dios mío! —Lara contuvo el aliento, casi sin dar crédito a sus ojos.

—Vienen aquí todos los días —susurró Jonathan, aunque los animales en la distancia no podían oírlos. Sin inmutarse, continuaron su juego, surfeando por las olas y retozando juntos—. ¿No son preciosos?

Lara se llevó una mano al corazón. Una cosa era ver a estas criaturas especiales en parques acuáticos o documentales de televisión, y otra muy distinta verlos en libertad en la naturaleza.

—Preciosos —susurró, observando la actividad de los animales con fascinación.

—Siempre viajan en grupos. Y se cuidan unos a otros, se preocupan entre ellos. —Jonathan se giró hacia ella—. ¿Sabías que incluso cuidan de los miembros heridos del grupo? ¿Ayudándoles a subir a la superficie para que puedan respirar?

Lara negó con la cabeza sin apartar la vista del mar. El grupo se había alejado un poco más para entonces, y solo era visible en el horizonte.

—Creo que tienes razón en lo que has dicho.

—¿Hm? —Ahora sí que le miró—. ¿Sobre qué?

—En que el parentesco de sangre no importa. El amor y el cuidado crean una familia. Nada más.

Sus palabras sensibles y cálidas conmovieron profundamente a Lara. ¿Cuándo había sido la última vez que había hablado con alguien así? ¿De forma tan cercana e intensa? ¿Tan honesta y vulnerable?

—¿Puedo preguntarte algo sobre Sunset Hill House? —Las palabras escaparon de sus labios antes de que hubiera pensado en ello.

—Claro.

—Ahora entiendo por qué te estás esforzando tanto en nombre de Gordon para conseguir la herencia.

—¿Pero? Eso suena a un gran «pero». —Jonathan le tendió la bolsa con una sonrisa pícaro y Lara cogió otra galleta.

—Por favor, no me malinterpretes. Solo pensaba que... la vida diaria de Gordon no sería precisamente más fácil en una casa tan enorme y laberíntica, con escaleras empinadas y rincones estrechos.

—Oh. —Jonathan masticó y asintió mientras lo hacía—. Ya veo. Pero Gordon no quiere mudarse a Sunset Hill en absoluto. La casa se va a convertir en un restaurante. Quiero abrirlo en honor a Gordon, por todo lo que le debo.

—¿Quieres abrir un restaurante?

Él asintió. —Trabajé en *Sinclair's Fish & Friends* durante muchos años después de mi aprendizaje de cocina; llegué a ser el jefe de cocina allí. Cuando Gordon tuvo que cerrar hace cinco años, todo su mundo se vino abajo.

—¿Por el derrame cerebral? —preguntó ella.

—No, por otra cosa. El derrame vino después. —Jonathan se levantó abruptamente—. Es una larga historia, no importa. —Entornó los ojos hacia el mar—. Deberíamos empezar a volver. Quiero pasar a ver a Gordon otra vez y todavía tengo que terminar unos papeles para la entrega del bote mañana.

Lara asintió, aunque no podía quitarse la sensación de que acababa de meter la pata.

Cuando subieron al bote y Jonathan arrancó el motor, ella le tocó brevemente el brazo para llamar su atención.

—Si he sacado un tema incómodo, lo siento.

Las facciones de Jonathan se relajaron. —Solo quiero recordar esta velada encantadora por lo que es: algo especial. Algunos temas no tienen cabida aquí. —Con esas palabras, le guiñó un ojo y partieron.

El corazón de Lara se agitó de forma tan suave y ligera como la sonrisa que cruzó sus labios en ese momento.

Capítulo 7

HABÍAN quedado en verse en *Cliffside Cottage*, en Fallbury, a la mañana siguiente, después de que Jonathan le hubiera devuelto la lancha a su dueño. Aunque Lara se había empeñado en ir en bicicleta hasta Anchor's End, Jonathan se mantuvo igual de firme en su intención de pasar a recogerla.

—En caso de que tengas que pasarte las vacaciones trabajando como una esclava, al menos deja que te lleve yo de un sitio a otro —le había dicho él, y ella había acabado cediendo con una sonrisa. Resultaba increíble que hace apenas cinco días, tras una breve y agradable presentación, hubieran estado a punto de convertirse en enemigos. A ella le había gustado el carácter afable de Jonathan desde el principio y, sin embargo, la batalla por Sunset Hill House casi destruye esa sensación. En el fondo, Lara seguía esperando heredar la casa de los acantilados. Nada había cambiado en su sueño de montar la cafetería frente al mar y en su anhelo de mimar a clientes y visitantes con calidez y dulces. Y aun así, no podía negar que otra parte de su corazón —por muy pesado que lo sintiera— también guardaba esperanzas por Jonathan y Gordon. Era imposible pasar por alto el vínculo especial que unía a los dos hombres. Ni siquiera aquella mañana en Anchor's End, en mitad de la mudanza en casa de Gordon.

Los dos tenían una forma de interactuar muy conmovedora. Era algo tierno, intenso y, a menudo, burlón y cómico.

Gordon, que estaba limitado físicamente pero sabía exactamente lo que quería, no se cortaba a la hora de darles instrucciones y coordinar cada uno de sus movimientos.

Mientras bajaban el colchón por las escaleras, con Lara desapareciendo por completo bajo él y el sudor ya perlado en la frente de Jonathan, Gordon permanecía en el rellano gritando en todo momento: —¡A la derecha, más a la derecha! ¡No! ¡Tu otra

derecha! ¡Cielo santo, tened cuidado! —Finalmente, Jonathan apoyó el colchón de canto, se giró hacia Gordon y resopló: —¡Como no pares ahora mismo, te voy a quitar el bastón y te voy a perseguir por toda la casa con él!

Gordon soltó una carcajada ante aquello. —Mientras mi colchón llegue aquí abajo entero, limpio y sin un rasguño, adelante. Al menos así tendré un sitio donde recuperarme.

Lara se mantuvo en silencio durante casi todo el traslado, observando a los dos hombres. Si alguien le hubiera dicho que eran padre e hijo, no lo habría dudado ni un segundo. Jonathan sentía una clara admiración por Gordon. Y aunque Gordon no permitía que nadie le pasara por encima, tampoco era tacaño con la gratitud, el reconocimiento y el cariño. Lara lo veía constantemente darle a Jonathan una palmadita paternal en la espalda. Una vez incluso le oyó decir: —Gracias, muchacho. —Jonathan había sonreído con dulzura ante aquellas palabras y le había devuelto el gesto con un asentimiento. Fue un momento casi íntimo, uno que Lara no quería interrumpir bajo ningún concepto.

Como también ayudaron a Gordon a llenar sus armarios, toda la operación acabó prolongándose hasta el anochecer. Bajo la luz del sol poniente, dejaron que el día terminara tranquilamente compartiendo una pizza y unas bebidas refrescantes.

Cuando se despidieron de Gordon poco después, este rodeó a Lara con sus brazos y expresó lo que también empezaba a pesar en el alma de ella: —Sería mucho más fácil desear quedarme con Sunset Hill si no me cayeras tan bien. Pero me temo que en eso tengo que decepcionarte. —Le apretó los hombros con un deje de familiaridad. Ella apenas se había dado cuenta de que él había pasado de forma natural al «tú» a lo largo del día. De alguna manera, el «usted» le había resultado extraño desde el principio, sobre todo teniendo en cuenta que técnicamente eran familia.

Gordon se quedó en el umbral de la puerta, saludando y apoyado en su bastón, mientras Jonathan le abría la puerta del copiloto a Lara. Él mismo se dejó caer en el asiento del conductor un momento

después con un quejido. —Madre mía, esto era más fácil cuando tenía veinte años. —Se estiró y le crujó el cuello.

Lara reclinó la cabeza hacia atrás, sonriendo. —Bueno, tienes toda la noche para recuperarte del esfuerzo antes de empezar de nuevo mañana arriba, en los acantilados.

Él arrancó el motor. —Ni hablar. Mañana me toca trabajar; he conseguido un encargo en el puerto. Un cúter que no hay quien lo mueva de su sitio.

Lara intentó ignorar la punzada de decepción que la invadió en ese momento.

Mientras tanto, Jonathan había rescatado un viejo envoltorio de chicle de la guantera, había sacado un bolígrafo del bolsillo de su camisa y había anotado su número en el papel. —Toma. Para que puedas localizarme si necesitas ayuda en Sunset Hill House.

—Gracias —dijo ella simplemente mientras doblaba el papel. Durante los primeros días, a él no le había importado si coincidían allí arriba o no. Ni siquiera si ella tenía a quién consultar. Más de una vez se había quedado indefensa ante cajones rebosantes, sin saber qué era importante y qué no.

Lara sacó su teléfono, grabó el número de Jonathan y le hizo una llamada perdida. —Por si acaso necesitas ayuda con cualquier cosa.

—¿Por si tengo dudas sobre reparaciones de barcos? —preguntó él, mirando la pantalla iluminada con una sonrisa burlona.

A Lara se le encendieron las mejillas. —Nunca se sabe. Como soy una alemana misteriosa, puede que tenga cualidades que aún ni conoces —bromeó ella a su vez.

Jonathan se rió y sacó el coche de la plaza de aparcamiento. —Seguro que sí.

Ninguno de los dos volvió a decir nada hasta que llegaron a las afueras del pueblo, pero cada vez que Lara miraba de reojo a Jonathan, veía esa leve mueca en sus labios que hacía que las comisuras de su propia boca temblaran.

—Voy a subir a la casa esta noche para adelantar un poco.

—Pues vayamos juntos. Estamos los dos agotados, pero acabaremos antes si lo hacemos entre los dos.

Jonathan negó con la cabeza. —Ni hablar. Te estás pasando todas las vacaciones trabajando, incluso para gente que ni conoces. Te has ganado al menos una noche tranquila.

Lara se mordió el labio inferior. ¿Por qué tenía tanta prisa por terminar de vaciar la casa?

—¿Hablaste con el señor Farelane? —soltó ella de repente, y Jonathan negó con la cabeza. —¿Por qué piensas eso?

—Por nada.

Él se rió entre dientes. —Las mujeres nunca preguntan nada *por nada*.

—Solo lo decía porque... —En ese momento, una figura apareció en el arcén de la carretera delante de ellos como surgida de la nada. Sobresaltado, Jonathan dio un volantazo y el coche dio un bandazo por un instante.

Lara se golpeó la cabeza contra la ventanilla y gimió cuando el coche finalmente se detuvo.

—¿Estás bien? —preguntó Jonathan con la voz una octava más aguda de lo normal.

Ella se palpó la frente, que le latía de dolor. Al menos no tenía sangre en los dedos. —Creo que sí. ¿Qué fue eso?

Jonathan la miró un momento preocupado antes de abrir la puerta del conductor de forma un tanto frenética y bajarse. —Pero bueno, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado por una tontería así? —le gritó a una persona que se había detenido detrás de ellos. Cuando Lara se giró, vio a la figura menuda de pie junto al borde de la carretera con los brazos cruzados.

—¿Madison? —susurró, y se bajó ella también.

Jonathan se había plantado frente a la chica, que tenía la cara oculta tras una cortina de pelo.

—La conozco, es la hija de mi casera —dijo Lara en voz baja una vez que llegó al lado de Jonathan.

Madison debió de reconocer también la voz de Lara y parpadeó a través de su melena. —Iros a la mierda —espetó, y luego sollozó de forma desgarradora.

Lara le hizo una señal a Jonathan para que esperara un momento y se acercó a Madison.

—¿Va todo bien? —preguntó con dulzura, solo para recibir el siguiente bofetón verbal de la adolescente. La chica la miró con los ojos rojos como el fuego y el rostro emborronado por el maquillaje. —¿Te parece que sí, o qué?

Madison tenía un aspecto terrible. Debía de llevar un buen rato en la carretera en ese estado. Aunque las noches de principios de verano eran agradablemente suaves, la chica temblaba y se le oían castañear los dientes.

Lara no quiso dejarse amilanar por su actitud defensiva. Era obvio que necesitaba ayuda. —Escuche, si le pasó algo, puede hablar conmigo —le dijo con empatía.

—¿Que si me pasó algo? —Madison levantó los brazos y los dejó caer de nuevo—. Un chico se pasó. Dios, ¿por qué los tíos tenéis que ser tan idiotas? —La mirada que le lanzó entonces a Jonathan fue letal.

Problemas de chicos, pues. De alguna manera Lara se lo imaginaba; ella también había sido adolescente una vez.

Sacó un pañuelo de papel de su bolso y se lo tendió a Madison, que se sonó ruidosamente. —¿Por qué son así? —sollozó.

—¿Así cómo? —preguntó Lara. Seguían parados en el arcén. Las luces de emergencia de Jonathan parpadeaban a lo lejos, pero no era probable que pasara ningún coche por allí.

—¡Tan arrogantes y crueles! —protestó Madison, y su desesperación se tornó en rabia—. Y tan hirientes. Lo único que les importa es ir de guays. —Hizo una mueca.

—¿Puedo decir algo sobre eso? —preguntó Jonathan, que se estaba acercando lentamente a ellas. Lara intentó indicarle con la mirada que quizá no era buena idea, pero Jonathan insistió hasta que Madison cedió.

—Peor no puede ser —masculló ella mientras se limpiaba las mejillas húmedas con el pañuelo.

—Cuando un chico se comporta como un idiota para ir de guay, *él* es en realidad el que está quedando fatal —dijo Jonathan, y Madison bufó.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

Lara puso una cara rara. —Lo que Jonathan probablemente quiere decir es...

—... exactamente lo que he dicho. —Él dio otro paso más y Madison levantó la vista hacia él—. Tiene miedo.

—¿Miedo? —Madison negó enérgicamente con la cabeza—. Connor Lawson no le tiene miedo a nada ni a nadie. —A pesar del enfado, en su voz había una admiración inconfundible por el tal Connor. Lara ya se imaginaba el tipo de chico que era y cuánto disfrutaba siendo adorado por las chicas.

—Créeme, hasta ese tal Connor es un cobarde —afirmó Jonathan con firmeza, plantándose frente a Madison. Ahora mantenía los brazos cruzados sobre el pecho, con las piernas ligeramente separadas, y miraba fijamente a la chica a los ojos.

Ella imitó su postura —consciente o inconscientemente— poco después. —¿Tú qué vas a saber? ¡Si ni siquiera lo conoces!

—Lo sé porque yo también fui un Connor. —Jonathan puso los ojos en blanco—. Todos los chicos somos un Connor a cierta edad.

—No entiendo nada —dijo Madison, buscando ayuda en Lara—. ¿Entiendes tú lo que está balbuceando?

Lara apenas pudo reprimir una carcajada.

Pero Jonathan se le adelantó. —¿Qué te parece un batido en *Creamy Dreamies*, en Peterhead? —Jonathan señaló la cara de

Madison—. No puedes irte a casa con esas pintas, ¿o es que quieres contarle a tu madre todo con pelos y señales?

La chica abrió mucho los ojos. —¡Ni de broma!

—Pues entonces. —Jonathan caminó hacia el coche y les hizo señas para que lo siguieran—. Vamos, chicas. Quiero saberlo todo sobre ese tal Connor. —Se volvió hacia ellas—. Y luego idearemos algo.

—¿Entonces podré vengarme? —preguntó Madison, con la voz teñida de esperanza.

—¡Sip! —exclamó Jonathan, abriendo la puerta del conductor—. Parece que le vendría bien una leccioncita. ¿Hacer llorar a una chica tan guapa como tú? Esta vez sí que se pasó de la raya.

Cuando Lara miró a Madison, la chica sollozaba por última vez y se guardaba un pañuelo arrugado en el bolsillo. Asintió con determinación y se dirigió al coche de Jonathan. Mientras Madison se deslizaba en el asiento trasero, Lara se subió al del copiloto.

—En marcha, pues —dijo Jonathan, lanzándole una mirada. Su sonrisa ladeada le provocó un aleteo de mariposas en el estómago.

¿Se daba cuenta Jonathan de que, con su actitud inesperadamente honesta y genial, podría estar salvando el corazón roto de una chica de catorce años?

Lara apoyó la cara contra el cristal frío y sonrió para sus adentros.

Quizá no solo el suyo, Ese pensamiento le cruzó de repente por la cabeza, haciéndola estremecer.

El restaurante a las afueras del pueblo seguía muy animado esa noche. Estaba abarrotado sobre todo de adolescentes matando el tiempo, amontonados sobre sus teléfonos y riendo a carcajadas con los vídeos y fotos que compartían.

Lara, Jonathan y una Madison ahora mucho más calmada habían elegido un reservado al fondo del local, apartados del resto de la gente. Mientras Jonathan iba a por los batidos, Madison se había

refrescado en el baño. Tras beber un poco de su batido de chocolate en un silencio más contemplativo que de mal humor, deslizó el vaso de un lado a otro entre sus manos y suspiró. —Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cómo puedo devolvérsela a ese imbécil?

—Tal vez ayudaría que empezaras por contarnos exactamente qué pasó —sugirió Jonathan, manteniendo ese tono desenfadado y casual que había adoptado en la carretera. Lo hacía parecer mucho más joven y enrollado de lo que Lara había percibido hasta ahora. Sin duda, parecía haberse ganado la confianza de Madison.

—Connor es dos años mayor que yo; nos conocimos en un club extraescolar. Siempre se portó muy bien conmigo, la verdad, pero cuando nos cruzamos con algunos de sus amigos antes, de repente empezó a tratarme como si fuera basura. Y luego, cuando sus colegas preguntaron quién era yo y por qué andaba conmigo —como si fuera su novia o algo así—, él soltó una sonrisita estúpida y dijo que ni muerto lo verían saliendo con una cría como yo.

—Gilipollas —soltó Lara, disculpándose de inmediato con Madison.

—No, de verdad que lo es —coincidió Madison, apoyando la barbilla en la palma de la mano.

—Aparte de que creo que a Connor le falta un tornillo, eso fue jugar muy sucio. —Jonathan negó con la cabeza—. ¿Y cómo acabaste en la carretera?

—Bueno, porque Connor no podía llevarme a casa después de eso, obviamente. Sus amigos "guais" estaban allí de repente. ¿Y por qué iba a llevar a una cría como yo que no le importa un pimiento?

Lara notaba que la chica intentaba enmascarar el dolor tras sus palabras, pero no lo estaba consiguiendo del todo.

—Lo peor de todo es que —dijo más bajito, mordiéndose el labio inferior— pensaba que iríamos juntos al baile de gala de principios de verano el próximo sábado. —Madison levantó la vista, con sus grandes ojos oscuros brillantes—. De verdad creía que me lo iba a pedir.

—Si se lo pidiera ahora, ¿seguiría yendo con él? —preguntó Lara, y Madison negó con la cabeza enérgicamente.

—Ni en un millón de años. No voy a aguantar una jugada así en el baile. —Suspiró—. Pero a lo mejor he sido una estúpida por pensar que me lo pediría. O que alguien lo haría.

—Oiga. —Lara puso su mano sobre la de la adolescente—. Es una chica preciosa. ¿Por qué no iba a querer ir nadie con usted?

Madison se limitó a encogerse de hombros y a hacer ruidos de succión con la pajita en el fondo del vaso vacío.

Mientras tanto, Jonathan se inclinó sobre la mesa hacia ella. —¿Cómo crees que quedaría el "guay de Connor" si aparecieras en ese baile de todos modos? ¿Y con una pareja aún más guay?

Madison parpadeó mirando a Jonathan a través de unos mechones de pelo. —Olvidalo. No voy a ir al baile contigo. Eres un viejo... seguramente acabarías arrestado por corrupción de menores.

—¿Viejo? Qué golpe bajo —dijo Jonathan con fingida desolación, haciendo reír a Lara.

—Pero a pesar de tu duro juicio, no hablaba de mí. Tengo un buen colega que me debe un favor. Y como resulta que sé que tiene un hermano de diecisiete años que es famoso por aquí por ser un surfista increíble, he pensado...

—¿Qué? —chilló de repente Madison—. ¿Estás hablando de Dylan Foster?

Jonathan se recostó con despreocupación. —Posiblemente. —Sonrió con suficiencia.

—¡Me estás tomando el pelo! —Madison abrió mucho los ojos.

—Te lo digo en serio... yo podría organizar que Dylan te llevara al baile.

—¡Madre mía! —Madison se abanicó teatralmente con la mano—. Dylan Foster va a ser mi pareja de baile. —Le tendió el brazo a Lara—. ¡Pellizcadme!

Lara hizo lo que le pedían. —Y yo que pensaba que todos los chicos eran idiotas. —Le sonrió a la chica, que claramente ya no la escuchaba.

En su lugar, Madison sacó el teléfono del bolsillo y empezó a teclear frenéticamente en la pantalla.

—Tengo que decírselo a mi mejor amiga —susurró sin aliento—. ¿A qué hora nos vamos a casa?

Jonathan se levantó para retirar los vasos vacíos. Cuando regresó, Madison estaba completamente perdida en su propio mundo, con una sonrisa de felicidad en el rostro mientras seguía absorta en su teléfono.

—Misión cumplida, diría yo. —Lara le sonrió a Jonathan y salieron juntos hacia el coche. En el camino al aparcamiento y durante todo el trayecto de vuelta a Fallbury, Madison no dijo ni una palabra más. Por el espejo retrovisor, Lara podía ver su rostro iluminado por el resplandor de la pantalla del móvil.

Solo cuando Jonathan se detuvo frente al bed-and-breakfast levantó la vista. —Un momento. ¿Viene a buscarme? ¿Nos vemos en algún sitio? ¿Cómo funciona esto?

—Es un baile de gala —dijo Jonathan—. Por supuesto que vendrá a buscarte. En su coche, naturalmente. ¿A qué hora debería estar aquí?

—A las seis sería perfecto.

—Pues a las seis será. —Jonathan le guiñó un ojo a través del espejo.

Madison se limitó a asentir mientras abría la puerta. —Tiene coche —murmuró soñadora al bajar—. Gracias, chicos. —Luego desapareció en la casa y Jonathan se recostó, negando con la cabeza. Pasándose una mano por su cabello rubio, soltó un suspiro de puro alivio—. Dios, no echo de menos ser adolescente.

—Yo tampoco. Ese caos emocional constante... un minuto estás en la cima del mundo y al siguiente quieres meterte en un agujero y no

salir nunca.

Lara recordó a un "guay de Connor" de sus propios días de escuela, alguien que actuaba como un imbécil para ocultar sus propias inseguridades. Ella no había tenido a un surfista estrella llamado Dylan como premio de consolación en aquel entonces, pero sin duda podía identificarse con la desbordante emoción de Madison.

—Le has salvado la noche. Y, desde su punto de vista, probablemente acabas de salvarle la vida entera.

Jonathan se giró hacia ella. —Yo también fui un Connor en mi tiempo, rompiendo corazones. Quizá esta era mi oportunidad de redimirme. Ahora solo necesito que Dylan me siga el juego. Aunque no es que vaya a darle otra opción.

Esa jovialidad le sentaba bien, pensó Lara. En los últimos días, lo había visto más callado, serio y pensativo. Le gustaba ver esta otra faceta de él. Aunque, a decir verdad, le gustaban ambas: el Jonathan introspectivo y sensible, y también el más fresco y atrevido.

Cuando él soltó un bostezo profundo, Lara se desabrochó el cinturón. —Espero que el trabajo de limpieza en Sunset Hill House haya terminado también para ti por hoy.

—Así es —confirmó para alivio de ella—. Creo que solo voy a llegar y caer rendido.

—Ese es mi plan también. —Agarró la manilla de la puerta—. Gracias. Por un día y una noche tan agradables.

Jonathan esbozó una sonrisa ladeada. —Gracias a *ti*. Puede que yo haya salvado la vida de Madison hoy, pero tú sin duda has enriquecido la de Gordon con tu idea de reorganizar el dormitorio.

Lara asintió. —De nada. Entonces, ¿nos vemos en la casa en unos días?

—Claro. Que duermas bien esta noche.

—Tú también. —Estaba a punto de salir cuando se detuvo—. Esto... ¿Jonathan?

—¿Dime?

—Mañana por la tarde hay una especie de inauguración en el puerto. Tía me invitó; vive en la casita debajo de los acantilados, de camino a Sunset Hill House. Ha convertido un viejo bote en un "barco de lectura" y lo va a botar por primera vez esta temporada.

—¿Un barco de lectura? —preguntó Jonathan—. Suena interesante.

—Sí. —Lara tragó saliva. ¿Por qué estaba de repente tan nerviosa por decir lo que realmente tenía en mente?—. Creo que voy a ir.

Jonathan asintió. —Vale, seguro que estará bien.

Quizá debería dejarlo estar. Si le pedía que la acompañara, podría tomárselo de forma equivocada, y quería evitar eso a toda costa.

—Vale. —Respiró hondo—. Pues... hasta pronto.

—Sí, hasta pronto.

Salió y, sin mirar atrás, caminó hacia la entrada del bed-and-breakfast. Jonathan tampoco parecía estar esperando a que ella se diera la vuelta; arrancó un segundo después, tal vez un poco demasiado rápido.

A Lara le temblaba ligeramente la mano mientras metía la llave en la cerradura.

En mitad de la noche, su teléfono emitió un pitido. Había estado dando vueltas en la cama hasta entonces, intentando procesar la multitud de impresiones de aquel largo día. Pero su mente estaba tan inquieta que no lograba conciliar el sueño. Al coger el móvil, el nombre de Jonathan parpadeaba en la pantalla.

Jonathan:

Lo de la inauguración suena muy bien...

Lara se puso boca arriba y dejó caer el teléfono sobre su pecho. ¿Qué intentaba decirle con esas siete palabras? ¿Era lo que ella

sospechaba? ¿Por qué si no enviaría un mensaje así en mitad de la noche? ¡El primero que se intercambiaban!

Se volvió a poner boca abajo y reunió todo su valor:

Lara:

¿Te apetece venir conmigo? Podríamos quedar allí a las seis.

Ansiosa y conteniendo el aliento, esperó la reacción de Jonathan. Cuando el teléfono volvió a iluminarse por fin y leyó su respuesta, su corazón dio un vuelco.

Jonathan:

Me encantaría. Tengo ganas de que llegue el momento.

Capítulo 8

UNOS CÁLIDOS y juguetones rayos de sol despertaron a Lara a la mañana siguiente. Había apagado la alarma, algo que no hacía desde hacía años. Normalmente, incluso en los meses más oscuros del invierno en Alemania, ya estaba despierta mucho antes de que sonara ese molesto pitido, corriendo entre la cafetera y el cuarto de baño antes de irse a trabajar. Siempre era la primera en llegar, siempre motivada en exceso e inquieta. Quizá aquello la había ayudado a superar algunos momentos en los que, de otro modo, se habría perdido en sus pensamientos y temores sobre el futuro tras el divorcio, pero también la había dejado sin tiempo para recuperarse de verdad. Aun así, Lara nunca se había sentido realmente agotada; las cinco o seis horas de sueño como máximo le parecían más que suficientes. No estaba cansada, pero, con el tiempo, tanto su cuerpo como su mente le indicaron que debía bajar el ritmo. Dolores de cabeza, inquietud interior, el impulso constante de estar ocupada de alguna manera y no permitirse un respiro.

¿Acaso tenía que viajar miles de kilómetros para darse cuenta de eso? Al menos esa mañana lo parecía.

Lara se estiró sobre la almohada y suspiró satisfecha. Las cortinas de la ventana no estaban bien cerradas, lo que le permitía ver el cielo azul a través de una rendija.

Quedarse en la cama. Disfrutar del momento. Saborear el silencio. Algo que en realidad le resultaba tan extraño y que, sin embargo, en ese instante parecía pan comido.

Finalmente, cuando el estómago le rugió, se levantó y fue al baño. Cuando bajó después al comedor, oyó a la señora Barclay trajinando en la cocina.

—¿Te has vuelto a olvidar de los libros? —refunfuñó, asomando la cabeza por la puerta batiente—. Oh, vaya, eres tú. Pensaba que Madison andaba por aquí. No sería la primera vez que busca alguna

excusa para saltarse las clases. —Se rió a modo de disculpa y entró en el comedor con pasos cortos y rápidos—. ¿Quieres desayunar ya? Como no había oído nada, supuse que ya habrías salido.

Lara siguió la mirada de la señora Barclay hacia el otro extremo de la habitación, donde un reloj de pared de péndulo hacía tictac ruidosamente... y se quedó sin aliento. ¡Eran casi las doce del mediodía!

—¡Madre mía, se me pasó media mañana durmiendo!

La señora Barclay sonrió. —Mi abuela siempre decía que el cuerpo se toma el sueño que necesita. No tienes nada que hacer contra eso. —Limpió la mesa de Lara una vez con el paño de cocina que le colgaba del delantal—. Te traigo un café en un momento. ¿Un panecillo con mermelada o muesli?

—El muesli estaría genial, gracias.

Unos minutos más tarde, la señora Barclay estaba sentada a la mesa junto a ella, disfrutando también de una taza de café caliente y escuchando las historias de Lara sobre los últimos días. Lara solo se guardó para sí el paseo nocturno de Madison por la carretera secundaria, su viaje a Peterhead y sus planes de venganza respecto al «guay» de Connor. No quería traicionar a la chica cuando esta acababa de abrirle su corazón.

—Me parece que estás teniendo bastante mala suerte —dijo la señora Barclay al final de sus relatos.

—¿Mala suerte? —preguntó Lara, sorprendida.

—Habría deseado para ti que la persona con la que te disputas la propiedad de los acantilados fuera un imbécil ignorante. Un típico habitante de Anchor's End. Eso lo haría más fácil. Pero así...

—No parece que sea la única que opina eso. —Lara recordó las palabras de Gordon. Pero ella misma se sentía así; se volvía más difícil cada día que conocía mejor a Jonathan. Cada vez descubría más facetas suyas que le gustaban. Le gustaban mucho. Y aunque en general era una persona abierta y accesible y no tenía problemas para relacionarse con extraños debido únicamente a su trabajo, con

Jonathan era diferente. En pocos días, había conseguido pasar de ser un desconocido agradable a un... sí, ¿en qué se había convertido? ¿En un amigo? ¿Se habían hecho amigos? Cuando Lara pensaba en la isla de los delfines, en las palabras profundas y cálidas de Jonathan que había compartido con ella en aquel lugar mágico, no le parecía solo un conocido agradable y mucho menos alguien con quien se veía obligada a matar el tiempo. A eso había que añadir la sesión de limpieza en casa de Gordon y la forma en que Jonathan manejó la crisis adolescente de Madison.

—¿Lara? ¿Sigues soñando despierta?

La risa de la señora Barclay la sacó de sus pensamientos. —Perdóneme.

La casera le dio una palmadita en el brazo de forma maternal. —No pasa nada. Al fin y al cabo, tienes muchas cosas en la cabeza ahora mismo. No te agobies; disfruta un poco de tu tiempo antes de volar de vuelta a Alemania.

¿Volar de vuelta a Alemania? A decir verdad, Lara apenas había dedicado un pensamiento en los últimos días al hecho de que tenía que decidir cuándo terminaría su viaje. No podía quedarse para siempre. Y esta constatación de repente se le asentó en el estómago pesada como el plomo. Se tragó la última cucharada de muesli con esfuerzo.

—No se preocupe —dijo, limpiándose la boca mientras hablaba—. Estoy disfrutando de mis días aquí.

—Eso es estupendo, querida. —La señora Barclay quiso recoger sus platos, pero Lara sacudió la cabeza y los llevó ella misma a la cocina.

—¿Estará esta noche en la fiesta de inauguración de la temporada del Barco de los Libros?

—Oh, seguro que me paso. —La mujer miró a su alrededor y luego murmuró—: Si he terminado de limpiar la cocina para entonces y todo eso.

La mirada de Lara recorrió las superficies relucientes y una sonrisa de complicidad asomó a sus labios. —Usted también tiene derecho a permitirse un descanso de la vida cotidiana.

La señora Barclay se rió con incertidumbre. —Claro. Es que... llegarán más veraneantes más tarde. Una pareja joven que se queda una semana. Quiero tener las habitaciones listas. Y quién sabe qué noticias traerá Madison de la escuela otra vez. Ya sabes cómo es, siempre pasa algo, incluso cuando no pasa nada.

Lara asintió. —¿Le he contado alguna vez que estuve casada?

La señora Barclay, que había estado fregando con brío un plato que ya estaba limpio, detuvo ahora su movimiento y miró a Lara con sorpresa. —¿De verdad?

Ella asintió. —Y ahora llevo dos años separada y uno divorciada. —Elegió sus siguientes palabras con cuidado para no ofender a la amable casera—: A veces parece más fácil mantenerse constantemente ocupada cuando se pasó por algo así. Pero, en realidad, solo lo hace todo más difícil. Debería permitirse un respiro, de verdad que sí. Es importante salir y reunirse con amigos a veces. La vida es algo más que las consecuencias de una decisión equivocada.

¿De verdad acababa de decir eso? ¿Ella, que tanto tiempo había luchado con su ruptura con Marco? No porque todavía lo amara. Sino porque había perdido una parte de sí misma durante aquel tiempo, porque se sentía enfadada por ello y decepcionada consigo misma. Y presumiblemente también porque no había sido capaz de admitir su error. El error de haberse casado demasiado joven.

—Eres una buena chica —dijo la señora Barclay con tono maternal ahora, acariciándole suavemente la mejilla—. Y tienes muy buen ojo para las personas. —Suspirando, dejó el paño de limpieza a un lado—. Sabes, desde que mi marido se marchó, me quedé sola con nuestros sueños compartidos. El Bed and Breakfast, nuestra hija, la vida en la costa. Todo eso lo construimos juntos hace años. Nunca me he arrepentido, sigo sin hacerlo a día de hoy. Amo todo lo que la

vida me dio. Y, sin embargo, hay momentos en los que el sentimiento de soledad me abruma. No porque esté sola, sino...

—... porque la han dejado sola en una vida que solían llevar juntos. Y ahora le resulta difícil darse cuenta de qué parte de ella es usted y qué parte todavía le pertenece a él.

—¡Sí! —Los ojos de la señora Barclay se agrandaron—. ¿Tú también te sentiste así?

Lara asintió y se apoyó en la encimera de la cocina. —Nosotros no tuvimos hijos ni una casa de huéspedes ni nada por el estilo. Pero renuncié a mis propios sueños en aquel matrimonio para poder soñar los suyos con él. Es difícil volver a encontrarse a una misma después. Puedo entenderlo bien.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? ¿Porque te estás buscando a ti misma, tus raíces?

Lara sacudió la cabeza, luego asintió y acabó encogiéndose de hombros. —En cierto modo, sí, pero fue más una coincidencia que algo planeado. La noticia de la herencia me despertó, despertó en mí un sueño olvidado que tenía desde pequeña: abrir una cafetería. Podría hacerlo con la venta de Sunset Hill House. Pero ahora... —Levantó los brazos y volvió a dejarlos caer, mientras la duda se le escapaba de forma espontánea.

—¿Pero ahora...? —insistió la señora Barclay, sonriendo para sus adentros.

—Ahora es, de alguna manera, mucho más que una simple casa que quiero heredar y vender. Pero, por favor, no me pregunte qué es exactamente. Es difícil de definir.

—Ya veo. —La señora Barclay volvió a guardar en el armario la caja de cereales que había estado sobre la encimera—. Sea lo que sea, hace que te brillen los ojos y te resplandezcan las mejillas.

—¿De verdad? —Lara se tocó tímidamente la mejilla caliente y la señora Barclay asintió con entusiasmo.

—Te sienta bien. —Sonrió, suspiró y volvió a anudarse el paño de cocina al delantal—. Bien, voy a terminar de recoger aquí y tú disfruta de tus vacaciones, querida.

—Lo haré. Quizá la vea en el puerto esta noche.

—Quién sabe, quién sabe —respondió la señora Barclay riendo, dándose ya la vuelta.

Algún día encontraría el camino de vuelta a sí misma cuando llegara el momento adecuado.

Lara lo sabía ahora, porque ella misma lo estaba sintiendo en este preciso instante.

Sunset Hill parecía más desierta y maciza que nunca en este día soleado. Quizá solo se lo parecía a Lara. Se había acostumbrado a la presencia de Jonathan, a su voz y a su risa pícara. Aunque ya había estado sola en la casa unas cuantas veces antes, hoy le molestaba. Había planeado organizar un poco el viejo desván. No podía equivocarse mucho allí, al fin y al cabo; no esperaba encontrar papeles importantes ni reliquias familiares que tuviera que discutir con Jonathan antes de clasificarlas. Lienzos nuevos y pinturas sin usar en un montón, el resto en otro. Ese era el plan.

Al subir, se llevó una radio vieja de la cocina, con la esperanza de que un poco de música le hiciera más llevadero el tiempo a solas. Pero el aparato chisporroteaba horribilmente. Probablemente solo había estado en el estante de la cocina con fines decorativos. Bueno, pues sin música. Estaría bien. De todos modos, no quería quedarse mucho tiempo, así tendría tiempo suficiente en Fallbury para arreglarse para la fiesta. Lara estaba a punto de alcanzar los primeros lienzos, que estaban apoyados contra el murete y algunos de los cuales todavía estaban envueltos en plástico, cuando le sonó el teléfono.

—Hola, mamá —dijo alegremente, dejando los lienzos donde estaban y caminando hacia el ventanal. Los rayos de sol atravesaban los cristales esmerilados.

—No te has puesto en contacto estos últimos días, así que he pensado en llamarte para ver cómo van las cosas. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada en especial.

—¿Nada de nada? Bueno, algo debe de estar pasando. ¿Cómo va la casa? ¿Estás progresando?

—Estoy aquí ahora mismo —respondió Lara—. No tienes ni idea de lo bonito que es esto. Estoy en un desván antiguo en medio de obras de arte a medio terminar, hay un caballete de madera a mi lado, el pincel sigue apoyado contra el marco y puedo ver por el ventanal todo el jardín y, más allá de los acantilados, el mar.

—Parece la descripción de una guía de viajes para entusiastas del arte. —Lara oyó el tono calmado en la voz de su madre y sonrió.

—A ti también te encantaría, sé que sí. Es un lugar realmente muy especial.

—Bueno, hace unos días, lo único que importaba era asegurar la herencia para que pudieras volver aquí lo antes posible y...

—Nunca dije lo antes posible —soltó Lara, un poco demasiado rápido.

—Lo siento, cariño. Por supuesto que debes disfrutar de tu tiempo allí; son tus primeras vacaciones en años. Es solo que... —Su madre anduvo con rodeos un poco antes de soltarlo por fin—: No puedo hacer esperar eternamente al agente inmobiliario por el bar de la playa. Estoy segura de que tendrá otros compradores interesados.

Lara apoyó la cabeza contra la pared. Alemania se sentía tan lejana en ese momento. No eran solo los kilómetros que las separaban. Era algo más: una especie de resistencia interna que se encendía cada vez que pensaba en su vida diaria en casa. Quizá fuera la vista del paraíso justo delante de sus narices en este mismo segundo. O quizá fuera simplemente que estaba disfrutando del tiempo fuera más de lo que esperaba. Mucho antes del divorcio, cuando su relación había empezado a desmoronarse, había empezado a sentirse a la deriva en su vida. ¡Sin rumbo! Este amor,

este matrimonio y la felicidad que buscaban juntos eran todo lo que siempre había deseado. ¡Lo que había soñado desde que era una niña pequeña! Cuando se dio cuenta de que, en realidad, no encontraría nada de eso con Marco, perdió su lugar en la vida. Llenó los huecos con trabajo, pero tras el divorcio, nunca volvió a sentirse cómoda en su nueva rutina; nunca llegó realmente a este nuevo capítulo de su vida. Cualquiera parte de ella que hubiera aceptado eso parecía estar en silencio aquí, en Escocia. Aquí, se había dado cuenta de que faltaba algo. Algo de lo que se sentía más cerca aquí que nunca. Solo que todavía no sabía qué era.

—...¡llámalo, presiona un poco, iesto no puede seguir así! Y tampoco puedes dejar de lado tu trabajo aquí para siempre —oyó las insistentes palabras de su madre y se sacudió sus propios pensamientos.

—¿Quieres que llame al señor Farelane?

—Por supuesto, a ese abogado.

—Me estoy ocupando de ello, ya te lo he dicho antes.

—Sí, lo sé. Pero, cariño, estás en un desván entusiasmada con las vistas al océano. Lo entiendo, de verdad. Y me alegro de que estés viviendo experiencias maravillosas allí. Es solo que...

—¿De verdad? —preguntó Lara, y todo su cuerpo se tensó de repente—. ¿De verdad te alegras por mí?

—¿Perdona?

—Quiero decir, lo dices una y otra vez. Pero en realidad, solo estás esperando a que por fin vuelva con el dinero para que podamos comprar el bar de la playa, para que tú puedas revivir tus recuerdos allí. —Las palabras se derramaron por sus labios antes de que pudiera detenerlas.

—¡Cielo santo! ¿Qué te picó? Fue idea tuya traer el bar de la playa a la familia, iespero que todavía te acuerdes de eso!

—Me acuerdo, por supuesto. Pero me estás presionando ahora mismo. Te dije que te mantendría informada. Si no te envío

novedades, es que no las hay.

—A veces hay que estar pendiente de las cosas si quieres algo. Quedarse esperando y disfrutando del sol desde luego no te llevará a la meta.

Lara sintió que le temblaba la mano con la que sujetaba el móvil.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí por ahora. Te llamo luego. Adiós, mamá. —Colgó antes de que su madre pudiera reaccionar. Y probablemente fue lo mejor. Ambas podían ser muy impulsivas, aunque en el pasado no había ocurrido a menudo que discutieran. Pero la conversación de hoy había dado un giro desagradable. Los reproches resonaban entre líneas, reproches que Lara normalmente intentaba reprimir pero que de repente habían salido a la superficie. No quería hablarle así a su madre, pero... bueno, ¿qué exactamente?

Sacudió la cabeza, se secó las lágrimas y respiró hondo. Intentó en vano, por última vez, hacer que la radio funcionara. El silencio en la casa era casi sofocante hoy. Pero el carraspeo del aparato era tan desagradable como el ruido de sus pensamientos.

Durante una hora, Lara clasificó lienzos, lavó pinceles viejos, limpió la paleta y comprobó qué tubos de pintura ya se habían secado y cuáles eran todavía utilizables. Cuando descubrió un armario de pared detrás de una pila de lienzos embalados lleno de botes de pintura, espátulas y otros materiales de pintura variados, se rindió. Ya había tenido suficiente por hoy.

Lo dejó todo como estaba, cerró con llave y caminó de vuelta a Fallbury por el sendero de la costa con el fragor de las olas en los oídos.

Ya había bastante movimiento en el puerto. Tía la saludó con entusiasmo al pasar por el muelle. —¡Lara! Vendrás más tarde, ¿verdad?

—¡Desde luego! —le devolvió el saludo, forzando una sonrisa. En realidad, ya no tenía muchas ganas de fiesta.

Una y otra vez se preguntaba por qué había perdido los nervios de aquella manera durante la llamada con su madre. La conocía, sabía que era una mujer testaruda que podía ser cariñosa y atenta, pero también estricta y exigente. No siempre le había resultado fácil transmitir amor y calidez durante la infancia de Lara de la forma que esta anhelaba. Pero escondidos tras preocupaciones, miedos y, a veces, expectativas demasiado altas, ambos habían estado siempre ahí. Lara nunca se había sentido poco amada, pero más de una vez se había sentido ignorada en sus propias necesidades. Había sido fácil complacer a su madre, pero aún más fácil decepcionarla. Y en muchas ocasiones apenas había podido soportar la presión de hacer siempre lo correcto. Pero solo se tenían la una a la otra, y lo último que Lara quería era un distanciamiento con su madre. Incluso cuando empezó a comprender de adulta que no todo entre ellas era de color de rosa. No importaba. Eran familia. La única que tenía. Y no anhelaba nada más que esa paz familiar.

Probablemente sería igual que las pocas discusiones anteriores: Lara se calmaría, su madre se calmaría y, tras una breve charla, todo volvería a estar bien. No quería permitir que el pensamiento de cómo habían ido las cosas antes le arruinara la noche. Tenía muchas ganas de que llegara el momento, más aún desde que Jonathan había aceptado ir.

Recién duchada y vestida para la ocasión, bajó a la zona del puerto poco antes de las seis de la tarde. La señora Barclay estaba al teléfono cuando Lara salió del vestíbulo, gesticulando salvajemente hacia el auricular.

—Pásalo bien —susurró antes de retomar su conversación. Probablemente no se dejaría ver por el festival esa noche.

Aunque Lara llegó temprano, no era en absoluto la primera invitada. El puerto de Fallbury ya bullía de visitantes. La puerta del pub, por delante del cual pasaba dos veces al día, estaba abierta hoy. Varios barriles servían de mesas altas y flanqueaban el camino hacia los muelles. El propio embarcadero estaba decorado con todo tipo de banderines de colores. Había guirnaldas de luces enrolladas

en varios pilotes de madera, aunque aún no estaban encendidas. El sol ya estaba bajo en el cielo, pero seguía enviando sus rayos con toda su fuerza hacia la estrecha bahía. Sobre todo, el imponente faro al final del muelle resplandecía magníficamente bajo la luz solar. Justo allí, bajo el foco, una banda en directo tocaba folclore escocés. La música resonaba hasta los amarres del lado opuesto.

En las inmediaciones del pub había dos parrillas, en las que unos hombres de aspecto alegre estaban cargando carne y pescado. En un puesto frente a los barriles que pertenecían al pub, una mujer mayor vendía joyas artesanales hechas de piedras y conchas. Lara se detuvo y admiró la delicada artesanía mientras la vendedora le hablaba con amabilidad, charlando sobre la concha de vieira. Puesto que simbolizaba, entre otras cosas, una ruta de peregrinación por Europa que también pasaba por Escocia, se decía que tenía un fuerte poder simbólico. Sin embargo, Lara se quedó prendada sobre todo de una pulsera delgada. Primorosa y sencilla, descansaba en un cuenco de ofertas.

—Esas están todas rebajadas —explicó la vendedora, asintiendo hacia el cuenco de las joyas—. Algunas de las conchas no son tan perfectas como estas de aquí arriba, pero al menos son únicas.

¿No era perfecta? Lara negó internamente ante aquella afirmación. En sus manos sostenía una pulsera de tela negra con un pequeño colgante de concha en forma de corazón.

—¿Ya has encontrado algo?

Dio un respingo al oír la voz de Jonathan detrás de ella. La pulsera se le escurrió entre los dedos de vuelta al cuenco y se dio la vuelta rápidamente.

—Hola —dijo sin aliento, mirándolo a sus ojos de azul hielo.

En ese momento, una ráfaga de viento despeinó a Jonathan, y él se echó el pelo hacia atrás con una sonrisa. —Hace viento aquí fuera.

—Sí, bueno... cosas del mar —logró decir ella, preguntándose qué quería decir con eso.

—Ya veo, una chica de ciudad intentando hablarme de la vida junto al mar. —Se frotó el estómago con una sonrisa—. ¿Has comido ya? Tengo bastante hambre.

Lara negó con la cabeza, agradeció a la vendedora su amable atención y siguió a Jonathan hacia las parrillas.

—¿Qué te apetece? —preguntó él, y ella se encogió de hombros.

—Elige algo para los dos y yo iré a por las bebidas.

—Me parece un buen plan.

Durante unos minutos, sus caminos se separaron y Lara perdió de vista a Jonathan mientras este desaparecía entre la multitud de las parrillas, mientras que ella logró conseguir dos pintas de cerveza escocesa en el pub. Una Scotch Ale para Jonathan, que —según le informó JoJo, el dueño del pub— se suponía que tenía un sabor más fuerte y aromático, mientras que para ella eligió una Scottish Ale más ligera.

Debido al gentío, pasaron casi quince minutos antes de que regresara con Jonathan, que justo en ese momento recogía la comida que habían pedido y buscaba un barril vacío donde apostarse, un poco alejado del bullicio pero con una buena vista de la acción.

—Realmente hay mucho movimiento aquí —dijo Jonathan, dando un buen bocado a su salchicha a la parrilla, mientras Lara hacía lo mismo. En cuanto empezó a masticar, dio un respingo de sorpresa y se detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó con la mano sobre la boca, y Jonathan soltó una carcajada.

—Una salchicha de pescado.

—¿Una salchicha de pescado? —repitió ella incrédula.

—De salmón. ¿Es que no tienen esas cosas en la misteriosa Alemania? —bromeó él, y Lara sonrió.

—No vivimos en una cueva. Claro que conozco el salmón. Simplemente no me lo esperaba en este momento. Al verlas antes,

pensé que las salchichas apenas se distinguían de las auténticas Turingia, y resulta que es pescado.

—¿De qué dices que no se distinguen?

Ahora fue Lara quien se rió ante la expresión de Jonathan. — Olvídalo, no es importante. —Dio otro bocado. Una vez superado el impacto inicial, la salchicha de pescado sabía sorprendentemente bien. Sobre todo, le sentó de maravilla. No había comido nada más desde los cereales del desayuno.

Mientras la plaza del puerto seguía llenándose, Lara le contó a Jonathan su tarde en Sunset Hill House. —¿Y qué tal tu día? — preguntó después.

—Un motor de barco apestoso y aceitoso; ese fue mi día. Me llevó horas limpiar el viejo trasto y hacer que volviera a funcionar. Pero ahora debería deslizarse suavemente por los mares una vez más. Cliente feliz, yo feliz. —Le guiñó un ojo y se limpió las manos con una servilleta.

De repente, la banda en directo bajo el faro se quedó en silencio, y la bocina de un cúter bramó desde el mar mientras los visitantes empezaban a aplaudir.

Lara y Jonathan se abrieron paso entre la multitud y vieron el barco-librería de Tia entrando en la bahía. Estaba decorado con numerosas luces. La ilustración de un libro abierto, cuyas páginas parecían envolver la proa, resultaba especialmente impresionante. Las letras que surgían de él se transformaban en numerosas estrellas brillantes. Debajo del libro, ponía *Floating Reading Paradise* en letras blancas. Tia estaba de pie sobre la pintura, saludando a los visitantes. A través de un micrófono, saludó a los invitados con gratitud y los invitó a todos a explorar el barco-librería a su ritmo. Al hacerlo, prometió un cóctel de bienvenida y el mejor asiento en cubierta, con el sol de poniente y una suave brisa costera.

—Desde luego parece saber cómo atraer a los clientes —dijo Jonathan, con una chispa de entusiasmo en los ojos.

—No tenía ni idea de que fueras un amante de los libros.

Él sonrió. —Creo que es la combinación: barcos y libros. Siempre me gustó leer, especialmente sobre aventureros grandes y pequeños, marineros que buscaron su fortuna en tierra pero la encontraron en el mar. —Jonathan se metió las manos en los bolsillos y asintió hacia el barco de lectura—. ¿Echamos un vistazo dentro?

Lara asintió conforme, verdaderamente asombrada de cómo Tia había logrado transformar un simple cúter en un paraíso de lectura. Había un gran rincón de lectura con muchos asientos; en el suelo de madera, la historia de los libros estaba representada en hermosas ilustraciones en forma de cronología, y en la cabina, estanterías de suelo a techo estaban repletas de libros. Letras brillantes que colgaban del techo bañaban el estrecho espacio con una luz suave. Los curiosos visitantes se dispersaron de inmediato entre los estantes, pasando sus dedos por los lomos, justo cuando Tia divisó a Lara.

—¡Has venido! —exclamó, atrayéndola a un abrazo exuberante como si hubieran sido amigas íntimas durante años. Sorprendentemente, a Lara no le resultó incómodo. Tia tenía una forma de ser tan amable y abierta que Lara se sintió inmediatamente contagiada por su energía. O quizá fuera su origen compartido.

—Es impresionante —dijo Lara, admirada, mientras su mirada recorría la cabina.

—Esperemos que los lectores lo vean de la misma manera en esta primera temporada de verano. ¡Oh, Josh!, ven aquí un segundo.

Lara reconoció al amable conductor del día de su llegada. Sonriente, le estrechó la mano. —Nos volvemos a ver tan pronto. ¿Te estás instalando bien?

Ella asintió y se volvió hacia Jonathan, que había estado de pie en silencio detrás de ella. —Muy bien, en parte gracias a él. Este es Jonathan.

—Encantado de conocerte. ¿Eres de por aquí? —preguntó Josh con interés, y Jonathan vaciló un momento antes de responder:

—Podría decirse que sí.

—¿Os quedáis hasta el atardecer? ¡Sería maravilloso! —dijo Tia, con los ojos brillantes.

—¿Qué pasa al atardecer? —Lara miró a Jonathan, pero él solo se encogió de hombros.

—Cuando el sol se pone en el horizonte, todos saltamos desde el muelle al agua al mismo tiempo, justo hacia los últimos rayos centelleantes. Se supone que trae buena suerte.

—Si hay sitio para nosotros en el muelle con esta multitud, cuenta con ello —dijo Jonathan, y Josh le dio una palmada compañera en el hombro.

Cuando Lara vio a los primeros clientes en la caja de Tia, no quiso entretenerla más. —Bueno, en el norte de Alemania, deseamos a los marineros «un palmo de agua bajo la quilla». Yo no sé navegar, por desgracia, y esto no es un velero, pero no se me ocurre nada mejor.

Tia se rio y le susurró por lo bajo tapándose con la mano: —No se lo digas a nadie, pero ni siquiera sé qué significa ese dicho, aunque yo también lo he oído.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Jonathan, interesado, y mientras Josh escuchaba con la misma curiosidad, Lara repitió la bendición marinera.

—Ni idea de qué significa eso, pero aquí tradicionalmente damos a los marineros una bendición para el viaje. —Jonathan se aclaró la garganta y empezó—: Que siempre tengas el viento a tu espalda y el sol en tu cara...

—... y que los vientos del destino te lleven a lo alto para bailar con las estrellas —terminó Josh la bendición.

Los ojos de Lara y Tia se encontraron. —Comparado con eso, lo del «palmo de agua» suena bastante patético —dijo Lara, y Tia asintió con entusiasmo.

—Desde luego, los escoceses sabéis cómo meteros a las alemanas en el bolsillo. —Tia le dio un puñetazo juguetón a Josh en el

costado.

—Oye, es una bendición. No tiene nada que ver contigo. —Agarró a su prometida y la rodeó con sus brazos desde atrás—. Pero si funciona, te la citaré todas las noches. —Le besó el cuello y Tia se retorció, sonriendo, hasta que se liberó de su agarre con las mejillas sonrojadas. Se aclaró la garganta y se alisó la ropa teatralmente—. Bien, volvamos al lado serio de la vida: tengo que trabajar. Hasta luego. —Animada, se dirigió a la caja, mientras Lara y Jonathan se despedían de Josh y volvían fuera.

—Esos dos están hechos el uno para el otro —dijo Jonathan, ayudándola a bajar del barco de vuelta al muelle. La banda en directo había retomado su actuación. El sonido de las gaitas flotaba sobre el mar mientras Lara caminaba de vuelta hacia el puerto junto a Jonathan.

—Es un poco una locura que haya renunciado a toda su vida en su país por amor —dijo ella pensativa, dándose cuenta solo unos pasos después de que Jonathan se había detenido. Sorprendida, se volvió hacia él. Se veía demasiado bien allí de pie bajo la luz del sol poniente, mientras las olas azotaban los pilotes de madera y rodaban hacia el puerto.

—¿Qué pasa?

Él soltó una carcajada. —Acabas de sonar como una vieja amargada a la que dejó su marido y perdió su fe en el amor.

Lara se estremeció internamente, se abrazó a sí misma y aceleró el paso. —Tonterías —masculló.

Jonathan la alcanzó y la detuvo por el brazo. —Era una broma —dijo sonriendo, pero al ver su expresión, la sonrisa se desvaneció de inmediato—. Oh, lo siento, no sabía...

Lara se tragó el malestar. —No soy vieja, y él no me dejó. Fue un divorcio amistoso —intentó decir con la mayor ligereza y naturalidad posible. Pero aun así sonó tan pesado como se sentía. Las palabras de Jonathan le habían llegado al corazón. ¿Había perdido la fe en el amor? Admiraba a Tia, que había renunciado a tanto para empezar

una vida totalmente nueva en Escocia al lado de Josh. Sabía demasiado bien cómo eran las relaciones en las que una persona sacrificaba demasiado de sí misma por la otra. Por otro lado, estaba claro que Tia también había cumplido un sueño aquí.

Al llegar a la zona del puerto, Jonathan tiró suavemente de ella hacia un lado. Lejos del ajetreo y el bullicio, se situó frente a ella, buscando sus ojos. —No lo decía en ese sentido, de verdad.

—En cierto modo, sí —le espetó—. Pero tienes razón. Realmente me preguntaba cuánto valor debió de hacerle falta a Tia para renunciar a todo lo que conocía por amor.

Jonathan la estudió de cerca. —Quizá ninguno. Al menos no parece que le falte nada.

—Yo tampoco lo parecí nunca. —Lara negó con la cabeza—. Volvamos. —Respiró hondo, forzando una sonrisa, pero la mirada de Jonathan seguía siendo de preocupación.

—Todo está bien, de verdad —insistió ella—. El divorcio fue hace tiempo; no estoy aquí en unas vacaciones de despecho. Tus palabras me han descolocado un segundo porque han sido muy directas.

Jonathan dio un paso más. Sin inmutarse por sus palabras, dijo: —Creo que el amor es como la familia. Los lazos de sangre, los sentimientos de hogar, los compromisos y los riesgos... nada de eso importa mientras se sienta que es lo correcto. —Sostuvo su mirada durante varios segundos hasta que Lara parpadeó y apartó la vista.

Solo entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Asintió lentamente. —Tienes razón —dijo en voz baja y sonrió. Esta vez, fue mucho más fácil. Fue como si las palabras de Jonathan, su voz tranquila y su proximidad —de la que ella habría preferido huir— simplemente hubieran borrado el malestar. Se sentía ligera, comprendida y vista. —Gracias —añadió, y las comisuras de la boca de Jonathan se curvaron.

—De nada. ¿Volvemos?

Lara asintió. —¿Quizá podemos pillar otra de esas salchichas de pescado?

—¿Ah, sí? —preguntó él con una sonrisita—. ¿Le has cogido el gusto?

—Puede ser —le devolvió la broma ella, y al volver a entrar en el recinto del puerto, el ambiente pesado entre ellos se había desvanecido. Todo lo contrario. Con sonrisas en sus rostros, se mezclaron de nuevo con la multitud cuando, de repente, una voz fuerte y agresiva ahogó el alegre murmullo de los asistentes al festival.

—¡No tienes nada que hacer aquí, lárgate!

Como si alguien hubiera accionado un interruptor, el parloteo cesó, y la música que llegaba desde el faro sonó fuerte y fuera de lugar.

Lara se dio la vuelta, buscando al dueño de esa voz antipática, solo para encontrarse con innumerables pares de ojos que miraban fijamente. ¡Todos los miraban a ellos!

Retrocedió un paso y chocó con Jonathan.

—Me han invitado —soltó él entre dientes. ¡Solo entonces Lara se dio cuenta de que las palabras iban dirigidas a él!

Efectivamente, a solo unos pasos de distancia estaba un hombre mayor con el ceño fruncido y poco pelo, que no apartaba los ojos de Jonathan ni un segundo.

—¡Menuda desfachatez aparecer por aquí! —siguió despotricando.

—¿A qué se refiere? —preguntó Lara, completamente perpleja, pero Jonathan solo sacudió la cabeza.

Tia y Josh se apresuraron a cruzar la multitud desde el fondo hasta llegar a ellos.

—Edgar, déjelo estar. Todo el mundo es bienvenido aquí —intentó calmarlo Josh, poniendo suavemente las manos sobre los hombros del hombre, pero este lo apartó de inmediato.

—¿Todo el mundo? ¿De verdad *todo el mundo*? —El viejo se estaba enfureciendo. Se dio la vuelta y señaló a la multitud que tenía delante—. ¿De verdad queréis a uno de *esos* aquí? ¿A alguien de Anchor's End?

Lara creyó oír un murmullo recorrer las filas.

—Edgar, por favor. Este no es el lugar para esto. Estamos celebrando la próxima primera temporada de verano de Tia, y nada más importa. —Josh miró al hombre casi suplicante, pero este negó con la cabeza.

—No. Si ya hemos llegado al punto en que uno de ellos puede mezclarse entre nosotros y nadie hace nada al respecto, entonces no sé si este sigue siendo el lugar adecuado para mí. —Enfurecido, señaló a otro hombre de la multitud que había asentido conforme—. ¿Qué me dices tú, Marwin? —Dio otro paso—. ¿Y tú, Judith?

Las personas a las que se dirigió le dieron la razón, y mientras el anciano enfadado hablaba con más residentes, Lara sintió que Jonathan la agarraba de la mano. La apretó suavemente, solo para soltarla un momento después. —Debería irme de aquí —le susurró, y ella negó con la cabeza, conmovida.

Al parecer, Tia también se había dado cuenta de su intención. —Jonathan, por favor, quédate —le rogó, pero él ya había tomado una decisión.

—Creo que si no hay sitio para alguien aquí, es más bien para mí —murmuró, le dirigió a Lara una última mirada de disculpa y se abrió paso entre la gente.

Solo unos segundos después, había desaparecido por completo de su vista.

Capítulo 9

CON los últimos rayos de sol, subió por el empinado sendero de los acantilados y respiró hondo. El mar yacía quieto y misterioso bajo ella; reluciente y centelleante, parecía una alfombra de diamantes. Por muy hermosa que fuera la vista, y por mucho que a Lara le hubiera gustado disfrutarla, no podía.

Tras la desaparición de Jonathan, el ambiente en el festival había vuelto rápidamente a ser exuberante, como si nada hubiera pasado. Pero los acontecimientos todavía hacían mella en Lara, especialmente el recuerdo de la expresión del rostro de Jonathan cuando el extraño se enfrentó a él. En sus ojos había una mezcla de decepción y rabia, pero sobre todo, dolor. Aquel hombre le había herido con sus acusaciones; eso era evidente.

Le había dado a Jonathan algo de tiempo para sí mismo, no quería presionarlo ni perseguirlo a base de llamadas. Pero tenía que hacer al menos un intento de contactar con él y asegurarse de que estaba bien. Si no estaba en Sunset Hill House, lo dejaría estar. Pero nada más llegar a la casa, se dio cuenta de que su intuición había acertado de pleno. Una música atronadora salía del imponente edificio mientras ella caminaba por el jardín descuidado hacia la fachada. Cuando un trozo de madera salió de repente volando por una ventana del primer piso y aterrizó frente a ella, Lara apenas logró saltar hacia atrás a tiempo. A juzgar por los sonidos que se filtraban entre las pesadas notas del bajo, Jonathan estaba destrozando una habitación entera ahí arriba en esos momentos.

Preocupada, Lara aceleró el paso. La puerta principal estaba abierta de par en par. Se coló en el interior, subió las escaleras a toda prisa y encontró a Jonathan en un viejo trastero que parecía estar desmontando en mil pedazos.

—¿Vas a tirar abajo la casa entera ahora? —intentó bromear a pesar de su preocupación, pero Jonathan ni siquiera la oyó.

—¿Hola? —gritó ella por encima de los berridos del cantante. ¿De dónde salía siquiera esa música? ¿No se había peleado ella misma durante una eternidad con aquella vieja radio?

—¿Jonathan? —Lara se acercó unos pasos. Jonathan estaba de espaldas a ella, rompiendo tablas de madera podrida sobre su rodilla y gruñendo por el esfuerzo. Al recorrer la habitación con la mirada, vio un altavoz en un estante a su derecha. Trepó por encima de un montón de trastos y basura, se inclinó hacia delante, casi perdió el equilibrio y consiguió agarrarse al estante en el último segundo. Un momento después, encontró el botón adecuado en el altavoz y la música se cortó al instante.

Jonathan se dio la vuelta, sobresaltado. —¿Qué haces aquí? —Estaba sudado, con la camisa clara cubierta de manchas húmedas y sucias. Varios mechones del pelo rubio oscuro de Jonathan se le pegaban a la frente. Se los apartó, revelando un largo arañazo ensangrentado en el antebrazo.

—Podría preguntarte lo mismo. Quiero decir, aparte del hecho obvio de que estás intentando quedarte sordo, pillar una septicemia y demoler la casa en el proceso.

—Ja, ja, qué gracia —gruñó él, claramente sin pizca de humor.

Lara volvió a pasar sobre los escombros y se apoyó en el marco de la puerta. —¿Quieres hablar de ello?

—¡No! —fue la pronta respuesta.

—Vale. —Ella asintió, sacó una goma de pelo de su bolsillo, se recogió el cabello castaño en una coleta y luego se puso las manos en las caderas—. ¿En qué puedo ayudar?

—Lara, no tienes por qué, yo puedo...

—Sí que tengo. Al menos tengo que asegurarme de que no rompas ningún objeto de valor que, en el mejor de los casos, podría pertenecerme a mí.

La mirada de Jonathan recorrió el caos que dominaba la estrecha estancia. —¿Objetos de valor, eh?

—Quién sabe, quién sabe. —Lara le dedicó una suave sonrisa y, aunque él no se la devolvió del todo, pudo ver cómo las comisuras de sus labios temblaban.

—Está bien —dijo él finalmente—. Me gustaría sacar todo esto de aquí. ¿Podrías ir tirando por la ventana las tablas que te vaya pasando?

—Ah, ¿te refieres a la que casi me abre la cabeza hace un momento?

—¿De verdad? —Al instante, la preocupación asomó en la expresión de Jonathan.

Lara sonrió, negando con la cabeza. —Solo casi.

—Lo siento, no pensé que pudiera haber alguien caminando por ahí abajo.

—Bueno, ¿quién más iba a ser sino yo?

—Debería habérmelo imaginado —dijo él, sosteniéndole la mirada.

—No pasó nada. —Lara disipó con una sonrisa el nerviosismo que él le provocaba—. Así que, manos a la obra. ¿Vuelvo a poner la música?

Una sonrisa ladeada asomó en sus labios. —No. Ya no hay tanto silencio aquí dentro.

Ella se acercó a la ventana y tomó posiciones. Mientras esperaba a que Jonathan le entregara las primeras tablas, un pensamiento se abrió paso en su mente.

El silencio.

Él no soportaba el silencio en la casa más de lo que ella lo había soportado aquel día en que su ausencia se había sentido ruidosa e incómoda.

Dos horas más tarde, la mayor parte de la habitación —que en realidad no era más que un cuarto trastero— estaba vacía. No había tesoros ni secretos escondidos bajo el caos, aunque sí algunos cuadernos de bocetos antiguos que pertenecieron al difunto y que

Jonathan quería guardar para Gordon. El resto (tarros vacíos, latas de conserva caducadas, tinteros secos y una montaña de papeleo) podía tirarse casi todo. Además, había varias cajas de madera viejas, una estantería desplomada y un armario de madera que había permanecido torcido y tambaleante en un rincón de la estancia.

—Volveré a revisar los papeles cuando tenga un momento —dijo Jonathan, atando con cuidado la bolsa de basura donde había metido los archivos y carpetas de Hamish Sinclair.

Lara cogió el botiquín de primeros auxilios que había encontrado en la estantería desplomada y lo levantó. —La herida de tu brazo —le recordó a Jonathan, y él puso los ojos en blanco.

Sin embargo, cogió el botiquín, sacó espray desinfectante y una gasa, y se sentó en un taburete bajo de madera para limpiarse la herida junto a la ventana, con la luz mortecina del día. Todavía sangraba un poco y, con un poco de persuasión, Jonathan dejó que Lara le pusiera una venda.

—Casi como nuevo —bromeó ella, y Jonathan sonrió.

—He estado a un paso de la muerte. —Metió el botiquín de nuevo en la bolsa con las otras cosas—. Gracias. Por tu ayuda esta noche. Pero podrías haberte quedado en el festival.

Lara fingió indignación. —Me das las gracias y, en el mismo suspiro, me dices que perfectamente podrías haberme ahorrado el viaje.

—Las mujeres siempre os las apañáis para retorcer las palabras de un hombre. —Le dio un codazo—. Sabes perfectamente a qué me refería.

—Tal vez —respondió ella con una sonrisa pícaro, pero enseguida volvió a ponerse seria—. Jonathan, ¿qué fue eso de antes en Fallbury? ¿De qué iba todo eso?

—Es una larga historia —gruñó él, mirando por la ventana.

—Bueno, no tengo nada más planeado para esta noche.

Jonathan se volvió hacia ella, pareció reflexionar un momento antes de decir: —Hay lugares más agradables que estar sentado en una casa vieja y a medio vaciar en una noche de verano como esta. ¿Quieres que bajemos a la playa?

Ella asintió, le ayudó a recoger las últimas cosas y luego caminó a su lado por el sendero costero hasta la playa de guijarros. A lo lejos, Lara podía ver Cove Cottage, la casa de Tia y Josh. La luz del faro de Fallbury ya recorría la bahía y, si se quedaba muy quieta, podía oír los sonidos de la banda en directo que debía seguir tocando bajo el faro. Ojalá Tia estuviera disfrutando de la fiesta a pesar del inesperado incidente.

Las tormentas de los últimos años habían arrastrado mucha madera a la deriva que yacía en la hierba de las dunas de la playa. Jonathan se subió a un enorme tronco de árbol seco y se sentó en una de las ramas gruesas de la copa. Apoyó la espalda contra otra, estirando los pies a lo largo de la rama.

Lara encontró un lugar cómodo cerca de él. —Más acogedor de lo que esperaba —admitió una vez que ella también hubo encontrado una posición relajada. Eran ya las nueve pasadas de la noche; el sol estaba tan bajo que se había convertido en una bola de fuego gigante, bañando todo el mundo con una suave luz roja. La calidez se reflejaba especialmente en los ojos azules de Jonathan.

Lara no quería presionarlo para que le contara más sobre lo ocurrido antes. Lo había intentado dos veces; en ambas ocasiones él le había dado largas o se había negado de plano. Ahora dejaba en sus manos si quería volver a sacar el tema. Para su sorpresa, no dudó mucho tiempo.

—Lo de antes, con el señor mayor... —Suspiró—. Verás, hubo una disputa entre Fallbury y Anchor's End durante décadas; tan grave que los residentes se ven unos a otros como enemigos y les encantaría saltarse al cuello. En los últimos años, simplemente nos hemos mantenido alejados los unos de los otros, como si el otro pueblo vecino, tras los acantilados, ni siquiera existiera. Intentas no

pensar en ello y no hablar de la gente de allí. Antes de que tú vinieras, yo no había estado en Fallbury en siglos.

—¿Pero has querido venir hoy, a pesar de la... disputa? —Ella seguía sin entender qué podía distanciar tanto a dos pueblos y a sus habitantes.

—Sí, por supuesto. —Giró la cabeza hacia ella—. Vine por ti, porque quería pasar la noche contigo en ese festival. Y, hablando en plata, todos hemos sufrido las consecuencias de las peleas y todavía las sufrimos hoy. Nadie salió ganando, ni en Anchor's End ni en Fallbury, lo sé bien.

Vine por ti, sus palabras daban vueltas en su cabeza, y Lara se sacudió el pensamiento que había echado raíces allí con sorprendente rapidez, intentando concentrarse en la conversación.

—Cuando llegué aquí por primera vez y buscaba el camino correcto hacia Sunset Hill House, me di cuenta bastante rápido de que el simple hecho de mencionar Anchor's End provocaba ceños fruncidos en Fallbury. Nadie allí tiene una buena palabra para vosotros; simplemente no entiendo por qué.

—Disputas por los derechos de pesca —explicó Jonathan—. Ambos pueblos eran referentes en la región en lo que respecta a la pesca. —Señaló hacia el mar—. Allí, entre las dos bahías, se podían pescar los mejores salmones de la costa oeste. Aunque ahora las granjas de salmón son comunes, nosotros teníamos zonas de cría naturales justo bajo nuestras narices. Pero nuestra región no se libró del cambio climático y sus efectos. Las tormentas en la costa son cada vez más fuertes; en las últimas décadas, la gente de aquí tuvo que idear algo para proteger las zonas costeras de las inundaciones. Se construyeron presas de escollera que, por desgracia, destruyeron gran parte de las zonas de desove del salmón. Las reservas cayeron drásticamente después de aquello. Los salmones restantes se desplazaron más hacia Fallbury, algo que los pescadores de Anchor's End no pudieron aceptar. Exigieron regulaciones legales para una distribución equitativa de los territorios. Fallbury no; ellos, naturalmente, querían mantener las cosas como estaban: el primero

que llega se lo queda. —Jonathan negó con la cabeza y miró hacia el mar—. El final de la historia fue una nueva ley de pesca que dividía la zona en partes iguales entre Anchor's End y Fallbury.

—¿Pero no es eso en realidad una solución justa? —preguntó Lara, y Jonathan asintió.

—Justa, sí, pero las escasas reservas de peces simplemente no eran suficientes para las necesidades de ambos pueblos, y la sobrepesca resultante no ayudó. —Entrelazó los brazos detrás de la cabeza y volvió a mirarla—. El restaurante de pescado de Gordon quebró como consecuencia de ello. Tuvo que cerrar. Fue solo uno de muchos. También solíamos ofrecer excursiones en barcos de pesca para turistas; eso también desapareció. Mucha gente perdió su trabajo, muchas familias perdieron todo su medio de vida. Algunos se marcharon de aquí.

—Es terrible —dijo Lara en voz baja, intentando ponerse en el lugar de la desesperación de aquella gente. Qué difícil debió de ser renunciar a todo lo que amaban, a todo en lo que creían y a lo que se habían aferrado durante años. Dejar atrás a la familia y a los amigos y quizá incluso empezar una vida completamente distinta en algún lugar de la ciudad, lejos de todas las tradiciones y de la naturaleza primigenia de su ser que la propia Lara había sentido de forma tan sanadora y profunda desde que llegó a Fallbury.

—Había un enorme ahumadero en Fallbury que abastecía a toda la región de salmón ahumado. El Sinclair's Fish & Friends de Gordon era uno de sus muchos clientes. Pero el ahumadero también tuvo que cerrar. Puedo imaginar perfectamente que el hombre de antes tenía algún vínculo con la familia afectada, si es que no era un miembro de la propia familia.

—Pero entonces prácticamente trabajabais juntos, y cada bando sabe que el otro bando también sufrió pérdidas terribles —dijo ella, y Jonathan suspiró profundamente.

—Pero siempre es más fácil echarle la culpa al otro lado. En Anchor's End no es diferente. Habla con un residente sobre Fallbury y probablemente te toque escuchar un sermón de varios minutos.

Gordon no es una excepción. Me cortaría la cabeza si supiera dónde he estado esta noche.

—Pero tú no eres así —observó Lara con calma, y Jonathan bajó la mirada.

Hurgó en la rama seca bajo él con los dedos. —Lo fui, sin embargo, cuando el restaurante de Gordon se hundió y vi lo que eso le hizo a la gente, cuánto estaba en juego para todos nosotros. Pero hoy... —Negó con la cabeza, mirándola—. ¿De qué me sirve juzgar a la gente por querer proteger sus propiedades y a sus familias? Todos queríamos eso; teníamos el mismo objetivo. Debería haber habido regulaciones legales para las zonas de pesca desde el principio, no solo cuando ya era demasiado tarde y las reservas estaban tan esquiladas que ya no eran suficientes. Eso debería haber ocurrido hace décadas. ¿Se supone que todavía hoy debo juzgar a la gente por las decisiones de sus antepasados? Si empezamos así, el mundo entero tendría que estar en guerra. ¿A dónde se supone que lleva eso? ¡No! —dijo enfáticamente—. Preferiría que todo el mundo entrara finalmente en razón y abandonara esta obstinación... quizá incluso que buscaran soluciones juntos.

—Es una pena que la frustración mutua sea tan grave que nadie piense en cómo se podría solucionar el problema juntos.

—Así son las cosas —dijo Jonathan.

—Pero las palabras de ese hombre te han afectado profundamente antes, esa hostilidad y el rechazo a los que te has enfrentado en público, ¿verdad? Quiero decir... la música alta, las tablas rotas que casi me dan en la cabeza... todo eso dice mucho.

Él sacudió la cabeza con una risita. —Ya te he pedido perdón tres veces.

—Voy a seguir recordándotelo mientras te haga sonreír, ¿vale?

Sus ojos brillaron con diversión al mirarla. —Podrías declarar la guerra conmigo igual de fácil, ¿lo sabes, no?

—¿Yo?

—La herencia y tus planes de venderla para cumplir tu sueño... —le recordó él.

Lara se llevó las piernas al pecho y se rodeó las rodillas con los brazos. Apoyó la cabeza en ellas. Se le escapó un «hm» pensativo. Ahora mismo, tras las explicaciones y los pensamientos sinceros de Jonathan, comprendía aún mejor por qué ganar la herencia era tan importante para él y para Gordon. Pero, si era sincera, ya lo había comprendido antes. Por muy acogida y bienvenida que se sintiera en este lugar, casi en el fin del mundo, seguía siendo una extraña allí. Podía demostrar el parentesco de sangre del que carecía Jonathan, pero ¿la convertía eso en un miembro de pleno derecho de la familia? Ese pensamiento se le había pasado por la cabeza repetidamente en los últimos días.

Una parte de ella había encontrado algo en Fallbury y sus alrededores que nunca había buscado conscientemente. Paz, estabilidad y un sentido de pertenencia entre la gente. La franqueza y la calidez con la que la habían recibido en todas partes la habían conmovido profundamente. También encajaba con su naturaleza, con su forma de tratar a los demás. Sin embargo, en Alemania a menudo se encontraba con el rechazo y la frialdad emocional. Los escoceses eran diferentes. Menos acelerados, más en paz consigo mismos y, sobre todo, llevaban el corazón en un puño. Para bien o para mal. Esa era quizás su mayor conexión con Escocia y con toda esta historia de la herencia. Tal vez fuera la más importante. Lara sentía sus raíces más que nunca.

—¿Te he contado alguna vez cuál es mi sueño? —preguntó, aunque estaba segura de que no lo había hecho.

Jonathan negó con la cabeza, cambiando ligeramente de posición para quedar frente a ella.

—Quiero abrir una cafetería en la costa del Báltico. He soñado con ello desde que era niña. Durante mi matrimonio, perdí de vista ese sueño, junto con otras cosas. —Tragó saliva—. Cuando recibí la carta del abogado, el señor Farelane, supe que sería mi única oportunidad de hacer realidad mi sueño de tener una cafetería. Además, mi

madre encontró la propiedad perfecta: un antiguo bar de playa donde conoció a mi padre.

—Vaya, parece un lugar especial, muy emocionante cuando hay tanto significado detrás —dijo Jonathan, y ella sintió que lo decía totalmente en serio. Ella misma, sin embargo, curiosamente no lo sentía así en ese momento.

—¿He dicho algo malo? —preguntó él al ver que ella permanecía en silencio.

—No. No, de verdad que no. Es solo que... bueno, antes de venir aquí, pensaba exactamente así. Era perfecto. La coincidencia perfecta, se podría decir. La herencia, la perspectiva de todo ese dinero, mi sueño, los recuerdos de mi madre, mi padre, que de repente estaba más presente en mi vida que nunca. Pero ahora me cuesta pensar solo en eso. Desde que estoy aquí, hay mucho más. No se trata solo de mí; estáis tú y Gordon, vuestra historia, vuestro sueño. Hay tanto pasado en esta casa al que estáis vinculados de alguna manera. Yo no tengo eso. Siento que está mal quitaros todo eso.

—Uno de los dos se la quedará. Y a menos que aparezca un nuevo testamento, serás tú, Lara. No te lo tendré en cuenta. Lo que acabas de decir significa mucho para mí. —Su mirada buscó la de ella—. Hay cosas más importantes que las posesiones materiales.

—¿No te sentirías decepcionado en absoluto? ¿Si se dijera la última palabra y siguiera siendo mi herencia?

Él no vaciló mucho. —Lo estaría. Pero eso no tiene nada que ver con el hecho de que seguiría alegrándome por ti. Más aún con cada día que paso conociéndote. Y sí, eso de alguna manera lo hace más difícil.

Ella rió suavemente. —Una situación complicada, ¿eh?

—Pero también bonita. Por mi parte, la verdad es que me alegro bastante de que todo haya salido de esta manera.

—¿Ah, sí? —Aquello la sorprendió. Comprenderse mutuamente y hacerse amigos, sí, eso podía confirmarlo y empatizar con ello. ¿Pero

alegrarse de estar metido en una especie de competición con ella que ella ya ni siquiera quería?

—Me alegro porque, de lo contrario, no te habría conocido. Y creo que me habría perdido mucho en la vida. —Cálida y vibrante, la voz grave de Jonathan se mezcló con el sonido de las olas. Estas rompían en la orilla con la misma paz con la que sus palabras se asentaban en el corazón de Lara.

Quiso decir algo, darle la razón, pero su mirada estaba clavada en la de él y, por alguna razón, las palabras se le quedaron grabadas en la garganta. Solo sintió que su mano empezaba a temblar ligeramente, y con la otra intentó ocultárselo a Jonathan. Hacía mucho tiempo que no se sentía así en presencia de un hombre. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

—Ah, espera, tengo algo para ti —dijo Jonathan de repente, hurgando en el bolsillo de su pantalón.

—¿Para mí?

—Sí, cierra los ojos y extiende la mano.

—¿Qué? —rió ella, confundida, pero él parecía hablar en serio—. De acuerdo. —Cerró los ojos y extendió la palma de la mano abierta. Poco después, sintió que él depositaba algo muy ligero sobre ella.

—Ya puedes mirar.

Parpadeó, entornó los ojos y casi no podía creer lo que veía. La pulsera de tela negra con el colgante de concha en forma de corazón descansaba en su mano.

—Cómo... cómo supiste... —balbuceó con voz temblorosa.

—La estabas mirando con aire soñador cuando aparecí en la fiesta.

—¿Te diste cuenta de eso?

Jonathan arrugó ligeramente el entrecejo, como si apenas pudiera creer que ella siquiera hiciera tal pregunta. —Por supuesto. Y no me equivocaba, ¿verdad? —Ahora sonaba inseguro.

Lara soltó una risita avergonzada. —No, en absoluto. Pero ¿cuándo has comprado esto? —Hizo girar la pulsera entre sus dedos, con la garganta seca como la yesca.

—Cuando fuiste a por las bebidas y tuve que esperar nuestras salchichas de pescado —sonrió con picardía.

—Es preciosa —susurró Lara.

—Por eso te queda tan bien —soltó Jonathan, poniéndose rojo como un tomate al instante y apartando la mirada—. Perdona, yo...

—Gracias —murmuró ella, alargando la mano brevemente para tocarle el brazo—. Por todo. —Su piel estaba tan caliente como las yemas de sus dedos.

Se aclaró la garganta y se recostó. Mientras sus dedos jugaban con el colgante del corazón, observó la bola de fuego roja en el horizonte, deslizándose suave y pacíficamente en el mar como si simplemente se desvaneciera en su interior.

Tras un rato de silencio incómodo, Jonathan dijo: —En Fallbury, probablemente ya hayan saltado todos al mar desde el muelle.

—Esperemos que esta extraña tradición le traiga suerte a la temporada de Tia.

—No hay nada como la tradición —dijo Jonathan con una sonrisa—. De hecho, ¿qué nos impide hacerlo aquí? ¿Por Tia? ¿Llevas el móvil encima?

Lara lo buscó y asintió. —¿Por qué?

—Las fotos de prueba siempre son buenas. Bajó de la rama y esperó hasta que ella le siguió.

—Vale, ¿y ahora qué? —preguntó mientras estaban uno al lado del otro en la playa, mirando hacia el mar. El borde superior de la bola de fuego aún era visible, pero en unos instantes habría desaparecido.

—Ahora deberíamos darnos prisa —dijo Jonathan, cogiéndole la mano—. ¿Estás lista?

—¿Así como estoy?

—Claro, así como estás. Esa es la cuestión.

—Sigo sin entenderlo —dijo ella riendo, arrojando al menos su móvil y las llaves sobre la arena—. Pero estoy lista.

Apenas lo hubo dicho cuando Jonathan empezó a correr, arrastrándola con él. Corrieron todo lo que pudieron hacia el agua, que salpicó fría y espumosa contra sus piernas.

—¡Esa ola, vamos a por esa! —gritó Jonathan cuando el agua ya le llegaba a Lara a la cadera y apenas podía avanzar—. A la de tres. Una... dos... ¡y tres! —Y entonces se lanzó hacia adelante, arrastrándola simplemente con él. Se sumergieron bajo la ola, nadaron un poco mar adentro y salieron a la superficie poco después. Jonathan seguía sosteniendo su mano.

—Esto es una locura —exclamó ella, entusiasmada. El pelo espeso de él se le pegaba a la cara tan mojado como los mechones sueltos de ella. Las gotas perlaban sus largas pestañas.

—Uno debería hacer locuras más a menudo en la vida, ¿no crees?

Ella asintió en la vorágine de emociones que le hacía dar vueltas la cabeza.

—Venga, rápido, la foto de prueba antes de que el sol se ponga del todo.

Nadaron de vuelta a la playa, chapoteando por el agua que les llegaba a los tobillos uno al lado del otro, y cuando Lara cogió su móvil y abrió la aplicación de la cámara, Jonathan le pasó el brazo por encima y sonrió tan ampliamente a la cámara que sus ojos brillaron. Esto, a su vez, la hizo reír a ella y, al final, la foto mostraba a dos personas empapadas con el pelo goteando y las mejillas rojas como el fuego. Parecía cualquier cosa menos perfecta, ¡por eso no podía haber sido más perfecta!

—Ni siquiera tengo el número de Tia, pero ya lo averiguaré —dijo ella, tiritando mientras el fresco viento de la tarde rozaba su piel húmeda.

—Venga, te llevaré de vuelta a Fallbury.

Ella hizo una pausa—. ¿Quieres volver allí, a pesar de todo lo que pasó antes?

Él se dirigió a la empinada subida por los acantilados—. Bueno, en primer lugar, personalmente sigo sin buscar pelea y, en segundo lugar, en mi coche viajamos prácticamente de incógnito. Después de todo, todo el mundo está en la fiesta de la playa.

Ella no puso objeciones a eso. A Jonathan tampoco parecía importarle que ambos fueran a mojar sus asientos. En general, parecía mucho menos tenso o deprimido que horas antes.

—¿Te veré mañana en la casa? —preguntó durante el corto trayecto a Fallbury.

—Claro. No terminé con el ático. Es increíble la de botes de pintura, tubos, rascadores, pinceles, lienzos y todo eso que tenía Hamish.

—Lo miraremos juntos mañana, ¿vale? —La miró brevemente. Sus rasgos estaban relajados y suaves.

—Hagamos eso. —Lara bajó un poco la ventanilla y el viento empezó a secar los primeros mechones de pelo mientras entraban en Fallbury. El pueblo estaba, en efecto, desierto. Apenas había luz en ninguna casa, y el alegre murmullo de voces del puerto que les llegó al bajar claramente demostraba que la fiesta seguía en pleno apogeo.

Después de aparcar y de que se bajaran, Jonathan se sentó en el capó y dejó que sus manos se deslizaran en sus bolsillos. A la luz de la farola, su pelo rubio mojado parecía casi negro. Y seguía estando increíblemente guapo.

—Ehm... por cierto, ¿has tenido suerte ya con ese Dylan? Por Madison —Lara intentó romper el silencio incómodo.

—Oh, sí, ya se lo he dicho a su hermano, y él se encarga de convencerlo. Debería funcionar.

—¿Y cómo será el próximo sábado? ¿Dejamos que se vayan y luego nos quedamos en el coche como un viejo matrimonio,

esperando nerviosos hasta que la pequeña vuelva del baile y nos informe? —preguntó Lara riendo entre dientes, y Jonathan se unió a ella.

—Claro que no. Iremos nosotros también, al menos un rato. No me perdería la cara del bueno de Connor por nada del mundo.

—Disfrutas con eso, ¿verdad? —Ella le sonrió y él asintió con entusiasmo.

—Probablemente más de lo que debería —respondió él riendo.

Lara se sintió animada por la naturalidad que se había instalado entre ellos en ese momento. —Gracias por la velada tan agradable, Jonathan. No fue en absoluto como esperaba... pero precisamente por eso fue perfecta.

Jonathan se enderezó y ahora estaba cerca de ella. —Yo también lo he pensado. Gracias por no dejar que esa tabla te aplastara y por haber conseguido animarme de nuevo.

—Ha sido un placer. —Se mordió el labio inferior—. Entonces, ¿te veo mañana? —preguntó por enésima vez con el corazón latiéndole con fuerza.

—Sí. Que duermas bien, Lara. —Jonathan se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la mejilla. Su aliento cálido le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—Tú también —logró decir ella con voz ronca.

Lo observó hasta que desapareció tras una esquina al final de la calle. Solo entonces entró en la casa, con las piernas como flanes y una sonrisa en los labios que hacía que le dolieran las mejillas.

Capítulo 10

LARA no necesitó despertador a la mañana siguiente. Ha pasado media noche desvelada en la cama, admirando la luna a través de la ventana. Hasta altas horas de la madrugada, escuchó la música y las voces que llegaban desde el puerto. Todo Fallbury parecía estar en pie, mientras ella permanecía recostada contra la almohada, soñando despierta bajo el cielo estrellado y sin lograr conciliar el sueño.

¿Y cómo habría podido hacerlo?

Una y otra vez, se llevaba la mano a la mejilla, rozando el lugar donde los labios de Jonathan habían acariciado su piel. Ni en un millón de años habría soñado que él se despediría de una forma tan cálida e íntima. Para ser sinceros, ni siquiera estaba segura de si lo habría deseado. Hacía una eternidad que otro ser humano no se le acercaba tanto. Y menos un hombre. Mucho antes del divorcio, Marco había renunciado a esas pequeñas ternuras, y ella también se había vuelto incapaz de ellas a medida que se daba cuenta de que la boda apresurada y la vida al lado de aquel hombre eran cualquier cosa menos lo que anhelaba.

Sin embargo, en los dos años transcurridos desde la ruptura tampoco había descubierto qué era exactamente lo que anhelaba. No hasta ese momento de la noche anterior, cuando Jonathan se inclinó hacia ella y depositó ese delicado beso en su mejilla, acariciándole la piel como una suave brisa de principios de verano. La proximidad de Jonathan fue abrumadora, robándole el aliento por un instante y, aun así, la hizo sentirse tan ligera y liberada como no se sentía desde hacía siglos. En su presencia, se convertía en una persona que llevaba mucho tiempo buscando dentro de sí misma. Jonathan tenía una naturaleza tan abierta y gentil... Siempre parecía encontrar las palabras adecuadas en el momento oportuno y no tenía ningún miedo a mostrar sus emociones. No se avergonzaba de los momentos de debilidad, lo cual, a ojos de Lara, lo hacía

increíblemente fuerte. Amaba su lado suave y vulnerable tanto como su faceta humorística, burlona y, a veces, dura. Era tan polifacético como los colores del atardecer que se habían reflejado en su mirada de un azul gélido. Jonathan se le estaba metiendo bajo la piel.

Y si había algo en su interior que quería resistirse, sentía que, con cada día que pasaba, esa parte de ella perdía fuerza. Eso, a su vez, la asustaba profundamente. ¿Qué se suponía que debía hacer con estos sentimientos por Jonathan?, ¿a dónde la llevarían? Tenía que admitir ante sí misma que, en Alemania, nunca le había dado a nadie la oportunidad de volver a acercarse. Había construido un muro defensivo a su alrededor, queriendo encauzar su vida por su cuenta y no depender de nadie más. Sí, Lara ni siquiera se había dado tiempo para conocer a un hombre nuevo. La idea nunca se le había pasado por la cabeza y tampoco lo había anhelado. No parecía echarlo de menos; estaba perfectamente bien sola. Pero eso cambió bruscamente al conocer a Jonathan. ¿Quizá porque nunca antes había conocido a nadie como él? ¿Cómo podía saber que le faltaba algo si no sabía que existía?

Cuando se escuchó un golpe vacilante en su puerta, se sobresaltó.

—¿Lara? ¿Estás despierta ya? —ha oído susurrar a Madison desde el pasillo.

—Adelante —respondió mientras se incorporaba. Cuando la chica se deslizó por la puerta en pijama, Lara no pudo evitar sonreír—. ¿Los adolescentes no soléis dormir hasta el mediodía?

Se hizo a un lado y Madison se sentó con las piernas cruzadas en la parte vacía de la cama.

—Oye, ¿te dijo algo Jonathan? ¿Sobre Dylan? Os vi anoche abajo en la calle y pensé en preguntarte.

¿Acaso la chica también se había pasado media noche en vela, obsesionada con un chico? Al parecer, no importaba la edad que tuvieras: en cuanto el corazón estaba de por medio, no se podía luchar contra ello.

Lara se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja. —Todo parece ir según lo previsto.

—¿De verdad? —ha chillado emocionada, y sus mejillas se han puesto rojas.

Lara sonrió involuntariamente.

Pero la alegría desapareció del rostro de la chica tan rápido como había llegado. —Al menos una buena noticia hoy. —Madison dio unas palmaditas sobre la cama y se levantó—. Gracias —dijo.

—¿Está todo bien? —Lara pudo ver literalmente cómo la euforia se escapaba de los ojos de la chica, y cómo sus labios se torcían en una sonrisa amarga mientras se disponía a regresar a la puerta con la cabeza gacha.

—No del todo. Es el fin de semana con mi padre —dijo simplemente, mordiéndose una uña con expresión gruñona—. ¡Pero tengo una cita con Dylan Foster! —gritó apenas unos segundos después, entusiasmada de nuevo, zapateando con sus pies descalzos sobre la alfombra.

A Lara casi le empezaba a doler la cabeza con tantos cambios de humor. —Vuelve aquí un momento, por favor —dijo, señalando el sitio a su lado en la cama.

Madison puso los ojos en blanco con fastidio. Al parecer, ya había conseguido lo que quería y, en cuestión de segundos, se transformó de nuevo en la adolescente molesta que Lara había conocido al llegar. No era precisamente fácil seguirle el ritmo.

—No me vengas con el discurso de "es tu padre". Mi madre ya me da bastante la lata con eso. —Se sentó en la cama con un gemido, como si fuera la cosa más difícil del mundo.

—Las cosas no son fáciles entre vosotros, ¿verdad?

—¿A quién te refieres exactamente? ¿A mi madre, que puede ser increíblemente testaruda, o a mi padre, que simplemente hizo las

maletas y se largó? —Aunque Madison intentaba sonar indiferente y lo más impertinente posible, el dolor en su voz era evidente.

—No sé qué pasó entre vosotros y no es asunto mío, pero he tenido la oportunidad de conocerlos a todos y sois fantásticos.

—Sí, quizá individualmente, pero la combinación no funciona en absoluto. —Madison cogió una almohada, la abrazó y apoyó la barbilla en ella, malhumorada.

—A veces la vida es así. La gente se da cuenta de que ya no puede funcionar como equipo. Pero eso no cambia el hecho de que puedan seguir llevándose bien. De que sean importantes los unos para los otros, ¿lo entiendes?

—¿A ti te abandonó tu padre? ¿Sabes lo mal que se siente uno? —La decepción de Madison estalló.

Lara hizo una pausa, bajando la mirada. —No, porque mi padre, por desgracia, murió hace ya mucho tiempo. Murió poco después de que yo naciera; nunca llegué a conocerlo.

Cuando levantó la vista, Madison tenía una expresión de auténtica sorpresa. —Lo siento —dijo en voz baja—. Es terrible.

Lara asintió y le dedicó una sonrisa alentadora al mismo tiempo. —Lo es, pero hay situaciones en la vida sobre las que no se tiene ninguna influencia. Hay que aceptarlas como vienen. Si me preguntas a mí, no creo que tu padre te haya dejado a ti. Ha dejado esta situación de convivencia, pero no a ti como persona.

—¿Entonces por qué mi madre no luchó por él? ¿Por qué dejó que se fuera?

—Ay, cielo, las relaciones son difíciles y demasiado complejas para explicarlas con palabras sencillas. —Puso la mano en el brazo de la chica—. Tu padre... ¿se preocupa por ti, incluso ahora?

—Me envía mensajes a todas horas o se pasa por aquí. Luego tiene esas ideas estúpidas para fines de semana de padre e hija y monta un número enorme por el tipo de patatas que más me gustan

y qué película vamos a alquilar esa noche. Se pasa un montón, te lo digo yo.

Lara sonrió. —Parece que le importas.

—No —admitió Madison y volvió a morderse la uña.

—Sé que suena cursi, empalagoso y totalmente exagerado, pero... daría mucho por tener un padre que se preocupara por qué patatas quiero desmigajar sobre su sofá. —Lara buscó la mirada de Madison y, cuando la chica por fin la miró, le dedicó una sonrisa de ánimo.

—En realidad está bien, supongo —masculló—. Solo que sería mejor si se hubiera quedado aquí.

—A veces hay que tomar decisiones contra algo para ganar algo nuevo. También podría ser que se fuera para poder disfrutar de nuevo del tiempo contigo de forma más intensa, sin las discusiones familiares de fondo.

—Hm —murmuró la chica—. Nunca lo había visto así. Podría ser.

—Quizá, solo quizá, puedas intentar empezar tu fin de semana con tu padre teniendo esos pensamientos presentes. Quién sabe, igual hasta resulte ser bastante agradable.

Madison esbozó una sonrisa de lado. —Quizá. —Ha respirado hondo—. ¿Ya me puedo ir?

Lara soltó una carcajada. —Sí, claro. —Ha observado cómo la chica en pijama se dirigía hacia la puerta. Sin embargo, se detuvo de repente y se dio la vuelta una vez más.

—¿Lara?

—¿Dime?

—¿Por qué la gente no puede decir simplemente lo que piensa, en lugar de arriesgarse a que los demás la malinterpreten? Mis padres nunca me han dejado todo esto tan claro como tú acabas de hacer. Sus problemas no tienen nada que ver conmigo, pero aun así me hacen sentir que sí.

Lara reflexionó sobre la profunda reflexión de Madison por un momento. —Quizá ni siquiera se trate de ellos, sino de las personas

que significan algo para nosotros, de la forma que sea. Quizá tenemos tanto miedo de que nos hieran o nos decepcionen que buscamos constantemente precisamente eso en todo lo que hacen. De esa manera, no nos pilla por sorpresa cuando finalmente ocurre.

—No suena tan estúpido. —Madison frunció el ceño brevemente y Lara casi pudo ver las palabras recorriendo su cabeza. Luego, la sacudió con fuerza—. Dios mío, las relaciones humanas son complicadísimas.

—No te hagas ilusiones; no se vuelve más fácil una vez que eres adulta.

—¡Argh! —ha gruñido la chica, echando la cabeza hacia atrás de forma teatral antes de abrir la puerta y salir con una sonrisa.

Lara negó con la cabeza, riendo. ¿Quién habría imaginado que tras la fachada de adolescente molesta y testaruda se escondía tanta seriedad y sensatez como las que acababa de descubrir en Madison? La cría no lo tenía fácil, pero quizá lograrían, como familia e individualmente, encontrar un camino juntos hacia adelante. Lara, desde luego, se lo deseaba.

En la pintoresca panadería al final de la calle, Lara compró unos cuantos scones recién hechos esa mañana y se los fue comiendo de camino a Sunset Hill House. El tiempo era espléndido. Aunque todavía soplaba un viento bastante fresco desde el mar hacia el pueblo que la hacía tiritar, los primeros rayos de sol ya le calentaban la cara. En el pueblo todavía reinaba el silencio. Solo en el puerto la gente se afanaba en limpiar cualquier rastro de los festejos.

Josh estaba en la proa del barco-librería y saludó efusivamente a Lara cuando esta pasó por allí.

—¿Está Tia por aquí también? —gritó ella, y Josh negó con la cabeza. Señaló con el dedo hacia la playa—. ¡En Cove Cottage!

Lara le devolvió el saludo agradecida y se abrió paso entre el equipo de limpieza. Las gaviotas chillaban y la observaban con curiosidad mientras cruzaba la playa de guijarros y saltaba sobre

restos de madera. Probablemente esperaban que compartiera alguno de sus scones con ellas, pero el dulce estaba delicioso y le vendría bien cada bocado de energía para la larga jornada en Sunset Hill House.

Incluso desde la distancia, vio a Tia en la parte trasera de la acogedora casita recogiendo la ropa del tendedero.

—¡Lara! —exclamó, sonando sinceramente entusiasmada, y soltó de inmediato todo lo que estaba haciendo—. Siento mucho lo que pasó anoche. No tenía ni idea de toda esa situación; Josh por fin me puso al día.

Le dio a Lara un breve abrazo de bienvenida, como si fueran viejas amigas que se reúnen para tomar un café y charlar. En cierto modo, a Lara le gustó esa idea.

—No fue culpa tuya. Jonathan también me lo explicó todo.

—En Alemania resultaría inconcebible que los habitantes de dos pueblos quisieran partirse la cara por los derechos de pesca.

Lara se encogió de hombros. Probablemente ella conocía algunos detalles más que Tia y, sin duda, tenía una conexión más profunda con el asunto, tan solo por Jonathan y Gordon.

—En realidad voy de camino a Sunset Hill House, pero quería enseñarte una cosa.

—¿Ah, sí? —Tia se recogió su larga y espesa melena en una coleta y se acercó mientras Lara sacaba su teléfono.

Abrió la divertida foto de la noche anterior y se la enseñó a Tia.

—¡Oh, no me digas que habéis hecho eso! —ha exclamado con una carcajada, con los ojos brillando de deleite.

—Fue idea de Jonathan. No he tenido tiempo ni de parpadear antes de que me arrastrara al mar.

A Lara no se le escapó la sonrisita en los labios de Tia. —Por favor, envíame esa foto. Espera, voy a por mi móvil.

Cuando volvió, le dio su número a Lara y, en un santiamén, Lara compartió la foto con ella.

—Oye, ¿te dijo algo Jonathan? ¿Sobre Dylan? Os vi anoche abajo en la calle y pensé en preguntarte.

—Bueno, a vosotros dos os la trajo seguro. Estáis los dos radiantes, de oreja a oreja.

—Sí —dijo Lara con suavidad—. Jonathan es un tipo bastante majo, de veras. En realidad, solo quería venir aquí y ocuparme de mi posible herencia, pero ahora...

—...ahora estás de algún modo atrapada aquí, ¿eh? —preguntó Tia con una sonrisa pícar—. Me suena de algo.

El viento costero agitó el cabello de Lara. —No lo digo en sentido negativo, al contrario. Este mundo de aquí es tan diferente. El sentido de comunidad. Aparte de las rencillas, todo el mundo es muy cálido. Casi parece que una familia gigante me hubiera acogido. —Se dio la vuelta y señaló hacia Fallbury—. Acabo de cruzar el pueblo y Josh me saludó en el puerto, y el dueño del pub me dijo algo con la mano. La dependienta de la panadería se puso a charlar conmigo sobre la fiesta y me llamó *sweetheart*. —Lara negó con la cabeza con una sonrisa—. Y Jonathan... bueno, él es simplemente Jonathan. —Bajó la mirada con timidez.

—Creo que puedo identificarme muy bien con cómo te sientes ahora mismo. Cuando me mudé aquí, solo se suponía que iba a ser un descanso del estresante día a día de Alemania. Necesitaba una pausa; mi vida estaba en un callejón sin salida. Entonces aterricé aquí, en Cove Cottage. Conocí a Josh y también a Phoebe, la de la oficina de turismo, una vieja amiga mía. Sí, y de repente estaba metida de lleno en todo esto. Formando parte de ello. Esa es la magia de este sitio. No puedes escapar de ella.

—Creo que ni siquiera querría hacerlo. Y eso, a su vez, es lo que más me sorprende —ha confesado Lara.

—Es abrumador, ¿verdad?

—Lo es —susurró y se aclaró la garganta. ¿De dónde habría salido ese nudo que de pronto sentía allí?

—Ahora solo tienes que descubrir si todo esto es una embriagadora huida de tu vida diaria o si has encontrado aquí algo que quizá no buscabas, pero que obviamente necesitabas.

Lara levantó la vista y miró directamente a los ojos cálidos y comprensivos de Tia. —¿Y cómo sabré eso? —El hecho de estar planteando esa pregunta y admitir que empezaba a dudar de todo lo que había planeado para su futuro la pilló desprevenida.

—Lo sabrás cuando llegue el momento, créeme. —Tia le apretó la mano en un gesto amistoso.

—Gracias. Creo que tengo mucho en lo que pensar. —Lara esbozó una sonrisa forzada.

—Ponte en contacto conmigo cuando quieras si algo te preocupa. Ahora tienes mi número.

—Lo haré. Y tú igual.

Tia asintió y se despidió con un cálido abrazo. —Y gracias por la foto tan divertida.

Lara saludó por última vez antes de continuar por el sendero hacia Sunset Hill, con la cabeza llena de pensamientos pesados y, sin embargo, con el corazón tan ligero como el aire, lo que le producía un poco de mareo.

Capítulo 11

A mediados de la semana siguiente, Lara y Jonathan seguían ocupados vaciando y clasificando las pertenencias de Sunset Hill House. Algunos días, Jonathan estaba tan atareado con las reparaciones de su barco que no aparecía por la casa hasta el atardecer y solo podía echar un vistazo a los objetos que Lara había organizado. Otros, ya la esperaba temprano por la mañana con café caliente y scones recién hechos.

Aunque al principio habían trabajado el uno junto al otro y casi siempre en habitaciones diferentes, ahora lo abordaban todo juntos. Esto no solo los hacía más rápidos, sino que también era mucho más divertido. Cada vez que encontraban un viejo álbum de fotos, un diario o incluso artículos de periódico amarillentos sobre las famosas obras de arte de Hamish Sinclair, Jonathan aprovechaba la oportunidad para contarle a Lara detalles sobre la familia Sinclair, de modo que, poco a poco, la sensación de ser una intrusa en aquella enorme casa llena de recuerdos se fue desvaneciendo.

Una soleada tarde de jueves estaban sentados en el porche y Jonathan hojeaba una pila de periódicos antiguos que Hamish Sinclair había guardado a lo largo de los años. De repente se detuvo y sonrió.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Lara, dando un sorbo a un vaso de limonada fría y disfrutando del sol en sus pies descalzos.

—Un artículo sobre el restaurante de Gordon. Escucha esto: *«En Sinclair's Fish & Friends no solo le esperan delicias regionales y salmón de piscifactoría, sino también un gran entretenimiento y espectáculos que nunca olvidará. Como emblema de la región, este restaurante de marisco se convirtió en una auténtica atracción turística que va mucho más allá de una cena agradable. Venga y déjese cautivar, tanto en lo culinario como en lo personal, en Sinclair's Fish & Friends, en Anchor's End»*.

Sacudió la cabeza, sonriendo. —Vaya, esto debe de tener al menos quince años. Mira. —Le tendió el periódico y los ojos de Lara se posaron en una foto en blanco y negro. Reconoció a Jonathan con su chaqueta blanca de chef y también a un Gordon mucho más sano y joven, que rodeaba el hombro de Jonathan con el brazo y sonreía a la cámara con el pulgar hacia arriba.

—Pareces un crío ahí —le tomó el pelo, y él se frotó las mejillas.

—¿Estás intentando decir que no he envejecido bien?

Ella se rió entre dientes ante su expresión mientras se rascaba con los dedos la barba de tres días.

—Digámoslo de esta manera: un buen vino tiene un sabor más pleno cuanto más tiempo madura.

Las comisuras de la boca de Jonathan se crisparon. —¿Eso se supone que fue un cumplido?

Lara apoyó los pies en la barandilla del porche. —El mejor que he podido improvisar ahora mismo. No parece que necesites más cumplidos —lo chinchó, y él abrió la boca en un gesto de fingida indignación.

Luego enrolló el periódico como si fuera a usarlo para darle un buen azote. —Tú espérate —dijo, y ella dio un salto.

Riendo, corrió por la hierba que le llegaba a los tobillos, pero sin zapatos no tenía ninguna oportunidad contra Jonathan. Con un par de zancadas la alcanzó y la rodeó con los brazos desde atrás. Le dio un suave azote en el trasero con el periódico.

—¿Así que no necesito más cumplidos, eh?

Riéndose a carcajadas, ella se retorció para soltarse. —Venga ya —jadeó—. Sabes perfectamente que eres guapo.

—¿Crees que soy guapo? —La soltó y ella se apartó el pelo desordenado de la frente. Su mirada burlona hizo que se le pusieran las mejillas rojas como el fuego.

—Eso es todo lo que querías oír, ¿verdad?

—Cuando sale de tu boca, sí —dijo él, con la voz mucho más suave. La luz del sol en sus ojos azules hacía que su mirada pareciera tan profunda como el mar bajo los acantilados. Lara tuvo que tener cuidado de no perderse por completo en ella. Cuando Jonathan levantó de repente la mano, le acarició con timidez un mechón de pelo suelto y luego le mostró en la palma de la mano abierta la semilla de diente de león que había extraído, el corazón le martilleó en la garganta.

—Dos personas, una casa, dos sueños, pero un solo concededor de deseos —dijo con voz profunda, mirando la delicada semilla.

—Si soplamos al mismo tiempo, la semilla tendrá que decidir qué deseo cumple —susurró ella.

Jonathan se acercó mucho a ella, cerró los ojos y contó hasta tres. Lara también cerró los suyos y, al llegar a tres, sopló suavemente sobre su palma. Sabía que en ese momento debería haber deseado la herencia y que su sueño de la cafetería se hiciera realidad. Pero no pudo. Lo único que deseó fue que ese momento no terminara nunca.

Pero terminó de forma más abrupta de lo que esperaba. Cuando el teléfono de Jonathan sonó en el porche, la magia del momento se desvaneció tan rápido como había llegado.

—Sr. Farelane, espere un momento, le pongo en altavoz. Lara está conmigo —gritó Jonathan al teléfono en cuanto lo alcanzó. Lara se quedó junto al poste del porche mientras Jonathan colocaba el pequeño dispositivo sobre la mesa y se situaba a su lado con los brazos cruzados—. ¿Tiene noticias para nosotros?

—No, no realmente. He buscado algo de apoyo activo durante los últimos días y hemos revisado cada archivo, cada carta oficial y cada bloc de notas que había en ellos. No hemos encontrado nada. Al menos aquí en el despacho, no hay ningún testamento más reciente que el antiguo del que ya les informé a la Srta. Lehmann y a usted. —Respiró hondo—. A menos que ustedes hayan encontrado algo más en Sunset Hill House.

—No, Sr. Farelane. Prácticamente hemos terminado con la casa, pero no hemos dado con ningún testamento —exclamó Lara, observando a Jonathan, cuyos músculos de la mandíbula se tensaron visiblemente mientras mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada.

—Entonces lo siento. Bueno, al menos por usted, Jonathan. Y Srta. Lehmann, deberíamos arreglar los trámites a su debido tiempo entonces.

—Me pondré en contacto con usted —prometió ella.

—Gracias, Sr. Farelane. Hablamos pronto —Jonathan terminó la llamada. Por un momento, el susurro del viento costero en las copas de los árboles detrás de ellos fue el único sonido que rompió el incómodo silencio.

—Jonathan, lo siento, yo...

Él sacudió la cabeza. —No tienes por qué sentirlo, Lara. Así es la vida. Unas veces se gana y otras se pierde. —Tragó saliva y finalmente levantó la vista. El océano de sus ojos se había oscurecido—. Si hay alguien en este mundo que quisiera que se lo quedara, eres tú. Y no sé si eso lo hace más fácil o incluso más difícil. —Una mezcla de decepción, resignación y desesperanza estaba escrita en todo su rostro. No obstante, intentó sonreír—. Supongo que el diente de león te trajo suerte.

—Ese no fue mi deseo —dijo ella en voz baja.

—¿No lo fue?

Lara sacudió la cabeza, pero cualquier otra palabra se le quedó atascada en la garganta. Sunset Hill House le pertenecía. Eso era por lo que había querido luchar con todas sus fuerzas hace apenas unas semanas y ahora, después de que el tiempo de esperanza y temor hubiera terminado, ya no sentía nada de su espíritu de lucha. La casa era exactamente la mina de oro que tanto había anhelado cuando se marchó de Alemania. Podría comprar el chiringuito de playa en el Mar Báltico sin problemas y, por fin, dar vida a su sueño de la cafetería.

Sería mentira decir que el pensamiento no despertó en ella una chispa de nerviosismo. Lo hizo, como siempre. Pero ya no asociaría esa chispa con la anticipación, al menos no en este momento. Más bien, era nerviosismo por lo que debía hacer ahora. El Sr. Farelane quería encargarse del papeleo con ella. No había nada que le impidiera terminar su viaje, que había empezado de forma tan abrupta, con la misma rapidez. En cuanto Sunset Hill fuera suya, un agente inmobiliario podría encargarse de la venta. Ella no tenía que estar allí para eso.

Jonathan debía de estar pensando en ello también, porque de repente dijo: —Venga, vamos a vaciar el resto de las cosas del desván; lo hemos dejado pasar demasiado tiempo estos últimos días. Estoy seguro de que querrás que terminemos aquí para que puedas... —No terminó la frase.

Para que puedas marcharte. Era presumiblemente lo que quería decir.

—¿Y qué si no quiero marcharme todavía? —preguntó ella, y la mirada de Jonathan recorrió inquisitiva su rostro.

—¿No quieres?

Lara negó con la cabeza. —Probablemente mi madre me arranque la cabeza cuando sepa que no voy a solucionarlo todo inmediatamente para volver a Alemania, pero qué más da. De todas formas, no nos hablamos ahora mismo. Nada me empuja a volar de vuelta a casa. *Corrección: excepto mi jefe, que probablemente también esté esperando ansioso mi llamada,* pensó para sí misma.

Jonathan parpadeó, frunció el ceño y pareció que tenía que obligarse físicamente a no seguir mirándola fijamente.

—¿Entonces... al desván? —preguntó ella, intentando recuperar el ambiente ligero y agradable entre ellos, y él asintió.

Al volver a entrar en la casa esta vez, Lara sintió que algo había cambiado.

Entre ella y Sunset Hill, pero sobre todo entre ella y Jonathan.

Si la decepción de Jonathan era profunda, pronto dejó de demostrarlo. De vez en cuando la chinchaba con algún comentario como: «¡Ya que ahora eres la señora de la casa, supongo que tengo que pedirte permiso si quiero moverme libremente por aquí!», pero ella no dejó que eso la alterara. Hubiera preferido que todo se quedara como estaba y que ninguno de los dos hubiera resultado ganador en este asunto. Al menos por un tiempo. Su encuentro espontáneo en el lado este de la casa había empezado de forma tan agradable poco después de su llegada y había cambiado ciento ochenta grados en cuestión de minutos. De repente, el apuesto desconocido de ojos azul mar había sido su rival, y la incipiente compenetración entre ellos amenazó con romperse. Al final, había sido más fuerte, convirtiendo a dos extraños en amigos. A pesar de las circunstancias. ¿O precisamente por ellas? Quizá eso era todo lo que los unía... y ahora que todo parecía resuelto, ¿desaparecería Jonathan de su vida tan rápido como había aparecido en ella?

—¿Lara? ¿Estás bien? Te has puesto muy pálida.

—¿Qué? —Estaba en cuclillas sobre los tablones de madera del desván, frente al armario empotrado, que resultó ser más grande de lo que parecía a primera vista.

Jonathan se arrodilló a su lado. —¿Quieres que te traiga agua? Realmente no tienes buen aspecto.

Ella sacudió la cabeza. —Todo está bien, de verdad.

—Quizá deberías llamar a tu madre después de todo, antes de que continuemos aquí. No sabía que os habíais peleado. —Jonathan se levantó, cogió una botella de agua del otro lado de la habitación y se la dio. Ella bebió con avidez el agua fresca. Tenía la garganta seca como un hueso.

—La llamaré más tarde —dijo, dejando la botella vacía en el suelo. Luego enderezó la espalda y señaló el armario—. ¿Has mirado esto?

Jonathan negó con la cabeza y se inclinó hacia delante. Su cabeza desapareció dentro del armario empotrado.

—Eso no es un armario —dijo de repente, volviéndose hacia ella.

—¿Cómo? —Lara se estiró para ver algo. Ella misma había descubierto la puerta y los botes de pintura y las espátulas y todo ese equipo artístico con el que no sabía qué hacer, ya que su racha artística se había perdido en algún lugar del vacío.

—Parece que la buhardilla que hay detrás no se terminó. Mira hasta dónde llega eso. Se podría gatear por aquí. —Jonathan salió a rastras de la supuesta puerta del armario y Lara ocupó su lugar.

Efectivamente.

Ni siquiera se había dado cuenta de eso antes. Detrás de los botes de pintura y los juegos de pinceles, se extendía un espacio vacío de al menos dos metros hasta la pared exterior de la casa. A la derecha, eran incluso más de cinco metros. Estaba oscuro dentro, así que Lara no podía saber si el espacio estaba lleno de pertenencias de Hamish Sinclair.

—¿Tienes una linterna? —le preguntó a Jonathan, que le tendió su teléfono. No iluminaba todo el espacio, pero sí lo suficiente para ver que, en realidad, había algo más en el extremo derecho.

—Creo que hay algunos lienzos ahí al fondo —dijo Lara, que ya se había metido hasta la mitad por la puerta del armario.

—¿Llegas a ellos? —oyó la voz amortiguada de Jonathan desde el otro lado de la pared.

—Bueno, tengo que gatear o algo así. Espera. —Se desplazó por el polvoriento suelo de madera. Cuando se le enredó el pelo en unas telarañas, retrocedió de un tirón con un chillido.

—¿Todo bien ahí dentro?

—Sí. Supongo que no estoy sola aquí —masculló y siguió gateando hasta que pudo estirar los brazos hacia los lienzos. Esperaba encontrar lienzos en blanco, sin usar, pero ante ella yacía una pila de siete obras de arte polvorientas. Lara sopló sobre ellas, intentando ver qué había dibujado Hamish a la luz de la linterna de su móvil, pero el polvo se le metió en la nariz y le dio un ataque de estornudos. Una vez que se le pasó, descubrió la caja pequeña.

—¡Hay algo más aquí! —exclamó.

—¿Qué has dicho? —Al parecer, a Jonathan le costaba mucho más entenderla ahora. Así que pescó la caja, empujó los siete lienzos delante de ella y gateó de vuelta hacia la salida. Cuando salió, Jonathan la miró horrorizado y estalló en carcajadas—. ¿Pero qué aspecto tienes?

Podía imaginárselo perfectamente. Probablemente como si acabara de escapar de una casa encantada. Se sacudió el pelo y se sacudió la ropa para limpiarla. Luego señaló los lienzos que había encontrado escondidos en la oscuridad.

Jonathan los sacó del armario y los extendió por el suelo del desván. Contemplaron las obras en silencio. Todas tenían algo en común, un detalle que saltaba a la vista de inmediato: mostraban exactamente a la misma mujer en diversas situaciones. En un cuadro, parecía estar sentada en un columpio que debía de haber estado colgado en el jardín de Sunset Hill House hacía mucho tiempo. Lara reconoció el muro al fondo y parte del porche. La mujer se columpiaba asombrosamente alto, con el vestido ondeando al viento y el pelo oscuro alborotado. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y reía a carcajadas. En otro cuadro, la misma mujer estaba sentada en un bote en mar abierto. Sostenía en sus manos una sombrilla blanca con bordes de encaje. Desde las sombras, parecía mirar directamente al artista.

—¿Es el faro de Fallbury? —preguntó Jonathan cuando la mujer apareció retratada a continuación al final de un muelle. Hundía el rostro en un tabardo y miraba soñadora hacia el agua. Su mirada era sombría, casi distante. Los motivos y la ropa de la mujer variaban con el cambio de las estaciones. En algunos dibujos, parecía haber estado en contacto directo con el artista, saludándole con la mano o corriendo hacia él, mientras que en otros parecía como si el pintor la hubiera observado en secreto y hubiera capturado el momento. A juzgar por la moda que vestía —minifaldas, botas altas, tabardos, jerséis de cuello alto y bufandas de tartán—, Lara supuso que los cuadros se habían pintado en algún momento de los años sesenta.

—¿Sabes quién es? —preguntó ella, y Jonathan negó con la cabeza.

—He visto fotos de la mujer de Hamish, la madre de Gordon, Suzie. Falleció hace muchos años. Gordon habla de ella a veces. Pero esa no es ella. Ella era rubia, de complexión más robusta.

Lara estudió las obras con atención.—Bueno, quizá fuera morena y esbelta de joven.

—Sí, es posible. En cualquier caso, debe de ser alguien que significaba algo para Hamish. ¿Por qué si no ibas a pasar tantas horas plasmando a una persona en el lienzo?

—Probablemente no —dijo Lara, recogiendo la pequeña caja de madera que había dejado en el suelo al salir del armario a gatas. Jonathan se inclinó hacia ella con curiosidad mientras abría la tapa, revelando una pequeña pila de sobres. *Para mi amada Ginny May*, estaba escrito en el sobre de arriba y en cada uno de los que había debajo. Había cinco en total, los justos para caber en el pequeño cofre de madera.

—No conozco a ninguna Ginny; Gordon y Hamish nunca la mencionaron.

—¿Quizá las cartas no son de Hamish? —sugirió Lara, y Jonathan miró más de cerca los lienzos. Golpeó con el dedo índice la parte inferior derecha del cuadro de la mujer en el columpio—. HS: la firma de Hamish Sinclair. Está en todos los cuadros. ¿Y la caja estaba allí mismo con los lienzos?

—Escondida detrás, diría yo. Al fondo del todo del espacio. Como si alguien lo hubiera puesto todo allí para que nunca lo encontraran. O al menos no fácilmente.

—Si fue Hamish, debió de ser hace unos años. Estaba en forma para su edad, pero gatear por esa abertura tan estrecha solo para esconder unos lienzos y unas cartas probablemente le habría llevado al límite incluso hace diez años.

Jonathan cogió la carta de arriba de sus manos.—¿Echamos un vistazo dentro?

Lara frunció el ceño.—No lo sé. Realmente no es asunto nuestro.

—Esta es tu casa ahora, y todo lo que hay en ella te pertenece. Tú decides. —Sostuvo el sobre contra su pecho y arqueó las cejas con picardía—. ¿Ni un poquito de curiosidad?

—Bueno, sí, la tengo —dijo Lara, recuperando la carta para colocarla con las demás en la caja—. ¿Pero y si Ginny es un apodo para Suzie?

—Eso es absurdo —dijo Jonathan con una sonrisa—. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo en absoluto, pero quién sabe qué pensamientos privados y secretos habrá ahí dentro que no son de nuestra incumbencia. Deberíamos preguntarle a Gordon si conoce a alguna Ginny. Si no la conoce, la cosa cambia. De lo contrario, él es quien tendría derecho tanto a las cartas como a los lienzos. Al igual que a todos los demás recuerdos de esta casa.

Con una sonrisa amable que hacía que sus labios parecieran suaves y curvados, Jonathan la observó en silencio un momento hasta que ella apartó la vista.—¿Qué pasa? —Debía de tener las mejillas rojas como el fuego, las sentía arder de repente.

—Eres alguien de principios. Alguien para quien los valores y las normas todavía parecen significar algo. No se encuentra mucho eso en la gente hoy en día. —Le quitó la caja, guardó la carta dentro y cerró la tapa—. Tienes razón. Gordon debería decidir. ¿Vienes?

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no?

Lara asintió, recogió los lienzos y bajó las escaleras detrás de Jonathan. Cuando él cerró con llave Sunset Hill House y caminaron hacia su coche, se detuvo de repente. Desprendió una llave del llavero y se la tendió.—Esto te pertenece ahora.

—Jonathan... —Ella negó con la cabeza, dio un paso atrás y mantuvo los lienzos apretados contra su cuerpo casi de forma protectora. ¿Por qué ni siquiera parecía molesto? ¿A dónde se había

ido su espíritu de lucha, su voluntad de mantener esta herencia en la familia para él y Gordon y su sueño compartido?

—Solo porque me corresponda sobre el papel no significa que me pertenezca —soltó, con su pensamiento sonando sorprendentemente alto.

—¿Perdona? —Jonathan frunció el ceño, confundido.

Lara dejó caer los lienzos, y sus hombros junto con ellos.—¿Por qué te rindes con la casa así como así? ¿De repente no te importa lo que habías planeado para ella? ¿Para Gordon? ¿Para ti mismo? ¿Cinco minutos de decepción y ya has olvidado todo aquello por lo que luchaste? Siento como si... como si... —Tartamudeó, respirando agitada, intentando controlar el inesperado torrente de palabras.

Mientras tanto, Jonathan había rodeado el coche y se había detenido a unos pasos frente a ella.—¿Cómo lo sientes, Lara? —preguntó con urgencia, sin rastro de ligereza o relajación.

—Como si todo se hubiera resuelto para ti con una sola llamada de Farelane.

—Pero es que es así. La decisión ya está tomada. ¿Dónde está el problema?

—El problema es que no parece ser un problema para ti en absoluto. —Su voz sonó aguda por los pensamientos y preocupaciones acumulados que la habían acompañado durante las últimas horas—. Estás bromeando con que ahora todo me pertenece. Que todo es decisión mía. Incluso me estás entregando tu llave, como si estuvieras completamente fuera de esto. Como si eso fuera todo. ¡Listo, acabado y terminado!

—Porque así es —respondió él suavemente, apoyándose en el guardabarros—. No voy a luchar por ello, Lara. Ya no. No contra ti. Ya te dije que eres la única persona a la que no le guardo rencor por tenerla.

—Entonces... ¿entonces las últimas semanas han sido solo eso para ti: una espera compartida y una colaboración conveniente? —Parpadeó con nerviosismo. ¿Qué estaba haciendo en ese momento?

¿Buscaba una discusión? ¿No se había sentido aliviada ella misma al no haber tenido que enfrentarse a la decepción de Jonathan todo el tiempo en el desván? ¿Por qué quería invocarla de nuevo ahora?

Lara volvió a recoger los lienzos que se le habían resbalado de los brazos.—Por favor, olvida lo que acabo de decir —consiguió decir—. Vamos a lo de Gordon y ya está. —Estaba a punto de buscar la manilla de la puerta del copiloto cuando Jonathan se acercó.

Sin decir palabra, le quitó los lienzos, los dejó detrás de él y permaneció en esa posición, de espaldas. Por su postura encorvada, ella supo que algo iba mal.

—¿Jonathan? —preguntó suavemente.

Él se frotó la cara, respirando profundamente, y se volvió hacia ella. Tenía las mejillas encendidas y los ojos sorprendentemente vidriosos—. Lara, no tienes ni idea de lo que acabas de decir.

—¿Po... por qué? —tartamudeó ella, completamente desconcertada por lo que estaba ocurriendo. ¿No habían bajado del desván riendo hacía apenas unos minutos?

—*Una colaboración conveniente* —repitió él sus palabras y se limitó a negar con la cabeza—. ¿De verdad te he hecho sentir así?

—No —soltó ella—. En absoluto. Todo... todo lo contrario.

—¿Entonces por qué no lo dejas estar? ¿Por qué no te alegras simplemente por lo bien que han salido las cosas para ti? Al fin y al cabo, viniste aquí precisamente para eso. —Finalmente, volvió a levantar la vista, pero su mirada seguía sombría. No era de reproche, sino pesada y cargada.

—Tampoco tú has mostrado ni un segundo de alegría desde que el señor Farelane llamó antes. Podría preguntarte con la misma facilidad por qué no. Pero no lo haré. Porque...

—¿Por qué? —Lara respiraba agitadamente.

—Porque... si mi instinto no me engañó por completo estos últimos días y semanas, entonces quizá tú no estés mostrando tu alegría por la misma razón que yo no estoy mostrando mi decepción.

Sus palabras la confundieron. Pero más aún su mirada, que ahora se clavaba en la suya como si estuviera buscando la respuesta enterrada en lo más profundo de su alma.

—No sé de qué estás hablando —susurró ella con voz ronca, y los hombros de Jonathan se hundieron un poco.

—Vale —dijo él simplemente, arrastrando la punta de su zapato derecho en la tierra.

—¿Vale?

—Bueno, quizá me equivoqué después de todo. —Volvió a erguirse y rodeó el coche. Al subir, Lara sintió de repente una punzada en el estómago. Instintivamente, quiso retenerlo, quiso arrancarle la respuesta a su pregunta en lugar de tener que buscarla dentro de sí misma. Pero, ¿acaso tendría que hacerlo... buscarla? ¿No estaba perfectamente claro de lo que estaba hablando? ¿De las miradas prolongadas, la risa fácil, los roces chispeantes entre ellos? ¿De todos esos pequeños momentos que se habían sentido tan grandes y trascendentales? ¿Que habían convertido esa colaboración inicialmente conveniente en mucho más en un abrir y cerrar de ojos?

Más de lo que Lara jamás había esperado encontrar aquí en Escocia. ¡Más de lo que jamás pensó que necesitaba, que quería!

Y Jonathan probablemente tenía razón. Por eso precisamente le molestaba tanto que él pudiera, al menos aparentemente, poner fin a su tiempo juntos tan fácilmente. Como si ni siquiera le afectara que ese tiempo estuviera llegando a su fin.

Pero ella quería que le afectara. ¡Quería que luchara contra ello, que se desesperara, que estuviera indefenso y confundido!

¡Quería que se sintiera exactamente igual que ella!

Esta comprensión la hizo estremecerse por dentro mientras abría la puerta del copiloto y se deslizaba en el asiento. Sintió la mirada de Jonathan posada en ella mientras arrancaba el coche. En secreto, se enjugó una lágrima del ojo mientras partían hacia Anchor's End.

El colgante de concha en forma de corazón de su muñeca tembló.

Capítulo 12

DENSOS nubarrones oscurecían el horizonte mientras Lara caminaba por la playa, con los hombros encogidos y el rostro oculto tras una bufanda. El suave clima veraniego se había esfumado tan rápido como la estimulante sensación de bienestar que había acompañado a Lara desde su llegada a Escocia.

Gordon Sinclair no conocía a Ginny. Nunca había oído ese nombre antes y tampoco le encontraba sentido a las fotos de la mujer. A juzgar por su expresión, no se sentía cómodo con la idea de hablar sobre una mujer que probablemente había significado mucho para su padre en el pasado, pero que tampoco era su madre. Lara no se paró a pensarlo dos veces cuando instó a Jonathan a dejar que Gordon decidiera el destino de las obras de arte y las cartas. Al final, la visita resultó más corta de lo esperado. La palpable decepción de Gordon por la decisión sobre la herencia había intensificado aún más el ambiente turbio entre Lara y Jonathan. Se habían marchado tras solo unos minutos, cabizbajos. Jonathan la había llevado de vuelta a Fallbury en silencio; un silencio tan rotundo que ahogó por completo el sonido del motor durante el trayecto.

—Nos vemos entonces —había dicho él cuando ella se bajó. Fuera cuando fuese ese *entonces*. Durante el resto de la tarde, ella se había quedado sentada en su habitación del bed and breakfast, intentando eludir las preguntas indiscretas de la señora Barclay. Por mucho que le gustara su encantadora casera, le recordaba a su propia madre en más de una ocasión. A ella tampoco podía ocultarle nunca ningún secreto. Ni siquiera cuando necesitaba tiempo para asimilar por sí misma lo que le estaba ocurriendo en ese preciso instante.

Varias veces esa tarde, Lara estuvo a punto de llamar a su madre, pero al final no lo hizo. Quería aclarar las cosas, pero quizá habría días mejores para eso. No este, en el que apenas sabía lo que quería ella misma.

Cuando las paredes empezaron a cerrársele encima al caer la tarde, decidió salir a dar un paseo. ¿Había algún lugar mejor en el mundo que el mar embravecido para librarse de los pensamientos pesados? Impulsadas por las nubes tormentosas, las olas rompían en la orilla con tal fuerza que su rugido ahogaba las preocupaciones de Lara.

Se sentó bajo Sunset Hill House, en el tronco arrastrado por la corriente donde se había sentado con Jonathan no hacía mucho tiempo. Jirones de lluvia le salpicaban la cara con cada ráfaga de viento que soplaba desde el mar. Su pelo se rizaba por la humedad bajo la capucha, pero no le importaba. Mientras su mirada recorría las olas espumosas, sonrió para sus adentros. Qué hermosa era incluso la agreste Escocia; de algún modo imprevisible, abrumadora y, sin embargo, tan intensa que la hacía sentir conscientemente cada fibra de su cuerpo. ¿Cómo era posible que pudiera sentirse tan como en casa en este lugar, lejos de su vida real, a pesar de que técnicamente era una extraña allí?

En esta costa oeste escocesa, de una belleza que cortaba la respiración, Lara había encontrado una conexión consigo misma que no había logrado hallar en Alemania desde hacía varios años. No podía reprimir sus sentimientos con trabajo y horas extra, y ni siquiera quería hacerlo. La discusión con Jonathan de unas horas antes se lo había hecho comprender. Algo había cambiado en su interior. Ya no habría podido rehuir el enfrentamiento con su supuesta indiferencia —aunque una parte de ella hubiera querido— porque no habría sido capaz de soportarlo. En Alemania, Lara había luchado contra la idea de dejar entrar a otro hombre en su vida. Un hombre que pudiera hacerla reír, que fuera tan tierno como rudo y que la desafiara. Un hombre que la hiciera sentir en todas las facetas de las que su corazón era capaz. Quizá, tras su relación fallida con Marco, ya ni siquiera creía que un hombre así pudiera existir para ella en este mundo. Quizá simplemente ya no quería creerlo.

Pero Jonathan le había demostrado que estaba equivocada. Había tocado una parte de ella, la había devuelto a la vida, una parte que

ella había mantenido bajo llave con demasiada fuerza y durante demasiado tiempo. Y aunque no sabía cómo gestionarlo, lo que aquello le haría y lo que significaba exactamente todo aquello para Jonathan, para ella y para su viaje a Escocia, Lara sentía que no quería reprimirlo. ¿Cómo de intensa podía ser la vida si te prohibías sentir? ¿Si te prohibías esperar, temer, reír y sufrir? La vitalidad también era un sentimiento. Todo giraba en torno a los sentimientos, a las emociones. Huir de ellos solo significaba que huía de sí misma. De quién era y de quién quería ser. En presencia de Jonathan, había sido tan fácil ser ella misma. Excepcionalmente fácil, casi vertiginoso.

Lara suspiró suavemente y se inclinó hacia atrás.

—¿Está ocupado este sitio?

Ella dio un respingo, casi resbalando de la rama, y Jonathan extendió el brazo para sostenerla. —Perdona, no pretendía asustarte.

Ella tragó saliva. ¿Cuánto tiempo llevaba él allí, junto al tronco, observándola? La lluvia ya había pasado. Sus mejillas aún estaban húmedas, pero a lo lejos, delicados rayos de sol se abrían paso a través de oscuras grietas en las nubes. Como si la vida y todo lo que ocurría en ella formaran uno con la naturaleza en aquel lugar mágico.

Lara se hizo a un lado para que Jonathan pudiera subir a la rama en la que se había sentado la última vez.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —preguntó ella.

Su cabello rubio oscuro se pegaba con la humedad a su frente. — No lo sabía. Tenía la esperanza de que estuvieras aquí. —le sonrió con dulzura, casi con un poco de cautela—. ¿Estamos bien?

Ella asintió, aunque de repente sintió un nudo en la garganta.

—Pues no lo parece. —Jonathan levantó la mano derecha y le apartó un mechón de pelo húmedo de la mejilla.

Lara cerró los ojos instintivamente por un momento. Su tacto le devolvió de inmediato la sensación suave y cálida que había echado de menos toda la tarde. Cuando volvió a abrir los ojos, el viento fresco se los llenó de lágrimas. Avergonzada, apartó la mirada y Jonathan retiró la mano.

—Antes, allá arriba en Sunset Hill House —comenzó él, sacudiendo la cabeza—, no quería decir nada que te hiciera daño.

—No lo hiciste —se apresuró a responder ella—. Quizá no debería haber sacado el tema. Te puse en un compromiso. No era mi intención. Fue solo... —Se interrumpió, negando con la cabeza.

—¿Sí? —insistió Jonathan.

—Creo que simplemente no quería que no te importara. —Parpadeó mirándole—. Que *yo* no te importara.

Jonathan se inclinó hacia delante, tomando sus manos frías entre las suyas. —Sí me importas. Lara, ¿qué te hizo pensar eso?

—Porque no parecías decepcionado. Por la herencia, por el inminente final de todo esto. —Señaló sus manos entrelazadas, y su pulgar acarició el dorso de la mano de ella, provocándole un escalofrío por todo el cuerpo—. Sea lo que sea esto —añadió en un murmullo.

—Hasta esta tarde, pensaba que solo era cosa mía. Que solo yo... lo sentía de verdad —dijo Jonathan, retirando las manos y frotándose la cara. Luego soltó un profundo suspiro antes de volver a mirar a Lara—. No quiero que todo esto termine ahora. Para ser sincero, no quiero que termine nunca.

—Jonathan, yo... —empezó a balbucear ella mientras él le ponía una mano en la mejilla.

—¿Quieres saber qué estaba pensando realmente cuando el señor Farelane llamó hoy? —Su voz sonaba ronca y profunda, y su mirada recorría el rostro de ella.

Lara asintió y contuvo la respiración.

—Mi primer pensamiento fue que no podría haber recibido noticias peores. Habría esperado sentir eso si se hubiera tratado de Sunset Hill. Pero no fue así. —Una mirada suave de sus ojos azul gélido se encontró con los de ella—. Ha sido por ti. Lo único en lo que pude pensar en ese momento fue que ya no tenías ningún motivo para quedarte aquí.

—¿Entonces por qué has actuado como si no te importara nada?
—La voz de Lara temblaba tanto como sus rodillas.

Jonathan le acarició la mejilla una última vez y retiró la mano. — Porque conozco tu sueño y no quiero ser quien te lo arrebate. Además de la discusión con tu madre. Probablemente tengas preocupaciones mucho mayores que yo y mis confusos sentimientos. —se rió, cohibido—. Por cierto, ese no era mi plan. Yo quería robarte la casa delante de tus narices...

—... ¿pero no el corazón? —completó ella por él, y Jonathan levantó la vista.

Una ráfaga de viento le despeinó el cabello húmedo. —¿Lo he hecho? —preguntó tan bajito que ella casi tuvo que leérselo en los labios.

Cuando ella asintió, el nudo de su garganta se deshizo y pudo respirar libremente. Era como si él hubiera estado esperando a que ella admitiera por fin lo que la cercanía de Jonathan le provocaba.

Con las mejillas encendidas, sonrió. —Y créeme, a mí también me habría encantado quitarte la herencia. Eras lo último que esperaba encontrar aquí, en medio de la nada. A ti, exactamente tal como eres. La forma en que me haces sonreír y me haces sentir tan viva con solo estar ahí.

El pecho de Jonathan subía y bajaba rápidamente; respiraba deprisa. Se inclinó hacia ella, con una mirada tan intensa y cautivadora que ella sintió como si él se estuviera fundiendo con ella.

—Tal vez a veces no se trata de buscar algo... —susurró, y su mano volvió a posarse en la mejilla de ella.

—Tal vez se trata más de dejar que te encuentren —susurró Lara, y cuando volvió a abrir los ojos, el rostro de Jonathan estaba tan cerca del suyo que sintió su aliento cálido en los labios. Apoyó la frente contra la de él, y una ráfaga de viento hizo que sus mechones húmedos bailaran como una cortina alrededor de ambos rostros.

Lara puso su mano sobre la de Jonathan, inclinándose ligeramente hacia él, y cuando sus labios rozaron los de ella con tanta ternura como la brisa costera, se le escapó un suave suspiro. Jonathan se detuvo de inmediato, retrocediendo unos centímetros. Lara le sonrió, negó suavemente con la cabeza y atrajo a Jonathan de nuevo hacia ella. Esta vez fue ella quien presionó sus labios contra los de él. Su beso fue a la vez cauteloso y curioso, y en cuestión de instantes desarrolló la misma intensidad con la que Jonathan había entrado en su vida: inesperado, desafiante y embriagador. Cuando por fin se separaron, sin aliento, el corazón de Lara latía con tanta fuerza que ahogaba el sonido de las olas al romper.

—Dios mío —logró decir Jonathan, visiblemente abrumado. Tenía los ojos vidriosos y las mejillas encendidas. Se pasó una mano por el pelo con un gesto juvenil.

—¿Qué está pasando ahora mismo? —Lara se hizo la pregunta más a sí misma que a Jonathan, pero cuando él soltó una risa cohibida, se dio cuenta de que había pronunciado las palabras en voz alta.

—Creo que me vendría bien dar un paseo para estirar las piernas. —Sus pies se movían nerviosos sobre la rama. Lara no podía sino estar de acuerdo; a ella misma le estaba resultando increíblemente difícil quedarse quieta.

Tras bajar del árbol uno tras otro, caminaron juntos por la playa hacia Anchor's End. Ninguno parecía saber qué decir. La situación dejaba a Lara con una inquietud total por dentro.

—¿Te arrepientes? —preguntó Jonathan de repente. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos y la miraba de reojo.

—¿Qué te hace pensar eso? —Ella ya había desmenuzado en mil trozos el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, pero era imposible que él lo hubiera visto.

Jonathan se detuvo y se giró hacia ella. El sol a su espalda resplandecía a través de su pelo revuelto. —Lo sé, el momento no es el ideal. Te irás pronto, y...

Ella negó con la cabeza, levantó una mano y la puso sobre su pecho. Él se detuvo a mitad de la frase. ¿Estaba conteniendo la respiración bajo su contacto?

—He pasado gran parte de mi vida dándole demasiadas vueltas a las cosas que salieron mal. —Bajó la mirada, se mordió el labio inferior y volvió a mirar arriba—. Al final, eso solo me impidió vivir de verdad. Pensé que después de mi matrimonio fracasado, un nuevo hombre era lo último que necesitaba... lo último que quería. Y entonces vine aquí y te conocí. Jonathan, no tengo ni idea de qué está pasando aquí ni a dónde se supone que nos lleva. Pero sé que algo en mí cambió desde que estoy aquí. Ya no voy con prisas por la vida, ni me escondo de los sentimientos que me desbordan. —Se aclaró la garganta—. Bueno, al menos no del todo.

Jonathan rió suavemente y puso su mano sobre la de ella. — ¿Crees que todo en la vida sucede como tiene que suceder? ¿Que todo pasa por una razón?

Un mechón de pelo le hizo cosquillas en la cara. Se lo puso delicadamente detrás de la oreja. —Me gustaría creerlo. Al menos significaría que después de cada bajón sigue un subidón. Hacía mucho tiempo que no creía en eso.

—¿Y ahora?

—Ahora, puede que mi opinión haya cambiado —dijo ella con una sonrisa, y cuando Jonathan se inclinó y le dio un beso en la frente, ella cerró los ojos por un momento. Su aliento cálido le acarició la piel. ¿Cómo podía ser que le hubiera conocido hace tan poco tiempo y, sin embargo, se sintiera tan completamente ella misma a su lado?

—Para mí, eres el subidón más inesperado y, al mismo tiempo, el más maravilloso de mi vida hasta ahora —le susurró él al oído antes de dar un paso atrás. Al deslizarse su mano del pecho de Jonathan junto con la de él, sus dedos se entrelazaron con los de ella.

—No harás esto a menudo, ¿verdad? ¿Lo de encandilar a turistas desesperadas y sin esperanza? —bromeó ella para ocultar lo abrumada que se sentía.

Jonathan se rió divertido. —No, más bien al contrario. —Ahora su voz se volvió algo más seria—. En realidad, tardo mucho tiempo en dejar entrar a alguien. Desde que era niño, las relaciones con los demás siempre han estado llenas de responsabilidad y expectativas que tenía que cumplir. No me malinterpretes, mi madre es fantástica. Quizá llegues a conocerla. Pero como solo éramos nosotros dos... bueno... creo que asumí muchos papeles a una edad muy temprana. Y de algún modo eso se mantuvo durante toda mi vida. Siempre quise ser alguien que demostrara algo a los demás. Pero al hacerlo, nunca podía ser simplemente yo mismo.

Lara tenía la garganta seca. Una presión inesperada se había acumulado en su pecho ante las palabras de Jonathan. —Sé exactamente a qué te refieres —logró decir, luchando contra el siguiente nudo que se le formaba en la garganta—. Y contigo, puedo hacerlo. Contigo, puedo ser simplemente Lara. No esperabas nada de mí, y no he tenido que demostrarte nada. Todo este asunto de la herencia no tenía nada que ver conmigo como persona, ambos no teníamos control sobre ello. No sé si alguna vez he podido mostrar tanto de mí misma a alguien como a ti. O si siquiera he querido hacerlo. Es fácil decepcionar a los demás en la vida. Pero es aún más fácil decepcionarte a ti misma. Allá en Alemania me espera esa vida ajetreada, la vida que me sirvió de escudo todos estos años. No solo me escondí en ella; hice gala de ella. La Lara que hay detrás... probablemente muy poca gente la conoce de verdad. Y así es exactamente como yo quería que fuera. Hasta que vine aquí y sentí lo bien que siento tomar el momento tal cual es. Perderse en él, dejar que lo bueno y lo malo te inunden, y simplemente vivir.

—No hemos hablado mucho de ello, pero tengo la sensación ahora mismo de que tenemos bastante en común.

Ella asintió.

Jonathan caminaba ahora tan cerca de la orilla que la siguiente ola le lamió los pies. No le importó; se limitó a sujetar la mano de Lara y a mirarla de vez en cuando. De repente, señaló a lo lejos, hacia el otro extremo de la bahía. Cuando Lara levantó la vista, divisó las primeras hileras de casas de Anchor's End tras los acantilados.

—¿Ves el muelle allí al fondo y el edificio al final?

Ella se protegió los ojos de la luz del sol. —Sí, ¿qué es?

—El antiguo *Fish & Friends* de Gordon.

De pronto, la abrumadora y embriagadora sensación en el interior de Lara se desvaneció. Como por sí sola, su mano se escurrió de la de Jonathan, y él se detuvo en seco.

—¿Va todo bien?

Ella se aclaró la garganta. —Sí. Sí, creo que sí. Es solo que fue un día muy confuso.

Jonathan le quitó con ternura una pestaña suelta de la mejilla, la sostuvo al viento y dejó que se fuera volando. —Quizá no necesites una respuesta para todo ahora mismo —dijo, volviendo a mirarla desde el antiguo restaurante a lo lejos y sonriendo suavemente—. Quizá simplemente llegue por sí sola en algún momento.

Lara quería creerlo. Fuera lo que fuese lo que estaba surgiendo entre Jonathan y ella, no podía pensar en lo que traería el futuro. Si lo hacía, tendría que admitir ante sí misma que estos sentimientos tentativos, embriagadores y completamente nuevos probablemente serían cortados de raíz antes de tener la oportunidad de desplegarse y crecer hasta convertirse en algo que pudiera desviar toda su vida hacia un camino distinto. Lejos de todo lo que creía tener que hacer, y hacia todo lo que secretamente anhelaba. Aunque ni siquiera hubiera sido consciente de ello hasta hace muy poco.

El sonido del teléfono de Jonathan interrumpió abruptamente su hilo de pensamiento.

—Shelly, ¿qué pasa? —preguntó al principio con naturalidad, pero de repente su expresión y su tono de voz cambiaron—. Shelly, cálmate, por favor, no entiendo ni una palabra.

Se apartó unos pasos y se pasó la mano tensamente por el pelo. —Mierda —oyó decir Lara—. Estoy en la playa, cerca de Anchor's End. ¿Sigues allí? Vale, sí, estaré contigo en diez minutos, entonces puedes recogerme. —Cuando terminó la llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo, Lara pudo ver que le temblaba la mano.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, y Jonathan se cruzó de brazos tras la cabeza, intentando calmarse a sí mismo.

—Gordon se desplomó; Shelly tuvo que llamar a una ambulancia. Tengo que ir con él de inmediato. Pero mi coche está arriba, en Sunset Hill. —Agitó los brazos en el aire, abrumado—. Voy más rápido a pie, pero entonces tú tendrás que volver caminando y...

—¡Jonathan, ve! Por favor. Encontraré el camino de vuelta. ¡Por favor, ve!

—¿Estás segura? —Se acercó a ella, tomándole el rostro entre las manos. Tenía los dedos helados.

—Segurísima. Por favor, ve con él.

Jonathan le dio un beso en la frente. —Te avisaré en cuanto sepa algo más. —Luego echó a andar, al principio solo caminando rápido. Pero segundos después ya corría por la playa, con tanta prisa que en pocos instantes llegó a los acantilados y desapareció tras ellos.

Mientras Lara iniciaba su caminata de vuelta a Fallbury, el sol se había ocultado de nuevo tras un frente de lluvia que avanzaba inesperadamente por el horizonte.

Capítulo 13

LARA no volvió a saber nada de Jonathan en lo que quedaba de semana. Sin embargo, tuvo que recoger su coche de la finca del acantilado esa misma tarde o durante la noche porque, cuando ella llegó allí a la mañana siguiente, ya no estaba.

Pasó la mayor parte del tiempo en la casa, intentando poner algo de orden en el caos que se había formado durante la mudanza. Aparte de clasificar algunos muebles viejos en el sótano que estaban claramente para tirar, le quedaba poco por hacer. Ya habían rebuscado en cada cajón y armario en busca de las pertenencias de Hamish Sinclair. En el vestíbulo todavía quedaban cajas y bolsas llenas de papeles y carpetas que Jonathan y Gordon querían revisar una última vez antes de que eso también terminara en la basura. El viernes por la tarde, Lara se encontraba sola en el amplio salón de la imponente mansión. Apoyaba la mano en la repisa de la chimenea y observaba a través de la puerta de la terraza el jardín. ¡Qué rápido podía extinguirse una vida humana, junto con todos sus recuerdos! Todo lo que había definido el día a día de Hamish Sinclair, todo lo que le había hecho ser quien era y que le había acompañado en cada una de las etapas de su vida, estaba ahora empaquetado o ya en un montón de chatarra.

¿Cuántas veces se habría detenido él en ese mismo lugar, recorriendo con los dedos las tallas del marco de madera de la chimenea, con la mirada fija en las copas de los árboles del jardín mientras se doblaban bajo el viento de la costa?

Junto a Lara, en el viejo sillón de orejas, estaba la caja de madera con las cartas. Los lienzos descansaban apoyados en la silla de al lado. Varias veces se había sentido tentada de sacar uno de los sobres para descubrir qué había dentro. Pero, al estar sola, no se sentía cómoda con la idea de sumergirse aún más, ya no solo en la vida privada de Hamish, sino en su mundo emocional oculto. A Lara seguía acompañándola la sensación de que nada de esto era

realmente asunto suyo. Si se hubiera quedado en Alemania y hubiera gestionado tanto la disputa por la herencia como la intención de venta desde allí, seguramente todo habría sido diferente. Pero ahora ya no podía enfrentarse a estas cosas con tal indiferencia. Especialmente desde que había empezado a sentir algo por Jonathan que la había pillado completamente desprevenida.

El beso no solo había complicado su situación, sino que también había elevado su amistad con Jonathan a otro nivel. Seguramente, hacía tiempo que aquello no era realmente una amistad. Pero la repentina ausencia de Jonathan desde la llamada de la enfermera de Gordon había dejado todas las preguntas sin respuesta en un segundo plano. Lara esperaba fervientemente que Gordon estuviera ya en camino de recuperarse. Jonathan no había respondido al mensaje que ella le envió la noche de su precipitada partida, deseándole lo mejor a Gordon. Estaba preocupada, tanto por el hombre cuya salud fallaba como por Jonathan. Aun así, no quería agobiarlo más en esta situación y se contuvo. Si él quería, se pondría en contacto; estaba segura de ello. Sin embargo, había otra persona que estaba entrando cada vez más en pánico: Madison.

—¿Cómo que no estás en contacto con él ahora mismo? —exclamó, con un tono de total desesperación cuando recibió a Lara en la pensión el viernes por la tarde—. ¿Qué pasa con mi pareja para el baile?

—Estoy segura de que Jonathan se encargó de ello. Si dice que hará algo, lo hace. Además, ya te dije que ese tal Dylan lo sabe. Así que no tienes de qué preocuparte —Lara intentó calmar a la chica.

—Ja, ja, para ti es fácil decirlo. Al final me veré allí plantada sin pareja. ¿Qué imagen daré? —Se inclinó hacia Lara y susurró, agitada—: ¡Ya le he dicho a todo el mundo que mi acompañante va a ser una sorpresa enorme, incluido a Connor!

Cuando la puerta vaivén de la cocina se abrió, Madison dio un salto.

—¿Y bien, a qué vienen tantos susurros? —bromeó la señora Barclay mientras se quitaba el delantal.

—A nada —respondió Madison de inmediato, y Lara le dio un codazo para que dijera la verdad. Al menos, una parte.

—Jonathan, el hombre al que Lara está ayudando a vaciar la casa vieja, me concertó una cita con Dylan Foster para mañana por la noche.

—¿El surfista? —preguntó la señora Barclay, arqueando las cejas con sorpresa—. Pensaba que te gustaba el chico ese, Connor.

—Connor es un imbécil —soltó Madison.

—No hay quien os entienda —la señora Barclay puso los ojos en blanco y sonrió—. Maddie, de todas formas quería hablar contigo sobre lo de mañana. En principio habíamos rechazado la invitación para los padres, tu padre y yo...

—Sí —interrumpió Madison a su madre—. Porque queda fatal que solo aparezca uno de los dos cuando todos los demás están allí con sus dos padres.

—Bueno, si por Ronald fuera, le gustaría pasarse ahora. Conmigo.

Los ojos de Madison se agrandaron. Lara esperaba un típico estallido emocional adolescente en cualquier momento, pero ocurrió lo contrario. Una sonrisa de incredulidad se dibujó en los labios de Madison. —¿Queréis venir juntos?

La señora Barclay se encogió de hombros. —Quería hablarlo contigo primero. Al fin y al cabo, es tu noche.

La mirada de Madison pasó de Lara a su madre. —En realidad... creo que molaría bastante —murmuró.

La señora Barclay sonrió. —Pues ya está. Si mola...

De forma totalmente inesperada, Madison se acercó a su madre y le plantó un beso en la mejilla. Luego desapareció hacia la parte trasera del edificio.

—O sea que está compinchada con mi hija, ¿eh? —bromeó la señora Barclay, apoyándose en el mostrador de recepción.

—Podría decirse que sí. Pero no se preocupe, todo es legal —resumió brevemente Lara los planes que Maddie, Jonathan y ella

habían hecho unos días atrás.

—Eso explica muchas cosas. Hacía mucho tiempo que no veía a Madison de tan buen humor como esta última semana. ¡Incluso silba en el baño a veces! Me preguntaba qué clase de milagro nos había caído del cielo.

Lara tuvo en la punta de la lengua la pregunta de cómo el señor Barclay había llegado a pedirle a su exmujer que lo acompañara, pero se tragó la curiosidad. La imagen de Madison volvió a aparecer ante sus ojos, junto con ese momento especial que madre e hija acababan de compartir. Ella misma había vivido muchas situaciones similares con su propia madre y, por primera vez desde su discusión, sintió cuánto la echaba de menos.

—Creo que voy a subir ya. Ha vuelto a ser un día largo —dijo Lara, despidiéndose de su amable casera. Apenas hubo llegado a su habitación, abrió las ventanas de par en par, sacó el móvil y marcó el número de su madre. Hacía días que no hablaban. Días en los que había pasado tanto como en toda una vida; al menos así le parecía a Lara.

A estas alturas, lamentaba tanto aquella discusión sin sentido que solo quería aclarar las cosas. Quizá si le explicaba a su madre lo que le había pasado en Escocia, ella entendería de dónde venía ese repentino distanciamiento entre ambas y por qué Lara no había sido capaz de pensar en absoluto en su regreso a Alemania. Pero nadie respondió al otro lado, incluso después de varios minutos de tonos. Decepcionada, Lara dejó el móvil a un lado y se dejó caer sobre las almohadas. A lo lejos, el mar rugía; sin duda echaría de menos ese sonido cuando estuviera de vuelta en Alemania. No solo el sonido, sino la sensación que traían consigo las olas. Y no solo eso, sino especialmente la comunidad tan unida de aquí, en el fin del mundo. La calidez y la franqueza de los escoceses, su alegría y el sentido de pertenencia que se le había contagiado a Lara en cuanto puso un pie en tierras escocesas. Una parte de ella sentía que siempre había pertenecido exactamente a este lugar en el mundo.

Cuando llamaron a la puerta, se incorporó. Madison probablemente tendría un millón de preguntas más sobre la noche de mañana que ella no podría responder de todos modos. Sonriendo, Lara abrió la puerta y se quedó helada.

—Hola, cielo.

—¡Mamá!

Su madre soltó el bolso y rodeó con sus brazos el cuerpo tembloroso de Lara.

—Pero... es decir... cómo... —tartamudeó, mirando a la inesperada visita con incredulidad—. Acabo de intentar llamarte.

—Lo sé —su madre se rió y volvió a apretar a Lara contra sí, como si ella misma no pudiera creer que estuvieran frente a frente. Estar separadas dos semanas se sentía mucho más tiempo cuando estabas enfadada.

—¿Tienes... tienes una habitación aquí?

Su madre negó con la cabeza. —No quería agobiarte. Mi habitación está en Rose Cottage; es una pensión pequeña y acogedora en los acantilados. A las afueras de Fallbury.

—No me lo puedo creer —Lara sacudió la cabeza y tiró de su madre hacia el interior de la habitación—. Estás aquí de verdad. ¡Pellízcame!

Riendo, su madre le dio un pellizquito en la cadera. —Te veo bien. Muy diferente de cuando te fuiste.

—¿Ah, sí? —Lara se miró en el espejo de la puerta abierta del armario. Lo único que notó fue su pelo despeinado por el viento. En Escocia se preocupaba mucho menos por esas superficialidades.

—Sí, de verdad —estando una junto a la otra, ambas se miraron en el espejo. Tenían la misma constitución menuda, pero la madre de Lara era una cabeza más baja que ella.

—No habrás venido hasta aquí solo para comprobar lo sonrosadas que tengo las mejillas, ¿verdad? —la pinchó Lara a través del espejo.

—No —dijo ella, suspirando—. Creo que tú y yo tenemos que hablar.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Lara rápidamente, y su madre negó con la cabeza. —No directamente, no. Pero vamos a buscar un restaurante o algo así.

—¿Has volado cinco horas solo para hablar conmigo? —Lara frunció el ceño con incredulidad; no terminaba de asimilar que su madre estuviera allí.

—Hay algunas cosas en la vida que simplemente no pueden esperar y que no deberían discutirse por teléfono.

—¿Estás segura de que no pasa nada malo? —insistió Lara.

—No, cariño —su madre miró a su alrededor—. Entonces, ¿vamos a comer algo?

—Hay un pub en el puerto —logró decir Lara, todavía confundida.

—¿Y sirven comida de verdad? Me muero de hambre.

Lara asintió, todavía con el ceño fruncido. —Según el menú que cuelgan fuera y por el que paso todos los días, sí. Me refrescaré rápidamente y me cambiaré de ropa —estaba a punto de salir corriendo al pasillo hacia el baño cuando se detuvo una vez más.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Verte aquí era lo último que esperaba. Y ahora mismo, no puedo imaginar nada mejor —tragó saliva y bajó la mirada antes de añadir —: Y encaja perfectamente con todo lo que me estuvo pasando aquí en los últimos días y semanas.

Su madre alargó la mano y le dio un apretón cariñoso. —Me muero de ganas de que me lo cuentes todo.

Cuando se pusieron en marcha media hora después, zigzagueando por calles estrechas y sobre adoquines irregulares hacia el puerto, Lara todavía no se había dado cuenta del todo de que era realmente su madre con quien iba del brazo y a quien tenía que detener en

cada casa para admirar las rústicas fachadas de ladrillo, los jardines coloridos o las flores silvestres en flor.

—Ese de ahí arriba es Rose Cottage —dijo su madre a mitad de camino, señalando una colina verde a su derecha. Lara había admirado la pintoresca casita en más de una ocasión al amanecer, cuando jirones de niebla trepaban por los acantilados desde el mar y envolvían el pintoresco edificio como una capa protectora en la distancia.

Al llegar al puerto, Lara se alegró de ver que, con el buen tiempo, también había asientos rústicos disponibles al aire libre. Pequeñas mesas redondas con dos o tres sillas cada una estaban dispuestas hasta el muelle y los embarcaderos de botes.

—¡La dama de Alemania! —llamó JoJo, el dueño del pub, a modo de saludo y le dio un rápido abrazo. Eso era algo a lo que Lara probablemente nunca se acostumbraría: la efusividad que le mostraban repetidamente personas prácticamente desconocidas. Nunca habría pensado que le gustaría, pero en este momento, eso era exactamente lo que sentía.

Lara presentó a su acompañante y pidió agua para ambas, así como un sándwich de salmón ahumado para cada una, lo que inmediatamente le recordó las disputas entre Fallbury y Anchor's End de las que Jonathan le había hablado. Jonathan...

Aunque Lara sabía que él no andaría por Fallbury, se sorprendió buscándolo automáticamente todo el tiempo. Tanto se había quedado sin decir entre ellos, pero más allá de eso, le preocupaba principalmente su bienestar. No saber qué le había pasado a Gordon y cómo estaba él —y por lo tanto Jonathan— la ponía cada vez más inquieta.

Aunque JoJo se había ofrecido a llevar el pedido fuera, contrariamente a la etiqueta habitual de los pubs, Lara se había negado. Mientras volvía ahora a la mesa con una bandeja llena y repartía la comida, de repente sonó un grito desde la distancia: —¡Eh, Lara, que te aproveche! —cuando se dio la vuelta, vio a Tia

saludándola con entusiasmo mientras caminaba hacia Cove Cottage en brazos de Josh.

Sonriendo, la madre de Lara sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Lara, dando un sorbo de agua.

—Solo me preguntaba cuánto tiempo pasó desde la última vez que te vi tan despreocupada con otras personas... aparte de en tu trabajo. Si no supiera la verdad, cualquiera diría que llevas viviendo aquí años. Lara por aquí, Lara por allá.

—Sí, de alguna manera esa es la magia de este sitio y de la gente de aquí. Te ves envuelta en todo al instante, como si siempre hubieras pertenecido a este lugar. Al principio me pareció un poco extraño, pero ahora... es casi como si todos fueran una gran familia.

Su madre no añadió nada más a eso; se comió su sándwich en silencio mientras observaba a los pescadores que, en ese momento, entraban en la bahía con sus barcas y atracaban en el puerto.

Sin embargo, finalmente, cuando Lara ya estaba tan inquieta por el silencio que no sabía cómo romperlo de nuevo, su madre dijo de repente: —Así fue para mí entonces también.

Lara levantó la mirada de golpe. —¿A qué te refieres con eso?

Su madre se limpió las manos con una servilleta, bebió un poco de agua y se recostó hacia atrás. —Estuvimos en Escocia una vez, tu padre y yo. Éramos muy jóvenes y solo queríamos ver algo del ancho mundo antes de que la seriedad de la vida se apoderara de nosotros. ¿Qué mejor lugar que la tierra de sus ancestros?

—¿Estuvisteis aquí, en Fallbury? —preguntó Lara con incredulidad, pero su madre sacudió la cabeza.

—No, un poco más al sur, pero también en la costa oeste. El pueblo era algo más grande que este. Pero igual de acogedor, tradicional y hospitalario. Ronald sabía que había parientes lejanos por aquí, pero nunca habían tenido contacto, y a él tampoco le interesaba. La verdad es que hablaba muy raramente de sus raíces,

aunque siempre eran palpables en él. Tenía esa mentalidad escocesa típicamente despreocupada.

Lara apartó su plato y se inclinó sobre la mesa. —¿Por qué nunca me habías contado nada de eso?

Su madre bajó la mirada y soltó una risa amarga. —¿Qué te he contado alguna vez sobre tu padre o sus raíces... y por tanto, las tuyas? No mucho, supongo.

—Sé por qué te distanciaste de todo aquello la mayor parte del tiempo. Fue duro entonces.

—Entonces y ahora —dijo su madre, mirando a Lara—. Perder a una persona a la que amas de una forma tan terrible y repentina... —Sacudió la cabeza y tragó saliva con dificultad. Luego forzó una sonrisa—. Pero es exactamente por eso por lo que estoy aquí.

—¿Por mi padre? —preguntó Lara, ahora completamente confundida.

—En cierto modo, sí. Pero sobre todo por lo que te quité. Habrías tenido derecho a saber de dónde venían tus antepasados, quién es la otra parte de esta familia en la que naciste. Siempre me guardé eso porque, por un lado, no quería enfrentarme más a ello y, por otro, tampoco quería perderte a ti.

Su madre cruzó los brazos sobre la mesa y puso sus manos sobre las de Lara. —He visto tanto de Ronald en ti durante todos estos años.

—¿De verdad? —preguntó Lara con voz entrecortada. No estaba acostumbrada a hablar de su padre, especialmente no en este nivel emocional. La franqueza y la honestidad de su madre la pillaron desprevenida incluso más que su repentina aparición.

—Puedo imaginar por qué te resultó tan difícil ocuparte de la herencia aquí y simplemente volver. —Su acompañante hizo un gesto amplio con el brazo—. Por todo esto. ¿Quién podría resistirse al encanto de la vida rural escocesa? Es un mundo completamente diferente; al menos se siente lejos de todas las preocupaciones. Aquí, en las costas escarpadas, todo parece posible. Quizás por eso

tu padre siempre se sentía atraído por el mar también en Alemania. No podía negar esa parte de sí mismo. Su anhelo por la inmensidad, la distancia, la independencia y la libertad. Y tú eres exactamente igual, Lara, siempre lo has sido. A través de la relación con Marco, perdiste una parte de eso y después tampoco volviste a encontrarla. Me avergüenza decirlo, porque por supuesto no me hizo feliz tu sufrimiento, pero me alegró que eso volviera a unirme más a mí. Estuvimos más cerca después de tu divorcio que nunca.

Lara asintió, incapaz de decir nada. El nudo en su garganta se hacía cada vez más grueso. Apenas podía respirar.

—Cuando surgió esa discusión entre nosotras recientemente, cuando sentí que algo estaba cambiando con tu estancia aquí, que estabas perdiendo la voluntad de asegurar la herencia y hacer realidad el sueño en Alemania, me asusté. —Su madre apretó las manos húmedas de Lara—. Después de todo, eres lo único que me queda de Ronald.

—Mamá —la palabra salió temblorosa de los labios de Lara—. ¿Qué tiene que ver mi retraso en la decisión o mi deseo de un poco de distancia de la vida cotidiana en Alemania con la posibilidad de perderme? ¡Eso nunca tuvo nada que ver!

—No. —La mujer mayor sorbió por la nariz, sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por la nariz—. ¿Pero el *Breakwater Bar*? Ni siquiera sé cómo *tu* sueño pudo convertirse en el mío tan rápido.

—Porque me gustaba la idea de renovarlo en memoria de papá y por ti —se defendió Lara.

—¿De verdad, cariño? ¿Del mismo modo que dejaste de comer brócoli a los seis años después de saber que yo lo detestaba? ¿O cuando te negaste rotundamente a usar tu primer sujetador a los doce porque lloré y te dije que ya echaba de menos a mi niña pequeña?

—Mamá, por favor... —Lara miró a su alrededor avergonzada, pero su madre aún no había terminado.

—¿O aquella vez que dejaste tu trabajo de verano en la heladería porque dije que podías llegar a ser algo mejor que una camarera? —Sacudió la cabeza, visiblemente avergonzada—. Y Marco... yo fui la que te dijo lo bien que te iba, cuánto me gustaba, que era el yerno perfecto. Y así empezaste a involucrarte cada vez más con él.

A Lara le daba vueltas la cabeza. Todo eso había sucedido, lo recordaba, pero no se había dado cuenta de que el impulso había venido de su madre. Al menos no hasta este momento.

—Y pasó lo mismo con el *Breakwater Bar* —concluyó ella, y su madre asintió.

—No lo hemos tenido fácil, cielo, ya lo sabes, pero el hecho de que yo compensara mis miedos y necesidades a través de ti simplemente no estaba bien. Yo misma no era consciente de ello hasta nuestra llamada del otro día... hasta mi reacción. Estaba simplemente... enfadada porque querías seguir tu propio camino a tu propio ritmo. Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez de lo absurdo que es. He pensado en ello durante días hasta que he recordado todas esas cosas de los últimos treinta y tres años en las que, consciente o inconscientemente, siempre hiciste lo que yo esperaba de ti.

Lara se secó los ojos a hurtadillas. —Yo... nunca lo percibí de forma tan negativa.

—Claro que no. Y de alguna manera eso lo hace aún peor.

—Y... ¿has volado hasta aquí para decirme eso? —balbuceó Lara, y su madre asintió.

—Esta es *tu* vida, cariño. *Tu* herencia. *Tu* dinero. *Tu* responsabilidad. Tienes que dejar de hacer lo que yo pueda esperar de ti. ¡O lo que espere cualquier otro! Tienes que empezar a escuchar a tu corazón.

La mirada de Lara se disparó abruptamente. ¿A su corazón? El rostro de Jonathan apareció en su mente. Su sonrisa pícara, sus ojos azul mar en los que le encantaba perderse.

—He hablado con un asesor financiero sobre el *Breakwater Bar*.

El aluvión de información y noticias, sumado a las emociones que surgían en su interior, amenazaba con abrumar a Lara por completo. —¿Eso qué significa?

—Que *yo* lo voy a comprar; de hecho, ya lo he hecho. Lo financiaré y lo convertiré en una pequeña casa de vacaciones. Nada de cafetería ni bar, nada de nada. Alquilaré la casa o pasaré el verano allí yo misma. Aún no lo sé.

Una ola de alivio invadió a Lara en ese momento. Ni siquiera había sentido antes cuánta tensión, cuánta presión había estado soportando.

—¿Significa eso que lo que haga con Sunset Hill House es ahora únicamente decisión mía?

Su madre asintió. —Véndela, quédatala, renuévala, lo que quieras hacer, cariño. —De repente, sus ojos se abrieron de par en par—. Espera un momento... ¿significa eso que has conseguido la herencia?

Lara asintió, pero la euforia por su victoria estaba ausente incluso ahora, a pesar del alivio de no deberle ya una respuesta a su madre. ¿Acaso no se había tratado de esta obligación en absoluto durante todo este tiempo? ¿Había sido quizás otra cosa desde el principio lo que la había hecho retroceder ante la idea de vender la herencia y abrir una cafetería en Alemania con el dinero? O *alguien* más...

—Pero no eres feliz —se dio cuenta su madre, escudriñando la mirada de Lara.

Ella tragó saliva y, cuando levantó la vista, dijo: —¿Te acuerdas de Jonathan, con el que me peleé por la herencia?

Su madre sonrió con complicidad. —¿Caminamos un poco y me cuentas qué fue de ese Jonathan, al mencionarlo se te han puesto las mejillas rojas de repente?

Lara sonrió con alivio. —Sí, me encantaría.

Se levantó, con la intención de llevar los platos y los vasos al interior, pero decidió espontáneamente dejarlo todo y rodear la

mesa.

Cuando Lara rodeó a su madre con los brazos, ella le devolvió el gesto familiar. ¡Cuánto lo había echado de menos en los últimos días!

—¿Mamá?

—¿Sí? —preguntó ella.

Lara la miró desde arriba. —¿Es esa realmente la única razón por la que has venido?

Su madre le acarició la mejilla con cariño. —Te pareces tanto a tu padre... A él tampoco podías engañarlo. —Cogió su bolso—. He estado pensando en muchas cosas durante los últimos días y he revisado una vez más el legado de Ronald.

—¿Has revisado las cosas de papá? —Lara volvió a sentarse en la silla. Todo lo referente a su padre había sido un tabú. Ni siquiera ella misma sabía lo que él le había dejado a su madre. No tenía más que una foto de él.

—No es mucho, cabe en una caja de zapatos, pero sí, todavía conservo algo. Quizás llegó el momento de que yo también pase página. He estado de luto el tiempo suficiente. —Su madre levantó la vista de su bolso con esperanza, como si temiera que Lara pudiera juzgarla por ello.

—Deberías hacerlo. Seguro que papá habría querido eso.

Su madre asintió. —Lo habría querido —consiguió decir con voz quebrada, luego se aclaró la garganta y sacó un papel amarillento y doblado de su bolso. Lo desdobló y lo puso sobre la mesa. Lara lo cogió. Era un viejo boceto a lápiz de un niño en pantalones cortos correteando por un jardín con un balón. Al fondo se insinuaban los contornos de una casa. En una hamaca frente a ella descansaba otro niño, sosteniendo un trozo de papel en el que estaba escribiendo o dibujando. Lara reconoció el grueso tronco del viejo roble y los contornos de la veranda de inmediato.

—¡Eso es en el jardín de Sunset Hill House! —exclamó emocionada.

—¿De verdad lo es? Ronald recibió este dibujo de su padre, eso lo sé. También hay dos nombres al dorso.

Lara le dio la vuelta a la hoja. *Douglas y Hamish Sinclair, verano de 1950*, estaba escrito delicadamente en la esquina derecha. Con los años, el color del lápiz se había desvanecido significativamente. El abuelo de Lara, Douglas Sinclair, era hermano de Hamish, ella lo sabía. ¡Así que los dos niños que jugaban en el jardín de Sunset Hill House eran los hermanos!

—El de la hamaca, con el papel y el lápiz, es casi con toda seguridad Hamish dibujando esta escena en ese mismo momento —dijo ella, levantando la vista—. Ya te dije que era artista.

—¡Cielo santo, tienes razón! Entonces quizás de verdad todavía haya alguien aquí para quien este dibujo signifique algo.

Lara asintió con entusiasmo. —Ya sé de quién se trata. Pero me temo que no podemos encargarnos de eso hoy. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Vuelvo en cuatro días, el lunes.

Lara dobló el dibujo y se lo dio a su madre. —Deberíamos poder arreglarlo.

Se levantaron juntas y metieron los platos. Cuando salieron del pub de vuelta al puerto, se quitaron los zapatos y caminaron por la arena hacia la playa.

—Bueno —dijo su madre, dirigiendo inmediatamente la conversación al tema que parecía interesarle más—. Así que Jonathan, ¿eh?

Lara sintió que el calor volvía a subirle a las mejillas. —Jonathan —repitió su nombre, que sonaba tan cálido y suave como la miel líquida, y su corazón empezó a palpar.

Capítulo 14

—¿MADISON? ¿Vas a bajar de una vez? —La señora Barclay se paseaba nerviosa por el vestíbulo del bed-and-breakfast, deteniéndose por enésima vez frente al espejo de cuerpo entero que había junto al perchero para inspeccionar su atuendo. Se veía chic, muy distinguida y elegante con aquel traje de dos piezas en rosa palo que acentuaba de maravilla las curvas de su figura femenina. No obstante, no dejaba de darse tirones a la chaqueta.

—¿No será demasiado corta después de todo? —murmuró, y Lara se echó a reír.

—No, no lo es. Al igual que las diez veces anteriores. Está usted estupenda, de verdad.

—Bueno, si tú lo dices... —respondió la dueña, ladeando la cabeza y dándose otro tironcito.

Mientras tanto, Lara apartó la cortina de la ventana y miró hacia fuera. Jonathan no había respondido a sus mensajes y, a estas alturas, ella también empezaba a dudar de si Dylan Foster aparecería de verdad con su coche para acompañar a Madison al baile del instituto. Todo el plan no solo era inestable; temblaba con tal violencia que ya había empezado a agrietarse. Madison había estado casi incontrolable, y el hecho de que Lara tuviera que darle largas constantemente no facilitaba la situación. La chica llevaba preparándose para el baile desde primera hora de la tarde. Lara le había ofrecido su propia habitación para ello después de que se desatara el puro caos entre Madison y su madre en la planta baja. Era evidente que la señora Barclay estaba tan nerviosa como su hija esa noche.

—¿Cuándo se supone que tiene que aparecer ese tal Dylan? —le preguntó ahora a Lara, peinándose por quinta vez.

—Creo que llegará en cualquier momento —respondió Lara, mirando por la ventana. Al menos, eso esperaba. No podría soportar

la decepción en el rostro de Madison, por no hablar de lo que significaría la ausencia de Dylan y Jonathan esa noche. Jonathan era una persona concienzuda; no dejaría colgadas a la chica y a Lara sin un motivo. Si se había olvidado de todos sus planes y había dejado de dar señales de vida, solo podía significar una cosa, y Lara no quería ni pensar en ello.

—Ya estoy lista —se oyó de pronto una voz desde arriba, y la señora Barclay dio un salto de emoción hacia un lado.

—¡Ya viene, ya viene! ¿Dónde está mi móvil? ¡Tengo que hacerle una foto!

—¡Aquí! —Lara le tendió el teléfono, que había estado sobre la mesita auxiliar redonda junto a ella.

Poco después, oyeron pasos arriba acercándose a la escalera. Despacio, bajando cada peldaño de forma deliberada, apareció Madison. Lo primero que vio Lara fueron las sandalias plateadas de tacón alto con tiras que se enroscaban alrededor de los delicados tobillos de Madison. La chica se levantaba un poco la falda de su vestido de fiesta azul real para no tropezar. Tenía un ligero vuelo, mientras que el cuerpo palabra de honor era ceñido y estaba cubierto de perlas finas y lentejuelas brillantes. Madison llevaba un delicado collar de plata con un colgante de una flor azul, a juego con sus pendientes. Se había recogido el pelo, que le llegaba por los hombros, pero algunos mechones rizados caían ligeramente sobre su espalda. Un maquillaje sutil completaba el look. ¡Estaba preciosa!

—¡Oh, mi niña, qué guapa estás! —Emocionada, la señora Barclay danzaba con pasos cortos frente a la escalera y sacaba una foto tras otra—. ¡Encantadora! ¡Simplemente encantadora! ¿Cuándo te has hecho tan mayor? —Cuando intentó estrechar a su hija en un abrazo exuberante, la chica se zafó de su alcance con una sonrisa. — ¡Mamá, mi maquillaje! Y el tuyo también... ¡deja de llorar!

La señora Barclay se abanicó y Lara le pasó un pañuelo de papel, que ella usó para secarse las mejillas humedecidas.

—Bueno —dijo Madison, dando una vuelta frente a ellas—. ¿Cómo estoy?

—Preciosa —dijo Lara con sinceridad. El brillo de orgullo en los ojos de la chica la conmovió. Era una noche muy importante para ella y no podía terminar en desastre bajo ningún concepto.

Cuando llamaron a la puerta, Madison irguió los hombros con nerviosismo. —Es él —susurró, pero cuando la señora Barclay abrió y su exmarido apareció en el umbral, Madison dejó caer los hombros.

—Tú no eres Dylan —refunfuñó, y su padre sonrió de oreja a oreja.

—Y tú, evidentemente, no eres mi pequeña renacuaja. —Se acercó a ella, le tomó la mano derecha, la levantó e hizo que Madison diera una vuelta. Esto, al menos, le arrancó una sonrisa tímida. Cuando le plantó un beso en la frente, acompañado de un «¡Estás guapísima!», las mejillas de ella se encendieron.

Lara observó cómo el señor Barclay se acercaba a su exmujer. Se aclaró la garganta. —Tú... por cierto, tú también estás estupenda.

—¿Tú crees? Pensé que, bueno, quizá la chaqueta sea demasiado corta. —De nuevo, tiró de ella hasta que el señor Barclay le apartó la mano del dobladillo y se la sostuvo un momento.

—No es corta en absoluto; está perfecta.

El mismo brillo de emoción que en los ojos de su hija se reflejaba ahora también en los de la señora Barclay, y Lara se dio la vuelta con una sonrisa, queriendo dejar a la familia en ese momento. Era una escena de una intimidad casi insuperable y, al observarlos desde la esquina, se sentía más bien como una intrusa.

—¿Y bien, nos vamos? —preguntó ahora el señor Barclay, y su exmujer le susurró algo que Lara no alcanzó a oír. En ese momento, vio las luces de un vehículo brillando a través de la ventana, seguidas de cerca por un segundo coche. Rápidamente, volvió a apartar la cortina y reconoció a primera vista que el segundo vehículo era el coche de Jonathan.

—Gracias a Dios —murmuró con el corazón acelerado y se volvió hacia Madison y su familia—. ¡Ya están aquí!

Cuando llamaron a la puerta poco después, Madison, que antes no paraba de moverse, se quedó petrificada y contuvo el aliento. La señora Barclay abrió la puerta.

—Buenas noches, soy Dylan Foster y me gustaría acompañar a su hija al baile de principios de verano. —La mirada del chico recorrió los rostros del interior del bed-and-breakfast y aterrizó de inmediato en la cara de la nerviosa joven—. ¿Maddie? —La llamó por su apodo con un tono tan cálido y suave que Lara temió que la chica se derritiera allí mismo.

—Dylan —dijo ella en voz baja y dio un paso adelante.

Él le tomó la mano y depositó un beso en ella. —Estás impresionante. —Poco después, mostró una pulsera de plata que llevaba sujeto un minúsculo arreglo de flores secas—. ¿Puedo? —preguntó, señalando el brazo de Madison.

—Dios mío —jadeó ella, con la mano temblándole visiblemente.

Dylan deslizó la pulsera por su muñeca. —Esto es un cardo, el símbolo de la suerte en Escocia. Es para que también te traiga suerte a ti, hoy y siempre.

Al fondo, la señora Barclay volvió a secarse los ojos, y al señor Barclay también se le notaba que le costaba mantener su fachada de padre inalterable.

Sin decir adiós, Madison acompañó a su Dylan hacia su coche.

—Ya nos dio el esquinazo —dijo el señor Barclay sonriendo, haciendo un gesto a su exmujer para que lo siguiera.

Lara fue la última y cerró la puerta del bed-and-breakfast tras de sí.

Jonathan estaba apoyado en su coche junto a la carretera. Al verla, se incorporó bruscamente. Llevaba unos pantalones de traje de color marrón oscuro, una camisa blanca remangada hasta los

codos y unos tirantes de color beige. El look era informal pero elegante y le sentaba excepcionalmente bien.

Lara no había encontrado ningún atuendo en su maleta de viaje que fuera apropiado para un baile. Pero el delicado vestido lencero de color rosa que envolvía su esbelto cuerpo como un suspiro y que resultaba elegante y atemporal, era lo más parecido.

La mirada de Jonathan se deslizó desde su pelo suelto sobre los hombros hasta su vientre, bajó hasta sus pies y volvió a subir. Su nuez de Adán se movió al tragar saliva.

—Guau —suspiró, y ella se colocó un grueso mechón de pelo detrás de la oreja.

—Gracias —consiguió decir—. ¿Cómo está Gordon?

Jonathan sonrió, y eso disipó su tensión al instante. —Mejor. Siento no haberte dicho nada. Había algunas cosas que arreglar en el hospital y, además, Gordon es sinceramente el peor paciente que puedas imaginar. Ya lo has comprobado tú misma. Así que...

—Lo más importante es que se encuentre mejor.

—¿No estás enfadada, verdad?

Ella negó con la cabeza. —Pero Madison probablemente te habría arrancado la cabeza y la habría tirado por el acantilado si tú y Dylan no hubierais aparecido hoy aquí. —Esbozó una sonrisa—. Bueno, yo podría haberla animado un poco en ese caso.

Jonathan sonrió. —Por los pelos, ¿eh?

—Eso parece. ¿Nos vamos? ¿Sabes dónde es?

Él asintió y, mientras ella subía al coche, el bochorno y el nerviosismo dieron paso a esa sensación cálida y reconfortante en el estómago que siempre sentía cerca de él. ¡Increíble cuánto lo había echado de menos en las últimas cuarenta y ocho horas!

El lugar que el instituto de Madison había alquilado para el baile de principios de verano superaba cualquier idea que Lara pudiera haber imaginado. Mientras entraban en el aparcamiento a las afueras de

Peterhead formando un convoy, casi se quedó sin respiración. — ¿Qué es eso?

—Un baile de instituto —dijo Jonathan sonriendo después de bajar del coche. Los ojos de Lara estaban literalmente pegados al puente colgante que iba del aparcamiento al otro lado de los acantilados.

—¿Me estás tomando el pelo? No me sorprendería que la familia real estuviera a punto de cruzar ese puente. ¡Esto es una locura!

La barandilla estaba decorada con guirnaldas de flores y, entre ellas, debían de haber colocado ristas de luces que brillaban tímidamente a través de los capullos y las hojas. El salón de baile, con forma de octágono de cristal, estaba iluminado por el sol bajo y bañado por una luz suave. La música y el murmullo de las voces llegaban hasta ellos en el aparcamiento.

Madison solo tenía ojos para Dylan, que hacía honor a su reputación: con su pelo por los hombros cayéndole sobre la frente y su complexión atlética, no solo parecía el quintacolumna de los rompecorazones adolescentes, sino que se comportaba como un verdadero caballero. Madison estaba pendiente no solo de cada una de sus palabras, sino también de su mano, que no quería soltar por nada del mundo.

—¿Y cómo descubrimos ahora quién es el tal Connor para el que montamos todo esto en primer lugar? Madison probablemente ya no nos servirá de ayuda —dijo Lara en voz baja, para no llamar la atención de los Barclay sobre su plan.

Jonathan se cruzó de brazos sobre el pecho. —No creo que haga falta que nos ayude. —Señaló con la cabeza a las espaldas de Lara, que entonces se dio la vuelta.

A unos veinte metros de ellos había un grupo de adolescentes varones. Estaban apoyados en sus coches, de los que salían canciones de rap a todo volumen. La mayoría fumaba, juntaban las cabezas sobre sus móviles y se partían de risa por algo. Solo uno no lo hacía. Un chico moreno de pelo rizado estaba sentado en el capó

de un coche con expresión sombría, mirando fijamente en dirección a Madison y Dylan.

Lara pudo leer literalmente un horrorizado *no me lo puedo creer* de sus labios. Echaba pestes, refunfuñaba y le dio una patada a un vaso de café vacío que salió volando en un gran arco por el aparcamiento. —Niña estúpida —maldijo en voz alta y, en ese momento, Madison le lanzó una mirada que no pudo ser más segura de sí misma ni más satisfecha. Sonrió, pero más para sí misma que para el tal Connor, luego se acurrucó contra el hombro de Dylan y él la guio como a una princesa hacia el puente colgante.

—Oye, Connor, relájate. No es más que un idiota cualquiera —le gritó uno de los amigos al decepcionado adolescente.

—No es un cualquiera. Es Dylan Foster. ¿Qué quiere él con ella? —refunfuñó y le dio otra patada al paso de rueda.

—Oye, ¿te has vuelto loco, tío? —se quejó su amigo, supuestamente el dueño del coche.

—Vaya, deja que procese su frustración. El plan fue un éxito, yo diría. —Jonathan, sonriendo, le ofreció su brazo a Lara—. ¿Me permite acompañarla al baile, señorita Lehmann?

Aunque era evidente que bromeaba, Lara sintió que las mejillas le ardían. Se entrelazó a su brazo y juntos siguieron a los Barclay hasta el otro lado de los acantilados.

—En realidad, podríamos largarnos ahora, ¿no crees? —le susurró a su acompañante, que la miró de reojo—. Connor está furioso, Madison está feliz.

—Oh, ya que estamos aquí... además, nos hemos puesto muy elegantes —especialmente tú—, así que bien podríamos quedarnos unos minutos.

Las impresiones del salón de baile los abrumaron en cuanto cruzaron el puente. A través de la fachada de cristal tenían una vista directa del mar agitado, rodeado de torres rocosas de bordes afilados y colinas verdes a lo lejos. El salón en sí estaba adornado con hermosos arreglos florales de peonías y hortensias. En las mesas

había lirios blancos en jarrones esbeltos y del techo colgaban farolillos en los que parecía parpadear la luz de las velas, aunque Lara sospechaba que eran artificiales. Eso no restaba atmósfera al lugar.

Los estudiantes se sentaban con sus respectivas parejas en mesas situadas junto a las ventanas, a izquierda y derecha del edificio octogonal. Los organizadores habían relegado a los padres y demás visitantes a la parte trasera. Sin embargo, en la pista de baile los grupos se mezclaban y a nadie parecía importarle. Un DJ ponía la música desde su mesa en un podio y, contrariamente a lo que Lara esperaba, no solo ponía música que parecía ser popular entre los jóvenes, sino que también echaba mano de clásicos como Elton John y Billy Joel.

—Yo pasé mi baile de graduación en el hospital con un ataque de apendicitis esperando la operación, pero la verdad es que el nuestro se celebró en el gimnasio con decoraciones de mesa hechas a mano y esas cosas —le gritó a Jonathan por encima de la música.

—¿Nunca tuviste un baile de graduación? —preguntó él, y las numerosas y cálidas luces de la sala se reflejaron en sus ojos.

Ella negó con la cabeza. —Y fíjate: he sobrevivido.

—Oh, vamos. —Jonathan le sonrió—. ¿No sueñan todas las mujeres con ser la reina del baile alguna vez?

Lara soltó una carcajada. —¿En un gimnasio alemán con olor a humedad donde, ayer mismo por la tarde, un grupo de adolescentes sudorosos que no paraban de quejarse se arrastraban por el suelo? Muy romántico, de verdad.

Jonathan le tomó la mano. —Este no es un gimnasio cualquiera.

—Ya, pero tampoco es mi fiesta de graduación.

—Eso no importa —le dio un beso en la mejilla—. Vuelvo ahora mismo.

—Oye, espera, ¿a dónde...? —gritó ella, pero él ya se había abierto paso entre la multitud y se dirigía directo al DJ. Le susurró algo al

oído antes de regresar y tomar de nuevo la mano de Lara. Tiró de ella hacia la pista de baile.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, sorprendida, pero o bien Jonathan no podía oírla o fingía no hacerlo. La sonrisa pícaro que lucía al volverse hacia ella en la pista sugería que estaba ignorando su pregunta deliberadamente.

Jonathan la tomó de la mano y puso la otra en su espalda, atrayéndola suavemente hacia él. El rostro de Lara quedó a la altura de su hombro. Sintió su aliento cálido y acelerado contra la oreja.

Cuando empezaron a sonar los acordes de guitarra de una canción —una que no solo conocía de sobra, sino que no había escuchado en años—, miró a Jonathan con asombro. —Conozco esta canción.

Él le sonrió y empezó a guiarla lentamente por la pista al ritmo de la música.

—*You and Me*, de Lifehouse, es un clásico de los viejos tiempos —le susurró Jonathan al oído—. Los chavales de hoy podrían aprender un par de cosas de ella.

Lara miró a su alrededor. Numerosas parejas se habían congregado en la pista junto a ellos, incluidos Madison y Dylan, que bailaban pegados la canción que había acompañado a Lara durante su propia juventud. ¡Cuántas veces habría escuchado esas suaves notas de guitarra combinadas con la voz rasposa del cantante en su habitación, soñando con el chico que le gustaba o llorando a lágrima viva por un desamor! Parecía otra vida y, sin embargo, las emociones que transmitía la canción recorrieron su cuerpo de nuevo al instante.

—¿Cómo sabías que me gustaba esta canción?

Los dedos de Jonathan la acariciaron suavemente por la espalda y ella se estremeció. ¿Podría notar el vello erizado en sus brazos?

—No lo sabía, pero lo esperaba. Sonidos tan intensos, letras tan especiales... —De repente, se acercó aún más a su oído y susurró la letra al compás de la música—: «*And it's you and me and all of the people, and I don't know why I can't keep my eyes off of you*». —Al

terminar la frase, le dio un tierno beso en el cuello y el corazón de Lara latió con tal fuerza contra sus costillas que Jonathan tuvo que sentirlo. Ella se echó hacia atrás, mirándolo directamente a sus ojos azul agua. Tenía la mirada vidriosa.

—Estás preciosa —susurró en ese momento. Sus cuerpos eran uno solo, fundiéndose en el ritmo de la intensa canción, balanceándose juntos por la pista de baile. Sentían cada latido, cada palabra. Pero cuando él se inclinó hacia ella, no fueron solo sus pies los que de repente se detuvieron por voluntad propia, sino, al parecer, el mundo entero.

Lara cerró los ojos, alzándose un poco hacia él, y cuando sus labios se encontraron con los suyos, le rodeó el cuello con los brazos y se olvidó de todo lo que la rodeaba. Nunca se había sentido tan completa en presencia de otra persona; tan plenamente ella misma. Absorbió cada uno de los suaves toques de Jonathan.

Las yemas de sus dedos se deslizaron por sus hombros desnudos y por sus mejillas hasta que sus manos se hundieron en su cabello, y Lara sintió como si su corazón pudiera saltar de su pecho en cualquier momento. El latido frenético le quitaba el aliento, pero no le importaba. Ya nada le molestaba; este momento era ingrátido y embriagador a la vez. Mientras Jonathan apoyaba su frente contra la de ella, susurró la última frase de la canción mientras se desvanecía de fondo: —«¿Qué día es hoy? ¿Y en qué mes estamos? Este reloj nunca pareció tan vivo».

¿Qué día es hoy? ¿Y qué mes? El tiempo nunca se sintió tan vivo...

Cuando Lara abrió los ojos, miró directamente a los de Jonathan. En su mirada pudo ver las mismas emociones desbordantes que recorrían su propio cuerpo. Pero no parecía tan despreocupado y alegre como se sentía ella.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando él, inesperadamente, se alejó de ella, y la repentina distancia entre ambos —aunque solo fuera de milímetros— se volvió casi insoportable.

Jonathan miró alrededor de la pista de baile. De repente parecía muy perdido mientras se pasaba una mano por el pelo y se aclaraba la garganta. —Quizá tenías razón antes y no pintamos nada aquí. — Intentó reírse, pero su rostro se contrajo en una mueca—. Quiero decir, Madison está en una nube y el idiota de Connor probablemente siga fuera destrozando vehículos en un ataque de rabia. Todo está bien. —La tomó de la mano y la sacó de la pista tan rápido como la había llevado a ella hacía apenas unos minutos. A Lara le daba vueltas la cabeza. La explosión emocional que acababa de ocurrir en su corazón se había mantenido en bucle durante tres buenos minutos y ahora caía en picado. Mientras Jonathan se apresuraba hacia la salida, pasaron por delante de la mesa de los Barclay.

—¿Ya os vais? —preguntó la señora Barclay, y Lara asintió, incapaz de ofrecer más explicaciones. Ella misma no sabía muy bien qué estaba pasando.

En cuanto salieron del pabellón y cruzaron el puente colgante en silencio, los hombros de Jonathan se hundieron. Apoyó las manos contra el techo de su coche, dejó caer la cabeza y luego se pasó las manos nerviosamente por el pelo. —Venga, te llevaré de vuelta a Fallbury.

—No —dijo ella, acercándose a él.

Él se apartó de su mano como si de pronto ella se hubiera vuelto tóxica.

—Vayamos a Sunset Hill House. No quiero volver a Fallbury todavía —sugirió ella.

Él pareció reflexionar un momento, como si estuviera sopesando los pros y los contras. Su mirada bailaba entre la mano de ella, que seguía suspendida en el aire, y su rostro.

—Está bien —masculló, abriendo la puerta del conductor. No esperó a ver si ella decía algo más. Jonathan simplemente se subió y la dejó allí plantada.

Lara luchó contra el repentino nudo en la garganta y el escozor tras los párpados. ¿Qué había pasado de repente? Hace un momento se deslizaba por la pista con ella al ritmo de una de las canciones de amor más bonitas de los años 2000, susurrándole la letra al oído y besándola con tal intensidad que la mareaba. ¿Y ahora quería deshacerse de ella lo antes posible? ¿Había dicho algo que pudiera haberle herido? ¿Había hecho algo que él no esperaba?

Se mordió el tembloroso labio inferior, subió al coche y volvió la cara hacia la ventanilla. Jonathan salió de la plaza de aparcamiento con tal fuerza que ella se vio presionada contra la puerta. Apenas podía respirar, pero no se debía tanto a la conducción brusca como a la atmósfera tensa. El aire dentro del oscuro coche era denso, cargado de una mezcla indefinible de emociones que pesaba en el corazón de Lara. Le dolía el pecho mientras Jonathan enfilaba el camino de grava hacia Sunset Hill. No había dicho una palabra en todo el trayecto; había subido el volumen de la radio y tamborileaba con los dedos en el volante. Cuando finalmente se detuvo, quitó la llave e hizo amago de bajar, Lara lo retuvo.

—Jonathan, ¿qué está pasando? —preguntó con la mayor calma posible, pero su voz temblaba igual que el resto de su cuerpo. Se abrazó a sí misma, sintiéndose de repente totalmente expuesta en su confusión y desesperación.

Jonathan se quedó paralizado, luego se recostó y cerró los ojos. —Lo siento —dijo, volviendo la cabeza para mirarla.

—¿Por qué? ¿Por el baile? ¿Por esa canción? —Respiró hondo—. ¿O por el beso?

—Por todo —soltó él, golpeando el volante con la mano—. El hecho de que no me pusiera en contacto contigo durante dos días no fue por Gordon —añadió inesperadamente, y Lara sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Qué quieres decir?

—Fue por nosotros. Por ti, por mí... mejor dicho, fue por lo que me pasa cuando estoy cerca de ti. —Se frotó la cara y negó con la

cabeza—. Lara, ¿a quién queremos engañar? Te vas a ir pronto. Vas a vender Sunset Hill y te habrás ido. Probablemente no volvamos a vernos nunca más.

—¿Querías evitarme? —Sabiendo eso, ¿era lo que había planeado cuando desapareció? Ella había estado preocupada por Gordon y por él, pensando que algo terrible había ocurrido. En lugar de eso, él simplemente se había escondido—. Y si no hubiera sido por Madison y tu promesa, no habrías vuelto a aparecer, ¿verdad?

—Lara...

—¿Habrías vuelto? —le exigió una respuesta.

—No lo sé —dijo él en voz baja, y ella soltó una risa desdeñosa.

Automáticamente, ella echó mano a la manecilla de la puerta. —Y yo preocupada por ti, queriendo darte espacio y tiempo, sin querer presionarte mientras tenías tanto encima con Gordon y su enfermedad. —Sacudió la cabeza y abrió la puerta—. Olvídalo. Ya encontraré la forma de volver a Fallbury por mi cuenta.

Al salir ella, él hizo lo mismo y rodeó el coche. —Lara, por favor. Hablemos de esto.

—¡Maldita sea! Si ya me habías dado por perdida, ¿por qué me sacaste a bailar? ¿Por qué elegiste esa canción? ¿Por qué me dijiste todas esas cosas dulces al oído y me besaste como si nada más en el mundo importara excepto ese momento entre nosotros?—

—Porque eso era exactamente lo que sentía. Exactamente lo que quiero. No quiero tener que preocuparme por cuánto tiempo más podré disfrutar de estos momentos contigo. Solo quiero vivirlos, saborearlos hasta el más mínimo detalle, porque así es como me siento con respecto a ti. Todo en mí anhela todo de ti, cada día, cada segundo. Cuando apareciste por aquí, nunca soñé lo importante que llegarías a ser para mí. Pero me pilló totalmente desprevenido; me pillaste totalmente desprevenido, Lara. Y no lo digo de forma negativa, todo lo contrario. Cuando estoy contigo, puedo respirar. Yo... no sé qué he estado haciendo estos últimos años. Después de que cerrara el restaurante y Gordon tuviera el

derrame, simplemente funcionaba, de alguna manera luchaba por salir adelante en el día a día. No era genial, pero estaba bien. Otros lo tienen mucho más difícil. Y, sin embargo, nunca estaba del todo ahí, nunca estaba plenamente presente, como si contuviera la respiración todo el tiempo mientras esperaba encontrar mi camino de nuevo. Y entonces apareces tú, y cuanto más tiempo pasaba contigo, cuanto mejor te conocía, cuanto más a menudo me reía contigo y podía estar ahí en tus momentos buenos y malos, más fácil me resultaba soltar ese aire acumulado. Podía respirar de nuevo y me sentía más como yo mismo que nunca. Y, sinceramente, me asusta muchísimo. —Se quedó en silencio, sin aliento. Tenía las mejillas encendidas y la frente húmeda. Jonathan apoyó un brazo en el techo del coche. El corazón de Lara se aceleró. Sus palabras inundaron sus pensamientos; no pudo asimilar ni una sola de ellas durante un segundo.

—Yo... no sé qué... —balbuceó, y Jonathan dio un paso hacia ella.

—

Sus palmas calientes se posaron en las mejillas de ella. —¿Por qué no me mantengo alejado de ti?, te estarás preguntando. ¿Por qué el beso en la playa, el baile en la gala y ahora esto? —Su mirada recorrió su rostro, frenética, sin rumbo—. Porque no puedo. Cuando estoy cerca de ti, soy débil. —Parecía desesperado, y Lara puso sus manos sobre las de él, entrelazando sus dedos con los suyos.

—¿Alguna vez has pensado que yo podría sentir lo mismo? ¿Y que sería mucho más fácil si compartiéramos estos miedos el uno con el otro? —Intentó sonreírle, pero sus ojos se llenaron de lágrimas que luchaba por contener. Jonathan tenía razón: una ola de emoción la había arrollado a ella también, arrastrándola, sin dejarle elección. Y ella también había intentado llegar a la orilla, enfrentarse a la realidad y protegerse. Pero dentro de la ola que la transportaba, se sentía más ligera y despreocupada de lo que se había sentido en mucho tiempo. Este sentimiento acariciaba su alma y hacía que fuera difícil reunir la fuerza de voluntad necesaria para luchar realmente contra él. Y tal vez eso era todo lo que necesitaba saber.

—Jonathan —susurró, y por primera vez, él le sostuvo la mirada, tranquilo e intenso—. No quiero luchar contra lo que siento por ti. Tampoco quiero huir de ello.

—¿No tienes miedo de lo que te hará cuando todo esto termine?

Lara apoyó su frente contra la suya. —Sinceramente, la idea de que una persona como tú, que remueve y conmueve tanto dentro de mí, me asustaba mucho más estos últimos años. Pensaba que me perdería si alguna vez dejaba que un hombre entrara tan profundamente en mi corazón de nuevo. —Sacudió la cabeza, tragó saliva y sus dedos se apretaron alrededor de los de Jonathan—. No me perdí; me encontré —en ti, en nosotros— y nada se sintió nunca más liberador.

—Dios, Lara, ¿qué estamos haciendo? —susurró Jonathan mientras sus labios pasaban de la frente a la punta de la nariz.

—Esto —dijo ella, alzándose hacia él. Sus labios se rozaron y un escalofrío recorrió su cuerpo—. Y esto. —Mientras ella se desplazaba hacia su barbilla y bajaba por su cuello, él suspiró. De repente sintió sus manos en las caderas y, en un movimiento rápido como el rayo, él la levantó. Ella le rodeó la cintura con las piernas y se inclinó hacia él.

—Tal vez algunas preguntas puedan esperar después de todo —dijo él con voz ronca, atrapando uno de los muchos besos que ella derramaba sobre su rostro. Ella rió suavemente, embriagada, mientras él la llevaba en brazos subiendo los escalones de Sunset Hill House, abría la pesada puerta de roble y dejaba que se cerrara tras ellos con un clic.

—¿Qué estás planeando? —soltó Lara con una risita, incapaz de apartarse de sus labios. El calor del cuerpo de Jonathan hacía que el suyo propio hirviera. No fue hasta que él la dejó deslizarse suavemente de sus brazos al gran sofá de cuero del salón cuando se dio cuenta de dónde estaban.—

Jonathan se inclinó sobre ella, mirándola con una expresión soñadora en los ojos. Las comisuras de sus labios temblaron y ella lo

atrajo hacia sí para poder besar cada una. Con ternura, pasó las manos por su espeso cabello, que brillaba con la luz de los últimos rayos de sol que se filtraban por la puerta de cristal. Cuando sus manos se deslizaron bajo su camisa y por su espalda, él se desplomó sobre ella, dejando escapar un suave jadeo en su oído.—

—¿Tienes idea de que me estás volviendo completamente loco? —susurró, y ella soltó una risa profunda.

—No —susurró—. Demuéstramelo.

Y lo hizo. En un instante, él se quitó la camisa, y mientras deslizaba los tirantes de su vestido por los hombros, rozando sus brazos y su escote con sus labios ardientes, Lara cerró los ojos y se dejó llevar por completo en ese momento, donde el espacio y el tiempo se volvieron totalmente irrelevantes.

Capítulo 15

CÁLIDOS rayos de sol caían sobre los tablones del suelo, bañando el enorme salón con una luz suave y acogedora. Jonathan yacía en el sofá con los ojos cerrados y una respiración acompasada. Lara tuvo que resistir el impulso de estampar un beso en sus carnosos labios. Se rozó los suyos con delicadeza, sintiendo aún la piel de Jonathan contra la suya, escuchando su aliento en su oído, viendo la pasión en cada mirada que él le había dedicado; miradas que habían acariciado su cuerpo desnudo como una pluma. Debía de haberse quedado dormida en sus brazos de madrugada, y sin embargo, cada momento que había pasado con los ojos cerrados le parecía un instante perdido. Aunque lo estaba abrazando, con la cabeza apoyada en su pecho mientras escuchaba cómo se ralentizaban sus latidos al quedarse dormido, sentía la necesidad de seguir mirándolo, de absorber su presencia con cada fibra de su ser. Era como si temiera que él no fuera más que un sueño que podría desvanecerse en cuanto abriera los ojos y aterrizara de nuevo en la realidad. Pero nada de eso ocurrió. Por más que entrara y saliera del sueño, Jonathan seguía allí, abrazándola con ternura y cuidado, como si fuera un tesoro de valor incalculable.

Cuando el sol se elevó lo suficiente para despuntar sobre el horizonte y los acantilados, ella se escabulló de sus brazos, lo cubrió con una sábana, se envolvió ella en otra para tapar su desnudez y se sentó al sol sobre el suelo del viejo edificio. Sobre ella, la estructura crujía y gemía, como si la casa también despertara a una nueva vida con la luz del nuevo día. La mirada de Lara recorrió las paredes paneladas de madera. Los armarios y las vitrinas estaban vacíos, pero todo parecía estar esperando a ser llenado de vida de nuevo en cualquier momento. La casa no se sentía abandonada; menos aún después de la noche anterior. Mientras Lara observaba cómo los rayos de sol avanzaban por el suelo hasta las puntas de sus pies antes de trepar por sus piernas, vio los misteriosos cuadros

apoyados contra el respaldo del sofá. La caja de madera con las cartas también estaba allí. Con el mayor sigilo posible, se inclinó hacia delante, cogió la caja y la acercó hacia sí.

Solo ahora, al tener de nuevo en sus manos los cinco sobres dirigidos a una tal Ginny desconocida, reparó en el pequeño número que había en la esquina inferior derecha de cada uno. ¡Las cartas estaban numeradas! Lara sacó la número uno y la abrió con todo el silencio que pudo. No quería despertar a Jonathan, que mientras tanto se había acurrucado en el sofá junto a ella y respiraba profundamente.

Dentro del sobre había una única hoja de papel doblada. La sacó y la desdobló. Con una caligrafía cursiva y de trazo grande, decía:

Verano de 1960

Amada Ginny:

Los días y las horas sin ti son un suplicio. Aunque estás tan cerca, sentí que la distancia entre nosotros creció de forma desmedida.

¿A dónde debo ir con estos sentimientos? ¿A quién debo dirigirlos? ¿Podré dirigirlos alguna vez hacia alguien que no seas tú?

En mi corazón y en mi arte, te he capturado. Es todo lo que me queda de ti.

En silencioso anhelo,

Hamish

A Lara le tembló ligeramente la mano mientras leía aquellas líneas tan conmovedoras. Esas pocas palabras contenían tanto dolor y tanto amor a la vez. Cogió el segundo sobre, sacó el papel y descubrió con sorpresa que la carta había sido escrita exactamente diez años después que la primera:

Verano de 1970

Mi queridísima Ginny:

Los años pasan. Estoy sentado en mi estudio, mirando hacia el mar, e incluso hoy sigo imaginando que puedo verte en tu bote de remos pasando a la deriva frente a los acantilados. Con el rostro inclinado hacia el cálido sol, tu piel tan etérea.

¿Sigues echando la cabeza hacia atrás cuando te ríes a carcajadas? ¿Sigues quitando pelusas imaginarias de tus faldas cuando estás cohibida?

A menudo me hago esas preguntas. Pero, sobre todo, me pregunto cómo te trató la vida. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

En amor eterno,

Hamish

—Buenos días —oyó Lara de repente la voz somnolienta y ronca de Jonathan y dio un respingo. Se secó rápidamente una lágrima furtiva de la mejilla. Jonathan se incorporó de golpe. —¿Va todo bien?

Ella asintió con entusiasmo. —No he podido dormir más y he visto la caja de las cartas detrás del sofá.

Él se deslizó para sentarse junto a ella en el suelo. —¿Has leído algo que te haya disgustado?

—No lo sé —dijo con sinceridad mientras le entregaba las dos primeras cartas.

Jonathan las leyó con atención. Tras la segunda carta, dejó caer el papel y la miró. —Hamish tenía un amor secreto.

—Eso parece —Lara sostenía las tres cartas restantes en la mano—. La primera carta es de 1960. ¿Qué edad tendría entonces?

Jonathan reflexionó un momento. —No más de veinte años.

—Así que tenía unos treinta en la segunda carta. ¿Cuándo conoció a la madre de Gordon y fue padre?

—Oh, debió de ser en algún momento de la treintena. ¿Te gustaría leer la tercera carta en voz alta?

Ella asintió y abrió el sobre. —En efecto —susurró cuando sus ojos se detuvieron en la fecha. Luego comenzó a leer:

Verano de 1980

Querida Ginny:

No te he olvidado; sospecho que nunca lo haré. Pero la vida me bendijo con algo que ya no esperaba: he sido padre. Mi hijo es un niño brillante que corretea por los grandes pasillos de Sunset Hill House, vitoreando y cantando.

Su madre es una mujer maravillosa. Me devolvió la fe en el amor. Estoy agradecido y no querría haberme perdido nada de esto.

Me gustaría saber si tú también has podido encontrar una nueva felicidad.

Y si todavía te acuerdas de nosotros a veces.

Yo sí lo hago.

Con amor,

Hamish

—¿Qué pudo pasar entre Hamish y esa tal Ginny? —reflexionó Lara en voz alta—. ¿Le dejó ella?

Jonathan se acercó un poco más a ella y le plantó un suave beso en el hombro desnudo, que asomaba por la sábana envuelta alrededor de su cuerpo.

—Quizá lo hizo. —Jonathan cogió de nuevo las dos primeras cartas y repasó las líneas—. Pero no hay rastro de ira ni de orgullo herido en las palabras de Hamish.

—No tiene por qué haberlos. —Lara se acurrucó contra él—. ¿Y si fue una ruptura amistosa?

—¿Por qué iba a escribirle cartas durante décadas entonces? Para mí, no parece que llegara a pasar página nunca. Bueno, aquí escribe que conoció a la madre de Gordon y que volvió a encontrar el amor

gracias a ella. No termina de encajar. Sería como si yo, después de esta noche contigo, me escapara a la terraza para sentarme al sol y escribir cartas de amor a una ex.

Lara bajó la mirada con timidez. —¿Estás comparando estos sentimientos tan profundos que expresa Hamish aquí con lo que sientes por mí?

Él le dio otro beso en el cuello y luego otro en la nuca. —Sí, lo estoy haciendo.

Lara cerró los ojos y se abandonó a su embriagadora proximidad, hasta que se dio cuenta de que aún no había leído las dos cartas restantes. Se apartó un poco de él.

—Así no puedo concentrarme —murmuró con una risita y Jonathan le lanzó una mirada pícara.

—¿Debo tomármelo como algo malo? —bromeó él y Lara se echó a reír.

—Sí, la verdad es que sí. —Agitó los dos sobres restantes ante sus narices—. De verdad quiero saber qué historia hay detrás de esto. Parece estar llena de tragedia, pero también es muy intensa.

—Está bien. Lo entiendo. —Jonathan se aclaró la garganta teatralmente—. Entonces volvamos a la seriedad de la situación.

—Oye. —Le dio un toquecito, riendo entre dientes—. No te burles. Creo que sería terrible tener que pasarte la vida añorando a una persona a la que has querido tanto, solo porque por alguna razón no se os permitió estar juntos. —De repente, levantó la vista—. Quizá sea eso... ¿y si no se les permitía amarse?

—¿Qué podría interponerse entre ellos? —preguntó él y ella hizo una mueca.

—Como si no supiéramos los dos perfectamente lo que puede interponerse en el camino de los amantes.

De pronto, la expresión de Jonathan cambió, volviéndose más seria y apremiante. —Yo también te escribiría cartas —dijo en voz baja.

—¿Qué? —preguntó ella incrédula.

—Si fuera la única forma de integrar mis sentimientos por ti en mi vida, te escribiría. Simplemente para hacerlo más tangible, más real. Y para convencerme, con el paso de los años, de que nuestro encuentro no fue un sueño, aunque pareciera a la vez tan hermoso como irreal.

Lara soltó los sobres y se deslizó hacia él. Le puso las manos en las mejillas. —No tienes que escribirme; puedes decírmelo.

—¿Siempre? —preguntó él y ahí estaba de nuevo: ese momento que le hacía darse cuenta de lo que se interponía entre ellos. Una propiedad heredada, más de mil kilómetros y toda una vida. Era más de lo que le gustaba. Mucho más.

—Resolvamos primero la historia de amor secreta de Hamish, ¿vale? —Le dio un beso firme y rápido; no quería ninguna de las dos cosas, pero parecía su única forma de mantener la situación bajo control. Si tenía que pensar en lo que habría entre ellos dentro de diez años —precisamente ahora, después de esta noche, después de las emociones que se había permitido sentir y de las declaraciones de amor de Jonathan—, una sensación de pánico y desamparo la invadía.

—Está bien —dijo Jonathan suavemente, sin rastro de decepción en la voz—. Dame la cuarta y tú lees la quinta carta en voz alta, ¿de acuerdo?

Ella asintió y le pasó el sobre. Antes de sacar la hoja, él se echó hacia el respaldo del sofá, extendió el brazo e indicó con un gesto de cabeza que se acurrucara con él.

Apoyada en su hombro, escuchó su voz y las palabras de Hamish:

Verano de 1990

Ginny:

No quería escribirte más. Mi mujer y mi hijo definen mi vida cotidiana ahora, y la disfruto al máximo. Soy un hombre satisfecho.

Pero hace poco te vi en el faro cuando navegaba por tu bahía con Gordon. Tú también llevabas a un niño de la mano. Estabas maravillada con las gaviotas. Tu risa seguía sonando igual que entonces. Oírla fue... no, no encuentro palabras para ello.

Quiero dejarte marchar, Ginny. Tengo que hacerlo; quiero mirar hacia delante. ¿Cómo puedo sentir tanta felicidad y amor en mi vida y aferrarme al pasado al mismo tiempo?

Libérame, por favor.

Hamish

Jonathan bajó el papel.

—Pobre hombre —susurró Lara—. Esta carta suena aún más desesperada, más oscura. No puede olvidarse de ella; se avergüenza de este apego a un recuerdo.

—Debió de ser un tipo de amor muy especial para que le conmoviera tan profundamente. Hamish no era precisamente un hombre de muchas palabras. Expresaba sus sentimientos en cuadros, pero ¿hablar de ellos? Al menos conmigo no lo hacía —explicó Jonathan, jugando con un mechón del pelo de ella.

—Quizá ese fuera el problema. No podía compartirlo con nadie.

—Al parecer. Ahora te toca a ti, la última carta.

Lara se incorporó, abrió el sobre y respiró hondo antes de empezar:

Verano de 2000

Ginny:

Ya han pasado cuarenta años. Soy casi un anciano y sigo escribiéndote.

Mi hijo ya es adulto, mi mujer está gravemente enferma. Los días se hacen más largos, los sueños más débiles.

Esta será mi última carta para ti. Siempre supe que mis palabras nunca te llegarían y, sin embargo, tuve que escribirlas. Quizá simplemente para no olvidar...

Ahora sé que no olvidaré. Y más que eso, sé que tú tampoco lo harás. Te vi, Ginny. Estabas sentada en tu bote de remos bajo los acantilados, mirando hacia la casa por debajo de tu sombrero de ala ancha. Te sonreí desde arriba. ¿Me viste en el estudio? No importa. Tú también sonreíste, por el motivo que fuera.

Ahora sé que en nuestros corazones siempre estuvimos el uno con el otro, aunque no se nos haya permitido estarlo durante más de cuarenta años.

Eso fue todo lo que siempre deseé para nosotros.

No debíamos perdernos.

No lo hicimos.

Para siempre,

Hamish

—Ella también seguía queriéndole —susurró Lara con la voz entrecortada y la de Jonathan también sonó ronca cuando dijo: — Qué duro debe de ser no poder soltarse el uno al otro a lo largo de tantos años.

Lara apoyó la cabeza en el hombro de Jonathan. —Quizá no fue duro, al menos no siempre. Hamish suena en esta última carta como si hubiera hecho las paces: consigo mismo, con su amor perdido y con la felicidad que volvió a encontrar en Gordon y en su madre.

Jonathan asintió pensativo. —¿Crees que ella lo sabe?

—¿El qué?

—Que falleció. —La miró con sus profundos ojos azules, preocupado—. Debería saberlo. Estaban unidos por tantas cosas. — Sacudió la cabeza, apartando la mirada—. Yo querría saberlo.

Lara asintió, luchando contra un repentino nudo en la garganta que le quitaba las fuerzas para hablar.

Mientras tanto, Jonathan volvió a coger la carta que había leído en voz alta. —Mira —señaló un pasaje concreto y leyó: —«...*en el faro cuando navegaba por tu bahía con Gordon*». Allí es donde la vio. *Tu bahía* solo puede significar Fallbury; lo del faro también encaja. Anchor's End tiene uno, pero no está directamente conectado con el pueblo. Aquella habría sido su casa, su bahía.

De repente, el corazón de Lara le martilleó en la garganta. — ¿Quieres dar con ella?

La mirada de Jonathan escrutó su rostro. —¿Y tú?

No tuvo que pensarlo mucho antes de asentir con entusiasmo. — Busquémola y entreguémosle las cartas y la obra de arte. Le pertenecen a ella, a nadie más.

Jonathan la atrajo suavemente hacia sí y estaba besando sus labios temblorosos cuando el teléfono de Lara sonó de repente. Ella lo buscó frenéticamente en su bolso, que había dejado tirado en la habitación junto con algo de ropa la noche anterior.

—Oh, es mi madre. —La comprensión la golpeó como un rayo—. Maldita sea, me está esperando en Fallbury.

Jonathan frunció el ceño. —Espera, ¿qué?

Ella le hizo una señal de que se lo explicaría todo en un momento antes de coger la llamada.

—Buenos días, cariño. ¿Sigues viniendo a la cafetería donde habíamos quedado? No tienes por qué hacerlo, no quiero presionarte, pero como me vuelvo mañana y todavía tengo este dibujo...

—Sí, sí, por supuesto. Mamá, dame diez minutos, ¿vale? —Terminó la llamada y se levantó de un salto. Jonathan hizo lo mismo y, juntos, se apresuraron por el salón buscando sus prendas de ropa extraviadas.

—¿Te importaría explicarme algo? ¿Tu madre está aquí, en Escocia?

—Exactamente esa cara puse yo cuando llamó de repente a la puerta de mi bed and breakfast. Te lo contaré todo en el coche. Tendremos que ocuparnos de las cartas y de la obra de arte más tarde. Al menos de *esta* obra de arte.

—Ahora mismo no entiendo nada —dijo Jonathan, metiendo el pie en su zapato a saltitos mientras Lara lo arrastraba riendo por el vestíbulo de Sunset Hill House.

—La misteriosa mujer alemana; tú lo predijiste, solo estoy cumpliendo con tus expectativas —bromeó ella.

—Y encima eres una descarada —le gritó él, intentando rodearla con sus brazos. Riéndose, ella se zafó de su agarre.

Al salir disparados por las pesadas puertas dobles y correr por el jardín delantero descuidado, la risa cristalina de Lara fue arrastrada hacia el mar por el viento de la costa.

Capítulo 16

Una cálida brisa veraniega acarició el ralo cabello de Gordon mientras dejaba que el dibujo de su padre descansara sobre su regazo y respiraba hondo. —Nunca esperé tener este dibujo en mis propias manos.

Lara miró a su madre con sorpresa.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó, igual de perpleja, y Gordon asintió.

—Mi padre me habló de este día exacto. No solo una o dos veces; no, era uno de sus recuerdos más queridos de su hermano Douglas.

—¿Te gustaría compartirlo con nosotros? —preguntó Jonathan con suavidad, buscando la mano de Lara. Ella estaba sentada a su lado en un banco del parque y entrelazó sus dedos con los de él.

—Pero no te esfuerces demasiado, Gordon —advirtió la señora Fraser, la madre de Jonathan, que también formaba parte del pequeño grupo. Lara la había conocido ese mismo día, al igual que su madre había conocido a Jonathan. Cuando llegaron a Fallbury y la encontraron en la cafetería, ella se había mostrado alegremente sorprendida al conocer al hombre que le estaba robando el corazón a su hija. Al menos, eso fue lo que le susurró de camino al coche, después de que Jonathan se ofreciera a llevarlas al hospital de Peterhead para que pudiera entregarle el dibujo a Gordon personalmente. Su madre también tenía planeado pasarse a ver a Gordon esa mañana, y Jonathan sugirió que Gordon se alegraría si aquello se convertía en una pequeña reunión espontánea. Se había recuperado bien de su debilidad y estaba previsto que le dieran el alta al día siguiente.

Por el momento, sin embargo, seguía sentado en una silla de ruedas, situada al sol junto a los bancos del parque de la clínica. Se le veía animado y visiblemente conmovido por los inesperados visitantes. Lara temía en secreto que él pudiera guardarle rencor por

el hecho de que Sunset Hill House le perteneciera legítimamente a ella. Su reacción de tristeza el día que se enteró le había provocado remordimientos y, desde que supo que su salud flaqueaba, se sentía incluso responsable. Pero Gordon no dejó que ella notara nada de eso en esa soleada mañana de domingo.

Al inclinarse hacia atrás, con la mano apoyada en la hoja amarillenta, las yemas de sus dedos rozaron los delicados trazos de lápiz. —Mi padre nunca ocultó el hecho de que no tenía una buena relación con su hermano Douglas. Pero creo que, en el fondo, deseaba que fuera diferente y le habría gustado enterrar el hacha de guerra. Yo solo sabía que mi tío se había marchado a Alemania mucho antes de que yo naciera. Mi padre nunca hablaba de él. —Gordon miró a Lara y a su madre, dándole una palmadita en la rodilla a esta última—. Y hablaba aún menos de la familia de su hermano. Eran simplemente muy diferentes: Hamish, el gran artista, un hombre lleno de emociones profundas, con un mundo interior deslumbrante y colorista, que miraba la vida desde otro ángulo. Douglas, según me contaron, era distinto. Era más realista por naturaleza y se burlaba de Hamish ya desde jóvenes por su pasión por el arte. Decía que era algo para chicas, para mujeres, no para un hombre de verdad.

El gran objetivo de Douglas era el servicio militar. Hamish, sin embargo, no quería saber nada de eso. Por lo que sé, ni siquiera tuvieron una gran pelea; simplemente se distanciaron porque nunca tuvieron la oportunidad de encontrar un terreno común en su infancia que los uniera para el resto de sus vidas. Por ejemplo, fueron a internados diferentes y solo pasaban los veranos juntos en Sunset Hill House.

—¿Como el verano en que Hamish dibujó a su hermano y a sí mismo? —preguntó Jonathan, escuchando la historia de Gordon con tanta atención como los demás.

Gordon asintió. —Mi padre decía que en aquel momento, en el jardín de la finca, sintió una cierta conexión con su hermano por única vez en su vida. Douglas correteaba por el jardín con un balón,

y él mismo estaba tumbado en la hamaca dibujando. Al principio, dijo, era solo un boceto del jardín. Solo se añadió a sí mismo y a su hermano más tarde.

—¿A qué se debió eso? —preguntó la señora Fraser con una sonrisa. Tenía los mismos ojos azules que su hijo y una expresión igual de dulce y amable que hacía que uno se sintiera instintivamente cómodo en su presencia. Hasta este encuentro en la clínica, Lara no se había dado cuenta de lo unidos que estaban la madre de Jonathan y Gordon, pero ahora era imposible pasarlo por alto. Ella estaba atenta, asegurándose siempre de que el cojín que Gordon tenía en la espalda no le molestara y de que no se enfriase a la sombra si el sol se ocultaba tras una capa de nubes. Eran una verdadera familia.

—¿Por qué mi padre no dibujó a su hermano y a sí mismo antes? —Gordon repitió la pregunta de la señora Fraser y luego se encogió de hombros—. Muy sencillo: Douglas no lo soportaba, y mi padre me dijo una vez que el mundo estaba lleno de temas hermosos, así que ¿por qué iba a elegir dibujar el único que lo ponía de mal humor? Pero aquel día —debía de ser durante las vacaciones, si no recuerdo mal— Douglas le pidió de hecho a Hamish que lo dibujara. Acababa de descubrir su pasión por el fútbol y estaba ahorrando toda su paga para comprarse una equipación.

—Pero en el dibujo ya lleva una equipación de futbolista de verdad —dijo su madre, y Gordon asintió.

—Exacto, porque Hamish lo dibujó así. Se sentaron juntos en el balancín de tela y trabajaron en la pose perfecta de Douglas. Mi padre siempre decía que aquel verano encontraron una forma de unir sus diferentes intereses. Y le regaló el dibujo a su hermano para que pudiera presumir ante sus amigos cuando volviera al internado después de las vacaciones.

—Y Douglas lo guardó durante tanto tiempo que incluso se lo legó a su propio hijo, mi padre, décadas después —dijo Lara en voz baja, y su madre añadió: —Y él, a su vez, nos lo dejó a nosotras.

—¿No es increíble cómo todo en la vida siempre encuentra el camino de vuelta a casa? —La mirada de Gordon descansó en el dibujo un instante antes de levantar la vista y mirar de uno a otro—. Mi madre murió muy joven. Durante mucho tiempo, solo fuimos mi padre y yo. —Puso su mano sobre la de Jonathan y se la apretó brevemente—. Luego este buen muchacho llegó a mi vida. —Rio suavemente y Jonathan se unió a él—. Y con él, su encantadora madre. Y ahora, cuando ya no lo creía posible, me habéis regalado vuestra presencia también a vosotras dos, Lara y Monika. Dejando a un lado los desacuerdos entre las generaciones anteriores, hoy estoy aquí sentado, en un momento nada fácil de mi vida, y por primera vez me siento parte de una familia de verdad. Os estoy muy agradecido por ello. —Se le quebró la voz, y Lara también se limpió a escondidas una lágrima del rabillo del ojo. Gordon hablaba desde lo más profundo de su alma. Cuando llegó a Escocia, su prioridad había sido la herencia y los beneficios resultantes. En cambio, había encontrado algo mucho más valioso: personas que se querían y protegían unas a otras y que se acompañaban en cada etapa de la vida. El término «familia» nunca había tenido un significado tan profundo para ella como en las últimas semanas. No era de extrañar que se sintiera más en casa en Escocia de lo que se había sentido jamás en cualquier otro lugar.

—Antes de que esto se ponga más emotivo, ¿alguien tiene hambre? He oído que hay un restaurante pequeño y agradable al final de la calle. Como alternativa, por supuesto, siempre está la cafetería de la clínica con sus patatas fritas congeladas —Gordon sonrió con picardía, y la señora Fraser fue la primera en levantarse para empujar su silla de ruedas. —Al restaurante, yo me apunto.

—Y yo —dijo la madre de Lara, y Lara y Jonathan hicieron lo mismo.

Al salir del parque, Lara observó a su madre delante de ella, hombro con hombro con la señora Fraser. Susurraban algo que hizo reír a Gordon de buena gana. Lara lanzó una mirada a Jonathan. Él tenía una mano metida en el bolsillo y sonreía para sus adentros, abstraído.

Todos ellos —cada uno a su manera— eran personas que no habían sido precisamente bendecidas con muchos parientes en la vida que se preocuparan por ellos, que rieran con ellos y sufrieran con ellos. Se habían convertido en lobos solitarios y, sin embargo, ahora habían encontrado en los demás una familia adoptiva que no buscaban, pero que necesitaban más que nada.

A última hora de la tarde, el coche de Jonathan circulaba por la irregular carretera hacia Rose Cottage, donde la madre de Lara había alquilado una habitación. Al detenerse frente al pintoresco bed and breakfast, Jonathan se inclinó hacia Lara. Su madre ya se estaba bajando.

—¿Sabré de ti más tarde?

Ella le dio un tierno beso en los labios. —Sin duda. Te llamaré cuando esté de vuelta en el pueblo.

La mano grande de Jonathan recorrió su cabello, dejando un rastro de vello erizado que se extendió por todo su cuerpo.

—Parece que falta ya una eternidad para eso —susurró él, y ella rió bajo su mirada anhelante.

—Entonces al menos tendrás tiempo para echarme de menos. — Se echó un poco hacia atrás y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Gracias por todo lo de hoy. No tienes ni idea de lo que significó este encuentro para Gordon. Y para mí. —Jonathan le besó la punta de la nariz—. Sobre todo para mí —repitió con voz ronca, mientras sus labios se movían por su mejilla.

—Vale, si no paras ahora mismo, me fugaré contigo en este mismo instante —soltó ella entre risitas.

—¿Lo prometes? —Jonathan arqueó las cejas y, justo cuando estaba a punto de hundir de nuevo la cara en el hueco de su cuello, ella lo detuvo riendo.

—Hablo en serio. Mi madre me está esperando ahí fuera. —Miró por la ventanilla lateral a su madre, que estaba apoyada en la valla

blanca que rodeaba Rose Cottage, intentando por todos los medios frenar su curiosidad y mirar hacia otro lado.

—Buen argumento —murmuró Jonathan, intentando recomponerse—. Pero luego...

Ella le dio un puñetazo juguetón en el hombro. —Estás loco.

—Loco por ti —dijo él, y aunque ella pensó que estaba haciendo otra broma, la sinceridad de su voz y de su expresión hizo que, de repente, se quedara parada.

Le acarició tiernamente la nuca y lo atrajo hacia ella de nuevo. —Bueno, pues en eso nos parecemos —susurró, y le plantó un beso en la frente.

—¿Tú también estás loca por ti misma? —La miró con una sonrisa burlona y ella se apartó riendo.

—Ya basta —dijo ella, sonriendo mientras abría la puerta.

—¡Oye, que te entiendo perfectamente! —gritó Jonathan tras ella, divertido.

—Hasta luego. —Le lanzó un beso y cerró la puerta del copiloto. Segundos después, la nube de polvo del seco camino de grava se tragó el coche de Jonathan.

—Hacía siglos que no te veía así —dijo su madre con una sonrisa de felicidad mientras Lara se acercaba a ella—. ¿Te apetece caminar un poco por los acantilados? Es lo que más me gustó hacer estos últimos tres días.

Lara asintió y la siguió a través de una vasta pradera hacia un sendero trillado que recorría los acantilados en dirección a Fallbury. El antiguo pueblo pesquero parecía aún más diminuto y, a la vez, más idílico desde aquí arriba. Estaba enclavado entre imponentes paredes rocosas cubiertas de verdes praderas. Casi se podía ver Sunset Hill House al otro lado desde allí.

—Aún no me puedo creer que vinieras hasta aquí por una charla y un dibujo —dijo Lara, viendo cómo sus zapatos se deslizaban por la hierba que le llegaba a los tobillos.

—Para ser sincera, creo que había otra razón más importante de la que me acabo de dar cuenta —dijo su madre, entrelazando su brazo con el de ella—. No quería seguir huyendo del pasado. Estas son tus raíces, Lara. Tu padre no tenía una conexión real con este lugar, pero era de aquí. Y conocer hoy a Gordon y a esa gente tan encantadora me hizo darme cuenta de que no estamos tan solas en la vida como siempre pensamos.

Lara asintió. —Son una verdadera familia.

Su madre se detuvo y se giró hacia ella. —*Nosotras* lo somos. —Luego suspiró—. Sabes, tras la muerte de tu padre, no quería saber nada de nada que me recordara a él. Quería un nuevo comienzo, para ti, para nosotras. Pero al hacer eso, también te quité algo: la oportunidad de reconocer de dónde vienes en parte. Quién eres y quién puedes ser. Me alegro mucho de que hicieras este viaje. Y de haberte seguido yo también, por unos cuantos días.

Lara tragó saliva y empezó a caminar despacio de nuevo. —No me has preguntado ni una sola vez qué voy a hacer ahora con Sunset Hill House ni cuándo voy a volver.

—¿Debería preguntártelo?

Miró de reojo a su madre, que la observaba con una sonrisa.

—Bueno, es al menos algo que yo me pregunto cada vez más —confesó.

—Entonces tú también deberías ser quien responda a esas preguntas por ti misma.

Lara dejó que su mirada se perdiera en el mar. —No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Decida lo que decida, decepcionaré a alguien que es importante para mí.

—Sabes, cariño, he tenido que cumplir cincuenta y tres años para comprender que incluso las decisiones supuestamente correctas en la vida son a veces las absolutamente equivocadas. Una vez decidí

que Escocia y la herencia de tu padre no jugarían ningún papel en tu vida. De alguna manera quería protegerme a mí misma, pero sobre todo protegerte a ti. Crecer sin padre no fue fácil. Quería ofrecerte un lugar estable, un hogar donde sintieras que pertenecías y donde estuvieras a salvo. Aunque solo fuéramos nosotras dos.

—Pero hiciste exactamente eso, mamá. —Lara le cogió la mano.

—Claro. Y aun así te privé de esto. —Su madre hizo un gesto amplio hacia el paisaje—. De esto y de la gente de aquí que está vinculada a ti. No debería haber decidido eso por ti sin más. A más tardar, desde el momento en que fuiste lo bastante mayor, debería haber sido decisión tuya. Hoy sé que eso tampoco me hizo feliz a mí, y que nunca se deben tomar decisiones por otra persona, ni siquiera con la mejor de las intenciones.

Lara se detuvo de nuevo y suspiró. —¿Y si ni siquiera yo sé lo que quiero realmente?

—Si me preguntas a mí, siempre sabemos, en el fondo, lo que realmente queremos. Y es más fácil reconocerlo por las cosas que no queremos.

Lara hizo una mueca. —A lo mejor deberías escribir libros de autoayuda en el futuro —bromeó.

—No tengo tiempo, tengo un viejo bar del que ocuparme.

Lara rió suavemente. —¿Por qué no puedo quitarme la sensación de que la carta del abogado, el señor Farelane, no solo puso mi vida patas arriba, sino que también puso bastantes cosas en marcha para ti?

Ante eso, su madre se abstuvo de responder, pero sonrió para sus adentros con complicidad. Tras un breve momento de silencio, dijo: —Basta de sabidurías vitales y de decisiones pesadas, que probablemente no lo sean tanto en el fondo. —Le guiñó un ojo—. Quiero bañarme en el océano al menos una vez antes de volar de vuelta mañana por la mañana. ¿Te apuntas?

A Lara no hubo que decírselo dos veces.

Capítulo 17

AL caer la tarde, Lara había pasado el día con su madre, disfrutando de su compañía más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Casi le daba un poco de pena que su madre se fuera a Aberdeen a primera hora de la mañana siguiente. Ya se habían despedido, lo cual había sido más difícil de lo esperado tras la aparición espontánea de su madre y la consiguiente montaña rusa de emociones. Aun así, se sentía sobre todo agradecida por la inesperada visita. Le había permitido compartir con ella unos instantes de su especial viaje a Escocia. Nunca habría podido expresar con palabras sus impresiones y emociones. Solo Sunset Hill House era algo que su madre no había querido ver, a pesar de que Lara se había ofrecido a llevarla tres veces más esa tarde.

—Le echaré un vistazo cuando sepa qué vas a hacer con ella —había respondido misteriosa.

—¿Recuerdas que el plan actual es venderla? —Habían estado sentadas en el pub del puerto, muy animadas, observando los barcos de pesca a lo lejos.

—Bueno, entonces no pasa nada si no la veo.

Su madre nunca había sido de las que se quedan sin palabras, pero se la veía tan llena de frescura y vitalidad que Lara estaba realmente impresionada. El nuevo plan de renovar el viejo bar de la playa para uso propio parecía haberle dado a su madre un impulso de motivación inesperado. A veces simplemente llegaba el momento de buscar nuevas metas en la vida. Y quizás, pensó Lara para sí mientras abría la puerta de Cliffside Cottage en Fallbury, ese fuera también su caso.

La señora Barclay estaba tras el mostrador de recepción, ocupada garabateando en su grueso cuaderno cuando Lara entró. Se quitó rápidamente las gafas de la nariz y se inclinó hacia ella. —Oh, menos mal, pensaba que te habrías ido sin despedirte.

—Cielo santo, por supuesto que no. ¿Cómo fue el baile anoche? ¿Salió todo bien?

—¿Para Maddie, o para su padre y para mí?

Lara se cruzó de brazos con una sonrisa. —¿Para todos?

—Si me dices dónde estuviste *tú* anoche, puede que me convenzas para que te cuente algunos detalles.

Lara soltó una carcajada. —Vale, me parece justo. Pasé la noche en Sunset Hill House. Y no, no estuve sola.

—¡Ajá! —exclamó la señora Barclay, como si hubiera pillado a Lara con las manos en la masa—. No es que no me lo hubiera imaginado. Todavía llevas el vestido de noche. ¿Y bien? —Fingió que de repente ojeaba su cuaderno con nulo interés.

—Fue una noche muy, muy bonita —respondió Lara; sentía las mejillas calientes y le dolían de tanto sonreír.

—Eso es todo lo que necesito saber. —La menuda mujer rodeó el mostrador con pasos ligeros y rápidos—. Entonces debes de estar de buen humor, y estoy segura de que no te importará si empiezo a enviar nuestras facturas de teléfono a Alemania —bromeó, señalando hacia la parte trasera de la casa—. Maddie lleva hablando por teléfono desde esta mañana. Y ahora tienes tres oportunidades para adivinar con quién.

—¿Con Dylan?

—Oh, sí, ese chico surfista. Sea lo que sea lo que pusisteis en marcha, Jonathan y tú, esa chica está en el séptimo cielo. Quién pudiera ser adolescente otra vez y enamorarse por primera vez... qué tiempos aquellos.

—Para mí no; la vida era muy complicada por aquel entonces —replicó Lara, y la señora Barclay se rió. —¡Como si fuera muy distinta hoy en día! —Le dio una palmada cariñosa en el hombro.

—¿Así que su velada no fue tan exitosa? —concluyó Lara.

—Ni siquiera sabría qué considerar exitoso en ese contexto —dijo ella, volviéndose de repente muy pensativa mientras se mordía el

labio inferior—. Fue una velada agradable, más agradable de lo que hemos pasado juntos en mucho tiempo. Todo lo demás está escrito en las estrellas y no depende totalmente de mí.

Lara le dedicó una sonrisa de complicidad. —Sé que suena a frase de calendario, pero al final, las cosas acaban saliendo como tienen que salir. Y sobre todo cuando se trata de amor, al menos yo siento que los humanos somos impotentes ante el destino.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó la señora Barclay con una sonrisa pícaro.

—Es muy posible —respondió Lara, dirigiéndose hacia la escalera—. Necesito desesperadamente una ducha después de estos dos largos días.

La señora Barclay asintió y estaba a punto de desaparecer de nuevo tras el mostrador cuando Lara volvió a bajar rápidamente los pocos escalones que había subido. —Señora Barclay, espere. Tengo una pregunta más.

—Mi vida amorosa de verdad que no es tan emocionante —bromeó. Estaba de buen humor, era evidente. Aunque una sola noche pacífica con su exmarido no hubiera calmado todas las aguas, parecía satisfecha con cómo iban las cosas.

—No, por una vez no se trata de eso. Pero dígame, ¿conoce a una tal Ginny May de Fallbury?

—¿Ginny? —preguntó la señora Barclay—. Por supuesto que conozco a Ginny. Vive solo dos casas más arriba, en esta misma calle. Es la viejecita a la que le encanta sentarse en el banco de madera frente a su casa y observar a los transeúntes. Siempre está dispuesta a charlar.

—¿Esa es Ginny May? —preguntó Lara totalmente sorprendida, recordando cuántas veces había pasado por delante de esa anciana en las últimas semanas, saludándola amablemente e incluso parándose para una breve conversación.

—Sí, es ella sin duda. Ha vivido aquí desde que nadie recuerda. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, no es importante —exclamó Lara antes de subir corriendo las escaleras; casi tropezó, se recuperó en el último segundo y entró corriendo en su habitación. Tenía que llamar a Jonathan y contarle lo cerca que había estado el misterioso amor de Hamish todo este tiempo.

Era noche cerrada cuando Lara consiguió por fin meterse en la ducha. Antes de eso, le había contado detalladamente a Jonathan su tarde con su madre, pero sobre todo habían estado dándole vueltas al amor perdido de Hamish y tramando planes para llevar las cartas y los lienzos a Ginny May sin asustar a la anciana. Tampoco querían reabrir heridas que, con el paso de los años, pudieran haber cicatrizado finalmente lo suficiente como para que ella hubiera encontrado la paz.

—¿Has dicho que ya has tenido algunas charlas breves con ella? —había preguntado Jonathan en un momento dado. Lara estaba tumbada boca arriba en la cama. Una suave brisa veraniega que soplaba desde el mar a través del pueblo costero agitaba sus cortinas en la ventana abierta una y otra vez.

—Bueno, no las llamaría conversaciones, pero sospecho que al menos sabe que estoy aquí de turista o algo así por el momento.

—Eso parece dar más confianza que yo, ya que probablemente no me vio en su vida —razonó Jonathan, y Lara estuvo de acuerdo con él.

—Entonces yo tomaré la iniciativa al hablar, y por ahora será mejor que dejemos las cartas y los lienzos en una bolsa o algo así. Déjame pensar en una forma de hacerlo. Por si acaso sentimos que no está preparada para ello.

—¿Lara? —había preguntado Jonathan hacia el final, cuando ambos estaban ya más cansados y silenciosos.

—¿Sí?

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos —había respondido ella con una sonrisa, mientras sus pensamientos volaban a la noche anterior, a las manos cálidas y grandes de Jonathan, su piel suave y los tiernos besos que acariciaron la suya.

—Podría estar en Sunset Hill House en diez minutos —susurró él por teléfono, como si le preocupara que alguien pudiera oírle. Lara no pudo evitar reírse.

—¿Escaparte? ¿En mitad de la noche? ¿Como adolescentes?

Él soltó una risita suave. —De todos modos, me siento como si tuviera dieciséis años ahora mismo, al menos a juzgar por el caos emocional que tengo dentro.

La franqueza con la que le hablaba de sus sentimientos la pillaba desprevenida cada vez. Pero ahora disfrutaba de ello. Creaba un nivel especial de confianza entre ellos, algo que Lara no había tenido la oportunidad de experimentar así antes.

—¿Ya tienes planes para mañana por la tarde? —preguntó ella entonces, y Jonathan respondió: —Espero que sí. —Su corazón palpitó con una emoción chispeante y un calor seductor que fluyó por su cuerpo—. ¿Puedo pedir un deseo?

—Todos los que quieras —había dicho él; su voz vibrante le erizó la piel.

—Me encantaría remar por las bahías al atardecer, desde Anchor's End hasta Fallbury.

—¿Qué te hizo pensar en eso? —preguntó él.

—La historia de Hamish y Ginny no se me va de la cabeza. Hamish mencionaba las bahías a menudo; incluso hay un dibujo de Ginny en su barca, mirando hacia Sunset Hill House.

—Entonces lo haremos; mañana, después de haberla visitado. El único problema es que no tengo barca de remos.

—Tia y Josh tienen una. Se la pediré; seguro que no les importa.

—Estoy deseando que llegue el momento —había dicho Jonathan, y ella sonrió para sus adentros antes de soltar un sonoro bostezo—.

Quizás debería dormir un poco antes de eso.

—No querría que te quedaras dormida mientras remo —había bromeado él.

—Como si pudiera siquiera cerrar los ojos estando cerca de ti. — Resultaba ser la pura verdad: la noche anterior había estado demasiado ocupada disfrutando de su presencia y observándolo en secreto. Había una razón por la que ahora se sentía completamente agotada.

—Voy a recoger a Gordon de la clínica mañana por la mañana, y después tengo que ocuparme de la reparación de un barco, pero no debería llevar mucho tiempo. Definitivamente habré terminado a primera hora de la tarde. ¿Te recojo en la casa entonces?

—Me parece un plan perfecto —había dicho ella antes de despedirse.

Tras una ducha rápida, se había sumido en un sueño profundo y reparador en su cama grande y suave, y solo volvió a abrir los ojos cuando el dulce canto de los pájaros la despertó suavemente por la mañana junto con los primeros rayos de sol.

A diferencia de la noche anterior, Lara se tomó su tiempo para despertarse del todo antes de salir de la cama. Después de asearse rápidamente, bajó y encontró una nota de la señora Barclay, que tenía una cita en la escuela con Madison y, por lo tanto, no podía encargarse del desayuno. Al parecer, Lara era la única huésped de la casa que comía en el comedor con regularidad. Solo había visto de pasada a la pareja que ocupaba la habitación de al lado y, mientras tanto, una familia de tres miembros también se había alojado una noche. Como había dicho la señora Barclay, la temporada alta aún no había empezado. Se preguntó si las cinco habitaciones de arriba estarían alquiladas continuamente en verano. Lara sin duda podría haber pasado todo el verano allí; se sentía increíblemente cómoda en la acogedora casa y con esta familia tan afectuosa.

¿Cómo había conseguido ella, precisamente ella, formar parte de una comunidad y de una familia de acogida con tanta facilidad en el

poco tiempo que llevaba en Escocia? Ella, que en Alemania pasaba muy poco tiempo con otras personas fuera del trabajo y a la que le gustaba agacharse tras los estantes de las sopas instantáneas en el supermercado si veía una cara conocida a lo lejos. Aquí, parecía mucho más fácil dejarse llevar por la corriente, que nunca la hundía sino que la mecía suavemente, envolviendo su cuerpo como un manto protector. ¿Era realmente solo el lugar, la hospitalidad de los escoceses, o era ella? ¿Era ella quizás una persona diferente en esta parte del mundo? Alguien que siempre había llevado escondido dentro, a quien nunca había echado de menos pero a quien, obviamente, había estado buscando.

Cuando estaba a punto de partir hacia la casa de Tia esa mañana, se encontró con Josh antes incluso de salir de la propiedad. Estaba aparcando el coche frente a la verja del jardín, vestido con su ropa de trabajo.

—La señora Barclay dijo que el grifo de la cocina gotea —explicó a modo de saludo, dándole un cálido abrazo.—Es muy posible, no lo sé. Iba precisamente de camino a vuestra casa.

—¿A nuestra casa? —preguntó él, sacando su caja de herramientas del coche—. Tia salió con el barco biblioteca. Su primer viaje en solitario por las bahías. Esperemos que regrese de una pieza esta tarde.

—Oh, seguro que sí. Yo nunca podría pilotar ese viejo trasto —dijo Lara, apoyándose relajada contra la valla del jardín.

—Tia también dijo eso una vez, pero todo se puede aprender. —Le guiñó un ojo—. ¿Y qué necesitabas de nosotros?

—Ah, a Jonathan y a mí nos gustaría remar por las bahías esta tarde. El pequeño inconveniente es que no tenemos barca de remos.

Josh soltó una carcajada. —Muy bien, lo entiendo. Nuestra barca es vuestra barca. Ya sabes dónde está amarrada.

—Gracias, es muy amable por tu parte.

—No hay de qué. Ahora será mejor que vaya a mirar ese grifo, porque ese no es el único proyecto que me espera aquí en Fallbury

hoy.

—Vale, buena suerte entonces.

Josh sonrió. —¡El grifo no tiene ninguna posibilidad contra mí! —exclamó antes de dirigirse hacia la casa.

Lara sacudió la cabeza con una sonrisa. Eso era otra de las cosas que eran diferentes en Escocia, al menos aquí en Fallbury: la gente confiaba en los demás, dejando puertas y ventanas abiertas a cualquiera. Eso no habría ocurrido en Alemania, y solo unas semanas atrás, Lara habría tachado tal comportamiento de imprudente e insensato, mientras que ahora le parecía completamente natural y obvio. Ahora, le resultaría bastante extraño que fuera de otra manera.

Aunque su plan de ir caminando hasta Cove Cottage ya no era necesario, Lara se dirigió de todos modos hacia el puerto. No quería desperdiciar la agradable mañana de verano. No le quedaban muchas tareas en Sunset Hill House, pero Lara podría haber subido hasta allí para ocuparse de ellas. Sin embargo, sin Jonathan, algo faltaba allí arriba. Podía trabajar a su lado durante horas, vaciando cajones y estantes, rebuscando entre montones de expedientes y botes de pintura secos, y no se aburriría ni un solo segundo. Pero sin él, la casa se sentía aún más enorme y vacía... francamente opresiva.

El puerto de Fallbury estaba muy animado esta mañana. Varios pescadores estaban ocupados fregando sus barcos mientras charlaban de un lado a otro del puerto con JoJo, el dueño del pub. Lara quería sentarse en una de las enormes rocas junto al muelle y disfrutar del sol, pero antes de llegar allí, sonó su teléfono.

—¿Diga? —respondió.

—Señorita Lehmann —oyó la voz ronca del viejo abogado. Tosió y jadeó—. Disculpe, he cogido algo. —Poco después, se sonó la nariz ruidosamente—. Ya está, ya he vuelto. Señorita Lehmann, quería preguntar si ya tomó una decisión respecto a la herencia. Sunset Hill House, ya sabe.

Como si pudiera pensar en otra cosa...

—Para ser sincera, todavía no he podido tomar una decisión. — Suspiró, arrastrando los pies en la arena—. Señor Farelane, ¿qué pasaría si yo rechazara la herencia? No pasaría al Estado, ¿verdad?

—No, señorita. Si las personas nombradas en el testamento, así como sus descendientes, rechazan una herencia, se aplica automáticamente el orden legal de sucesión. Eso significa...

—Gordon Sinclair sería el siguiente en la lista para Sunset Hill House —terminó ella la frase.

—Exactamente. Prácticamente lo que el señor Jonathan Fraser había estado esperando todo este tiempo. Así que, de un modo u otro, uno de ustedes saldrá de esto como propietario de Sunset Hill House.

—Ya veo. —Se mordió el labio inferior—. ¿Puedo ponerme en contacto con usted en cuanto me haya decidido?

—En cualquier momento —dijo el hombre, y luego matizó rápidamente—. Aunque quizá no un domingo a primera hora de la mañana.

Lara rió suavemente. —No, se lo prometo. Muchas gracias por su llamada.

—Y yo esperaré la suya, señorita Lehmann. Adiós.

Lara guardó su teléfono en el bolsillo, se subió a una roca en la orilla que era alternativamente tragada y liberada por la espuma de las olas, y se llevó las rodillas al pecho.

Con la aclaración de a quién pertenecía legítimamente la herencia, en realidad nada se había resuelto todavía. Una vez más, la casa se interponía entre Jonathan y ella... al menos, así era como se sentía. No hacía mucho, simplemente habría firmado todos los papeles sin dudarlos, habría vendido la casa y habría volado de vuelta a Alemania. Ahora, por fin tenía que admitir ante sí misma que ya no se veía en ninguno de esos escenarios. Ni siquiera como dueña de una cafetería en la costa del Báltico. Habían cambiado tantas cosas,

sobre todo en su interior, y simplemente ya no podía cerrar los ojos ante ello; tenía que hacer algo. Y tomar una decisión.

Capítulo 18

—YA *ESTOY aquí, te espero fuera*—escribió Jonathan a primera hora de la tarde. Después de la conmovedora llamada telefónica y de los pensamientos aún más inquietantes que esta había desencadenado, Lara no había encontrado la paz necesaria para disfrutar del idilio de Fallbury. En su lugar, había intentado dar un paseo por la playa, pero pronto perdió el interés y luego habló por teléfono con su madre, cuyo vuelo a Alemania era inminente. Finalmente, Lara había regresado al bed-and-breakfast y se había retirado a su habitación. Durante una hora, intentó en vano enfrascarse en uno de los libros del estante del pasillo de arriba, que presumiblemente ya habría pasado por las manos de muchos veraneantes relajados. Las de Lara no estaban entre ellas. Tras varios intentos miserables de leer el prólogo, seguía sin saber de qué trataba. Y cuando Jonathan le comunicó que estaba abajo, junto a la carretera, de repente se sintió de todo menos preparada. ¡Y pensar que solo esa mañana no había anhelado nada más que tenerlo a su lado de nuevo!

Su brillante sonrisa al verla en el umbral hizo que el corazón de ella se acelerara de inmediato.

—Pase lo que pase —le susurró él al oído tras estrecharla contra sí. En un instante, sus preocupaciones quedaron olvidadas y Lara se acurrucó contra el pecho de Jonathan. Él depositó un beso de bienvenida en su cabello. —¿Nos ponemos en marcha ya mismo? Los lienzos están en el maletero, pero traigo las cartas aquí mismo. —Levantó una pequeña bolsa de papel que había estado sobre el capó del coche, a su espalda.

—Ginny May vive ahí arriba, ¿ves esa casa de ladrillo con las persianas de madera blanca y las jardineras llenas de flores? —Señaló calle arriba. Jonathan asintió y le tomó la mano.

—¿Nerviosa? —preguntó él, y aunque ella sabía exactamente a qué se refería su pregunta en ese momento, habría podido

responder que sí en cualquier otro instante también. Estaba más que nerviosa: por él, por su mera presencia, por sus caricias suaves y por la situación en la que se encontraban, por todas las decisiones que tenía que tomar, por ella misma, por él, por ambos...

—¿Lara?

—¿Qué?

Ni siquiera se había dado cuenta de que ya habían empezado a caminar. La sonrisa de Jonathan se desvaneció. —¿Estás bien?

Ella asintió rápidamente. —Sí, es solo que... espero que Ginny se alegre.

—¿Tú lo estarías? —Su pulgar acarició el dorso de la mano de ella. Qué natural se había vuelto para él ir de la mano. ¡Y qué bien se sentía ella así!

—Lo estaría, sí.

—Pues entonces. —Él le sonrió con confianza y abrió la verja del jardín de la casa de Ginny May. Esa tarde, la anciana no estaba sentada en el banco de madera junto a la puerta principal. Lara llamó tres veces, tocó el timbre dos veces, y cuando seguía sin haber movimiento en la casa, Jonathan pulsó el timbre dorado. Poco después, oyeron unos pasos arrastrados que venían de la parte trasera de la vivienda.

—Ya voy, ya llego. —Encorvada, con su cabello blanco como la nieve recogido en un moño y una sonrisa amable en los labios, Ginny apareció por la esquina de la casa. Sobre su vestido de flores llevaba un delantal de jardín, con el que se secó las manos.

—Vaya, si eres tú, cielo —saludó a Lara. Ginny se dejó caer en el banco de madera con un gemido—. ¿A qué debo el honor?

Lara se presentó a sí misma y a Jonathan. Los ojos despiertos de la anciana seguían con atención cada uno de sus gestos.

—Seguro que sabe que llevo un tiempo de vacaciones aquí.

—Desde luego. Reconozco una cara extraña de inmediato, especialmente una tan bonita.

Lara parpadeó turbada y señaló el lugar vacío junto a Ginny May.
—¿Le importaría si me sentara con usted un momento?

—En absoluto, niña. ¿Quieres que te traiga una silla, joven?

—No hace falta, gracias —dijo Jonathan, quien, tal como habían acordado, se mantuvo en un segundo plano y se quedó de pie junto a Lara al lado del banco.

—En realidad, no estoy aquí solo de vacaciones. Tengo unos parientes lejanos en Escocia y he heredado una casa.

—¡Oh! —Ginny May dio unas palmadas entusiasmada— ¡No me digas! ¡Qué maravilla! ¿O sea que te veremos más por aquí a partir de ahora?

Lara se aclaró la garganta. No se esperaba esa pregunta. Necesitaba ir urgentemente al motivo real de su presencia, aunque solo fuera para darse un respiro de su propio caos emocional.

—Ginny, he heredado la casa Sunset Hill de Hamish Sinclair —dijo, y la sonrisa de la anciana se congeló. Su mirada bailó entre Lara y Jonathan.

—Tienes la de Hamish... su casa tienes tú... eso significa... oh, cielo santo. —Se llevó ambas manos al pecho, que subía y bajaba con agitación.

—Lo sentimos mucho —dijo Jonathan en voz baja, y Ginny May asintió.

—Gracias. Era un hombre tan bueno, tan íntegro. Es decir, hace mucho que no nos veíamos, pero... —En ese momento, alzó la vista—. ¿Cómo sabe que yo conocía a Hamish?

Jonathan sacó la cajita de madera con las cartas de la bolsa de papel y se la entregó a Lara, que la sostuvo en su regazo.

—Jonathan y yo estamos vaciando la casa de Hamish y encontramos algo en el desván, en su estudio, que debería pertenecerle. —Con manos temblorosas, le entregó las cartas a la mujer, que ahora parecía completamente desamparada. Mientras

Ginny abría la caja, Lara le pidió a Jonathan en voz baja que fuera a por los lienzos.

—¿Las escribió Hamish? —preguntó Ginny de forma casi inaudible mientras sacaba la primera carta.

Lara asintió. —Una cada diez años, durante más de cuarenta años.

—No puedo creerlo. —Ginny tragó saliva, emocionada—. ¿Puedo... me permites leer una?

—Puede leerlas todas. Son sus palabras para usted.

Se sacó con cuidado unas gafas del bolsillo del delantal, abrió la primera carta, se apoyó una mano en la mejilla y leyó las líneas en silencio. Cuando terminó, sacó el segundo sobre y luego el tercero. De vez en cuando, negaba con la cabeza, soltando a veces un «Oh, no» o un «Sí, así fue, para mí también», pero en su mayor parte, no dijo nada; Lara ni siquiera la oía respirar. Ginny ni siquiera se dio cuenta de que Jonathan había regresado entretanto con los lienzos.

Cuando hubo leído la quinta carta y dejó que el papel cayera sobre su regazo, sacó un pañuelo de tela y se secó las mejillas húmedas. Sus ojos, que antes se veían despiertos y vivaces, estaban ahora apagados y vidriosos.

—Gracias —consiguió decir con voz trémula—. Siempre me pregunté qué habría sido de él después de que nosotros... —No siguió hablando, solo negó con la cabeza—. Tampoco fue fácil para mí —susurró, apretando las cartas contra su pecho.

—Bueno, tenemos algo más para usted —dijo Jonathan, entregándole los lienzos.

—¡Oh, pensaba que ya no existían! —chilló la anciana, examinando los cuadros de cerca—. Qué jóvenes éramos... mire aquí, este es en el jardín de la casa Sunset Hill.

Lara sonrió. —Lo sé, lo reconocí de inmediato.

—Uno de los lugares más hermosos del mundo, si me preguntan a mí. Si las paredes hablasen —dijo en voz baja, y Lara creyó ver una sonrisa dulce y un brillo en los ojos de la mujer.

—¿Y dices que eres pariente de Hamish? —preguntó ahora.

Lara asintió. —Es hermano de mi abuelo.

—¿Y tú? —La señora May se volvió hacia Jonathan.

—No somos parientes, pero Gordon, el hijo de Hamish... soy algo así como un hijo adoptivo para él.

—¿Un nieto sustituto para Hamish? —concluyó ella, y Jonathan asintió.

—Qué bonito —murmuró la anciana—. Estas obras... recuerdo cada una de ellas con total claridad. Aún puedo verlo frente a mí, sentado ante su caballete en el jardín o en el bote. —Se rió suavemente—. Hamish y su caballete. Solía tomarle el pelo muy a menudo por eso. —Sonrió con picardía al levantar la vista—. Se dejaba tomar el pelo de maravilla.

—Ginny, sé que no es asunto nuestro, pero... ¿podría contarnos algo sobre usted y Hamish? Solo si no le importa. No queríamos entrometernos en sus asuntos, pero encontramos estas cartas y lienzos, y desde entonces nos preguntamos qué pasó. —Lara miró a Jonathan, quien asintió de acuerdo.

Ginny May, sin embargo, no se movió durante un buen rato. Se quedó mirando pensativa las cartas en su regazo y los lienzos a su lado en el banco.

—Lo siento, no deberíamos haber... —comenzó Lara, y fue interrumpida enseguida.

—Os contaré la historia. Es solo que pasó tanto tiempo. No sé cuándo fue la última vez que hablé de ello. En cierto momento, me lo había prohibido a mí misma. —Alzó la vista y continuó en voz más baja—: Tener que vivir sin una persona a la que le has entregado el corazón significa, en cierto modo, perder una parte de ti misma. Me llevó muchos años volver a encontrar esa parte, antes de poder soportar mi corazón y la forma en que latía de nuevo. —Negó con la cabeza enfáticamente, como si respondiera a sus propios pensamientos—. Pero no he llevado una vida infeliz, al contrario.

Ahora soy viuda desde hace un tiempo, pero tengo un hijo maravilloso, nietos e incluso un bisnieto.

—¿Entonces pudo hacer finalmente las paces con su amor no correspondido por Hamish? —preguntó Lara.

Ginny May levantó las cartas. —¿No correspondido? ¿Te pareció eso al leerlas?

Jonathan y Lara negaron con la cabeza, y Jonathan dijo: — Probablemente se refería a que no pudieron vivir ese amor.

—Eso no significa que no pudiéramos sentirlo. Hamish Sinclair fue mi primer gran amor, y aunque me habría encantado entregarme por completo a esos sentimientos y pasar mi vida a su lado, no lo hice. Y tuve que romperle el corazón para que pudiera aceptarlo. —Tragó saliva y una vez más se secó las pestañas húmedas—. Eso fue lo peor. Tener que herirlo así para estar segura de que me dejaría marchar.

—¿Por qué no pudisteis ser felices juntos, Ginny? ¡Si tanto os queríais!

—Amar es fácil, pero vivir ese amor de verdad requiere valor. Valor para enfrentarse a todas las adversidades de la vida. Valor para dar la cara por uno mismo. Valor para aceptar que este amor tan pleno y encantador podría ser una catástrofe absoluta para otras personas.

La mano de Jonathan se posó en el hombro de Lara. Ella buscó sus dedos, y Ginny May, que había observado el gesto, sonrió sabiamente. —Creo que sabéis de qué estoy hablando.

Durante un breve instante, los ojos de Lara y Ginny se encontraron, y Lara pudo ver tanta sabiduría, tristeza y calidez a la vez en los ojos de la anciana.

—¿Hubo algo o alguien que estuviera en contra de vuestro amor? —preguntó con cautela, y Ginny asintió.

—¿Alguien? Dos familias enteras: la mía y la suya. Deben entender que eran otros tiempos. Vivíamos aquí principalmente de la pesca; la gente de las costas no tenía mucho y a menudo luchaba por

sobrevivir. Hamish venía de una familia adinerada, mientras que yo venía de un origen muy humilde. Él disfrutaba de una educación excelente, mientras que yo ya salía al mar con regularidad con mi padre a la tierna edad de diez años para contribuir al sustento de la familia. Veníamos de dos mundos distintos que chocaron de repente cuando nos enamoramos.

—¿Pero no está el amor verdadero por encima de esas cosas? —preguntó Jonathan con suavidad, y Ginny hizo una mueca.

—Uno quiere que sea así. Nosotros también lo queríamos. Pero la verdad era que la familia de Hamish estaba muy involucrada políticamente y comprometida con la prosperidad de Anchor's End. Por ejemplo, luchaban activamente por cambios y ajustes en los derechos de pesca, cuyas consecuencias, junto con muchas otras, amenazaban a mi familia y nuestra supervivencia. Los Sinclair... por aquel entonces, aquello era casi como un insulto. Todo el mundo aquí maldecía a la familia, especialmente al padre de Hamish, que defendía públicamente la nueva legislación, sin importarle las consecuencias.

—¿Y Hamish? —preguntó Lara.

—Oh, Hamish no quería saber nada de eso. Detestaba la injusticia, y le resultaba difícil no posicionarse públicamente contra su padre.

—Y por eso no pudisteis estar juntos... —dijo Lara pensativa, y Ginny asintió.

—Hamish lo habría hecho de todos modos. Quería elevarse por encima de las cosas, prescindir de su familia, de su apellido, y eso le honraba. Yo le amaba aún más por ello, y sin embargo sabía que tendría que sufrir por ello. La rivalidad entre nuestras familias siempre habría planeado como una sombra sobre nuestras vidas. Ya Shakespeare escribió sobre cosas así —dijo con una sonrisa triste—. Sabía que solo podía proteger a Hamish dejándole libre. Los encuentros secretos, los susurros en el pueblo de que alguien como yo se veía con alguien como él... todo tenía que acabar antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Se apartó usted por él? —preguntó Jonathan, visiblemente conmovido.

—¿No es eso lo que debería ser el amor: estar ahí el uno para el otro incondicionalmente? No quiero llamarlo sacrificio, porque no sacrifiqué nada. Al asegurar su paz, la gané para mí también. Pero, por supuesto, fue duro. Muy duro. Y mentiría si afirmara que no he maldecido mi decisión más de una vez a lo largo de los años, a pesar de que yo también volví a encontrar la felicidad.

—¿Entonces no se arrepiente de nada? —preguntó Lara, casi con incredulidad. ¿Podía el amor ser tan fuerte como para ser capaz de soportar cualquier dolor para proteger al otro? Miró de reojo a Jonathan y sus dedos se apretaron aún más alrededor de los de él.

—Bueno, ¿tomaría hoy la misma decisión, con el conocimiento que tengo ahora? No, no lo creo. Y sin embargo, no me arrepiento. Entonces no sabía nada mejor. No sabía que para el amor verdadero siempre habrá un camino. Que el miedo a las consecuencias que traería una relación así es quizá mayor de lo necesario. No sabíamos cómo habría afectado realmente nuestra relación a la reputación y la influencia de la familia Sinclair. Esas disputas todavía pesan sobre los dos pueblos; todavía hoy son la razón de la riqueza o la pobreza de algunas familias. Probablemente eso nunca cambie. Hasta que aparezca alguien lo bastante valiente como para hacer algo al respecto.

Ginny May sonrió con aire soñador. —Hoy soy vieja. Y sabia. La vida me enseñó mucho, y mi amor no correspondido por Hamish también. El amor es más fuerte que cualquier otra cosa. Puede capear las tormentas más fieras. Y, sobre todo, no es una historia de uno solo; siempre hace falta que sean dos. ¿Habríamos encontrado el camino Hamish y yo si yo no hubiera decidido por ambos por mi cuenta? —Se encogió de hombros—. Probablemente, sí. Pero no fue así como sucedió. Tuve miedo. Y el miedo es veneno para el amor. Siempre hay algo que habla en su contra, ¿verdad? —De nuevo se presionó las cartas contra el pecho y su mirada se deslizó sobre los lienzos—. La felicidad que le deseé cuando me marché, la encontré.

Eso me permite hacer las paces con mi pasado y con mis decisiones —fuesen acertadas o erróneas— todavía a día de hoy.

—¿Todavía le quiere? —preguntó Lara, y Ginny May le dio unas palmaditas en la rodilla con afecto maternal.

—La pregunta es más bien: ¿lo he dejado de querer alguna vez? No recuerdo un momento en que no fuera así. Ha planeado sobre mí como un espíritu bondadoso durante toda mi vida, acompañándome en todos los altibajos. Y, por lo visto, él sentía lo mismo por mí. —Lanzó un beso a uno de los sobres antes de impulsarse para levantarse del banco—. Gracias por este regalo tanpreciado. Tenemos suerte de tener a gente como vosotros dos en nuestra comunidad.

Lara no pasó por alto la forma en que Ginny May sostuvo la mirada de Jonathan un momento antes de asentirle, como si le indicara en silencio que su lugar de residencia o sus orígenes no importaban mientras siguiera siendo la persona que aparentaba ser ahora.

—Voy a colgar los cuadros en el hueco de la escalera —dijo después, y cuando dos lienzos se le resbalaron de la mano, Jonathan se inclinó hacia delante y los cogió al vuelo.

—¿Qué le parece si la ayudo con eso? —se ofreció él, y Ginny sonrió.

—Sería maravilloso.

A última hora de la tarde, Lara y Jonathan caminaron por los estrechos callejones de Fallbury hacia la zona del puerto y el sendero más allá —sobre maderas arrastradas por el agua y hierba de las dunas— que los llevó a Cove Cottage de Tia y Josh.

Jonathan parecía tan conmovido por las impresiones y las conversaciones con la anciana como Lara. Permanecieron en silencio durante un buen rato, y solo cuando dejaron atrás las casas de Fallbury, Jonathan tomó la palabra.

—Creo que era verdaderamente feliz —dijo él.

—Lo era —confirmó Lara—. Entiendo por qué Hamish se enamoró de ella. Es una persona impresionante; estoy segura de que también lo era entonces. Esa disposición a sacrificarse por otra persona de esa manera —aunque ella no quisiera llamarlo así— realmente me hace reflexionar.

—¿Por tu propio pasado? ¿Por tu matrimonio, en el que tuviste que sacrificar demasiado de ti misma? —preguntó Jonathan mientras se dirigían al muelle de madera en la playa detrás de Cove Cottage, donde el bote de remos se mecía con el oleaje. Jonathan la ayudó a subir y se sentó frente a ella. Ella había estado pensando en su pregunta durante un rato, pero mientras remaban hacia Fallbury, mirando la estrecha bahía desde la distancia —las pequeñas casas de piedra, el imponente faro y los escarpados acantilados—, de repente dijo: —En aquel entonces, me sacrifiqué y me perdí a mí misma en el proceso. Pero Ginny May se sacrificó y, en cambio, se encontró a sí misma.

—¿Entonces crees que hizo lo correcto? —preguntó Jonathan, dejando que el bote derivara un momento.

El sol le quemaba la piel. A su izquierda se extendía el vasto océano abierto. Enorme, impenetrable, casi un poco amenazador, aunque Lara no se sentía así en absoluto. A su derecha contemplaban numerosas colinas de un verde exuberante y chimeneas de piedra, el largo muelle y los barcos de pesca cabeceando en el puerto.

—De alguna manera, así es la vida —dijo ella con la voz tensa—. La alegría y la pena están tan cerca una de otra... Quizá solo dependa de qué dirección decidas mirar al final. —Su propia mirada estaba fija en el hermoso y pintoresco Fallbury, que parecía casi un pueblo en miniatura a lo lejos. Como si pudiera simplemente estirar el brazo y pasar los dedos por los tejados—. ¿Jonathan?

—¿Sí?

—El señor Farelane me llamó hoy. Está esperando una decisión por mi parte.

—¿Qué decisión? —preguntó él, con expresión confusa.

—Qué voy a hacer con Sunset Hill House.

—Pero pensaba que eso ya estaba claro. Querías venderla y...

—Jonathan —dijo ella suavemente, bajando la mirada. Él guardó silencio al instante y ella parpadeó al mirarlo—. Los dos sabemos que hace mucho que no soy capaz de hacer eso.

—¿Por qué no? —Apoyando los antebrazos en los remos, su mirada escudriñó el rostro de ella como si buscara una respuesta con urgencia.

—Cuando vine aquí, Sunset Hill House era solo una propiedad para mí que me reportaría mucho dinero, pero no tenía ninguna conexión con ella. Casi me avergüenza decirlo, pero no me importaba la casa, no me importaba su historia y no me importaba la gente para la que significaba algo. No los conocía. —Respiró hondo y hizo una pausa—. Pero ahora... ahora formo parte de esa historia, y la familia que hay detrás de esta casa se convirtió en mi familia.

—Lara, no lo hagas —suplicó Jonathan—. No tomes una decisión de la que te arrepientas algún día. Tenías un sueño.

—Tú también tenías uno —dijo ella en voz baja.

—Eso no importa. Acordamos que quienquiera que recibiera la herencia podría llevar a cabo su plan sin cargos de conciencia.

—¿Y qué pasa si ya no quiero eso? —preguntó ella en voz baja, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué quieres decir con eso? —Jonathan se inclinó hacia delante, buscando las manos de ella y envolviéndolas con las suyas. Las olas mecían el bote, salpicando relajantes contra la proa.

Lara ignoró deliberadamente su pregunta, pero lo miró intensamente. —Si te la hubieran dado a ti, ¿realmente la habrías convertido en el restaurante del que has estado hablando todo este tiempo?

Él parpadeó, sacudió la cabeza, se encogió de hombros al mismo tiempo y tartamudeó: —Yo... no lo sé, probablemente. Quiero decir,

ese era el plan y...

—Sí, era el plan. Igual que mi plan era venir aquí, ocuparme del papeleo y desaparecer de nuevo. —Se rió suavemente—. Jonathan, lo último que puedo imaginar ahora mismo es volver a irme de aquí. No quiero. Y tampoco quiero ya la cafetería en la costa del Báltico. Yo... ni siquiera sé hornear bien —dijo, y mientras una risa escapaba de sus labios, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eh... —dijo Jonathan con ternura, atrayéndola a sus brazos en medio del bote—. Lara, lo único que quiero es que seas feliz. No importa la decisión que tomes. No lo hagas por mí ni por nadie más; hazlo por ti misma.

—Entonces voy a rechazar la herencia.

Jonathan le soltó las manos bruscamente. —¿Qué?!

—Pasaría automáticamente a Gordon entonces. Y, por lo tanto, a ti.

—No. ¡No! Lara, ¿te has vuelto loca?

Ella sorbió por la nariz, secándose las mejillas húmedas. —Jonathan, todo lo que buscaba en mí misma y en ese sueño loco de una cafetería en la playa, lo he encontrado aquí. Quédate con la casa, renuévala, abre el restaurante y...

Jonathan se puso pálido de repente. Se pasó una mano por su barba de tres días y gimió. —No puedo hacer eso —dijo en voz baja, cerrando los ojos.

—¿Por qué no?

—Porque... porque ese sueño nunca fue mío —confesó con la voz quebrada—. ¿Recuerdas cuando te dije, en aquel arrebató emocional allá arriba en los acantilados, que eres la primera persona con la que no siento que tenga que ser alguien que no soy? ¿Alguien con quien no siento la urgencia de cumplir expectativas que no puedo alcanzar?

Ella asintió. Le temblaban las rodillas y las rodeó con las manos.

—Sé que Gordon nunca me lo habría pedido ni lo habría esperado de mí. Pero siempre pensé que tenía que hacer algo para conservar su amor. Ese amor paternal que nunca experimenté de niño. Pensé que tenía que ganármelo de Gordon también. Especialmente después de que su restaurante fuera a la quiebra. De ahí surgió la decisión de abrir un restaurante en su honor. —Dejó caer la cabeza entre las manos, riendo amargamente—. Pero es una locura. Quiero decir, las existencias de pescado siguen siendo demasiado bajas, el conflicto sobre los derechos de pesca sigue existiendo... ¿qué sería diferente del último restaurante? Ni siquiera sé si podría hacerlo.

Lara le cogió una mano. —Podrías hacerlo, no tengo ninguna duda.

—¿Pero y si ya no quiero? —susurró Jonathan, y sus ojos vidriosos de color azul agua enviaron una punzada directa al corazón de ella.

—Creo que solo quería pertenecer a algún sitio —dijo él con la voz entrecortada.

—Igual que yo. —Lara se arrodilló ante él y colocó sus manos en sus mejillas—. Y a eso me refería cuando dije que había encontrado lo que buscaba originalmente aquí. Siempre tuve esa idea cliché de mi propia cafetería donde pudiera cuidar de los demás y atenderlos. Pero, en realidad, solo quería encontrar una comunidad. Un lugar al que pertenecer. Ahora sé que no necesito abrir una cafetería para tener eso.

—¿Pero qué significa eso? Para mí, para ti, para nosotros y para Sunset Hill House. ¿Qué haría yo con ella si dejas que me la quede?

Lara sonrió y se secó la última lágrima. —Ahora ya no la quieres, ¿eh?

—No quiero que se eche a perder ahí arriba en los acantilados. Es demasiado hermosa para eso, demasiado imponente; vio demasiados momentos especiales y encierra demasiada historia. Esa casa merece llenarse de vida de nuevo de alguna manera.

Lara echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dejó que el viento de la costa le azotara el pelo. Junto a él, suave y sabia, una idea

repentina revoloteó en su corazón y la hizo jadear.

—¿Qué pasa? —preguntó Jonathan con preocupación, y ella abrió los ojos, sonriéndole.

—Si este viaje me enseñó algo, es que no estoy tan sola en ese profundo sentimiento de anhelo de pertenencia y de dolor por la soledad como siempre pensé. Tú, tu madre, Gordon, incluso Ginny May... hay muchas personas que se han quedado solas. Que buscan una conexión, una familia de su propia elección.

Jonathan sacudió la cabeza. —Me temo que no acabo de seguirte.

—Jonathan, ¿todavía quieres trabajar como chef?

Confundido, él parpadeó y finalmente asintió.

—Y a mí se me da bien cuidar de los mayores.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —Jonathan se rió con incertidumbre—. ¿De qué diablos estás hablando?

—¿Qué te parecería si convirtiéramos Sunset Hill House en un hogar multigeneracional? Alquilaríamos habitaciones privadas en la planta superior pero mantendríamos las zonas comunes en la planta baja. La cocina, el comedor, el salón. Creamos un lugar para personas como nosotros; aquellos que buscan conexión, sin importar de dónde vengán, a dónde vayan ni cuánto tiempo se queden. ¿Ya sea por el resto de sus vidas o solo por un tiempo para recargar energías en medio de una comunidad donde estén integrados? ¿Donde puedan formar parte de algo? ¿Donde puedan encontrarse a sí mismos, tal como yo me encontré a mí misma en Escocia, en tu familia, en Sunset Hill House y también en ti? —Le apretó las manos y le tembló la barbilla—. ¿Qué te parecería eso?

—Un hogar multigeneracional... ¿donde nosotros dos cuidaríamos de los residentes?

Lara asintió.

—Eso significa... —Los ojos de Jonathan se abrieron de par en par—. ¿Eso significa que te quedarías aquí, para siempre?

Lara se rió ante su expresión de asombro mientras una lágrima escapaba de su ojo. —¿Sería eso algo que te parecería aunque solo fuese la mitad de bien que me lo parece a mí ahora mismo?

Jonathan la atrajo hacia sus brazos con tal entusiasmo que el bote empezó a balancearse. —¡Cómo puedes dudar ni un segundo de que lo quiero! ¡Me parece al menos tres veces mejor! —Le puso las manos en las mejillas y le cubrió la cara de besos—. Y tu idea para Sunset Hill House... es brillante. Nada de lo que pudiéramos haber hecho con la casa, ya fuera venderla, alquilarla, convertirla en un restaurante o lo que fuera, nos habría parecido tan bien como eso. Es un lugar para personas que se buscan unas a otras. —Apoyó su frente contra la de ella—. En memoria de la historia de Hamish y Ginny.

—Sí —susurró ella, y él bajó sus labios hacia los de ella. Lara le rodeó el cuello con los brazos—. ¿Es una locura —murmuró entre sus besos— toda esta idea? ¿Nosotros?

Jonathan se rio. —La vida misma es una locura, Lara. Eso es lo que la hace tan atractiva. —De repente, sin embargo, se apartó y la miró con ternura—. Aunque tengo una condición.

—¿Sí? —Frunciendo el ceño, estudió su rostro preocupado.

—Es *tu* casa. Tú eres la propietaria y eres más que bienvenida a contratarme —te lo ruego—, pero al menos por ahora, te pertenece solo a ti. Hazlo por ti misma, Lara. Si realmente lo quieres, hazlo por ti.

—Trato hecho —susurró ella, apoyando su mejilla contra la de él—. ¿Pero Jonathan? —le murmuró al oído.

—¿Sí?

—Si lo hago por mí misma, entonces prácticamente lo estoy haciendo por ti también. —Se echó hacia atrás, apartándole un mechón de pelo de la frente con las yemas de los dedos—. Nunca he sido más yo misma que desde el día en que te conocí. Como si hubiera encontrado en ti una parte de mí que llevaba mucho tiempo buscando.

Él la besó con ternura, rozando con la punta de su nariz la de ella. —¿Y si te dijera que yo estaba igual de incompleto hasta que te plantaste ante mí, y tu primerísima sonrisa hizo que mi corazón diera un vuelco?

—¿Tan rápido fue? —sonrió ella bajo sus besos, mientras el cálido aliento de él acariciaba su piel.

—Ojalá pudiera negarlo, pero realmente no quiero hacerlo —susurró, y mientras se deslizaban juntos hacia el suelo del bote, Lara parpadeó mirando a Jonathan bajo el sol cegador.

—Te quiero —susurró recuperando el aliento. Por primera vez, esas palabras abandonaban sus labios; palabras que se le habían hecho claras más rápido que ninguna otra antes. La habían pillado desprevenida, la habían desafiado y, en última instancia, le habían dado alas. Ahora por fin podía decirlas, sin dudas, feliz y en paz.

Jonathan la miró por un momento con esa mirada soñadora y la suave sonrisa que hacía que las comisuras de su boca temblaran. —Yo también te quiero —susurró finalmente. Mientras se inclinaba hacia ella y se perdían en un beso apasionado, el bote de remos derivó más allá de la bahía de Fallbury y mar adentro.

Epílogo

—un verano después—

La campana de la cena del comedor resonó por la casa por segunda vez.

—Sinceramente, no hay duda de que le has enseñado la típica puntualidad alemana —bromeó Gordon, a quien Lara acompañaba hacia las escaleras en ese momento. Sonriendo, lo ayudó a sentarse en la silla salvaescaleras. Había tenido sus roces con ella durante los primeros meses, pero a estas alturas ya se habían hecho amigos.

—Ve tú y tranquilízalo de mi parte. Bajo en un segundo —le dijo a Gordon.

—Nada más fácil —respondió él y empezó a bajar mientras ella corría hacia la habitación al final del pasillo. En su camino, se cruzó tanto con el joven que estaba de viaje por el mundo y tenía intención de quedarse en Escocia durante el verano, como con una mujer mayor que se había mudado a Sunset Hill House hacía poco. Caminaba del brazo del trotamundos y saludó a Lara con una sonrisa y un gesto de cabeza.

Lara se detuvo ante la última puerta a la derecha y llamó suavemente. No se oía movimiento en la habitación. Lo intentó de nuevo, luego bajó el picaporte y asomó la cabeza. —¿Hola? —Pero solo la recibió un denso silencio. Con una sonrisa de suficiencia y sabiendo exactamente qué esperar, cruzó la estancia y se acercó a la ventana. Desde allí, tenía una vista maravillosa del jardín, donde el césped, los árboles y los arbustos habían sido podados desde entonces. Ahora también había un huerto de verduras y hierbas aromáticas en el extremo superior de la propiedad. Unas hamacas colgaban entre los viejos árboles y, cerca del roble nudoso, había un banco de madera donde estaba sentada la anciana. Miraba

soñadoramente hacia el mar, presumiblemente escuchando el sonido de las olas, que Lara podía oír incluso desde la habitación.

Salió apresuradamente del dormitorio y bajó corriendo las escaleras.

Podía oír un murmullo alegre proveniente del comedor. Habían tardado seis meses en poder abrir Sunset Hill House como hogar multigeneracional y, poco después, se habían alquilado todas y cada una de las habitaciones. Después de Jonathan, que se había mudado a Sunset Hill House con ella, Gordon había sido la segunda persona en elegir uno de los grandes dormitorios reformados, encontrando nuevas fuerzas en la finca de su padre.

Cuando Lara salió al jardín a través de la gran sala común, oyó el grito de las gaviotas a lo lejos. Era un sonido que se había vuelto tan familiar que le calentaba el corazón. Más tarde aquel día, iría a recoger a su madre a Aberdeen, que venía a pasar dos semanas de vacaciones con ellos. La decisión de Lara de dejar atrás Alemania no la había pillado por sorpresa. El hecho de que su madre hubiera encontrado un nuevo propósito vital en Alemania que la llenaba por completo facilitaba las cosas, para ambas. Era importante seguir tu propio camino, sin importar la edad que tuvieras cuando lo encontraras.

—Oye —la voz suave de Jonathan llegó desde el pasillo detrás de ella.

Lara se dio la vuelta y se llevó un dedo a los labios.

Jonathan esbozó una sonrisa de comprensión y salió al jardín con ella. Se quedó en el porche mientras ella se dirigía al banco bajo los robles. El cabello blanco como la nieve de la anciana ondeaba suavemente con el viento, como si cada hebra bailara al son de la melodía de las olas.

—Ginny —dijo Lara en voz baja, sentándose a su lado.

Hacía dos meses que se había mudado con ellos desde Fallbury y, desde entonces, pasaba todas las tardes en el banco del jardín en cuanto salía el sol.

—Cuando me siento aquí, es como si todos los relojes se detuvieran, las manecillas retrocedieran y volviera a tener dieciocho años, sentada en un columpio bajo esas ramas mientras Hamish está junto al muro tras su caballete y me mira. A veces, cuando el viento sopla de la forma adecuada, incluso puedo oír su risa—se giró hacia Lara y le puso la mano en el muslo—. Tú, Jonathan, Gordon, mi hijo, mis nietos y bisnietos, que entran y salen de aquí cada fin de semana como si no hubieran hecho otra cosa en la vida... es como si me hubieran regalado una segunda familia. Una familia con la que una vez soñé al lado de Hamish y que ahora, a pesar de todos los años de silencio, encontró también el camino de vuelta a mí.

Lara apretó suavemente los hombros de la anciana. —Así es exactamente como debe ser. Durante un momento, permaneció al lado de Ginny y siguió su mirada por los acantilados hasta el borde del horizonte. Luego, sin embargo, tomó la mano de Ginny. —¿Quieres entrar a cenar? Jonathan se volvió a superar; puedo olerlo desde aquí fuera.

—Oh, me encantaría —la anciana hizo un esfuerzo por levantarse y, cuando Lara intentó ayudarla ofreciéndole su brazo como apoyo, ella la rechazó riendo—. Las dos tendremos que depender de eso bastante pronto, tal y como van las cosas. Soltó una risita como una adolescente mientras entraba en la casa pasando junto a Jonathan.

Él abrió los brazos y Lara se apoyó contra él.

—¿Sabes cuál es uno de los sentimientos más hermosos de la vida? —le preguntó, mirándolo.

—¿Tenerte en mis brazos? —preguntó él, depositando un beso en su sien.

—Sí, eso desde luego cuenta—bromeó ella—. Pero pensaba más bien en la sensación de crear algo para ti misma y luego darte cuenta de que puedes compartirlo con tantas otras personas al mismo tiempo. Como este lugar aquí, en los acantilados. Conmueve a mucha más gente de la que jamás hubiera esperado—dijo en voz

baja, recordando las palabras de Ginny y en las generaciones que ahora podían participar de su felicidad.

Las manos de Jonathan se deslizaron por su cabello, bajaron por su espalda, recorrieron sus caderas y se posaron en su vientre.

—Y pronto habrá una persona más —le susurró al oído. Ella sonrió y se acurrucó contra su hombro.

—Compartir el amor es realmente una forma indescriptible de plenitud interior —susurró ella, y Jonathan la rodeó con sus brazos.

—¿Tenemos que parar alguna vez? De compartirlo, quiero decir —preguntó él con una sonrisa, y ella sacudió la cabeza.

—Nunca —dijo ella riendo, y él bajó sus labios sonrientes hacia los suyos.

No se habría atrevido ni a soñar que ella también se encontraría a sí misma en este rincón apartado de la costa. Pero los sueños — como también había tenido que aprender— no solo estallaban; podían, sobre todo, volar como pompas de jabón. Quién sabía dónde aterrizarían finalmente... y qué sorpresas les aguardaban allí.

Era igual que el amor, pensó Lara. Fuera cual fuese la aventura que la vida le tuviera reservada, solo hacía falta una buena dosis de valor para tender la mano y alcanzarla.

—*Fin*—

¿Te apetece seguir leyendo?

Descubre los últimos libros de **Hanna Holmgren**
aquí: <https://www.amazon.es/stores/Hanna-Holmgren/author/B09RMN7GLP>

Consigue gratis una novela corta



Un romántico hotel junto al mar, un horizonte infinito y un amor que la toma por sorpresa...

Cuando Lisa lleva a su mejor amigo Lennart un pedido de vino olvidado a su idílico hotel junto a la playa, no imagina la aventura que la espera. Ya en su primera tarde conoce a Johannes en la playa y siente una conexión inmediata. Por un curioso giro del destino, vuelve a encontrarse con él una segunda y hasta una tercera vez, aunque de formas que nunca habría esperado.

Poco a poco, ambos se acercan y comparten una velada maravillosa juntos, una noche que se siente como el comienzo de algo más. El murmullo de las olas, la luna brillante y los ojos azules de Johannes hacen que el corazón de Lisa lata con fuerza. Pero cuando su estancia junto al mar llega a su fin, Johannes le hace una confesión, y Lisa deberá decidir si quiere volver a verlo... o si sería mejor olvidarlo cuanto antes.

Descarga aquí la novela corta de 50 páginas gratis:

<https://hannaholmgren.de/novela-corta-gratuita-una-noche-junto-al-mar/>

Una pequeña petición para terminar...

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@hannaholmgren.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.